

LA FUNDACIÓN DEL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

Fray José de Sigüenza



CMC EDITOR
VALENCIA MMX

Valencia, 2010. Edición no venal.
e-mail: carlosmunozcaravaca@gmail.com.
<http://carlosmc10.spaces.live.com>

PRIMERA PARTE

DE LA FUNDACIÓN
DEL MONASTERIO

PRÓLOGO

En ninguna cosa, si lo miramos atentamente, acertaron menos los hombres que en las que son derechamente para las comodidades de su vida y para sus propios usos. Puede ser que no veamos tan claros los yerros de aquellas cosas que llamamos especulativas, porque de su naturaleza son más secretas; mas a lo menos, a lo que por de fuera parece, estos yerros son los que más claro nos enseñan su ignorancia.

Aquellos primeros hombres, que codiciaron tan desordenadamente saber bien y mal y ser en esto como Dios, la primera muestra que dieron de su sabiduría fue buscar, para cubrir su desnudez, hojas de árboles, la primera y más insensata fábrica que salió de las manos humanas; porque ni la materia era conveniente para la forma ni la una ni la otra tenían buena proporción con el fin, pues ni las hojas de higuera se zurcen ni cosen bien unas con otras y, cuando admitieran esto, fueran de todo punto inútiles para cobijarse, adornar los miembros, ser de dura ni defender de las injurias del tiempo al cuerpo.

Si pasamos más adelante y vamos discurriendo por sus más ilustres obras, hallaremos casi en todas las que son propias invenciones suyas, si no tuvieron mejor principio o las enderezó mejor maestro, que traen dentro como heredado y natural los yerros de esta primera ignorancia y, por lo menos, pecan de superfluas, arrogantes o vanas. Invención de los hijos de Cain fueron todos los instrumentos músicos y todas las otras cosas que llamamos, para distinguirlas de éstos, herramientas de metales fuertes y duros, tan lascivos y dañosos para el alma los unos como perniciosos al cuerpo los otros; la primera y más ilustre fábrica que salió de común acuerdo de las manos de los hombres después del Diluvio fue aquella famosa ciudad y torre que, para eterna ignominia suya, se llamó después Babel, llena toda de ambición y de jactancia, sin otro fin ni otro uso más de celebrar vanamente sus nombres y se supiese para siempre que allí era el solar primero donde se habían de ir a buscar los abolengos de los primeros pobladores del mundo (torre que, como dijo Dios, jamás cesarán los hombres de levantarla), como si el fin de los edificios fuese éste o como si no fueran todos hijos de un mismo padre Noé, que aun vivía con ellos y le tenían delante de sus ojos.

Tras estas primeras vanidades, y como originales yerros, se siguieron y sembraron por el mundo infinitos otros. De aquí nacieron aquellos muros tan celebrados, los mausoleos, las pirámides, los colosos, las torres, alcázares, ciudades, plazas, templos, aras, estatuas; los teatros, anfiteatros, circos, obeliscos, puentes, termas o baños, atrios, pórticos, muelles, columnas, bosques, fuentes, acueductos, viñas, huertas, jardines, carros, bigas y

cuadrigas; tanta diferencia de triclinios, mesas, sillas, cátedras, tronos, vasos y vestidos de más diferencias que sabrán contarse.

De todo esto, que es dificultoso ponerlo en lista, ha hecho ya la curiosidad del hombre buena parte de sus estudios y, lo que al principio fue dañoso y de un origen reprehensible, con la antigüedad se ha venido a tener en reverencia y se cuenta entre los estudios honestos y de estima la noticia que se descubre de estas cosas.

Desde el principio se fue Dios compadeciendo de la ignorancia y de los yerros en que en esta parte veía caer a cada paso el hombre, porque aun en esto resplandeciese su clemencia y mostrase el cuidado y el amor que tiene a esta obra tan digna de sus manos. Lo primero, como a niño, y para derribarle de la altivez de su ratera ciencia, le enseñó a vestirse: cortóles unas túnicas que no sólo cubriesen la torpeza de sus carnes, que era el menester que entonces más les apretaba, sino que también los defendiese del frío del invierno y de los calores del verano; hízolas de pieles de animales para provecho y de dura, por una parte calientan y por otra son frescas. Abrióles también de camino los ojos para que advirtiesen primero en las obras de sus manos el fin y el uso para que se hacen y, conforme aquéllos, buscasen los materiales y les acomodasen la forma, y que lo que no es más de para necesidad y servicio no lo pasen de allí ni abusen de ello.

Lo mismo fue mostrando después en todas las fábricas en que quiso el Señor poner la mano para remedio y bien del mismo hombre, como se vio en aquella tan celebrada arca, a quien debemos todos la vida, aun sin hablar del profundo de sus misterios que, siendo para asegurar sobre las aguas aquellas pocas almas, la hizo de madera y de tal forma que, representando con sus medidas al mismo hombre, fuese proporcionada para contrastar y defenderse de tan fuertes ondas.

Enseñó lo mismo también en aquella misteriosa fábrica del Tabernáculo que mandó edificar a Moisés cuando quiso venirse a vivir y como avecindarse entre los hombres: vivían los hijos de Israel sin villas ni ciudades, alojándose por los desiertos debajo de cabañas y chozas, y mandó Dios que su palacio fuese también como tienda de campo, de madera, telas, pieles, al fin casa movediza.

Cuando ya después este mismo pueblo (escogióle Dios entre todas las naciones del mundo para poner allí la escuela de sus preceptos y la luz de su doctrina) tuvo asentada su república, pacificada la tierra sin que en ella hubiese quedado enemigo (misterios todos de mayor consideración), quiso que se le hiciese un suntuoso alcázar y casa real de fuerte muralla, varios aposentos y pórticos, con sala propia y retrete, señalando él mismo la materia y dando las trazas de todo conforme a los menesteres y a los fines. A los escritores que nos dan noticia de las unas y de las otras fábricas, sagradas digo y profanas, y con su diligencia desenterraron del polvo las reliquias de

aquellas antigüedades, llamamos con razón anticuarios y debémosles mucho, pues nos las dieron como vivas y como resucitadas a nuestros ojos y ahora, por su diligencia y por su industria, vuelven a ejercitarse y entenderse poco menos con tanta perfección y entereza como si a vueltas de sus cenizas se levantaran los mismos arquitectos que las ejecutaron.

Pretendo, pues, ahora, en el postrero libro de esta historia, mostrar la verdad y prueba de esto, dando cumplida noticia de la ilustre fábrica del monasterio de San Lorenzo el Real, que, sin agraviar a ninguna, osaré decir que es de las más bien entendidas y consideradas que se han visto en muchos siglos y que podemos cotejarla con las más preciosas de las antiguas y, tan semejante con ellas, que parecen parto de una misma idea.

En grandeza y majestad excede a cuantas ahora conocemos, ni se rinde a alguna de las antiguas (no hablo de las sagradas ni de las claramente fabulosas, porque no hay comparación en lo que es de diverso género); la materia y la forma tan bien avenidas y buscadas para los menesteres y fines, que de cualquiera otra o fuera superflua o ambiciosa. La entereza de las partes, tan cabal y tan hermanas entre sí, que ninguna se queja ni agravia haberse descuidado en ella.

De aquí resulta una hermosura grande en todo el cuerpo de suerte que los que ahora la vemos y gozamos tenemos quitado el deseo de cuanto celebra la antigüedad, y contemplamos en ella y aprendemos con sola su vista una infinidad de primores, que se entienden mal por las relaciones de los antiguos ni por los vestigios de lo que con el ansia de alcanzarlos han descubierto estos adoradores de la antigüedad en las provincias de Asia y Europa.

Si yo acertare a decirlo, desde hoy se podrá ir continuando la noticia que a veces cayendo y levantando más o menos acertadamente se ha venido continuando o entreteniendo desde los principios del mundo en las cosas que tocan a la buena arquitectura y las partes con que se adorna. Hallarse han aquí juntas casi todas las grandezas que se han celebrado por tales en el discurso de los siglos, quitado todo lo superfluo y lo que en ellas no servía más que a la ambición y al fausto. De suerte que quien viere este edificio cual le pintare aquí y cual él se representa entero y viere la muchedumbre, proporción, comodidad, respeto y buen oficio de sus partes, podrá decir lo que dijo Galeno en su libro del uso de las partes del cuerpo humano, que después de bien consideradas, leyendo en tan celestial armonía y correspondencia mucho de la sabiduría divina, afirmó que había escrito un libro de las alabanzas de Dios, y lo mismo podrá decir quien advirtiere bien las de este convento que es un excelente traslado de ella.

Veránse dentro de esta fábrica fuertes murallas, torres y cimborios altísimos, un templo grande y hermoso, capillas, atrios, pórticos, plazas,

arcos, pirámides, columnas, colosos, aras, estatuas, variedad grande de pintura, mármoles, jaspes, metales, estanques, aljibes, cisternas, fuentes, jardines, huertas, acueductos, mil diferencias de vasos, mesas y vestidos sacros; todo para tan santos fines y para usos tan píos, que parece se satisface con ellos y se purga la culpa de cuanto para sus regalos y ostentaciones han hecho de esto los hombres; y, al fin, todo tan parecido a las fábricas divinas, que dirán salió todo de una traza y para unos mismos o mejores fines.

Aquí, como en un arca de Noé, se salvan muchas almas que, huyendo del diluvio del mundo, se encierran dentro de sus marcos en una estrecha obediencia, esperando con gran firmeza no olvidará Dios a los que así se fiaron de su palabra. Aquí, como en el Tabernáculo de Moisés, se asienta el mismo Dios en la verdadera arca del testamento sobre las alas de los querubines, se aprende la ley divina, se guarda, se ejecuta, disputa, defiende, enseña. Aquí, como en otro Templo de Salomón, a quien nuestro patrón y fundador, Felipe II, fue imitando en esta obra, suenan de día y de noche las divinas alabanzas, se hacen continuos sacrificios, humean siempre las inciensos, no se apaga el fuego ni faltan panes recientes delante de la presencia divina y debajo de los altares reposan las cenizas y los huesos de los que fueron sacrificados por Cristo.

Ya aquí me dejaba llevar de la corriente de la devoción y del amor, sin mirar que me lanzaba en el primer discurso, que será de los motivos y santos fines de esta fábrica; discursos los llamo, para tomar licencia más ancha de la que sufren las leyes de pura historia, aunque no bastará advertirlo para los que tienen gana de hallar tachas en las obras ajenas. Prometo ser observantísimo en lo que toca a la verdad, sin hipérboles ni exageraciones, propio de oradores o poetas, ajeno de todo punto de la fidelidad de historia, cosa de niños y de risa. Será en mí grave culpa no decirla, por mil razones, aun sin las del oficio y del estado, porque se está en pie y reciente el sujeto, testigo fuerte que promete infinitos siglos, vivos muchos de los que pusieron en él el ingenio y las manos, y porque vi por mis ojos abrir la mayor parte de sus cimientos, cerrar los arcos, cubrir las bóvedas, rematar las pirámides y las cúpulas y levantar sobre los más altos capiteles las cruces.

En este primer libro, y tercero de la historia de la Orden, diré el discurso de la fundación y muchos particulares sucesos y cosas que aquí hizo el Rey, viviendo en esta casa buena parte del año. En el postrero mostraré el edificio todo por sus partes y alguna relación de sus adornos, procurando que todos lo entiendan como me fuere posible, que no tiene poca dificultad.

DISCURSO I

El principio, los motivos y fines que el Rey don Felipe tuvo para edificar el monasterio de San Lorenzo y entregarlo a la Orden de San Jerónimo.

Después de retirado el invictísimo Emperador Carlos V en el monasterio de San Jerónimo, de Yuste, como lo referimos en el primer libro de esta tercera parte, y hecha aquella tan ilustre hazaña, que fue como la corona de otras muchas de su vida, Felipe II, su hijo, que a la sazón era de veintinueve años de edad, recibió el gobierno de estos reinos que le tocaban por heredad legítima. Había quedado a esta sazón en Flandes para entender en las cosas que convenía a aquellos estados, hallarse cerca del nuevo reino de Inglaterra, proveer a los unos y a los otros y asentar, si fuese posible, alguna manera de paz y de concordia entre él y el Rey de Francia; pretendía esto la Reina de Inglaterra con muchas veras porque con estas paces pudiese sosegarse un poco la cristiandad, y entender con más quietud en la restauración perfecta de la religión y fe de aquel su Reino, que con el nuevo casamiento de Felipe se había comenzado.

Juntáronse para ello los Procuradores de una y otra parte y, después de haber tratado muchas cosas sobre el derecho del Estado de Milán, no se hizo nada; comenzó de nuevo a encenderse la guerra; pretendió el Francés otra vez ir sobre Nápoles, envió al Duque de Guisa para esto con un grueso ejército; por otra parte, comenzó a fatigar algunos pueblos de Flandes de suerte que, antes que se acabasen los cinco años que estaban asentados de treguas, ya estaba todo ardiendo en guerras.

Envió el Rey don Felipe a Filiberto, Duque de Saboya, por General de un grueso ejército para que entrase en las tierras del enemigo, le divirtiese de Flandes y le pusiese en necesidad de volver a defenderse. Puso el Duque con extremada diligencia su gente sobre San Quintín y apretóla bien. El Francés mandó a Memoransi, Condestable, que fuese contra el Duque de Saboya con treinta y dos banderas de infantería y cinco mil caballos y muy buena artillería, catorce piezas gruesas de batir y muchos cañones de campaña. Ordenó que divirtiesen a los del cerco los suyos con algunas escaramuzas, para que, entre tanto, pudiese él poner socorro dentro de la villa.

El Duque, entendido el designio, sin darles lugar a esto, les salió al encuentro. Llevaba en su campo buena copia de herreruelos y escogida infantería de españoles y caballos de alemanes; acometieron a los franceses con gran ímpetu. Comenzóse una batalla reñida aunque duró

poco en señalarse la victoria por parte del Rey Felipe. Desbaratóse la gente de caballo, turbáronse los escuadrones franceses, rompieron las compañías de la infantería, volvieron las espaldas sin poder resistir la fuerza y en el alcance murieron casi todos o quedaron cautivos, rendidas por muchos de ellos afrentosamente las armas.

Prendieron al Condestable con un hijo suyo y otros muchos señores de la nobleza de Francia. Perdióse a vueltas toda la artillería y fue grandísima la presa de los despojos y cautivos, porque no quedó bandera que no viniese a manos de la gente de Felipe.

Con esta tan insigne victoria y con otras muchas que a todos son notorias, había Dios declarado bien cuán injusta causa era la del Rey de Francia, sino que no quiso abrir los ojos. Ya el Rey don Felipe, acercándose a su campo y antes que llegase, le encontró la nueva, trayéndole luego delante al Condestable y a los otros caballeros que habían sido presos en la batalla.

Fue esta la primera de las victorias que tuvo Felipe II y acertó, por celestial acuerdo, a ser en 10 días de agosto, fiesta del glorioso mártir San Lorenzo, español, a quien desde su niñez tuvo este piadoso Príncipe singular devoción. Entendió que un principio tan ilustre de sus cosas le venía por su favor e intercesiones en el Cielo y, así, desde aquel punto concibió en su pecho un alto propósito de hacerle algún señalado servicio. Parece que desde allá aceptó luego el glorioso mártir el santo propósito y píos intentos, porque le fue favoreciendo abiertamente en todas sus empresas.

Los de San Quintín, aunque vieron la derrota del Condestable y quedaron desamparados de socorro, no desmayaron, animados con el valor del Almirante de Francia que mantenía la fuerza, fiados en el fuerte sitio y en la buena gente y artillería que tenían dentro.

Todo aprovechó poco. Apretóse el cerco y, al fin, se entró en la ciudad por fuerza de armas a 26 días del mismo mes de agosto del año 1554. Hallóse dentro mucho despojo y fue preso el Almirante con otros muchos caballeros y llevado en guarda a la Esclusa, villa de Flandes, de suerte que, dentro de quince días, tuvo el Rey de España dos muy claras y señaladas victorias del Rey Enrique de Francia: una en batalla campal y otra en el combate y expugnación de una tan importante fuerza, presa y cautiva la más ilustre sangre de Francia y, entre ellos, dos tan grandes Príncipes como el Condestable y el Almirante.

Aquí acabó de confirmarse nuestro Felipe en sus altos designios. Entendiendo claro el patrocinio de su Santo, propuso de edificarle un templo sin descender a otros particulares, aunque nunca hizo voto de ello, como algunos, sin saberlo bien, han osado afirmar y sacarlo en público. Verdad es que las buenas obras que se hacen por voto son, según lo definen nuestros teólogos, de mucho mayor mérito por llevar dentro la más alta y preciosa joya nuestra,

que es la libertad que se rindió con el voto, que no las que se hacen libremente; mas en los Reyes una fuerte determinación de su buen propósito vale mucho, especialmente en cosas santas.

Usanza fue de Reyes y Capitanes píos volver luego los ojos al Señor, en cuyas manos están los Reinos y los corazones de los Reyes, la salud y las victorias, y hacerle gracias cuando alcanzaron alguna señalada de sus enemigos. No tenemos que buscar ejemplos profanos, pues nos los da a la mano la Santa Escritura. Hiciéronlo así los de Betulia con su victoriosa Judit, y todo el pueblo de Israel con Débora, y Jael, y el valiente Judas Macabeo con el pueblo y con sus hermanos, y otros cien ejemplos de estos; y el Rey Josafat hizo gracias con todo su ejército en el valle de Engadi por una insigne victoria que tuvo contra los amonitas, y mudaron el nombre al valle, donde se hizo este reconocimiento, y se llamó de allí en adelante el valle de hacimiento de gracias, o, como dice el original hebreo, de bendición.

Pudiéramos también mudarle el nombre a la ciudad de San Quintín y llamarle ciudad de bendición y de paz, porque con estas dos pérdidas y con otras que luego sucedieron, cayó en la cuenta el Rey Enrique y vio como de manifiesto que Dios peleaba por la causa de España, dando tantas victorias al Emperador Carlos V y comenzando a favorecer con éstas tan abiertamente a su hijo Felipe.

Parecióle, viéndose tan acabado de poder, gente y fuerzas, era bien mover tratos de paz. Quiso, Dios viniesen a tan buen efecto que, asentadas las condiciones muy a honra y provecho de nuestro Rey, se remataron y confirmaron con que recibiese por mujer a doña Isabel, primogénita de Enrique (había muerto ya a esta sazón doña María, la Reina de Inglaterra, y sucedido en el Reino su hermana doña Isabel, por donde tornó aquel Reino a la miseria en que hoy le vemos); de suerte que, desde la primera victoria, que fue un día de San Lorenzo, el año 54, hasta éste del casamiento de nuestro Rey, que era el de 59, fueron las cosas de Felipe creciendo de bien en mejor, hasta venirse a apaciguar del todo aquellas guerras que desde los Reyes Católicos apenas habían tenido treguas entre España Francia hasta este punto.

El hacimiento de gracias de Felipe por todos estos favores no fue para que se rematase en un día ni siete, ni parase en sólo el nombre. Propuso, con mucha resolución, edificar un ilustrísimo templo al mártir español que fuese tan famoso en todo el mundo como su glorioso nombre, donde de día y de noche se celebrase su memoria y se hiciesen y diesen a Dios para siempre bendición y gracias.

El primer mártir que en la Iglesia de Dios tuvo público templo (en tiempo de los Emperadores gentiles por grutas y cementerios andaba escondida la Iglesia, celebrando sus santas memorias) fue San Lorenzo. Edificólo el

Emperador Constantino en la misma heredad de la santa viuda Ciríaca, donde fue sepultado, y, refiere San Dámaso, fue tan suntuoso que la capilla donde estaba el santo cuerpo se sustentaba sobre columnas de pórfido, materia preciosa y rara de que ahora no se sabe ni se halla la mina o cantera; la cúpula o cimborio era de plata, y aun también la reja, con otros grandes y costosos adornos de cosas de oro y otros metales preciosos, y movióse a esto y a otras insignes obras de piedad después de haber recibido la fe por una insigne victoria que le dio el Señor contra Majencio.

Desde allí se comenzó la paz y el sosiego general de la Iglesia con todo el Imperio Romano, que poco menos era el del mundo, y desde entonces apenas hay lugar, ciudad ni aun aldea donde no tenga templo San Lorenzo, pues, aun sin éste, tiene otros cuatro en Roma; tan de atrás le viene nacerse con su memoria y patrocinio la paz entre cristianos que parece peleó por todos, y tan de antiguo tiene que en hacimiento de gracias se hagan templos a su memoria.

Con todo eso, no había llegado al punto que de agradecimiento se le debía en toda la Iglesia y, particularmente, en su propia patria, España, hasta que Felipe concibió esta fábrica en su pecho, y después la trajo a tanta perfección como vemos y es de consideración (porque digamos esto de paso) para consuelo de los fieles y gloria de nuestro santo, que tantos Emperadores como hubo en Roma tan poderosos y ambiciosos de su fama, porque no conocían otra inmortalidad, no se sabe de las urnas de sus cenizas, ni se hallan los sepulcros de cuatro, y de éstos solas las reliquias de aquellas ruinas, y de un solo Lorenzo mártir hay cinco templos de mucha majestad y gloria. Este fue el primer motivo y el despertador para venirse a levantar esta tan ilustre fábrica; así lo afirma su mismo fundador en la carta de dotación que ordenó de ella, como se verá después por sus mismas palabras. Lo demás que toca a estos negocios de Flandes, la benignidad y largueza que Felipe usó con los presos vencidos y muertos, ya otros han tratado de ello; para mi propósito basta esto.

Murió el año 58, como vimos en su propio lugar, el nunca vencido Emperador Carlos V, en el monasterio de Yuste. En el codicilo postrero que allí ordenó dejó a la voluntad y parecer de su hijo don Felipe todo lo que tocaba a su entierro, lugar y asiento de sepultura, y de la Emperatriz doña Isabel, su mujer, y la disposición de los aniversarios y memorias que para siempre se habían de hacer por sus almas; llególe de todo esto la nueva triste estando en Flandes, y con ello propuso y cerró del todo en su pensamiento que el templo que tenía determinado levantar a honra de San Lorenzo fuese un monasterio de la Orden de San Jerónimo, que juntamente fuese sepultura digna de un tal Emperador y padre y una Emperatriz tal como doña Isabel, su madre; y que, después, también lo fuese suya, de sus carísimas mujeres y hijos; y aunque es verdad que él desde sus primeros años había tenido particularísima devoción a la Orden de San Jerónimo, no se puede negar sino que haberla escogido su

padre para acabar el último tercio de su vida y estar en ella sepultado, le fue gran despertador para resolverse del todo en sus intentos.

Juntábase a esto la consideración, que es sobre todas éstas y la primera, que las casas de religión son unas moradas donde siempre, a imitación de las del cielo, se está sin diferencia de noche y de día haciendo oficio de Ángeles, rindiendo a Dios el general tributo que todos, y más particularmente los reyes, le deben hacimiento de gracias y loores, donde la fe viva se conserva y fortalece, la doctrina sana persevera y aquellas primeras costumbres de la Iglesia se mantienen, donde con oraciones continuas se ruega por la salud de los Príncipes, conservación de sus estados, se aplaca la ira divina y mitiga la saña justamente concebida contra los pecados de los hombres.

Poniendo los ojos en la Orden de San Jerónimo, halló que era una de las que en todo esto ponía siempre buen cuidado y, así, juzgó sería obra muy grata a los divinos ojos levantar en ella un insigne convento, donde pudiese ver todos estos fines juntos. Y, sin duda, cuando no concurrieran tantos y tan santos respetos y buenas consideraciones y sólo se pretendiera hacer un sepulcro a un Emperador Carlos V y a una Emperatriz doña Isabel, y que tras ellos lo había de ser de tantos Reyes, Príncipes y personas reales como ahora se ven sepultadas en este templo, no parece grande este edificio, que les parece a tantos excesivo o superfluo. Los gentiles tenían tanto primor en el hacer sus memorias y estatuas, que las de los hombres ordinarios las hacían ordinarias y a la medida de los mismos hombres.

Las de los Héroes o, como ellos decían, medio dioses, cuales eran Aquiles, Eneas, Ajax, Turno y otros, un tercio mayor que las primeras, y las de sus dioses vanos mucho mayores y de gran exceso, donde vinieron aquellos colosos de tan descomunales grandezas, que hubo algunos de más de cien pies en alto.

Pues quien pretendió hacer memoria y sepulcro donde se encierran y veneran tantas reliquias de divinos hombres, cuerpos y huesos de tantos Héroes, Apóstoles, Mártires, Confesores, Vírgenes y, en su compañía y como a sus pies, Emperadores, Reyes, Príncipes e Infantes, que son como unos Visodioses en la tierra, ¿qué mucho levante para esto un templo tan ilustre y un mausoleo de tanta grandeza?

Sin duda, a quien todos estos motivos mirare sin pasión y como ellos lo merecen, no llamara grande a esta fábrica ni aun osara afirmar que los iguala. Porque ninguno piense que yo los adivino o los invento, será bien que se los oigamos decir con sus mismas reales palabras al fundador que nos manifestó sus pensamientos en el principio de la carta de fundación de este Convento. Después de los títulos comunes dice así:

«Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios Nuestro Señor habemos recibido y cada día recibimos, y cuanto él ha sido servido de encaminar y guiar los nuestros hechos y los nuestros negocios a su santo servicio y de sostener o mantener estos nuestros Reinos en su santa fe y religión y en paz y justicia.

»Entendiendo con esto cuanto sea delante de Dios pía y agradable obra y grato testimonio y reconocimiento de los dichos beneficios el edificar y fundar iglesias y monasterios, donde su santo Nombre se bendice y alaba, e su santa fe con la doctrina y ejemplo de los religiosos siervos de Dios se conserva y aumenta, y para que asimismo se ruegue e interceda a Dios por nos e por los Reyes nuestros antecesores y sucesores e por el bien de nuestras ánimas e la conservación de nuestro estado real, teniendo asimismo fin e consideración a que el Emperador y Rey mi señor y padre, después que renunció en mí estos sus Reinos e los otros sus estados, e se retiró en el monasterio de San Jerónimo de Yuste, que es de la Orden de San Jerónimo, donde falleció y está su cuerpo depositado, en el codicilo que últimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocaba a su sepultura, y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina mi señora y madre habían de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean muy honorablemente sepultados, e por sus ánimas se hagan e digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones e memorias.

»E porque otrosí nos habemos determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar, juntamente con el de la serenísima Princesa doña María, nuestra muy cara y amada mujer, que sea en gloria, e de la serenísima Reina doña Isabel, nuestra muy cara y amada mujer, que asimismo tiene determinado, cuando Dios Nuestro Señor fuere servido de llevársela, de se enterrar juntamente en el dicho monasterio, e que sean trasladados los cuerpos de los Infantes don Fernando y don Juan, nuestros hermanos, e de las Reinas doña Leonor e doña María, nuestras tías.

»Por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el monasterio de San Lorenzo el Real, cerca de la villa de El Escorial, en la diócesis y Arzobispado de Toledo; el cual fundamos a dedicación y en nombre del bienaventurado San Lorenzo, por la particular devoción que, como dicho es, tenemos a este glorioso santo. Y en memoria de la merced y victorias que en el día de su festividad de Dios comenzamos a recibir.

»E otrosí, le fundamos de la Orden de San Jerónimo, por la particular afección y devoción que a esta Orden tenemos, y le tuvo el Emperador y Rey mi señor. E además desto, habemos acordado instituir y fundar un colegio en que se enseñen y lean las Artes y santa Teología, y que se críen e instituyan algunos niños a manera de Seminario, etc. Todas las cuales obras esperamos

en Dios serán para su santo servicio, e de que se conseguirá y resultará mucho fruto e beneficio al pueblo cristiano, etc.»

Bien claro queda con esto lo que hemos dicho, y con harta fuerza la verdad de todos los motivos.

DISCURSO II

Vuelve el Rey don Felipe de Flandes a España; escoge sitio para el monasterio; dícense sus cualidades, propónese a la Orden su aceptación del monasterio.

El mismo año 1559 envió el Rey don Felipe a llamar a su hermana Margarita de Austria, Duquesa de Parma, viuda, por muerte de Alejandro de Médicis, Duque de Florencia, y a la sazón casada con el Duque de Parma, Farnesio Octavio, pretendiendo dejarla por Gobernadora de los Estados de Flandes; vino esta señora a Gante por el mes de agosto, donde la salió a recibir Felipe con grande acompañamiento (de las cosas de estos estados no tengo que tratar, pues no es mi oficio); entrególe el gobierno y partió para España, haciendo su viaje con viento tan próspero que llegó en brevísimo tiempo a Laredo. Aquí también pienso que le ayudó su mártir, San Lorenzo, y los altos propósitos que traía de servirle, pues fue cierto que si un día se tardara, fuera mucha ventura que escapara hombre por despertarse en la mar la más furiosa tempestad que habían visto los moradores de aquellas riberas. Luego trató nuestro Felipe de poner en ejecución sus buenos propósitos: comenzó lo primero a poner los ojos dónde asentaría su Corte, entendiendo cuán importante es la quietud del Príncipe y estar en un lugar para, desde allí, proveerlo todo y darle vida, pues es el corazón del cuerpo grande del Reino.

Contentóle sobre todo la villa y comarca de Madrid, por ser el cielo más benigno y más abierto, y porque es como el medio y centro de España, donde con más comodidad pueden acudir de todas partes los negociantes de sus Reinos y proveer desde allí a todos ellos; razón es que es bien la miren los Reyes, pues no se hicieron los Reinos para ellos, sino ellos para el bien de su Reino y, así, están obligados a mirar más las comodidades comunes que los propios gustos, dejando aparte que, aun para éstos, ninguna villa o ciudad de España es más a propósito. Tras esta determinada resolución miró, lo segundo, dónde estaría bien asentada la fábrica que traía en su pecho.

Pretendía siempre que fuese propia casa de San Jerónimo, que estuviese fuera y aun lejos de poblado, donde los religiosos ni tuviesen quien les estorbase la quietud de su contemplación y, cuando él quisiese retirarse

del bullicio y ruido de su corte, el lugar mismo le ayudase a levantar el alma en santas meditaciones, de que no tenía poco ejercicio y gusto. Por esto le parecía bien el sitio del monasterio de San Jerónimo de Guisando; iba allá algunas veces; holgábase de ver aquellas montañas y peñas vestidas de diversas plantas, más hermosas que Salomón en toda su gloria. Estuvo allí algunas Semanas Santas, vio que la aspereza del sitio no podía domarse fácilmente ni había llano ni suelo en toda aquella sierra donde cupiesen sus designios.

También se le hacía la distancia de allí a Madrid larga, porque quería tener más a la mano y familiar el oratorio de su retrainimiento. Inclínose otras veces a aquellas laderas de las cuevas que están como a repecho de Madrid, en el Real de Manzanares.

No se halló allí tampoco cosa que satisficiese; tratóse si sería bien ponerla en Aranjuez; halláronse muchos inconvenientes que no importa referirlos. Resolvióse al fin que, en medio de estas dos distancias, entre el monasterio de Guisando y entre el Real de Manzanares, se buscase un buen sitio, donde se señalase la planta del edificio; encargólo a diversas personas que podían tener parecer en esto: filósofos, médicos y arquitectos. Pasearon las faldas y laderas de estas sierras y mirando las calidades y partes de uno y otro sitio conforme a la doctrina de Vitruvio, autor de excelente juicio en el arte, se fueron siempre resolviendo en este donde ahora está sentada la casa. No se contentó Felipe con la relación que otros le dieron de este sitio, quiso él mismo verlo y considerarlo; las veces que se iba a retirar a Guisando la Semana Santa, iba y venía por esta misma parte, y así se fue certificando era el mejor que en el contorno de la comarca de Madrid se podía hallar.

A estas sierras de Segovia, Ávila y Buitrago llaman algunos modernos (no sé con qué razón) los montes Carpetanos, movidos por ventura porque Plinio llama a los moradores de las riberas del Tajo y pueblos del Reino de Toledo carpentanos o carpetanos, que tampoco se sabe bien la razón de este nombre; mas Pomponio Mela, nuestro español, los llama montes Pirineos, en el segundo de su *Cosmographia*, porque son ramos y brazos que salen de ellos, y poco menos abrazan la mayor parte de España; llámense como quiera, que no nos importa mucho llegar al cabo las razones de esto. En la ladera de esta sierra, junto a una pequeña población que se llama El Escorial, en aquella parte por donde mira más derecha al Mediodía y Reino Toledano, siete leguas de Madrid, muy a su vista, a la parte del Poniente, nueve de Segovia, que está al Norte; otras siete o poco más de Ávila, que mira al Poniente, se descubrió una llanura o plaza suficiente para una grande planta, y el contorno de la tierra lleno de muchas comodidades para el propósito, levantado en la ladera, donde no llegan los vapores gruesos que exhalan con el sol a la mañana, puesto al Mediodía, que para las tierras frías como lo son estas tierras es de mucha consideración.

Guardadas las espaldas con el mismo monte de los cierzos fríos, aunque por una canal que hacen las sierras descubierta a los céfiros a favonios, que la fatigan en el invierno, mas refréscanla y tienen sana en el verano. Por el contorno muchas fuentes de buena agua, sin las gargantas y arroyos que se derriban de la sierra, grande copia de hermosa piedra cárdena, mezclada de una honesta blancura, de buen grano, con unas máculas pardas y negras que hace en ella la mezcla de aquella piedra ambiciosa que quiere entremeterse en todas: llamámosla nosotros Marquesita; los griegos la llaman Pyritis, porque enciende fuego, el más principal material de toda la fábrica, y tiene en sí un lustre y nobleza grande, que hace parecer fuerte y de grandeza el edificio; es muy conforme toda en el color y dureza y, así, resisten todas las piezas igualmente y guardan tanta conformidad, que no parece sino que toda la gran fábrica es de una pieza y cavada en una peña.

Aquí pudiera tener alguna semejanza de verdad y de efecto lo que prometió a Alejandro Magno aquel vano arquitecto Dinocrates, cortar y labrar el monte Athos, de tal suerte que hiciera de él una estatua del mismo Alejandro, y que tuviera en su mano una ciudad de grande población, propia arrogancia de griegos, tan atrevidos en prometer como sus historiadores en fingir. Por el contorno y comarca, grandes pinares, el de Balsaín, de Segovia; el Quejigar y Navaluenga, de Ávila, y los de Cuenca, no desacomodados, donde se crían tan hermosos pinos, que los podemos llamar cedros de España, de poco menor firmeza y hermosura que los del monte Líbano, especie particular de pinos, como lo vemos aquí en sus maderas y piñas; la cal, el yeso y la arena y los demás materiales, en tanta copia y de tan buenas condiciones como las saben pintar y pedir los maestros del arte.

Junto a este puesto están dos dehesas de grande frescura y arboleda acomodadas para caza, pesca, jardines y leña, para el servicio del convento; la una, que se llama la Herrería, tan cerca al mismo sitio que linda con las paredes del convento, tiene en contorno poco menos una legua, poblada de diversas plantas y de mucho pasto y verdura, donde se ven grandes manadas de venados, puercos, jabalíes en piaras, conejos sin número; mirada desde el mismo convento, parece una mata de albahaca en el verano, que es gran alivio de la soledad y de la vista. Antiguamente hubo en ella herrerías, de donde tomó el nombre, y de ellas y de una iglesia que estaba allí y tenía pila de bautismo, se llamaba la Dehesa de la Herrería de Nuestra Señora de Fuentelámparas. En la montaña hay muestras de minas de hierro y el pueblo que está allí cerca conserva también el nombre y se llama El Escorial, donde se ven ahora alrededor las cenizas y las escorias en no pocos montones. La otra se llama la Fresneda, algo más apartada de la casa, aunque también a su vista, distancia de media legua escasa.

De la hermosura de esta dehesa, de sus jardines, estanques y arboledas haremos después discurso particular y, así, no hay que detenerme en ella; esto es brevemente lo que toca al sitio y sus comodidades. La experiencia ha mostrado cuán sano es, pues con ser toda España, desde el año 98 hasta el 608, tan reciamente fatigada con diversas fiebres y dolencias, y la peste general con que Nuestro Señor aun no parece que ha alzado la mano de castigarnos, apenas lo hemos aquí sentido sino por relación; digo esto en particular, por la gana que tienen algunos de hacer enfermo este sitio, que hasta esto llega la envidia del bien y salud ajena; otros quieren hacerlo tan frío y tan helado, que sea como los rifeos más inhabitables, siendo cierto que en los más recios inviernos ni se hiela el agua en las pilas que están en las puertas de la iglesia ni el aceite en los aposentos, y muchas celdas de religiosos se pasan sin los reparos ordinarios que suelen hacerse en tierras muy templadas contra el frío que, aunque las sierras de Segovia, son frías, el asiento de esta fábrica participa poco de sus nieves y hielos, por estar algo traspuesta de ellas, guardada, como dije, del cierzo y puesta al Mediodía, gozando del sol desde que sale hasta que se pone.

Con esto queda, a mi parecer, respondido a lo que suelen oponer algunos, y aun se enojan sobre el caso tan de veras como si fuera este edificio para sólo ellos: que por qué no puso el Rey esta fábrica tan hermosa en medio o junto de una ciudad principal de España, donde todos la gozaran, donde entraran chicos y grandes y fuera una común vista y recreo del pueblo, y no en un lugar tan apartado, áspero, frío, seco, feo, inaccesible y enfermo, y otras cien tachas nacidas o inventadas de sus antojos.

Digo, pues, que está respondido a todo esto con lo que hemos declarado, los intentos del Príncipe y sus fines y el fin de esta religión, las comodidades y partes del sitio y, si no se satisficieren con esto, no importa y quéjense de camino también de Nuestra Señora de Montserrat y del asiento de la casa de Guadalupe y de la Peña de Francia, y otros Santuarios casi inaccesibles por la aspereza del lugar; y si dijeren que estos son milagrosos y escogidos del cielo, y de otro género, también afirmaremos que los motivos del Rey parece, por los efectos, que fue inspiración divina.

Escogido el sitio con tan maduro acuerdo que duró la resolución hasta el año 1561, en que celebró la Orden Capítulo general en San Bartolomé de Lupiana y fue electo en general (como vimos en su lugar propio) el santo varón fray Francisco de Pozuelo, planta y verdadero hijo de aquella casa tan santa de Montamarta. Propúsose en este Capítulo a la Orden de parte del Rey don Felipe II cómo tenía intento de edificar un monasterio a gloria de Dios, dedicado y con título del glorioso mártir San Lorenzo, y por la particular afición que desde sus primeros años habla tenido la Orden del glorioso Doctor San Jerónimo, deseaba que fuese en ella, que viesen lo que en esto les parecía

y señalasen luego personas que, con título de Prior y Vicario y otros oficios, fuesen a tomar la posesión del sitio.

Inclinó todo el Capítulo humildemente la cabeza, aceptando el favor y la merced que Su Majestad hacía a la Orden, reconociéndose de nuevo por capellanes y hechura de sus gloriosos predecesores y suya; y haciéndole las debidas gracias, lo dejaron todo en sus manos para que en esto y en todo lo demás la Orden dispusiese a su servicio, aceptando, por virtud de las gracias y privilegios que tiene la Orden para esto, el nuevo convento de San Lorenzo el Real que Su Majestad quería edificar junto a El Escorial.

Cuanto al señalar de las personas que habían de dar principio a tan gran negocio, la Orden escogió en primer prelado y fundador al padre fray Juan de Huete, Prior y profeso de la misma casa de Zamora y Visitador general de la Orden, y por Vicario, al padre fray Juan del Colmenar, profeso de San Jerónimo, de Guisando, donde había sido Prior muchos años, aunque como varón humilde a la sazón era Vicario. Puso la Orden los ojos en estos dos padres por las muchas partes que en ellos concurrían: la principal, ser grandes religiosos, de mucho ejemplo y virtud; tras esto, de mucha experiencia en gobiernos, prudentes, desasidos, y que en cosas de arquitectura tenían entrambos buen parecer y juicio, como lo habían mostrado en las fábricas que habían ejecutado en sus propias casas que, para esta ocasión, era de importancia.

Vista la respuesta del Capítulo por Su Majestad, holgó mucho de ello; conocía al padre fray Juan del Colmenar, por las veces que había estado en Guisando, y tenía buen concepto y relación de su virtud. Mandó luego que para el día de San Andrés del mismo año de 61 se juntasen en la villa de Guadarrama su Secretario, Pedro del Hoyo, Juan Bautista de Toledo, varón de grande juicio y excelente maestro en arquitectura, con los dos religiosos nombrados por el Capítulo, fray Juan de Huete y fray Juan del Colmenar, y fray Gutierre de León, Prior de San Jerónimo, de Madrid, con los religiosos que llevasen en su compañía, para que, desde allí, todos juntos, viniesen a ver el sitio que se había escogido para el nuevo monasterio y le considerasen y vieses si era a propósito para la manera de vida que se tiene en la Orden de San Jerónimo.

Escribió Su Majestad al General sobre esto y a los mismos padres que habían de venir con los oficios de Prior y Vicario y, porque se vea la verdad de todo y nadie se atreva a decir tan sin fundamento otra cosa, pondré aquí el tenor de las cartas para los que quieren que ellas hablen:

CARTA DEL REY PARA EL VICARIO DE GUI SANDO,
FRAY JUAN DEL COLMENAR

«El Rey. Devoto padre Vicario: Por la carta del General, que será con ésta, entenderéis cómo deseamos tomar resolución en lo del sitio y traza del monasterio de San Lorenzo, que queremos edificar y está recibido en vuestra Orden; encargámoos que en todo caso os lleguéis a la villa de Guadarrama para el día de San Andrés, primero, donde hallaréis otros padres y a Pedro de Hoyo, nuestro secretario, con algunos oficiales nuestros, para que juntamente con ellos veáis el sitio donde nos ha parecido que se debe edificar el dicho monasterio y se platiquen las demás cosas concernientes al edificio, y si tuviéredes la traza de esa casa de Guisando, o supiéredes de alguna otra que sea buena, traérlais con vos, y avisárnoseis con este correo si será cierta vuestra venida. De Madrid, a 14 de noviembre de 1561. Por mandado de Su Majestad, *Pedro de Hoyo.*»

De la misma forma escribió al Prior de Zamora, como parece por la carta del Secretario Pedro de Hoyo al mismo fray Juan del Colmenar, que es esta:

«Muy reverendo señor: Por las cartas de Su Majestad y del padre General entenderá vuestra merced su voluntad, y porque asimismo envía a mandar al padre Prior de Zamora que venga para el día de San Andrés a Guadarrama, y tengo entendido que está cuartanario, de cuya causa podría ser que no pudiese venir para aquel día, le escribo que en este caso avise a v. m. de ello con este correo proprio; si él escribiere que no vendrá, tampoco v. m. venga hasta que se envíe a mandar otra cosa, que también escribo al padre Prior que cuando se hallare en disposición de poderse poner en camino avise del día que podrá ser en Guadarrama, para que todos los que nos habemos de juntar nos hallemos allí el mismo día, etc.»

Acudieron todos para el día señalado y partieron de Guadarrama muy alegres; vinieron a la villa de El Escorial, desde allí caminaron juntos al sitio; comenzando a subir la cuesta, se levantó un aire furioso; como era en lo recio del invierno venía frigidísimo y soplaba con tanta furia que arrebató las bardas de la pared de una viñuela que estaba a la mitad de la cuesta y dio con ellas en las caras de los que subían.

De este viento, despertado tan de repente en esta ocasión, y de otros muchos que en otras muy notables, como veremos en estos discursos, se han levantado, han conjeturado algunos, no con poco fundamento, cuánto le ha pesado al demonio de que se levantase una fábrica donde, como de un alcázar fuerte, se le había de hacer mucha guerra, sustentarse en ella lo que derriba en otras partes y, al tiempo que otros príncipes destruyen las iglesias, asuelan las religiones, ríen de las imágenes, burlan de las reliquias de los santos y de

todo cuanto tiene de bien y piedad la Iglesia, aquí se comience a eternizar, ennoblecer y tener sobre los ojos de un Rey que le hace en todo esto tanta contradicción.

Parece quiso en este torbellino entristecer o desmayar los ánimos de los que venían a explorar la tierra para que, dando al Rey noticia de su destemplanza, entibiasen los propósitos y se dilatasen hasta que con nuevos sucesos se pusiesen en olvido.

Los religiosos y siervos de Dios, entendiendo estos designios, o los sospecharon como gente experimentada en estos combates, animaron a los que iban con ellos y el santo fray Juan del Colmenar, que iba como capitán o adalid de este escuadrón, dijo en alta voz a todos los que iban con él: «Esta tempestad despierta el demonio para que desmayemos o para engañarnos, mas no ha de sacar de ella ningún fruto; pasemos adelante y no hagamos caso de su malicia.» Animados con esta voz, llena de fe y espíritu, subieron hasta el mismo sitio y amansó mucha parte del aire, de suerte que pudieron considerarle bien y mirar las circunstancias; agradóles mucho, porque conocieron las grandes comodidades que tenía el contorno; tornaron al lugar de El Escorial, donde confirieron todo lo que había que advertir.

Otro día llegó un correo de Su Majestad con una carta en que les decía no se espantasen del aire y tempestad que había hecho, porque también en Madrid había sido el día muy áspero y de grandes aires. Maravilláronse todos del aviso y cuidado del Rey, estimando en mucho el fervor con que emprendía el negocio; hicieron gracias a Nuestro Señor; fueron juntos todos a Madrid a dar relación de lo que les había parecido: así quedó resuelto y asentado lo que tocaba al sitio. No se hizo otra cosa el año 1561.

DISCURSO III

Comiézase a fundar la casa de San Lorenzo el Real; vienen los primeros religiosos fundadores y otros ministros y oficiales; asiéntanse las dos primeras piedras de la casa y de la iglesia.

Luego, el año siguiente, de 1562, se determinó el Rey a dar principio a la gran fábrica y, para que desde luego los religiosos de la Orden de San Jerónimo comenzasen a servir en ella y las cosas se fuesen haciendo a su modo y él pudiese gozar de su conversación y manera de vivir, recogida, devota y honesta, acordó que viniesen luego algunos al lugar de El Escorial, y, desde Madrid, escribió esta carta al Vicario de Guisando:

«El Rey. Devoto padre Vicario: Entendido he que el padre General de vuestra Orden os ha proveído del cargo de Vicario del monasterio de San

Lorenzo, de que habemos holgado, por el contentamiento y satisfacción que tenemos de vuestra persona y porque ya habemos proveído del oficio de contador y veedor de las obras del dicho monasterio a Andrés de Almaguer; y tenemos acordado de vos y él vais al lugar de El Escorial y entendáis en comprar y prevenir algunas cosas, para que se pueda dar principio a la fábrica, de que se os dará memoria; os encargamos os desembaracéis y desocupéis de lo que en esa casa de Guisando tuviéredes que hacer, con la misma brevedad que buenamente podáis, para que, cuando yo os mandare avisar, os partáis al dicho lugar de El Escorial, y tendréis prevenido un fraile que vaya y ande en vuestra compañía, que sea hombre de buena edad y hábil y diligente, que os pueda ayudar y descansar en algo, y avisarnos heis para cuándo pensáis estar desocupado de ahí, que en ello seremos servido. De Madrid, a 6 de marzo, 1562 años. *Yo, el Rey.*»

Respondió el Vicario, con humildad, estaba siempre aparejado para lo que Su Majestad fuese servido. Llegóse luego la Semana Santa; fuese el Rey a tenerla al mismo monasterio, acompañado del Duque de Alba y el Prior de San Juan, don Antonio de Toledo; el Marqués de Cortes, don Francisco de Benavides, Marqués de las Navas y el de Chinchón y otros caballeros; llevó consigo a Juan Bautista de Toledo, Arquitecto mayor, que ya a este tiempo iba haciendo la idea y el diseño de esta fábrica; hombre de muchas partes, escultor, y que entendía bien el dibujo; sabía lengua latina y griega, tenía mucha noticia de Filosofía y Matemáticas; hallábanse, al fin, en él muchas de las partes que Vitruvio, príncipe de los arquitectos, quiere que tengan los que han de ejercitar la arquitectura y llamarse maestros en ella.

Estuvo el piadoso Príncipe recogido aquellos días santos, hasta el segundo día de Pascua de Resurrección, en mucha oración y meditación, rogando a Dios conservase sus estados en su santa fe y obediencia de la Iglesia y no permitiese que en sus días se viese en ellos, principalmente en España, lo que pasaba por el reino de Francia, lastimado y diviso en bandos, sectas, guerras, sangre, y que las cosas del Concilio, que a la sazón se estaba celebrando en Trento, tuviesen aquel fin que toda la Iglesia Católica deseaba; todo parece que se lo otorgó Nuestro Señor, hablándole muchas veces solo en aquellas cuevas y ermitas donde sabía que tantos siervos de Dios habían habitado y recibía con aquella memoria mucho consuelo, porque de su natural era inclinado a las cosas de piedad y religión.

Con estas buenas prevenciones partió de allí y vino a este sitio de El Escorial; mandó que viniese con él el Vicario fray Juan del Colmenar, acompañándole dos religiosos de la misma casa: llamábase el uno fray Juan de San Jerónimo, fraile humilde, devoto, aplicado a las cosas de dibujo y de trazas, y tuvo el libro de la razón, junto con el contador Almaguer; el otro se llamaba fray Miguel de la Cruz, para que fuese como procurador y atendiese a las cosas

temporales y provisión de lo que fuese menester; entrambos, sacerdotes y de mucho ejemplo.

Tornó Su Majestad a mirar el sitio. Estuvo un día en El Escorial y paseó las dehesas del contorno. Volvióse a Madrid y los tres religiosos quedaron aposentados en la casilla de un aldeano, estrecha y pobre, que, aunque se escogió por buena, el pueblo era tan miserable, que la mejor no valía nada, fuera de la casa del Cura, que sirvió muchas veces de Palacio al Rey don Felipe.

No había, en toda esta aldea, casa con ventana ni chimenea: la luz, el humo, las bestias y los hombres, todos tenían una puerta, donde se verificaba bien lo del poeta cuando pinta el tiempo que moraban en la tierra honestidad y vergüenza, que llama Reino de Saturno, y los hombres y las bestias tenían un común aposento en las cuevas y en las chozas, y las mujeres componían las camas de hojas de árboles, ramos y pieles de sus ganados: tal era esta aldea, que, con no estar lejos de Segovia, apenas sabían los Escribanos y Alguaciles, gente que anda a descubrir cuestiones para sus intereses ilícitos, el nombre de El Escorial, y cuando vinieron a conocerla, la hallaron hecha villa, exenta de jurisdicción y aun hecha aposento real.

Principio del mes de abril del mismo año, comenzaron a desmontar y quitar la jara de todo aquel contorno, donde había de señalarse y elegir la planta, que estaba grande y crecida, abrigo en invierno de los ganados de la pobre gente de aquella aldehuela, y donde en verano pasaban la siesta y tenían sus abrevaderos.

Había dos fuentes caudalosas, sin otras que jamás, por estéril que fuese el año, las vieron agotadas: la una, que está ahora junto al estanque y alberca de la fuente de la huerta, se llamaba la fuente de Blasco Sancho; la otra, más apartada hacia el Poniente, se llamaba Matalasfuentes; pusieronle este nombre los pastores de la sierra porque los ganados bebían allí de mejor gana que en las otras, no por ser más delgada ni mejor agua, sino por tener alguna más sal; llámase ahora la fuente de la Reina.

De allí a pocos días tornó Su Majestad, acompañado con los mismos que arriba dijimos, trayendo consigo a su Arquitecto, Juan Bautista de Toledo, que tenía ya hecha la planta de los principales miembros del edificio, aunque se fue siempre puliendo y mejorando, procurando se pusiesen lo más acomodado a los usos y menesteres, que es dificultoso acertar de la primera vez tantas cosas.

Mandó Su Majestad que se acordelase el sitio y se pusiesen las estacas por donde habían de abrirse los cimientos: y lo que hasta allí habían sido majadas de pastores pobres, mudó el estado y el nombre y se llamó sitio del Monasterio de San Lorenzo el Real.

Quiso y parecióle así también al Arquitecto que la casa no mirase tan puntualmente al Mediodía que no tuviese un grado poco más de declinación al Oriente, porque el paño y perfil de Mediodía, donde había de ser la principal habitación de los religiosos y del aposento real, gozase más presto del sol en el invierno, que era lo que más entonces se temía de este sitio. Tiraron la línea de Levante a Poniente, que llaman los cosmógrafos de longitud, por espacio de quinientos y ochenta pies, que tienen dieciséis dedos, partidos en cuatro palmos (palmo se llama, hablando propiamente, los cuatro dedos de la mano por las conjunturas más altas); es este pie lo que responde a una tercia de la vara castellana y con esta medida se irá siempre hablando en lo que tocara a las de este edificio.

De los extremos de esta línea de quinientos y ochenta pies sacaron otros dos perpendiculares de Norte a Sur, de setecientos y treinta y cinco pies. Cerraron desde los dos extremos de estas dos líneas, con la cuarta, de otros quinientos y ochenta pies y, así, quedó hecha una plaza cuadrángula, que por la parte de Oriente y de Poniente tenía ciento y cincuenta y cinco pies más que de Oriente a Poniente, y por aquí se fueron abriendo los cimientos.

No estaba toda esta área llana, sino con altos y bajos que, aunque la vista no hacía mucho exceso, cuando echaron los niveles no fue pequeña la diferencia. Comenzáronse luego a hacer hornos de cal y balsas, o, como ellos, dicen, bascas adonde matarla. Vinieron peones y oficiales, canteros y albañiles, carpinteros; por juez, veedor y contador de toda la fábrica vino, como dije, Andrés de Almaguer, natural de Almorox, hombre de buen entendimiento y de verdad. Por esto y por haber sido el primer ministro de esta fábrica, le hizo el Rey mercedes, dióle privilegio de hidalgo y que pusiese en sus armas unas parrillas.

Han abusado también de esto los Príncipes: antiguamente daban a los nuevos soldados un escudo blanco, y hasta que hacía con él y con la espada algún hecho señalado, no pintaban nada con él y así se entiende lo del poeta hablando de la muerte del mozo Helenor, armado de una limpia, luciente y sola espada, y de un escudo blanco que aun no había obrado empresa con que le adornase, y el otro satírico. Cuando deje la copa juvenil y embrace el escudo blanco; ahora más escudos y divisas se ganan con la pluma y el dinero que antiguamente con las armas y la sangre.

Merece, es verdad, el valeroso mártir Lorenzo que cuantos hicieren algo en su servicio sean ennoblecidos con las insignias de sus victorias; aunque otros muchos pudieran, con más justo título, gozar de esto que Almaguer, la dicha fue ser primero. Vino por pagador Juan de Paz; el primer aparejador o maestro de cantería, Pedro de Tolosa, traído desde Guisando por fray Juan del Colmenar (aparejador se llama el que, después que el arquitecto ha dispuesto toda la fábrica, apareja la materia, hace los cortes y divide las piezas para que traben bien, con igualdad y hermosura, en toda la fábrica, y por él se

trazan los modelos particulares por donde se gobiernan los destajeros, que en la lengua latina se llaman *redemptores*).

Tras estos vinieron otros muchos oficiales menores, como sobrestantes y ministros de justicia. Por obrero general, debajo de cuyo gobierno se había de ejecutar todo, vino o trújole Dios, fray Antonio de Villacastín, religioso Corista, que es en esta Orden un estado medio entre sacerdotes y hermanos legos, profeso de la Sisla de Toledo, de quien hice memoria cuando traté del aposento que se hizo en el monasterio de Yuste, cuando se retiró allí el Emperador Carlos V, fue también en aquella fábrica el obrero; tenía ya alguna noticia de su entereza y valor, aunque nunca se pudiera imaginar que a un hombre, al parecer de todos basto, sin letras y de pocas palabras, se encerraran tantas virtudes juntas.

No quiero hacerle agravio en atropellar aquí lo que espero decir de sus cosas, que no haré poco si acierto a decirlas, aunque he sido testigo de ellas muchos años. Vino luego fray Marcos de Cardona, profeso de la Murta de Barcelona, que también había estado en Yuste haciendo oficio de jardinero.

Pretendió, desde luego, el Rey que el lugar de la Fresneda y la dehesa junto a ella comprada de diversos herederos y personas de Segovia, se plantase de arboleda y jardines para que, cuando la casa estuviese en perfección, las personas reales y los religiosos tuviesen donde recrearse honestamente. Tenía este religioso habilidad para esto: desembarazó el suelo, comenzó a disponerlo por sus calles y plantó el primer jardín que allí hubo. El postrero de todos vino el padre Prior fray Juan de Huete: llegó a El Escorial el 1 de marzo de 1563; no pudo venir antes por sus indisposiciones; hombre anciano, de experiencia y virtud, aunque cargado de ayes adquiridos de la penitencia continua. Trajo en su compañía otros dos religiosos de su casa: fray Diego de Oviedo, sacerdote, y fray Bartolomé de Madrigal, lego. Cuando llegó el Prior, los cinco frailes que acá estaban habían mejorándose algo de aposento: dejaron aquella primera casilla o tugurio, compróles otra poco mejor el Rey, aunque, por tener más ancho sitio, pudieron hacer en ella unos aposentillos a modo de celdas; aliñáronlo, hicieron un huertecillo, pusieron en él verduras y naranjos que había traído fray Marcos de la Vera de Plasencia, aunque la tierra les hizo mal hospedaje.

En la fábrica no se hizo en la resta de este año otra hacienda más de abrir cimientos, y no era poco, por ser tan hondos y tan grandes; aparejar cal, cortar piedras y proveer otros materiales.

A 23 días de abril de este mismo año de 63, en que se celebró la fiesta de San Jorge, le pareció a Juan Bautista de Toledo que era ya tiempo de comenzar la fábrica y asentar la primera piedra, fundamento de todo el cuadro y planta; juntó los aparejadores y oficiales, llamó a los religiosos

para que se hallasen presentes (no pudo subir el Prior al sitio, porque estaba fatigado); el Vicario y los demás que hemos nombrado llegaron al medio de la Zanja que estaba abierta en la línea y perfil que mira al Mediodía, que es ahora debajo del asiento del Prior en el refectorio, en la mitad del aquel lienzo o fachada. Hincáronse todos los religiosos y todos los circunstantes de rodillas, dijeron muchos himnos y oraciones invocando el favor y gracia divina; levantáronse y tomaron una piedra cuadrada que tenían ya aparejada para el efecto, y asentáronla con mucha devoción y aun lágrimas, suplicando a Nuestro Señor fuese servido prosperar aquella fábrica y levantarla para su gloria y servicio. Tenía la piedra escrita a sus lados el nombre del Fundador y del Arquitecto, el día y el año en que se asentaba, con estas letras.

En la superficie alta:

DEVS O. M. OPERI ASPICIAT

En el otro lado:

FILIPVS II. HISPANIARVM REX,
A FVDAMENTIS EREXIT.
M.D.LXIII.

En el otro lado:

IOAN. BAPTISTA ARCHITECTVS.
IX. KAL. MAII.

Hecha esta hacienda, se volvieron al pueblo todos con grande alegría y sucedió que, al tiempo de asentar la piedra el Vicario y el Arquitecto y Andrés de Almaguer, y otros, llamaron al obrero mayor fray Antonio de Villacastín para que les ayudase a ponerla, y dijo con aquella entereza que hasta hoy día ha guardado: «Asienten ellos la primera piedra, que yo para la postrera me guardo», y así se lo concedió Nuestro Señor, pues ha ya treinta y nueve años que la asentó y le ha conservado Dios entre mil peligros con admirable fortaleza y vigor hasta este año de 1602.

Hicieron luego relación de esto al Rey don Felipe; holgóse mucho; determinó que luego aquel verano se asentase la primera y fundamental piedra del

templo con la solemnidad y ceremonias santas que la Iglesia tiene determinadas.

Partió de Madrid, acompañado con los caballeros y criados de su casa que hemos dicho, trayendo también consigo a don fray Bernardo de Fresneda, su confesor, Obispo ya a esta sazón de la iglesia de Cuenca, religioso de San Francisco, y a fray Francisco de Villalba, su predicador, profeso de San Jerónimo de Zamora. Llegó a El Escorial, y determinó que el día de San Bernardo, 20 de agosto del mismo año 1563, se asentase la primera piedra.

Subió al sitio este día a las tres de la tarde, acompañado del Prior fray Juan de Huete, del Vicario y todos los demás religiosos, oficiales y maestros de la fábrica. Estaban aderezados tres altares en la parte señalada, donde se había de edificar la iglesia: el uno, con una cruz grande en el mismo lugar donde había de ser altar mayor; el otro, al lado del Evangelio, con un Crucifijo que había sido del Emperador Carlos V, y el otro, de Nuestra Señora, junto al lugar donde se había de asentar la piedra fundamental, que es al lado de la Epístola, junto al altar de las reliquias de nuestro padre San Jerónimo, arrimada algún tanto a la reja por donde se sale de la sacristía a la iglesia. Hízose también un sitial donde estaba asentado el Rey en tanto que se hacía el oficio.

Vestido el Obispo de pontifical, comenzó aquellas santas y divinas ceremonias que sería bien no las ignorásemos tanto los cristianos, a lo menos los que nos preciamos, como dicen, muy del asa y de la casa de Dios, pues están tan llenas de misterios. Por lo menos, será bien advertir que no lo ha Dios por las piedras, y pues es esta materia tan propia nuestra, y no hay de ella escrito cosa alguna que no haya visto en la lengua castellana, no será fuera de propósito, tratando de una fábrica santa, advertir siquiera de paso algún misterio de sus santificaciones, pues tiene todas las que puede tener. La piedra fundamental, que se llama en lengua latina *Primarius lapis*, que sólo la bendice el Obispo, ha de ser cuadrada y angular, y de ordinario pequeña, que puede traerla en la mano el dueño y señor de la fábrica, y así lo era ésta. Estaba encima de un altar raso, cubierta con unas toballas y pintada encima una cruz colorada; bendice el Obispo el agua que ha de echar en ella y, después de haber cantado algunas Antífonas y Salmos que encierran en sí el misterio que la piedra significa, llega el Obispo y con un cuchillo hace en ella cuatro cruces, por todas las cuatro esquinas o ángulos y, dichas otras Antífonas y Salmos, la manda asentar a los Arquitectos y oficiales.

Después camina por los cimientos que están abiertos, echando agua bendita, cantando el clero que se halla presente Himnos y Salmos y por sus tercios dice ciertas oraciones, hasta que da la vuelta y torna al mismo lugar donde partió, y allí da la bendición al pueblo y le despide.

Esta es la suma de la bendición y asiento de la piedra fundamental de los templos, figura expresa de Jesucristo, a quien llama San Pablo fundamento cuando dijo que, como prudente Arquitecto, había puesto este fundamento, advirtiéndonos luego mirase cada uno lo que sobre él edificaba, y el mismo Señor se llamó piedra puesta en la cabeza, o en el principio del ángulo, y en otros cien lugares, y así nos llaman los dos Príncipes de la Iglesia, San Pedro y San Pablo, casas y templos espirituales, y piedras vivas, y otros nombres de esta manera, que declaran el misterio divino, y queda entendido lo que dice el profeta Zacarías, que sobre esta piedra estarían puestos siete ojos, significando el cuidado y vigilancia continua que tiene Dios de estos templos espirituales, que se edifican sobre la piedra fundamental, que es Cristo, y así habíamos de despertar, siempre que entramos en estos templos y miramos sus fundamentos, la consideración de lo que en nosotros pasa, porque, si no nos dormimos, promete el Señor luego allí por su Profeta de polir, hermoear y llenar de riquezas y joyas de virtudes y dones este edificio; que aunque se entienda de toda la Iglesia en común, también se entiende, y con igual propiedad, de cualquier cristiano en particular. Y es bien advertir que este mismo año y casi en el mismo mes que se puso la primera piedra de este templo que dijimos ser propio símbolo de Jesucristo (como lo dijo el Profeta), se remató y se puso la postrera del sacro Concilio de Trento, que parece a la que vio el mismo Profeta en las manos de Zorobabel después de edificado el templo, que allí llama de estaño, y mirada la propiedad del original hebreo, quiere decir de apartamiento o reprobación, que cuadra con lo del Salmo: La piedra que reprobaron los que edificaron, se puso por cabeza y remate del ángulo o de la cúpula. Cuarenta y seis años se tardó en edificar el templo de Jerusalén la segunda vez por Zorobabel y se tardó otro tanto en el Concilio Tridentino, si lo miramos desde su origen, que fue de la herejía de Martín Lutero, año 1517, en tiempo de León X, y se acabó en el 63, en tiempo de Pío IV. Reprobáronle los protestantes de Alemania, reprobóle Enrique VIII en Inglaterra y Isabela, su hija; resistióle también en muchas cosas Enrique, Rey de Francia; abrazóle con suma reverencia Felipe II, Rey de España, y para confirmación y guarda de sus santos estatutos y dogmas, puso la primera piedra de un alcázar y templo de San Lorenzo, donde se habían de eternizar y obedecer para siempre.

La ocasión de los cimientos y primera piedra nos ha hecho decir todo esto. Quiso también el prudentísimo Príncipe que se hiciese luego un hospital donde se curasen los peones y otra gente pobre que trabajaba en esta fábrica, y primero los proveyó a ellos de este socorro y abrigo que a sí mismo de aposento. Alquilóse una casilla, la que pareció más a propósito para esto, donde se pusieron diez u once camas y, como fue creciendo el número de la gente, se fue aumentando, hasta que, después, creció tanto que vino tiempo que llegó a tener más de sesenta, donde eran tan bien servidos, que muchos, con sólo el regalo y limpieza, sin más medicinas sanaban.

Consideraba el santo Rey que esta no era gente forzada ni pagana, no gebuseos ajenos de la casa de Israel, como lo fueron muchos millares de hombres que trabajaron en el antiguo templo de Salomón, sino cristianos que aquí con el sudor de su rostro ganaban el sustento de sus vidas; mirábalos como a propios hermanos, no permitiendo que los importunos sobrestantes los sacasen de su paso, sino que fuese lo que ganaban más limosna que jornal, como en la verdad lo ha sido siempre, y aun es la causa de que la obra como tan acepta a Dios haya tenido tal fin. Por esto no estimo en mucho las fábricas que hicieron los romanos y otra gente pagana y bárbara, porque las levantaron, como tiranos, a costa de la miserable gente cautiva, sujeta, forzada, sin darles otra paga ni satisfacción que palos y muerte; y como la sangre de los inocentes llama siempre con incesables voces a Dios y pide venganza, no es maravilla que tan miserablemente hayan perecido y que apenas se descubran las cenizas de aquella vanidad soberbia y tirana.

DISCURSO IV

Prosíguese la fábrica de San Lorenzo el Real, en lo espiritual y temporal; los primeros claustros que en ella se levantaron y los religiosos que fueron viniendo a su fundación, y otros particulares dignos de advertirse.

Cuando los antiguos, que sabían tanto y procedían en sus cosas con tanta consideración, fundaban sus colonias, hacían una junta para echar el surco por donde habían de ir los muros de la nueva ciudad que querían edificar. Esta junta era de una vaca y un buey; a la parte de dentro del muro que se señalaba iba la vaca, y el buey a la de fuera, como se ve ahora en muchas medallas y monedas antiguas, significando que de las paredes adentro toca a la hembra la guarda de la casa y de la hacienda y crianza y buenas costumbres de los hijos y criados, y de los muros afuera pertenece al varón la granjería, el trabajo y la labranza, la fuerza y la defensa y otras cosas de varones.

Así le ha acontecido a esta nueva fundación y colonia santa del monasterio de San Lorenzo, que con la feliz junta del católico Rey don Felipe y de la religión de San Jerónimo: en lo de dentro, en costumbres santas, buen ejemplo, vida espiritual, letras, multitud y buena crianza de hijos, ella se ha dado buena maña; Y en lo de fuera, en grandeza, majestad, fortaleza, hermosura y perfección hace raya entre lo mejor que conocemos, por el

fuerte amparo y brazo de su fundador, como lo iremos descubriendo desde este discurso adelante. Y porque se vea de cuán humildes principios se fue levantando todo esto y de camino se conozca la insigne piedad y devoción del Rey don Felipe, diré brevemente el estado que en este año de 63 tenían las cosas.

Era la casilla en que los religiosos vivían harto pobre, y en ella hicieron unas estrechas celdas; escogieron un aposentillo para capilla; el retablo fue un Crucifijo de carbón pintado en la misma pared, de mano de un fraile que sabía poco de aquello; tenía por cielo, porque no se pareciesen las estrellas por entre las tejas, una mantilla blanca de nuestras camas, la casulla y el frontal eran de una cotonía vieja, y aquí celebraban sus sacrificios los religiosos, y con poco mejor estado estaba el palacio del Rey.

Acudía algunas veces desde El Pardo que, como estaba cerca, cuando no cataban, le veían allí con cuatro o cinco caballeros no más; aposentábase en casa del cura y sentábase en una banqueta de tres pies, hecha naturalmente de un tocón de un árbol, que la vi yo muchas veces cuando iba a oír misa a esta capilla que dije; porque estuviesen con alguna decencia, rodeaban la silla con un pañuelo francés, que era de Almaguer, el contador, que de puro viejo y deshilado daba harto lugar para que le viesen por sus agujeros. Desde allí oía misa y podía bien, porque estaba todo tan estrecho que fray Antonio de Villacastín, que servía de acólito, hincado de rodillas, llegaba con sus pies a los del Rey.

Jurábame llorando este siervo de Dios que muchas veces, alzando los ojos a hurtadillas, vio por los del Rey correr las lágrimas: tanta era su devoción y ternura mezclada con alegría viéndose en aquella pobreza, y considerando tras esto aquella idea tan alta que tenía en su mente de la grandeza en que pensaba levantar aquella pequeñez del culto divino. Y pues ya llegué a tocar en esto, diré otras cosas en que se conozca la afición, devoción y modestia grande de este Príncipe.

Edificóse allí luego, en la misma casa, por tener algún espacio, como convento donde se acomodaron los religiosos en celdillas harto estrechas; hízose una capilla razonable que servía de iglesia y, por estar en su compañía, mandó el Rey le hiciesen también allí un aposento; acomodáronlo de suerte que desde él podía oír los oficios divinos, misas y sermones; otras veces se salía al coro o tribunilla con los religiosos y, como todo era tan estrecho, forzosamente estaban hombro con hombro y, de verse así, más de una vez a él y a ellos se les venían las lágrimas a los ojos, aunque los unos y los otros procuraban encubrirlas o sorberlas. Aquí, por algunos años, probó el devoto monarca la pobreza de Bethlehem y del pesebre de Jesucristo, para después gozar con merecidos gustos la representación de su grandeza y gloria en este espacioso templo y convento.

Aconteció, una víspera de San Pedro, que los frailes pusieron una campanilla para llamarse y hacerse señales al coro; la primera vez que la tañeron fue para los maitines de esta fiesta, a prima noche; oyóla el Rey, que aun se estaba aposentando en aquellos pobres palacios del cura y, sentado en aquella natural trípoda, mejor que la de Apolo para adivinar grandes cosas; preguntó a Miguel de Antona, un hombre de placer que traía consigo, dónde era la campanilla que sonaba; respondióle que en el convento tañían a maitines; sin más aguardar, se levantó y fue allá, siguiéndole sólo este hombre; entró en la capilla, hizo oración, halló un labrador sentado en un banquillo y, en la parte que de él sobraba, se sentó el modestísimo Príncipe; así estuvieron juntos un rato, hasta que se juntaron los religiosos y Miguel hizo señal para que bajasen a abrirle; bajaron y subió a la tribunilla a oír maitines, estando hombro con hombro con los religiosos; para levantar fábrica tan alta y ver tan feliz remate menester eran actos de humildad tan profunda.

Otra vez, estando ya en el aposento que mandó labrar para sí en esta casa, y viviendo juntos él y los religiosos en ella, supo que habían traído un libro de los de canto llano para los oficios divinos, habíanle puesto en el facistol aquella noche para decir los maitines; tuvo tanta gana de verlo, por ser el primero, que, después de recogidos los religiosos, entró a gatas por una ventana que salía de su aposento al coro, alumbrándole Santoyo con una candela; andaba el Prior mirando, como es costumbre, si estaban los frailes recogidos, y como vio luz en el coro, entró a ver quién era y halló al Rey dentro y cogióle con el hurto, de que sin duda se puso colorado, porque era de entender que había entrado por la ventana; menudencia fue para tan grande Príncipe, mas evidente señal de su codicia, curiosidad y deseo santo y pío.

Mostrólo también en otras muchas ocasiones, que se irán tocando de camino, ni me extrañare de referir estas pequeñeces, que en Príncipes tan grandes son de mucha consideración.

De Agesilao, refiere Plutarco que jugaba con los muchachos para instruirlos en los ejercicios militares que quieren imitar en aquella edad tierna; y lo más importante a nuestro propósito, de David nos refiere la Santa Escritura que no se desdeñó de ponerse el efod, que era como un alba de las que decimos misa, y de ir danzando delante del Arca del Señor.

La Orden iba enviando religiosos de los que parecían más a propósito para el aumento de esta fundación. Estaba en el colegio de Salamanca fray Juan del Espinar, con título de Rector, profeso de Nuestra Señora de Guadalupe, natural de El Espinar; hombre que, a juicio de todos, tenía habilidad e inteligencia en cosas de hacienda, pareció era a propósito para esto; dieron parte de ello al Rey, y vista la buena relación de su persona, holgó que le trajesen para que administrase la hacienda; vino y

entregósele toda; comenzó a comunicar con el Rey, y cobróle tanta afición que no había puerta cerrada para él, porque conoció un alma verdaderamente de fraile muy observante y religioso, en quien ni el favor ni la privanza, que descompone a los muy fuertes, jamás hicieron levantar un punto el pie ni los pensamientos más de lo que la modestia religiosa le había enseñado, y probóse esto con un largo discurso de vida, buen ejemplo y limpieza hasta la muerte, desengañándonos a todos que sabía harto más de ser humilde, pobre y buen fraile, que no de tratar hacienda y cosas temporales.

Vino luego, y junto con el padre fray Francisco de Segovia, profeso de San Jerónimo, de Granada, el primer predicador que aquí envió la Orden, varón de mucho espíritu y que con su doctrina y ejemplo hizo mucho fruto en todos estos lugares comarcanos; porque aun vive no quiero decir más; vinieron también otros religiosos de Zamora y otras casas, con que aun en aquella casa pequeña y de prestado se iba fundando, levantando, y con mucha religión y buen ejemplo, el edificio espiritual; lo material de las paredes y fábrica se comenzó por la torre que llaman del Prior, que es la esquina que mira entre Levante y Mediodía, y porque algunos gustarán de entender cómo fue procediendo, quiero advertir que, aunque los perfiles y la planta general en lo que toca al cuadro de toda la casa fue siempre el mismo, en lo demás ha habido grande mudanza y, así, fuera bien mostrar la diferencia en este principio.

Pretendió el Rey hacer una casa para cincuenta religiosos no más y, junto con ella, otra casa para sí, donde se aposentasen suficientemente no sólo él y la Reina y otras personas reales, sino sus caballeros y damas; en medio de estas dos casas había de ponerse el templo, donde concurriesen unos a celebrar el oficio divino y otros a oírlo; para esto dividió el arquitecto Juan Bautista el cuadro o cuadrángulo en tres partes principales; la de en medio quedó para el templo y entrada general.

El lado que mira al Mediodía dividió en cinco claustros, uno grande y cuatro pequeños, que juntos fuesen tanto como el grande.

La otra parte tercera dividió en dos principales: en la una hizo el aposento para damas y caballeros, y la otra quedó para que sirviese de oficinas a la Casa Real y al convento, cocinas, caballerizas, graneros, hornos y otros menesteres, y, en la parte que mira al Oriente, sacó fuera de la línea y fundamentos, que vinieron corriendo de Norte a Sur, la casa o aposento real, para que abrazasen por los dos lados la capilla mayor de la iglesia y pudiesen hacerse oratorios y ventanas que estuviesen cerca del altar mayor.

Ésta es así en común la primera planta del edificio que trajo Juan Bautista, que hace poca diferencia de la de ahora; la montea se trocó mucho, porque los cuatro cuadros o claustros no tenían más de un suelo levantado y de un alto y con sólo dos órdenes de ventanas por de fuera, y el claustro grande tenía tres órdenes, aunque las unas eran fingidas, y en el remate del claustro grande,

porque las agujas de los tejados no eran iguales hacia dos torres, de suerte que, fuera de las cuatro torres de las esquinas que se ven ahora, tenía otras dos: una en medio del lienzo de Mediodía, que dividía el claustro grande de los cuatro pequeños, y otra en el lienzo del Norte, que dividía la casa de los caballeros de las oficinas comunes. Sin estas tenía otras dos torres a la entrada principal de toda la casa en el lienzo de Poniente, y otras dos a los lados de la capilla mayor de la iglesia, que caían sobre el aposento real, donde se habían de poner las campanas, como se ve en la traza y modelo de madera que hoy se guarda en este convento.

Sin estas principales diferencias, había otras más menudas en la forma de los claustros y cimborios. No hace mucho al caso la noticia de ellas.

Parecióle luego al Rey que no igualaba esta traza a sus deseos, que era cosa ordinaria un convento de San Jerónimo de cincuenta religiosos, y que, conforme a sus intentos y la majestad del oficio divino que pretendía resplandeciese aquí y para las memorias que se habían de hacer por sus padres era pequeño número, acordó que fuesen los religiosos ciento y el convento fuese el más ilustre que hubiese en España, no sólo de religiosos de San Jerónimo, sino de las órdenes monacales.

Pidió parecer a algunos maestros de Arquitectura sobre cómo se podría hacer esto. Unos decían que se mudase la planta; otros, que se hiciesen nuevos claustros, y otros daban otras trazas.

Fray Antonio de Villacastín, el obrero principal, dio en lo que ahora se ve, que, sin mudar la planta el edificio, se levantase en alto otro tanto más, pues los cimientos que estaban sacados lo sufrían, y, doblándolo todo, habría para cien religiosos donde no cabían sino cincuenta. Correría la cornisa de toda la casa alrededor en un nivel; vendrían todas las aguas y tejados iguales; las fachadas por de fuera serían más hermosas, y todo el edificio cobraría doblada majestad y grandeza.

Satisfizo a todos su parecer, que sin duda fue digno de la claridad y grandeza de su ingenio y así se fue prosiguiendo, y por otros pareceres semejantes que ha dado este siervo de Dios se ve una de las más acabadas y bien acertadas fábricas que se sabe haya habido en Europa.

Estaba ya a este punto hecha la casa del refectorio y la cocina, y aunque toda la casa se mejoró con este aumento, aquella pieza quedó pequeña sin remedio.

Los primeros dos claustros que se edificaron fueron el de la iglesia pequeña y el de la enfermería, que así se dispuso una forma de monasterio, con las celdas, partes, oficinas que bastaban para un moderado convento, teniendo intento Su Majestad que, en acabándose esto, se pasasen los religiosos, que vivían en el pueblo, al nuevo monasterio.

Trazóse una iglesia pequeña, aunque muy devota; levantaron el coro en una parte de esta iglesia, conforme a nuestra manera de vida, y debajo de él estaba el aposento del Rey, que era una celda y un pequeño retrete, con una tribunilla harto pequeña, desde donde oía la misa mayor y los oficios divinos.

Entre tanto que todo esto se iba haciendo, vivían los religiosos donde hemos dicho. Compró luego las dos dehesas de que hice arriba memoria: Fresneda y Herrería, de que trataremos en su discurso particular.

El año 1565, a 25 de junio, murió el padre fray Juan de Huete, primer prelado de esta nueva Fundación. Era ya viejo y, como dije, enfermo, a quien hace mucho mal la mudanza de los lugares y de los aires. Fue siempre religioso de gran ejemplo, en quien se conservaba el olor de la mucha religión de aquella casa de Montamarta, que ya estaba trasladada a Zamora. Acabó santamente el discurso de su vida, dando mucho ejemplo de paciencia en medio de los continuos dolores de sus ayes. Fue Prior dos años y tres meses y, lo más del tiempo, estuvo en la cama padeciendo las penas de la gota. Depositáronle en aquella capilla, que aun a esta sazón no estaba bendita para trasladarle a su tiempo arriba.

Sabido por el Rey su tránsito, escribió al General de la Orden dándole a entender era su gusto sucediese en el oficio de Prior el padre fray Juan del Colmenar, Vicario del mismo convento, estando satisfecho de su prudencia y religión. Envió luego el General la confirmación y, aunque el electo se excusó, porque era humilde, no le aprovechó nada, y fuele forzado rendirse a la voluntad y poder de dos tan fuertes brazos. Confirmóle el padre fray Pedro de Ávila, confesor de la Princesa doña Juana y profeso del Parral, a 30 del mismo mes. Vino luego por Vicario el padre fray Juan de Badarán, profeso de Nuestra Señora de la Estrella, varón religioso, venerable y de mucho marco; había sido Prior en su casa años. Tuvo de él Su Majestad mucha satisfacción y, si no muriera tan presto, sin duda le hiciera Prior de esta su casa. Acabó santamente la vida en el monasterio de Frex del Val, habiendo ido por ciertos negocios de su tierra, el año 1568.

Sucedió en el oficio el padre fray Miguel de Santo Domingo, profeso de la Victoria de Salamanca, y también había sido Prior en San Miguel del Monte, religioso de mucha observancia.

Vinieron también a esta sazón otros religiosos de cuenta, que por ser de los primeros fundadores, no es razón pasarlos en silencio. De la Mejorada vino fray Alonso de Madrid, hombre inteligente y para mucho, y en el siglo había sido criado de Su Majestad. Junto con él y profeso de la misma casa, fray Andrés de León, el primero que con gran ingenio y casi sin maestro enseñó en España la perfecta pintura que llamamos iluminación, que de ordinario se hace en membranas, de quien todos después acá han aprendido: no sé si alguno le ha igualado. Tuvo por discípulo y criole desde sus primeros años a fray Julián de Fuente el Saz, profeso de este convento que, si con el primor del

labrar y el colorido igualara el dibujo, tuviéramos en España un nuevo don Julio de Clovio.

Tras estos llegó luego el padre fray Juan de San Jerónimo, profeso de la Victoria de Salamanca y el primer Prior que eligieron los hijos de aquella casa, conocidos en la Universidad por su púlpito y letras. Ejercitose en predicar con mucha fuerza y espíritu hasta la vejez, y también fue el primer hijo profeso que tuvo esta casa por Prior. Súfraseme escribir estas menudencias, por ser fundación de piedras espirituales, que bien habían de callarse si escribiera otra historia.

DISCURSO V

Anéjase la Abadía de Parraces y otros beneficios; pide el Rey al Capítulo general algunas cosas, recíbense las primeras reliquias, profesan algunos religiosos de la Orden, bendícese la capilla de El Escorial y otros sucesos.

Las fábricas grandes tienen partes y miembros grandes y no se pueden dejar en olvido sin hacerles agravio.

En ésta hay mucho de esto, porque, dejada aparte su grandeza, es un agregado o junta de tantas cosas y una mezcla tan nueva, que no sé ejemplo ninguno de los antiguos y modernos con quien compararlo ni de dónde tomar estilo. Así también voy procediendo de una manera desusada, guardando, por una parte, las leyes de historia, que pide se cuenten las cosas como fueron sucediendo, y, por otra, tengo necesidad de adelantarme y de posponerme y hacer del pintor y del arquitecto, salir a cosas de Palacio y retirarme a la Iglesia, pasarme a las casas reales y recogerme en el coro, tocar las cosas de las armas y acudir luego a las letras.

¿Cómo saldré de tantos laberintos? No sé. Procuraré, a lo menos, que no quede cosa entrincada ni oscura, así para mis religiosos, a quien particularmente enderecé esta historia desde sus principios y por quien me derribo a muchas menudencias, como para los de fuera que quisieren algún rato saber lo que fue esto.

Dije que, desde sus principios, tuvo intento nuestro gran Fundador en que en esta su casa hubiese ejercicio de letras, no sólo humanas y filosóficas, sino también teológicas, así de las que se llaman de escuelas, como de las positivas y Escritura Sacra. Para la ejecución de esto le deparó Dios una singular comodidad. Estaba en el Obispado de Segovia, a cinco leguas de aquella ciudad, una Abadía antigua, que llaman Nuestra Señora de Parraces, donde el Abad y Canónigos profesaban la regla de San Agustín

(no trato aquí de propósito su fundación porque se hará particular discurso de ella; lo que basta para el proceso tocaré sencillamente). Los Canónigos habían tratado con el Rey que los pasase a la villa de Madrid y llegó esto tan adelante, que se trajo Bula del Papa Pío IV para la ejecución. Después, por otras justas y nuevas razones, se mudó de parecer. Alcanzó Su Majestad otra Bula del Papa Pío V por la cual anejó al monasterio de San Lorenzo esta Abadía.

Dicen fue mucha parte para esto el doctor Velasco, que entonces, por ser hombre de gran talento, docto y experimentado, valía mucho con el Rey y así le debe esto el convento y la Orden, y es razón se lo agradezcamos.

Vino cometida la anexión al Nuncio y al Obispo de Cuenca. Hechos los autos requisitos, la concluyeron, y tomó la posesión por este convento el padre fray Juan del Espinar el año 1567, a tantos de enero.

El Rey hizo recompensa a los Canónigos y racioneros, a unos con pensiones y a otros con dignidades, aunque ya a este tiempo no había más de dos Canónigos profesos: tan acabada estaba esta casa de aquello que fue en sus principios.

Celebróse este mismo año Capítulo general en nuestra Orden. Entre otras cosas que veremos luego, pidió en él Su Majestad enviase allí veinticuatro colegiales: doce para oír Teología y otros tantos para comenzar a oír el curso de Artes. Tenía ya proveídos tres Catedráticos: dos para leer Teología, Prima y de Vísperas, y otro para dar principio a las Artes. Quiso que también tuviese un Seminario o Colegio de Gramática, donde se practicase lo que había ordenado el Santo Concilio de Trento en la sesión 23, y animar a los Obispos a la ejecución de ella con su ejemplo. Estos fueron otros veinticuatro muchachos de doce años arriba, dioles dos maestros, y uno que llaman preceptor, y otro repetidor para la Gramática y Retórica y, para las buenas costumbres, ordenó que los gobernase un religioso, cual el Rector de este Colegio quisiese, para que juntamente lo deprendiesen todo: letras, costumbres, canto y todo lo que toca al culto divino. Podrá ser adelante hagamos de esto más particular mención.

El primer Rector de este Colegio fue el padre fray Francisco de la Serena, profeso de Santa Catalina de Talavera y a la sazón Prior del Almedilla. Comenzáronse a entablar los estudios un día después de San Lucas del mismo año 67 y hanse proseguido hasta hoy con todo el cuidado posible, porque es uso de esta religión ser muy constante en las cosas que una vez abraza.

El fruto que se va siguiendo de este colegio luciera más en los ojos de afuera si la modestia de nuestro instituto no lo estorbara. Con todo eso, no puede encubrirse tanto que muchos no lo echen ya de ver. Pidió, como dije, el Rey en el Capítulo general algunas cosas para su nuevo convento, que iba creciendo con felicidad. Envió con ellas al doctor Velasco, del Consejo y Cámara de Su Majestad.

Entró en el Capítulo estando toda la Orden junta y presentó la carta de dotación del convento, hecha a la Orden, y en particular al Prior y frailes de él, para efecto que, sí leído a la Orden le pareciese bien, la aceptasen e incorporasen en sí como una de las otras casas, y, si no, respondiese lo que bien les estuviese.

Hecho esto, se salió del Capítulo para que todos dijese con libertad su sentir. El General y Definidores habían ya muy en particular visto la carta y, por ser larga y no poderse leer sin fatigar mucho a la Orden, hicieron una sumaria relación de los puntos más principales.

Enterados en ellos, dieron su consentimiento plenísimo humillando sus cabezas, alabando a Dios por ver un ánimo real tan lleno de piedad y celo divino y por la singular devoción que a la Orden mostraba, significando esto, con el semblante, todos; con las palabras, algunos de aquellos más ancianos Priors.

Dieron luego poder cumplido para que se hiciesen las escrituras necesarias al acto de la aceptación, y firmáronla de sus nombres. Tras esta carta, propuso otros particulares en favor del mismo convento. No los diré todos. Referiré algunos sumariamente: que Su Majestad pedía a la Orden, cuando la casa llegase a tener número de cuarenta frailes, la eximiese de título de casa nueva y le diesen la elección de Prior y de los demás oficios, como las antiguas de la Orden la tienen, aun las que no llegan a tanto número de frailes (estaba este Capítulo también en la carta de dotación). Respondieron todos, sin faltar ninguno, que así le concedían como Su Majestad lo deseaba.

Desde este punto y llegando al número de frailes señalado, tuvo esta casa derecho a la elección y no se le pudo quitar sin particulares deméritos o culpas y, de no haberse ejecutado y puesto en práctica, se han seguido en ella no pequeños daños, en espiritual y temporal, que los lloran con hartas lágrimas sus hijos, ni las podrán enjugar tan presto, como no los elegían los frailes, el puesto honrado, las esperanzas grandes; los que vinieron de fuera (alguno digo), llamados por tan grande Monarca admitidos a su familiaridad, pudieron deslumbrarse algún tanto, que aun los muy perfectos corren peligro en este caso.

Pidió tras esto que el Prior no pudiese ser compelido a tomar algún oficio de la Orden, aunque fuese de Visitador general, ni aun General y cabeza de toda ella, y también se le otorgaron; que los que en este convento profesasen, como tuviesen ya cuatro años de hábito, se les concediese el voto que tuvieron en sus casas, que el Rector del colegio de Parraces no tuviese voz en Capítulo general y que, pues tenían conocida la gran afición que con esta religión tenía y lo mucho que pensaba hacer en ella, le dijese una misa cantada de Nuestra Señora el sábado segundo de los que caen en tanto que se celebra el Capítulo general por todos los días de su

vida y, después de muerto, una de Réquiem el lunes siguiente en el lugar de la del sábado, y le pusiesen en los conventos todos en la tabla de los bienhechores, pues lo era tan particular de toda ella.

Todo lo concedieron con mucha voluntad y aplauso, estimando y reverenciando la piedad y devoción que para las cosas divinas y para nuestra religión mostraba tan gran Monarca. Escribieron todo esto en el libro de los actos capitulares para perpetua memoria.

Al fin de este mismo año de 67, día de los Inocentes, se ganaba un Jubileo plenísimo y al devoto Rey le pareció era buena sazón para descubrir su pecho y su deseo, que era ver ya algún fruto, digo algunos hijos profesos, de su nueva Planta. Estaba muy satisfecho de los que en el monasterio de prestado vivían (digámoslo así) en su compañía, porque, aunque todos habían mamado en la leche de sus madres santas y buenas costumbres, la preferencia y la modestia de un tan modesto y santo Rey (así me atrevo a llamarle) era bastante a criar de nuevo religión aun en almas muy distraídas. Ejemplo y prueba de esto sean cuantos vivieron a su lado. Descubrió su pecho a su Secretario, Pedro de Hoyo. Él lo manifestó a los religiosos, certificándoles que hacían en esto a su Rey un muy grato servicio que lo deseaba entrañablemente, por tener de todos gran satisfacción y que, pues en esto no se prendaban para con Dios en cosa de nuevo, pues estaban ya sacrificados a él, no era mucho que por un Rey que manifestaba tan clara su afición para con ellos y para con su Orden, pasasen de un lugar a otro, y de una casa a otra, el altar del Holocausto y obediencia, a que estaban ya dedicados.

Estas y otras razones dijo en particular a cada uno el prudente ministro, que lo era mucho, Pedro de Hoyo. Halláronse todos como vencidos y atajados. Viéronse presos de dos tan fuertes lazos como son el amor y la gratitud que debían a tan grande Príncipe, no pudieron hacer otra cosa sino dar un libre y amoroso consentimiento a su voluntad. Viósele claramente en el rostro el gusto que de la respuesta había recibido.

Mandó al Prior fray Juan de Colmenar que se hiciesen luego todas las diligencias que en la Orden para esto se usan. Propuso a aquel pequeño convento que recibiese asimismo, esto era así en la sustancia y en el hecho; mas, porque se guardase la forma del derecho, proponía el Prior a cada uno de por sí, echando fuera del Capítulo al primero (que fue fray Juan del Espinar, Procurador) y, recibido, tornaba a entrar; salía el segundo y proponíale, y así de los demás.

Hicieron profesión y tornáronse a sacrificar de nuevo, el día, como dije, de los Santos Inocentes, por la ocasión del Jubileo, los primeros moradores y por serlo es bien poner aquí sus nombres: el primero fue fray Juan del Espinar, profeso de Nuestra Señora de Guadalupe, en nombre de Dios, porque se entre con buen pie; el segundo, el padre fray Juan de San Jerónimo, profeso de Nuestra Señora de la Victoria de Salamanca; el tercero, el padre fray Juan de

San Jerónimo de Guisando, Arquero, y que tenía el libro de la razón, y a quien se le debe lo que aquí voy dando de estos principios por haber sido cuidadoso en hacer memoria de todos estos particulares; el cuarto fue fray Francisco de Cuéllar, profeso de Nuestra Señora del Armedilla; tenía cargo de las canteras y de toda la piedra que se recibía; y el quinto, fray Antonio de Villacastín, profeso de la Sisle de Toledo, obrero principal, que ya a este tiempo era conocido y estimado su talento por el Rey en lo que merecía y admitido a muy particular trato, que sí puede permitir o imaginar el de un religioso humilde con un tan severo y grave Monarca; el sexto fue un hermoso lego que se llamaba fray Alonso del Escorial (que el nombre le bastaba, aunque no era de éste), profeso de San Leonardo de Alba, y el séptimo, que por estar ausente no pudo profesar este mismo día, fue fray Alonso de Madrid, sacerdote, hijo de la Mejorada; hizo profesión a 11 del mes de enero del año siguiente y, así, este convento de San Lorenzo comenzó con siete hijos: los cinco sacerdotes, un corista y un hermano lego.

No pongo en este número a fray Lorenzo de Monserrate, natural de Borgoña, de la ciudad de Bizançon, que hizo profesión mucho antes por el mes de marzo del mismo año de 67 y, aunque le recibió la mayor parte del convento, el año de noviciado, que es tan importante para esto, le pasó como él quiso, y aunque es verdad que traía el hábito, me parece más su posesión de donado que de fraile, y al fin no sé cómo se fue, porque ni era corista, ni lego, ni nada. Mostráronle Rey y Reina mucho amor; tenía mil habilidades en hacer perfumes, pastillas, adobos de guantes, almohadillas de flores y cosas de esta suerte; tuvo el tiempo que vivió a su cargo las cosas de la sacristía. El año de 1568, a 6 de enero, bendijo el Obispo de Cuenca, Fresneda, la capilla o iglesia pequeña de El Escorial con la solemnidad acostumbrada. Estaba presente el Rey y los caballeros que venían con él. Hizo el mismo Obispo un sermón harto discreto sobre la inmunidad de la Iglesia, encargándole la tuviese siempre en mucho y la hiciese respetar en todos sus Reinos.

Hizo también este convento algunas hermandades con otras cosas de la Orden en el mismo año, cosa santa y acostumbrada en las religiones, estrechando o, como si dijésemos, apretando con más fuertes nudos, no sólo la unión de cristianos, sino aun la de religiosos y hermanos, para hacer unos por otros particulares oraciones y sacrificios en vida y en muerte.

Sea lo postrero de este discurso el principio que se dio a un divino y celestial tesoro que en este convento se encierra, reliquias de muchos santos, en la mayor copia que se juntan en comunidad de la Iglesia; dejo aparte las como naturales de Roma, de Zaragoza y de otras semejantes a éstas, si las hay; hablo de las traídas y ajuntadas por celo santo y por

alguna pía y santa codicia. Ésta, sin duda, fue en el Rey don Felipe grande, de que haré adelante particular discurso, si se puede cifrar en uno: aquí sólo haré memoria del primer recibo. Luego cómo se puso aquella Iglesia de prestado en alguna forma y se bendijo, envió para consuelo y alegría de los nuevos hijos de San Lorenzo el brazo de tan santo patrón, porque quien pensaba tirar tanto en su servicio la barra, necesidad tenía de tan fuerte brazo. Está guarnecido en un brazo de plata, labor antigua que sin otro testimonio arguye verdad y probanza legítima. Andaba echando el pío Rey sus redes para tan buena pesca; ofrecieronle de la ciudad de Huesca buena parte de las reliquias del padre y madre del mártir español, Orencio y Pacencia, y de San Justo y Pástor, mártires de Alcalá; para el efecto escribió a fray Juan Regla, Prior de Santa Engracia en Zaragoza, de quien ya hicimos mucha memoria. El tenor de ella era éste, porque haga más fe:

«El Rey. Devoto Religioso y amado nuestro. Porque habiéndose de traer acá de la ciudad de Huesca ciertas reliquias de los santos Justo y Pástor y de los padres de San Lorenzo, es nuestra voluntad se haga con el menor ruido que fuere posible, y para ello habemos ordenado que hasta esa ciudad las traiga un Canónigo de la Seu de aquella ciudad y otro de Montaragón, y que vos las entreguen si ahí estuviéredes, y si no, a vuestro Vicario, advertímosvos de ello para que como ahí llegaren los dichos Canónigos, los recibáis juntamente con los testimonios que de allá trujeren, y hagáis de ello hacer acto; y sin abrir el cofrecillo donde vinieren, sino cerradas y selladas como os la dieren, y de allí algunos días nos las enviéis disimuladamente con un religioso de esa santa casa que os pareciere, a quien también las entregaréis con acto, y el mismo nos traerá todos los instrumentos y testimonios que sobre ello se habrán hecho, y los dichos Canónigos os habrán dado, en lo cual os habréis con el cuidado y celo que habéis siempre acostumbrado en las cosas de nuestro servicio, que en ello le recibimos de vos muy acepto. De Madrid, a 8 de octubre de 1568.»

Todo se hizo así, porque la instrucción iba con hartos recatos y circunstancias. El secreto no fue posible guardarse como el Rey mandaba. Parecía que venía algún correo o algún Ángel delante (caso milagroso) avisando del traslado del tesoro por todos los pueblos, cosa que afligía mucho al buen Prior, que deseaba cumplir a la letra la instrucción del Rey. Afirmaba el siervo de Dios (merece ser creído por su santidad más que mil testigos, pues los santos cuando dan testimonio no están solos) que, antes que llegase a los pueblos, le estaban aguardando en los caminos y en las puertas, y le rogaban les dejase adorar las santas reliquias de San Justo y San Pástor, que bien sabían que las llevaba; cosa que ponía en admiración al buen fraile, por haber tenido tanto recato en todo lo que había hecho. En Daroca le aconteció un caso milagroso a las cuatro poco más de la mañana; estando durmiendo, vido dos mancebos vestidos como de sobrepellices y hermosos a maravilla; llegaron a él y despertáronle diciendo: «Levántate. Digamos misa». Despertó al punto y

respondió, como si no durmiera: «Digamos por cierto». Levantóse y fue a la iglesia lleno de un alboroto del cielo y dijo misa de los santos mártires en el altar donde están los santos Corporales, que, con tal recuerdo y tales acólitos, bien se puede creer sería el holocausto bien ardiente. Desde aquel día, hasta que llegó aquí, jamás dejó de decir misa; tuvo siempre por cierto el siervo de Dios que sus acólitos fueron allí y en toda la jornada los dos santos mártires de Alcalá. Venía el arca en un machuelo y no sé quién le adiestraba que, sin gobernarle nadie, siendo el tiempo muy lluvioso y de muchos malos pasos, jamás tropezó en ninguno, y el Prior y su compañero sí, más de dos veces, y tras esto parece adivinaba, porque se iba derecho a las posadas donde había imágenes de San Justo y Pástor. En Alcalá de Henares se halló el Prior muy apretado, porque le dieron mucha prisa en llegando (no se sabe cómo lo podía saber ninguno, cuanto más tantos), para que se detuviese allí y pudiesen hacer algún servicio y adoración a sus divinos huéspedes y naturales. Cumplió con ellos como pudo de palabra, y medroso de no pasar del orden que le habían dado, madrugó y se vino sin ser sentido, dejándolos a todos lastimados.

Llegó al fin a San Lorenzo, digo a la Fresneda; allí la, entregó, haciendo sus autos al Prior fray Juan del Colmenar; desde allí las llevaron, con grande regocijo de todos estos pueblos comarcanos que acudieron con gran devoción a la iglesia pequeña del monasterio. Tras ella vinieron luego otras muchas, entendiéndose por todo el mundo la devoción que el Rey pío tenía en ellas, y cómo edificaba un templo y casa tan suntuosa; por servirle en esto, unos y otros; acudían de su voluntad.

Entre los primeros fue el Cardenal de Augusta, Otho Truchses; hízole un presente de ellas y envióselo con un padre de la Compañía; fuele muy grato y recibióle con mucho amor y agradecimiento; enviólas con el mismo padre al Prior de su convento; pusiéronlas en la misma iglesia de la Fresneda, en tanto que se aparejaba un solemne recibimiento.

Las reliquias eran tres canillas y huesos grandes de los tres apóstoles San Felipe y Santiago y San Bartolomé, precioso tesoro; una cabeza de Santa Undelina, mártir, Reina de Sicilia; otra de las Once mil Vírgenes; otra de un mártir de la compañía de los Thebeos; otra de uno de los compañeros de San Gereón, mártir, con un hueso de este mismo santo, y otro de los Santos Macabeos; todas con sus gravísimos testimonios. Hízoseles un recibimiento solemnísimos, a 28 de mayo.

Acudieron todos los curas y clérigos de los pueblos comarcanos: El Espinar, Robledo de Chavela, Valdemorillo, Navalagamella, Galapagar, Guadarrama, todos con sus danzas e invenciones, mostrando una alegría y devoción extremada; la gente fue mucha y en todos se vio un espíritu del cielo que los alentaba y hacía romper en alabanzas divinas, en lágrimas

ardientes, bastantes a mover y enternecer las peñas más duras de estas sierras.

Todo esto quisiera estorbar el enemigo de la salud del hombre: hizo todo lo que pudo o lo que se le permitió; no se descuidó jamás de mostrar la rabia que contra este santo templo concibió desde sus primeros principios, como ya en ellos lo advertí, y es bien se vaya siempre considerando; despertó al punto que movieron las santas prendas de la iglesia de la Fresneda, con la procesión para El Escorial, en medio del día más sereno, una tan repentina y furiosa tempestad que se oscureció el cielo y el aire, descargando de una nube negra aire y agua con tanto ímpetu, por espacio de una hora que le dieron de licencia, que parecía quería anegarlo todo. Rompió allí el coraje, tornóse a serenar el cielo y acabaron su procesión con extremada alegría.

Estas fueron las primeras reliquias y segundas con que desde luego se fue enriqueciendo este templo; no era razón pasar en silencio tan feliz entrada sin darles la enhorabuena.

DISCURSO VI

Renuncia el Priorato el padre fray Juan del Colmenar; sucede el tercer prior, fray Juan Hernando de Ciudad Real. Pásanse a vivir al propio convento de San Lorenzo. Bendícese la iglesia de prestado, con otros particulares de esta fundación.

Sentíase el siervo de Dios, fray Juan del Colmenar, cansado, viejo; como humilde y santo, medía sus pocas fuerzas con la grandeza de la carga, tanteo que le aciertan a hacer pocos viejos que no saben deshacerse de los oficios: no tienen otra excusa sino que caducan; de aquí le nacían, porque no podía cumplir con sus obligaciones, mil escrúpulos; importunó al Rey muchas veces y por largo tiempo que proveyese aquel oficio de Prior a quien pudiese dar mejor cuenta. Esta misma bondad, conocida del Rey, le hacía detenerse más en condescender con él, pareciéndole que quien con tan buen seso sentía la dificultad y con humildad quería salir de ella, por el mismo caso la merecía y era digno; al fin venció con la importunación y con el ruego al Príncipe. Échase luego de ver cuándo esto va de veras y no se envida, como dicen, de falso.

Condescendió con la petición justa; mandó al General de la Orden le admitiese la renunciación, y estaba el siervo de Dios bien prevenido porque la tenía días había en escrito en su poder, enviada del General, para que al punto que Su Majestad diese el consentimiento, él se diese por absuelto del oficio de Prior: fue lo cinco años y medio y, en todos, conforme a la edad y a las fuerzas, dio muy grande ejemplo; quisiera tornarse a Guisando, casa de su profesión,

para acabar en compañía de tantos varones santos como allí reposan en Cristo; no lo consintió el Rey; quiso que se quedase aquí, mandando que todos le sirviesen y regalasen en su última vejez y en sus enfermedades.

Fue, como dijimos, el primer religioso señalado y el primero que puso sus pies en este sitio el año 1562, y esta renunciación del Priorato se hizo el año 70, el postrero de diciembre; profesaron en sus manos, sin los siete que dijimos arriba, otros cuatro novicios que se criaron el año del noviciado en San Bartolomé de Lupiana.

Informóse el Rey de él qué persona le parecía en la Orden a propósito para encargarle este oficio; dióle noticia de algunos, que todos cumplieran bien con la obligación, señalándole más en particular al padre fray Hernando de Ciudad Real, Prior a la sazón de Nuestra Señora de Guadalupe, de que el Rey se holgó mucho, porque, habiéndose informado por otras vías el doctor Velasco, todos concurrían en el mismo y tenían razón, por ser hombre de muchas partes, docto, religioso, prudente, de valor y marco, experimentado en el gobierno, de buena edad y entonces con hartas fuerzas para este menester.

Con estas relaciones se determinó Su Majestad; escribióle a Guadalupe, mandándole aceptase el oficio de Prior de esta su casa. No pudo hacer otra cosa, por ver tan determinado al Rey; partió de Guadalupe para San Bartolomé de Lupiana, donde, por los recados y avisos que tenía del Rey, el General le confirmó en Prior de esta casa de San Lorenzo a 16 de enero de 1571.

Llegó a la villa de El Escorial y al monasterio pequeño que aun allí se estaba acompañado de cuatro religiosos que trajo consigo de su casa. Recibieron, pues, a su tercer Prior con mucha alegría los hijos y moradores que allí estaban, procurando servirle y regalarle para que se aficionase a la casa y a la tierra.

Aunque la fábrica no había caminado con mucha prisa, estaba ya levantado todo el lienzo que mira al Mediodía, cubierto y puesto en perfección, y los dos que miran a Oriente y al Poniente, hecha buena parte, de suerte que había mucha casa y aposento y las oficinas de mayor importancia, para poder habitar no sólo el convento, sino también Su Majestad y caballeros de su estado; bien que mucho de esto era de prestado y que se iban acomodando las piezas como iba el edificio creciendo; estaban hechos dos claustros de los pequeños y otros dos más que mediados, un lienzo del claustro grande y buena parte de otro.

Aquí se formó una iglesia pequeña con su coro y sacristía, la enfermería, botica, refectorio, cocina, necesarias y hospedería, lo mismo que se es ahora. Su Majestad tenía grande gana de verse fuera de la aldea, digo, de la villa de El Escorial, que ya se había mejorado mucho, y entrar en su

nuevo monasterio. Determinóse que, en todo caso, el día del Corpus Christi se celebrase allá la fiesta, y así se dieron prisa en todo.

El día de San Bernabé, 11 de junio de 1571, dijo la última misa cantada el Prior fray Hernando de Ciudad Real en la capilla del pueblo, asistiendo a ella Su Majestad con muchos caballeros, y a la noche se subió a dormir al aposentillo que se había hecho debajo del coro para, desde su ventana, oír las misas y oficio divino, aunque todo harto angosto y apretado, y tras él también subió el Prior con algunos religiosos.

El día siguiente se consumió el Sacramento de la capilla del pueblo con la postrera misa y se mató la lámpara. Subieron arriba todos los religiosos que quedaron y el 13 del mismo mes don fray Bernardo de Fresneda bendijo la iglesia y los claustros donde se habían de enterrar los religiosos del convento. Consagró muchas aras y predicó doctamente al propósito.

Quedó cansado de tantos ejercicios, no se atrevió a decir misa, y aun era tarde, por ser víspera de Corpus Christi; dijo fray Juan del Espinar la primera misa rezada en el altar mayor de la nueva iglesia, oyéndola el Rey y todos.

Luego, el día siguiente, día del Santísimo Sacramento, dijo el Prior la primera misa cantada en la iglesia. Acabada, se hizo la procesión por el claustro, que estaba bien aderezado. Llevó Su Majestad una vara del palio del Sacramento con los caballeros de su cámara: el Prior de San Juan, don Antonio de Toledo, don Pedro Manuel y otros.

Mandó luego el Rey que viniesen los novicios que en nombre de esta casa se criaban en San Bartolomé, que eran, ocho o nueve. Envióles desde Madrid mulas, porque la casa no las tenía. Vino con ellos su maestro y otros dos religiosos, que todos eran doce y mostraban bien en la mortificación y compostura la buena doctrina que en tan religiosa casa habían aprendido.

Llegaron aquí a 8 de agosto del mismo año, y luego otro día, a 9, llegaron una docena de religiosos de Guadalupe que, por consejo del padre fray Hernando de Ciudad Real, Prior, vinieron para acabar de poblar la casa y que hubiese cumplido número de frailes para el oficio divino y los otros ministerios necesarios.

Celebráronse las Vísperas de San Lorenzo con gran solemnidad y, otro día, a la misa, predicó el padre fray Francisco de Villalba, predicador de Su Majestad, profeso de Monta Marta, y vinieron los Seminarios de Parraces, y representaron el *Martirio de San Lorenzo* en una tragedia latina, y estuvieron todos muy regocijados; y el pío Rey mostró gran contento, porque veía ya alguna buena parte de sus intentos ejecutada, y cobró aliento para lo demás.

Tenía ya la Comunidad cuarenta religiosos, y había comodidad para llegar a cincuenta. Parecióle al Rey que era bastante número para que se continuasen los oficios divinos y se fuesen cumpliendo las memorias y aniversarios que tenía determinados por sí y por sus padres y las otras personas reales.

Llamó al Prior y tratólo con él y, así, desde el día de San Lorenzo se fue continuando todo esto, sin faltar punto hasta hoy, con el rigor y observancia de las costumbres santas de nuestra religión, como en la casa más observante de toda ella.

Este mismo año 1571 parece quiso el Cielo y el glorioso mártir Lorenzo engrandecer o, digámoslo así, gratificar a su devoto Felipe lo que por él hacía en la tierra. Estando el Rey en esta su casa, las Vísperas de la Octava de Todos los Santos, en el coro con sus frailes, le llegó la alegre nueva de aquella famosa victoria de la batalla naval contra la Armada del Turco, siendo General en ella don Juan de Austria, su hermano, hijo del gran Carlos V, cosa muy sabida de todos, en que no tengo que detenerme; sólo diré lo que otros no han escrito y es propio de este lugar.

Estando el Rey en el coro oyendo las Vísperas, entró don Pedro Manuel, caballero de su Cámara, alborozado. En el semblante y meneo se le conoció luego que había alguna cosa grande. Dijo a Su Majestad con voz alta: «Señor, aquí está el correo de don Juan de Austria, que trae la nueva de una gran victoria». No hizo el magnánimo Príncipe mudanza ni sentimiento, gran privilegio de la Casa de Austria, entre otros, no perder por ningún suceso la serenidad del rostro ni la gravedad del imperio.

Acabadas las Vísperas, llamó al Prior fray Hernando y mandó que dijeren *Te Deum laudamus* en hacimiento de gracias, con las oraciones que la Iglesia tiene para esto; fuele a besar la mano luego el Prior y darle la enhorabuena de parte de todo el convento; recibióla con alegre rostro y fuese a su aposento.

A la mañana mandó se hiciese procesión solemne, y salió a ella con todos los caballeros, y, a la tarde, una vigilia, con Misa de Réquiem el día siguiente, por los difuntos en la batalla, que todo arguye ánimo no menos valeroso que pío, y que tenía conocido cómo es el poder y la virtud y de qué mano venía la victoria.

Trajo el correo también, como por señas y despojo de grande estima, el estandarte real del Turco, tenido entre ellos en tanta reverencia como si fuera el Sacramento; dicen le había mandado traer de la casa de Meca para que, en virtud de tan preciosa reliquia, fuese su armada inexpugnable.

Echóse de ver su deidad en el suceso: la materia es como tejida de algodón y lino, la forma o figura como una sábana mediana, el campo todo blanco, y escrito por una parte y por otra de letras arábigas, mayores y menores, muchas de ellas doradas, lleno de círculos, cuadrados y triángulos que, entre otros errores de aquella perniciosa y maldita secta que tanto ha fatigado a la Iglesia, es que no admiten figuras ni imágenes vivas, y así usan de esta labor de círculos y cuadros y lazos y, en las orlas y centros,

letras en que de ordinario, como se ve en este estandarte, están muchas alabanzas de Dios, epítetos y atributos, llamándole omnipotente, sabio, misericordioso, alto, excelente, invencible y otros muchos de esta suerte, con que los engañó aquel astuto enemigo del nombre cristiano, persuadiéndoles que les había dado grande y clara noticia del verdadero Dios, no habiendo cosa más lejos de este conocimiento que la ceguedad suya. Pudiera poner aquí la interpretación toda a la larga si fuera cosa de importancia, porque guardamos aquí esta abominable joya, no para estimarla, sino para recuerdo de tan gran victoria, junto con los faroles o fanales de la galera capitana. Así lo quiso nuestro fundador para que se entendiese que le cogió aquí la nueva de la victoria.

Tras esto vino aun otro más alegre suceso para el Rey y para todo el Reino, que fue el nacimiento del Príncipe don Fernando, a 8 de diciembre, día de Santa Bárbara, del mismo año 1571, en el Alcázar de Madrid, primogénito de la Reina doña Ana, cuarta mujer del Rey nuestro Fundador, hija del Emperador Maximiliano y de la Emperatriz doña María, hermana del mismo Rey.

Fue grande el regocijo que hubo en toda España, por ser cosa tan deseada como necesaria para tantos Reinos, aunque se aguló de allí a pocos años este regocijo con su muerte, propio parto de nuestros pecados. Luego, el año de 73, mandó nuestro fundador que se comenzasen a trasladar los cuerpos reales, que estaban depositados en diversas partes de estos Reinos, a este tan célebre mausoleo que les iba levantando, viendo que el número de religiosos era ya suficiente para que todo esto se hiciese con la solemnidad decente.

Ordenó que los primeros fuesen el cuerpo de la Reina doña Isabel, su tercera mujer, y del Príncipe don Carlos, su hijo. Para esto envió una carta al Prior y convento, que, porque nos lo dirá todo de una vez, la pongo aquí a la letra:

«El Rey. Venerable y devotos padres, Prior, frailes y convento del monasterio de San Lorenzo el Real: Ya debéis saber que por nuestra orden y mandado estaban depositados los cuerpos de la serenísima Reina doña Isabel, mi muy cara y amada mujer, y del serenísimo Príncipe don Carlos, mi hijo, que sea en gloria, en los monasterios de monjas de la Madre de Dios de Consolación de las Descalzas y de S. Domingo el Real, extramuros de la villa de Madrid, por el tiempo que fuese nuestra voluntad, hasta que otra cosa proveyésemos, y porque ahora hemos ordenado que los dichos cuerpos se entreguen, como se ha hecho, a los reverendos en Cristo padres Obispos de Salamanca y de Zamora, electo de Sigüenza, del nuestro Consejo, y a los Duques de Arcos y Escalona, para que se trasladen y lleven a este monasterio, como lo hacen, y vos los entreguen, os encargamos y mandamos los recibáis luego en vuestro poder y pongáis en la iglesia de prestado de este monasterio, en la bóveda que está debajo del altar mayor della para que estén allí en depósito, y se haga escritura dello en la forma que convenga, hasta tanto que se hayan de enterrar

y poner en la iglesia principal del, en la parte y lugar que nos mandaremos señalar, que esta es nuestra voluntad. Fecha en El Pardo, a 6 de junio de 1573.»

Todo se hizo así con mucho aplauso y majestad: vinieron acompañando los cuerpos mucho número de religiosos de todas las órdenes que había en Madrid; vino también la Capilla Real y el Limosnero mayor, don Luis Manrique, y don Rodrigo Manuel, Capitán de la guarda de a caballo, con su gente.

No me detengo en contar la solemnidad con que se procedió en todo; sería crecer esta historia demasiado. Dichas las vigiliyas y misas y sermones, a cada uno por sí y en días diferentes, se depositaron donde estaba ordenado, hechos los autos de las entregas. En el ataúd de la Reina se puso una memoria que dice así:

«En este atahúd está la Reina doña Isabel, tercera mujer del Rey don Felipe nuestro señor, segundo deste nombre; fue hija de Enrico segundo y de doña Catalina de Médicis, Reyes de Francia, la cual murió en la villa de Madrid en la casa Real a 3 de octubre, víspera del bienaventurado San Francisco, año mil y quinientos setenta y ocho. Fue depositado su cuerpo en el monasterio de las Descalzas, y de allí fue trasladado a este monasterio de San Lorenzo el Real, a 7 de junio de 1573.»

En el del Príncipe, otro de este tenor:

«En este atahúd está el cuerpo del serenísimo Príncipe don Carlos, hijo primogénito del muy Católico Rey don Felipe, II deste nombre, nuestro señor, fundador deste monasterio de San Lorenzo el Real, hijo de la Princesa doña María, su primera mujer, el cual murió en la villa de Madrid, en el palacio Real, vigilia del Apóstol Santiago, a veinte y cuatro días del mes de julio de mil y quinientos sesenta y ocho, a los 23 años de su edad; nació a 9 de julio de 1545 en la villa de Valladolid; fue depositado su cuerpo en la dicha villa de Madrid, en el monasterio de monjas de Santo Domingo el Real, y de allí fue trasladado a este monasterio de San Lorenzo el Real, por mandado del mismo Rey su padre, a 7 de junio de mil y quinientos setenta y tres.»

Y porque se vayan mezclando muertes y nacimientos, el mismo año, hallándose aquí nuestro Fundador con la Reina doña Ana, su mujer, en la fiesta de San Lorenzo, a 10 de agosto, le comenzaron a tentar algunos accidentes de parto. Partiósese para Madrid, y llegando a Galapagar, a los 12 del mismo mes y a las doce de la noche, parió al infante don Carlos Lorenzo que este sobrenombre se le pego de tan buen vecino, y, luego, a 8 del mes de diciembre siguiente, se turbó toda esta alegría con la muerte de la Princesa de Portugal doña Juana, digna hermana de don Felipe II, dignísima hija de Carlos V, y de tanto valor en su manera como

entrambos, que es cuanto puede encarecerse. Murió en el aposento real de este monasterio. Cubriónos a todos de tristeza, y más a su hermano, porque la amaba tanto que no llegó su valor y entereza a poder disimular su sentimiento. No hizo menor efeto en la Reina, porque la tenía como a madre, y llegó a tanto, que la triste nueva le causó un accidente de calentura tan recio que resultó de él una quartana.

Lleváronla desde aquí con un solemnísimo acompañamiento a su monasterio de Descalzas, fundación suya tan ilustre que es conocida y famosa en toda Europa. Allí la enterraron con toda la majestad posible, aunque toda menor de lo que fue su valor y mérito.

También quiso Su Majestad que se trasladasen aquel mismo año, a 12 de diciembre, los huesos de los religiosos que habían muerto en el monasterio del pueblo, pues estaban no más que depositados, y allí no había ya Sacramento. Hízose a nuestro modo una solemne traslación, con las obsequias y sufragios debidos: tan atento estaba siempre el Rey a todo lo que es piedad con vivos y con muertos.

DISCURSO VII

La traslación que se hizo de los cuerpos del Emperador Carlos V y de la Emperatriz y Reina doña Juana, y Princesa doña María, y de las Reinas de Francia y Hungría, y otras personas reales.

Siendo uno de los principales motivos y fines de esta casa y fábrica levantar sepulcros a tan ilustrísimos héroes y príncipes, sería defecto o descuido pasar por esto ligeramente; así dedicaré este discurso a las traslaciones de los huesos y cuerpos imperiales y reales que mandó hacer el pío Fundador, descendiendo a algunos particulares, de que voy acertando en otras partes. Ahorraré también aquí de decirlo con mis palabras, pues tengo la forma misma del hecho dicho con las de su autor. Sea lo primero esta carta que escribió al Vicario y convento, porque el Prior estaba ausente:

«Devotos padres, Vicario y Diputados del monasterio de San Lorenzo el Real, que yo he fundado y edificado: Ya ternéis entendido cómo a principio del mes que viene llegarán a esa casa los cuerpos del Emperador y Emperatriz, mis señores, que sean en gloria, y de las demás personas Reales que he mandado trasladar y depositar en la iglesia de prestado de ella, conforme a lo que en la escritura de fundación y dotación tenía ordenado, y porque así en su recibimiento como en los sufragios que por sus ánimas se han de hacer, y en lo de más que ahí ocurriera, haya la buena orden y concierto que en semejantes actos se requiere, he mandado ordenar el memorial y instrucción que se os enviará con esta, señalado de mano de Antonio de Gracián, mi

Secretario, y otro papel aparte, del sitio y forma en que se han de colocar los atahúdes de los dichos cuerpos reales, en los lugares que por él veréis; y así os encargo que vista y lehída la dicha instrucción, hagáis que en todo y por todo se guarde y cumpla, dando asimesmo parte dello a las personas a quien tocare, para que todos tengan entendido y sepan lo que han de hacer, y procuraréis haya en todo la buena orden y recado que conviene, conforme a lo que se ordena por la dicha instrucción, que esta es nuestra voluntad. Del Pardo a 22 de Henero de 1574 años.— *Yo el Rey*.— Por mandado de Su Majestad, *Antonio Gracián*».

Síguese luego esta instrucción. La orden que Su Majestad manda se tenga en su monasterio de San Lorenzo el Real, y en la entrada y recibimiento de los cuerpos reales del Emperador y Emperatriz, Reina doña Juana y Princesa doña María, nuestros señores, y de las Reinas de Francia y Hungría, que estén en gloria, y de los señores Infantes don Fernando y don Juan, cuya traslación al presente se hace, y las misas y sufragios y otros divinos oficios que por sus ánimas se han de hacer por los religiosos del dicho monasterio y otras personas, es la siguiente: no la pondré aquí toda en sus formales palabras, sino la ejecución de ella, que no excedió un punto de lo que se mandó. El Obispo de Jaén y Duque de Alcalá, que trajeron a su cargo los cuerpos del Emperador, Emperatriz y Princesa, Reina de Francia e Infantes don Fernando y don Juan, entraron tres días primero que los que vinieron de Valladolid, como se dirá adelante. Vinieron con gran acompañamiento, así de personas eclesiásticas y religiosos de diversas Ordenes como de seglares y gente noble, e hicieron por el camino grandes gastos; no es de esta historia descender a todos los singulares; sirva como de episodio en esta tragedia de muertes tan ilustres (si se sufren episodios en historias) un dicho que a propósito de estos grandes gastos dijo un cortesano al sobrino del Obispo de Jaén, en quien (aunque no lo creo) decían quería fundar un mayorazgo por la fama de que tenía mucho dinero: «Páreceme que vuestro tío lleva unos huesos que tendréis vos que roer toda la vida». El Duque, pues, y el Obispo de Jaén (poniendo en silencio lo demás de esta jornada, que fue largo) llegaron a Valdemorillo, dos leguas de San Lorenzo, donde hicieron noche; desde allí avisaron al Vicario del convento de su llegada para que se aperciese.

Partieron otro día después de comer. En descubriéndolos desde el convento, comenzaron a hacer la salva. Con los clamores vinieron por donde los guiaba Juan Bautista de Cabrera, hasta la puerta de la casa, que entonces era la que ahora se llama la de la cocina.

A diez pasos de ella estaba hecho un rico túmulo o estrado de veintiocho pies de mesa en cuadro, con tres gradas en contorno por donde se subía. Encima de esta como plaza se levantaba otra mesa, donde se habían de asentar los ataúdes, de cinco pies de ancho y diecinueve de largo, cubierta

de brocado y todo el resto de terciopelo negro; estaba en medio de cuatro columnas altas con sus basas y vestidas también de brocado, con una cobertura o cielo a manera de pabellón, con sus goteras, caídas y flocaduras, todo de brocado de mucho adorno y vista.

Llegados aquí, los salió a recibir el convento en procesión, por dentro de un palenque, para que la gente no apretase y dejasen calle ancha y estuviesen mirando por de fuera. Salió el Vicario vestido con alba, estola y casulla, con Diácono, Subdiácono y Acólitos, delante de la Cruz, como en las demás procesiones se acostumbra.

En tanto que sacaron los cuerpos de las literas, cantaron un responso solemnemente en canto de órgano, puestos en la mesa alta por su orden. Incensólos el Vicario y echó agua bendita. Dijo cuatro oraciones: para cada uno la suya; acabado, los tomaron en hombros; iban delante los de los dos infantes; luego, las dos Reinas, doña Leonor y doña María; a la postre, Emperador y Emperatriz.

Estaba don Rodrigo Manuel con su guarda a la puerta principal para no dejar entrar sino sólo la gente contada y fueron así caminando al claustro de la iglesia, dando la vuelta por sus tres paños, porque la gente no se apretase, cantando siempre el coro de los religiosos el responso acostumbrado en nuestros oficios de difuntos: *Subvenite*, etc.

En cada uno de los lienzos de Mediodía de estos dos claustros había otro estrado o descanso donde ponían los ataúdes por el mismo orden iban caminando y, allí, se decía la oración conveniente. La iglesia estaba también cubierta de terciopelo negro, y en ella otro estrado o mesa como la de los claustros.

Allí pusieron los ataúdes por el orden dicho, donde se dijo otro responso con una oración común. Sentáronse todos por su orden, los clérigos y religiosos de otras órdenes que venían acompañando, en los bancos que pegaban con la pared de iglesia; delante de éstos, un banquillo con alfombra para los grandes, y, arriba, al lado del Evangelio, junto al altar mayor, otro banco para los Obispos, como se acostumbra en la Capilla Real.

Los religiosos del convento se subieron luego al coro y dijeron Vísperas de finados; luego el invitatorio y tres nocturnos y, al noveno responso, bajaron a la iglesia y le cantaron haciendo las demás ceremonias, y así se acabó el oficio de este día.

El siguiente, dicha la misa de prima del convento y los demás oficios, se tornaron a juntar todos como el día pasado y el Obispo de Jaén dijo la misa de Réquiem de Pontifical por el Emperador, y predicó fray Francisco de Villalba, predicador de Su Majestad. Acabada la misa, bajaron al responso, y se dijo sólo la oración por el Emperador.

Luego, a la tarde, se hizo el mismo oficio del entierro del Emperador que se hace para un religioso de nuestra Orden, salvo que no se depositó ni metió en la bóveda debajo del altar a la Antífona que comienza *Ingrediar in tabernaculum*, etc. Porque no se entendiera el auto de la entrega sino dicha la oración, después de la Antífona del cántico *Benedictus*, entonces tomaron el ataúd y le llegaron a la puerta de la bóveda y, antes de ponerle dentro, se hizo el auto de la entrega por Martín de Gaztelu, ante el Alcaide Martín Velázquez, al Vicario y convento del monasterio de San Lorenzo el Real. Hecho, los monteros tomaron el ataúd y le pusieron dentro de la bóveda, quedándose los demás cuerpos en el mismo sitio que se estaban.

Así se acabó el oficio que tocaba a la traslación del Emperador en estos dos días, tercero y cuarto de febrero. Luego, al quinto, el Obispo de Segorbe dijo la misa de Réquiem (para esto fue enviado de Madrid por la Emperatriz) y predicó el padre fray Francisco de Segovia, y a la tarde se hizo el oficio del entierro y depósito, por la misma forma que al Emperador.

A la mañana del día siguiente, que fue 6 de febrero, se dijo una misa de Angelis, memoria de los dos Infantes don Juan y don Fernando, y luego allí se hizo la entrega y, porque con esto se atormentaban los ángeles malos y tantos actos píos y santos son para ellos llamas de rabia y envidia, habiendo todo sucedido con mucha puntualidad y orden, sin faltar cosa de la instrucción y estando todos muy contentos, comenzaron los príncipes de las tinieblas a revolver el tiempo y a despertar un viento tan fiero y tan furioso, que puso admiración, grima y pavor, porque parecía se habían abierto las puertas del infierno para arrebatarse las piedras de esta casa, y, como para tanto no se les daba licencia, embistió la rabiosa furia en el túmulo que estaba delante de la puerta, y comenzó a hacer tal riza en los brocados con que estaba cubierto y aderezado, que, aunque estaban los guardajoyas de Su Majestad presentes y rodeados de oficiales y peones y otra gente trabajadora y para mucho y se les prometían buenos premios si socorrían los brocados, no hubo ninguno tan osado que quisiese poner su vida en tan manifiesto peligro. Así descargó allí todo el coraje, y azotándolos y batiéndolos con increíble fuerza, los molió y hizo pedazos y los llevó muy lejos por aquella dehesa y campos, de suerte que apenas se pudo aprovechar de ellos media vara junta: cosa de extraña admiración, aunque no para los que aquí vivían, que estaban hechos a ver otros aires grandes.

Fue al fin de suerte que, llegando aquella tarde (6 de febrero, como he dicho), el Obispo de Salamanca y el Marqués de Aguilar desde Guadarrama hasta este túmulo o estrado, con los cuerpos de la Reina de Hungría y Reina doña Juana, madre del Emperador Carlos V, le hallaron sin adorno ni compostura.

Ya había sosegado el tiempo y pasado la furia. Así, los pusieron en él y el Vicario y convento hicieron los mismos oficios que hemos dicho arriba, hasta llegar al estrado de la iglesia, donde se vieron juntos en cuatro ataúdes cuatro Reinas grandísimas, grande triunfo de la muerte: dos de España, doña Juana y doña María; de Francia, doña Leonor; de Hungría, doña María.

El día siguiente, 7 de febrero, dijo la misa de pontifical el Obispo de Salamanca por la Reina doña Juana, nuestra señora, como está dicho de los demás, y no hubo sermón, porque se entregó este cuerpo al Obispo de Jaén y Duque de Alcalá, por los que le habían traído de Tordesillas, para llevarle a Granada con sus dos gloriosos padres don Fernando y doña Isabel.

Hecha la entrega, se partieron luego con él, saliendo todos acompañando en procesión hasta el túmulo de fuera, donde le dijeron un responso, y caminaron, descansaron a la tarde, porque andaban el convento y todos cansados; el día siguiente, 8 de febrero, dijo misa de pontifical el Obispo de Segorbe por la Princesa de Portugal, nuestra señora, y predicó el padre fray Juan de San Jerónimo; a la tarde se hizo el oficio del entierro y entrega del cuerpo, como los demás; los días siguientes se hizo otro tanto, por la Reina doña Leonor; dijo la misa el Obispo de Salamanca, tornó a predicar Villalba, y por la Reina María, el Obispo de Segorbe, y predicó el de Segovia, y hechas las entregas, se partieron luego los Obispos y Marqueses de Aguilar con toda la demás gente, eclesiásticos y seglares; dióseles a todos, con mucho cumplimiento, cuanto fue menester, sin que pudiese alguno quejarse con razón; para las muchas misas que decían los clérigos que vinieron y religiosos de otras órdenes, se hicieron altares de prestado en los arcos de los mismos claustros, fabricándolos para esto, de suerte que hubo mucho cumplimiento, teniendo en cada uno su acólito, y acomodóse todo de tal suerte que parecía se había asentado así muchos años antes.

Los religiosos del convento fueron luego haciendo sus novenarios, comenzando del Emperador y, luego, consecutivamente, por todas las personas reales, como se fueron depositando, fuera de los infantes, diciendo sus vigiliass y las misas cantadas con los responsos.

Desde el último novenario hasta el día trigésimo se decían muchas misas rezadas de Réquiem, cuando había lugar, por las mismas personas reales, en los altares privilegiados; se procuró también que se dijese todas las misas que se podían; el día trigésimo se fue haciendo por cada una su treintanario, como se había hecho el novenario, por el mismo orden de los depósitos.

Creo que quien mirara atentamente lo que trabajaron cincuenta religiosos aun no cabales, que entonces se hallaban en el convento, y vieran la majestad con que todo esto hizo, el reposo, mortificación y madurez con que procedieron, sin atropellar nada, sin hacer de los cansados ni quejarse, alabara a Nuestro Señor y juzgara había escogido bien el Fundador y que eran dignos del favor y merced que les hacía.

En cada uno de los ataúdes, por mandado del mismo Rey, se puso un pergamino, envuelto en un tafetán doble, en que está escrito el nombre de la persona real cuyo es aquel cuerpo, con el día, mes y año del nacimiento y de la muerte, y de este depósito o traslación, y, de fuera, sólo el nombre de la persona real. No los pongo aquí porque no crezca esta historia con lo que se puede saber por otras partes; esto he dicho con la mayor brevedad que he sabido para que se vean los buenos y píos intentos de este monarca en el edificio de tan insigne casa de religión, y cuán ajeno está de aquellas vanidades que los antiguos estimaron en tanto y adoran los amigos de la antigüedad; aquí no se ve modestia, cristiandad, piedad, religión y alabanzas divinas. sin cesar de noche ni de día.

Sin esto que pasó aquí en estas traslaciones de contado, se dicen y se hacen en este convento, por estas mismas personas reales y por otras que veremos en sus lugares, mucha cantidad de misas, muchos aniversarios, responsos, memorias y conmemoraciones perpetuamente.

El día de San Matías, por la tarde, se dice una vigilia solemne por el Emperador Carlos V, porque nació en tal día, y luego el día de la misa con igual solemnidad; el día de San Mateo, que fue en el que murió, se hace otro tanto, sin otras muchas misas particulares que se dicen por su alma estos días, y cada día del año otras dos misas perpetuas. Por la Emperatriz doña Isabel se hace otro tanto el día que nació, que fue a 24 de octubre, y el en que murió, que fue el primero de mayo, con otras muchas misas de Réquiem estos días y una misa rezada perpetuamente. Por la Princesa doña María, Reina de Francia, y Reina de Hungría, y Reina de Inglaterra, y Reina doña Isabel y mujer tercera de nuestro Fundador, se hacen aniversarios perpetuos, con la misma solemnidad de vigiliass, misas y responsos cantados, sin otra mucha cantidad de misas rezadas por sus almas, y lo mismo por el Príncipe don Carlos, y porque lo digamos esto de una vez, también por la Reina doña Ana, madre del Rey don Felipe III, nuestro señor, se hace lo mismo que por el Emperador y Emperatriz el día de su nacimiento y muerte, que quiso mejorarla en esto.

Por el mismo nuestro Fundador, en tanto que vivió, se hizo el oficio del Espíritu Santo el día de su nacimiento y ahora se hacen los aniversarios el día del nacimiento y muerte, como por el Emperador; sin esto, gran cantidad de misas, o, por mejor decir, todas las misas, porque le tenemos muy en el alma, y en todos nuestros sacrificios, oraciones y penitencia, muy delante de los ojos; seríamos muy ingratos si un punto nos olvidásemos de quien tanto debemos; dícense sin esto cada día tres misas cantadas: la del alba, que ofician los niños del seminario por el Rey para que siempre fuere como por patrón; la de prima, por todos los Reyes difuntos que aquí están enterrados y personas reales; la tercera y la mayor, por el convento y todas las personas reales que viven.

Sólo quisiéramos que no quedara esto mandado, sino en nuestra confianza, como otros muchos Reyes y Príncipes nos lo dejaron, para que se viera mejor nuestro agradecimiento; no menudeo aquí en otras muchas obras de este linaje que hacemos por nuestros bienhechores y patrones porque no se lleve algo de ellas el aire publicándolas. Esto se ha dicho brevemente y de paso, aunque se ejercita con mucha majestad y pausa.

Este mismo año de 1574, a 12 de abril, se trajeron a este convento gran cantidad de reliquias, enviadas por Guzmán de Silva, a quien el Rey había encomendado se las buscara. Por ser mucha la cantidad y muchas de ellas piezas menudas, aunque con muy bastantes testimonios, no hago memoria de ellas; entregáronse junto con otras que la Princesa doña María mandó que las pusiesen en la iglesia donde estuviese enterrado su cuerpo; entregáronse con ellas muchas joyas de plata para el altar y sacristía, imágenes y pintura de mucha devoción, con que iba hermozeando y adornando su fábrica el magnánimo Fundador.

DISCURSO VIII

Renunciación y muerte del tercer prior de San Lorenzo y elección del cuarto. Comenzóse a levantar la iglesia principal, la fiesta que hicieron los estajeros y laborantes. Pásase el colegio de Parraces aquí, y el asiento que allí quedó, y otras cosas.

Apretáronle al padre fray Hernando de Ciudad Real tanto las enfermedades en este sitio que fue forzado, pensando convalecer de ellas, irse algún tiempo a su casa de Guadalupe, donde estuvo en el tiempo que se hicieron estas traslaciones de los cuerpos reales y entregas; volvió con poca mejoría; había tenido todo el tiempo que fue religioso poca cuenta con su salud, estudiando mucho, quitándose el sueño y la comida, y esto, aunque con el gusto de las letras y otros santos ejercicios de oración y meditación, junto con el peso de la vida ordinaria de esta religión, que es grande, no se siente, va limando de manera que derriba y al fin agota las fuerzas y la vida a vueltas.

Añadióse a esto un continuo desabrimiento que hubo con él en este convento: pretendió asentar aquí las costumbres de su casa, cosa que llevaban mal los hijos de ésta y los que se hallaban de la Orden, porque, aunque son tantas y buenas y saben a aquella primera mortificación de la Orden, son al fin singulares y es menester criarse con ellas; todas estas cosas le trajeron a tal estado que se determinó renunciar este Priorato; así lo hizo en manos de los Visitadores generales de la Orden, que allegaron aquí aquel año 1575, a 23 de febrero y, junto con esto, hizo voto, si Nuestro Señor le daba salud, de no ser jamás Prior aquí ni aun en su casa de Guadalupe.

Atento a sus indisposiciones y enfermedades, que eran muchas, Su Majestad y el General de la Orden se la admitieron; anduvo entreteniéndose la vida con harto trabajo hasta el mes de abril siguiente, y a los 19 del mismo salió de esta vida, dejando muy edificados a sus súbditos con su mucha paciencia y muestras de siervo de Dios.

Fue hombre de claro ingenio y gran marco, condición noble; estudió por sí la lengua griega con muchas ventajas; tenía hecha una traducción de las obras de Eutimio y, sobre las Epístolas de San Pablo, muy buenas diligencias y trabajos; entendió a Aristóteles tan bien como cualquiera de su tiempo, y como tenía largo ingenio, se divirtió a estudiar música y tecla y aun poesía, y en lo uno y en lo otro compuso algunas cosas no malas; estudió también Matemáticas y puso las partes de Santo Tomás de Aquino en una disposición de tablas harto ingeniosamente, y sin duda que si el gobierno de estos Prioratos no le atajara o cortara el hilo, que sacara a luz algunos monumentos de su ingenio, que se estimaran de la gente docta.

Comenzáronse a hacer en su tiempo las costumbres de este convento, porque, como tiene tantas partes y miembros, son menester para la uniformidad y buen concierto.

Mandó Su Majestad venir por este efecto religiosos graves de la Orden, y aun no están acabadas, porque cada uno las quiere hacer a su modo y a su gusto. También se recibió el Breviario reformado de Pío V, y con él acabaron muchas diferencias que había entre los religiosos de Guadalupe y de la Orden, porque unos y otros querían hacer en el altar y en el coro lo que habían aprendido en su convento. Estas cosas, aunque no quitan la caridad, por lo menos turban la calma y quietud santa, del estado de contemplativos y dedicados a los ministerios santos.

Informóse luego el Rey de las personas que había en la Orden para escoger Prior, cual convenía a un convento tan grande y que cada día iba creciendo; nombraron a algunos y, entre otros, al padre fray Julián Tricio, Prior y profeso de la Estrella: mandó al General le hiciese venir y, renunciando a aquel Priorato, se encargase de éste. Así se hizo; llegó a esta casa a 20 de mayo del mismo año, y confirmáronle, en presencia del mismo Rey, el padre Prior de Madrid y fray Francisco de Segovia.

El principal cuidado que Su Majestad tenía en esta fábrica era la Iglesia, por ser como el fin último y, digámoslo así, el todo de lo que se pretendía. La primera y más grave dificultad fue convenir en la traza; la que había dado Juan Bautista de Toledo no le contentaba mucho al Rey, parecióle cosa común, dejado que no respondía bien con su pensamiento; trajéronse muchas de diferentes partes; la que desde luego le aplació fue esta que ahora vemos ejecutada harto felizmente; trájola un arquitecto italiano llamado Pachote, que, a mi parecer, hay poco que agradecerle, porque no es más que la capilla y templo del Vaticano, cortada por el

cuerpo de la iglesia y dejando frontispicios cuadrados lo que allá está en medio círculo. En su lugar trataremos particularmente de toda esta fábrica; escogida la traza, se echaron hondos y fuertes cimientos de mucha trabazón y encadenamiento, después de haber estado abiertos algunos años, en que cobraron mucha firmeza.

Determinóse Su Majestad, visto que ya estaban iguales con la tierra, que se eligiese la planta y se comenzase la obra a toda furia. Cuándo se habían de traer las primeras piedras, dónde se había de hacer la elección para las columnas, paredes y pilastras, fray Antonio de Villacastín obrero principal, ordenó de secreto una regocijada invención, aunque es hombre de pocas burlas y fiestas: todos los estajeros, maestros sobrestantes y peones oficiales se disfrazaron (serían poco menos mil personas), hicieron un hermoso alarde y zuiza; en la vanguardia venía el peonaje y, en vez de las picas y lanzas, traían las herramientas de sus artes y oficios, picos, escodas, palas, azadas, batideras, azadones, con extraños disfraces; en medio, y como el cuerpo de batalla, un escuadrón de lucida infantería, con picas, lanzas y arcabuces; en la retaguardia venían cuatro cuadrillas de bueyes de la fábrica, cada mayoral con su cuadrilla; la primera, en que venía la piedra principal, traía un carro triunfal bien aderezado de hiedras y flores, que en estos jardines, aun en medio del invierno, nunca faltan. Venía en la delantera, y como a la puerta, una figura de San Pedro, con una llave en la mano y, en el segundo carro, otra de San Lorenzo, significado que con el favor del Papa, y para ensalzamiento de la Iglesia, se había de levantar una gran fábrica al glorioso mártir San Lorenzo. En el tercer carro, y con el mismo adorno, venían las cuatro Virtudes Cardinales, que significaban la persona del Fundador: prudente, templado, fuerte y justo; y así, iba esta virtud en delantera de las otras con una espada desnuda en las manos, cantando todas cuatro acordadamente loores de Nuestra Señora y del glorioso mártir San Lorenzo. En el cuarto carro venían tres mujeres, que eran las tres Marías, que iban a buscar a Nuestro Señor en el sepulcro, y preguntándole al maestro de la obra y de la invención qué querían representar aquellas Marías, respondió que eran figura de los religiosos y de las almas pías y santas que en este templo habían de buscar de noche y de día a Nuestro Señor.

Después de descargadas las cuatro piedras en sus propios asientos, de donde se habían de comenzar a tirar las líneas y echar los niveles de la elección, hicieron sus danzas; después, los alardes y paseos. A la postre trajeron un novillo muy bravo que, trompicando a unos y atropellando a otros, sin hacer mal a ninguno, remató la fiesta, con mucho regocijo, día de Santo Tomás de Aquino el año 1575.

Estimóse en mucho la fiesta por ser muy alegre y porque los cogió a todos de repente, y más por ser invención de un religioso tan santo y tan enemigo de invenciones. Luego, de allí a ocho días, poco más, vino desde Madrid por la

posta el señor don Juan de Austria a visitar esta casa y los religiosos que en ella conocía desde que estuvieron en El Escorial, y a encomendarse en sus oraciones, certificándoles que tenía mucha devoción y fiucia en ellas.

Vio toda la casa y adoró con mucha devoción las santas reliquias, y andaba tan llano y tan humano como otro tiempo en Yuste, cuando aun no era conocido por hijo de tan gran Monarca; no se desdeñó de entrar a visitar a los dos Piores, al padre fray Juan del Colmenar, que su vejez le tenía en la cama, y al padre fray Hernando de Ciudad Real, que ya había renunciado al Priorato y estaba aguardando la muerte.

Consoláronse mucho con la vista de un Príncipe tan valeroso, y él se encomendó en sus oraciones. Tampoco quiso el demonio descuidarse en esta coyuntura, porque, no habiendo hecho aire tempestuoso desde el que hizo cuando trajeron los cuerpos, guardólo todo para este punto, porque el día que aquí entró llegó solo, sin poderle seguir ninguno de sus criados, derribados de la furia del aire; y por ser tan bueno su caballo, él sólo pudo vencerlo, certificando que ni en tierra ni en mar había visto ni pasado cosa semejante. Tanto cuidado ha tenido el enemigo en desacreditar este sitio en todos los encuentros de importancia.

Despidióse de todos el gallardo soldado y Capitán valeroso, y abrazó con mucha humanidad a muchos que conocía y, desde aquí, partió a Valladolid a visitar a la mujer de don Luis Quijada, que le había criado y la amaba como a madre.

Diré otro particular tras este (alguno se holgará de saber estas menudencias). Estando aquí el Rey y la Reina doña Ana con las señoras Infantas doña Isabel y doña Catalina y los dos Príncipes Alberto y Vuincislao, hermanos de la Reina, este mismo año de 1575, trajeron las quijadas de aquella descomunal bestia que vino a morir a la Albufera de Valencia, que llamó el vulgo pez mular; siendo cosa tan distinta, porque no he visto quien haya hecho memoria de esto, la daré aquí brevemente, pues están presentes los fieles testigos de este monstruo de naturaleza, y no nos espanten sus obras admirables cuando las refieren autores graves y en ellas alabamos al Criador.

Día de Corpus Christi, el año antes, apareció muerta en aquella playa esta diforme bestia. Tenía ciento cincuenta palmos de largo, la corpulencia o grosez o ancho por el medio, como una torre, que sería en contorno cien palmos, la cabeza tan grande, que podían estar siete hombres en el cóncavo de los sesos. Por la boca entraba un hombre sobre un caballo. Las quijadas, que están aquí a nuestros ojos colgadas, cada una tiene dieciséis pies de largo a veinte dientes por banda, algunos de a media vara; los más menudos, de palmo; los ojos, como dos rodela, y dos alas como de galera cada una; los miembros de la generación (por lo que le llamaron pez mular), de desmesurada grandeza. Dicen que más allá del estrecho de

Gibraltar le tiraron desde una nave con un cañón fuerte y le quebraron un ala. Herido, con la rabia y furor entró por la canal del estrecho, dando espantosos bramidos, y llegó hasta esta playa, donde murió.

Fue cierto que en muchos días no se tomó un pez en ella, porque huyeron todos, bien fuese del miedo, bien del mal olor que dejó la corrupción en el agua. Algunos curiosos dicen que este pez es de los que llaman lamias, por la grandeza y por otras partes que se asemejan a las de éste. Llámánle lamia por el grande tragadero o garganta, y también le llamaron carcario, por la aspereza y agudeza de los dientes. Dicen que se han visto de tanta grandeza, que no los podían llevar dos carros hechos pedazos, y que se han hallado hombres enteros dentro, y que creen sería de este género la bestia o ballena que trajo Dios para que se tragase a Jonás.

En Isaías y en Jeremías, donde se hace memoria de lamias, no se entiende de estos peces, sino de otros monstruos diferentes, y lo que se llama ballena entre nosotros es un vocablo genérico que en hebreo se llama Leviatán, y en Jonás no se dice en particular qué género de pez fuese, sino en común un pez grande; en los autores no hallo hecho memoria del miembro viril de la bestia, que, por ser cosa tan notable, si fuera alguno de ellos de este género y describiendo las demás partes, pienso que no callaran ésta, especialmente los que tan de despacio contaron los dientes y pintaron sus diferencias.

Sólo hallo en Gesnerio que le envió un amigo suyo la descripción de un *Canis Carcaria*, hembra que tenía sexo femíneo y, así, imagino que este nuestro era el macho de aquella especie, porque también la hace de mucha grandeza. Todos cuantos refieren los autores no tienen que ver ni igualan con la grandeza de esta bestia, y pienso que en muchos siglos no se ha visto cosa semejante. Esto quede dicho por si otro no lo dijere.

El ejercicio principal de Su Majestad, estando aquí con la Reina, Infantas y Príncipes, después de haber cumplido con su oficio y despachado los negocios (sábese de cierto que se negociaba aquí más en un día que en Madrid en cuatro, por el concierto de la vida), era oír los divinos oficios, gustar de ver despacio ceremonias eclesiásticas que, si no es en estos lugares, jamás las ven ni saben que son, y no les está mal a los Reyes cristianos tener noticia de ello para que las reverencien y estimen, pues los Reyes paganos y gentiles no se desdeñaban de sus torpes y brutas ceremonias y de sus sacrificios, y aun se preciaban del nombre de Pontífices máximos, con no ser más todo aquello que un hediondo rastro carnicería. Así quiso que la Reina y sus hermanos vieses hacer, el tiempo que aquí estuvieron, órdenes sacros. Vino a hacerlas el Obispo de Segorbe, don Francisco de Soto, electo de Salamanca. Juntáronse cien ordenantes religiosos de esta casa y de la Orden y de otras religiones y clérigos.

Estaban el Rey y la Reina en las ventanas de sus oratorios, que, por estar a no más de un estado levantadas del suelo y muy junto, gozaron y vieron

distintamente todo lo que se hacía, que gustaron mucho con fiesta tan espiritual y tan llena de buenas consideraciones. Esto estiman en poco y aun burlan de ello los hijos de este siglo, pareciéndoles que no es de Reyes ver esto, sino de sacristanes, y los Reyes que sean todo justas, torneos, toros, cazas y otros ejercicios que no huelan nada a Dios ni al Cristianismo.

Luego, el día de la Trinidad siguiente, confirmó el mismo Obispo a las dos señoras Infantas doña Isabel y doña Catalina, un poco antes de Vísperas, y tras ellas muchos otros niños de los del sitio y del pueblo. En presencia también del Rey y Reina, sucedió que le dio a un niño de aquellos un bofetoncillo algo más recio para la memoria. El chiquillo, llorando tan presto como le dio, le llamó hijo de puta, de que se rieron mucho todos, y habían de llorar, pues lo primero que los niños deprenden son pecados, palabras descompuestas, feas y aun juramentos graves: tanto descuido hay en nuestras costumbres, que primero nos enseñan a pecar que a vivir.

Otra vez quiso que viesen consagrar algunas aras al Obispo de Troya, que de allí a pocos días acertó a llegar por aquí visitando el Arzobispado de Toledo, y que estuviesen Reina, Infantas y Príncipes presentes. Púsose la mesa muy cerca de las ventanas de los oratorios para que gozasen de todas las particularidades que están llenas de diversos Sacramentos.

A vueltas de esto les servía la casa con algunas fiestas de representaciones de cosas santas que componían religiosos y, puestas en las bocas de los niños del Seminario, parecían bien y provocaban a devoción, porque aun los juegos y los entretenimientos fuesen lo que es razón sean en los conventos y monasterios, donde vienen los Príncipes a recrear el alma con cosas de otro género que las nacidas en las Cortes y ciudades de sus reinos, de que muchas veces desean perder el ahíto. Este año de 1575 le representaron algunas de harto ingenio, con que recibieron mucha alegría la Reina, Infantas y Príncipes.

Día de San Basilio, gran doctor y columna de la Iglesia, se comenzaron a poner las basas de las cuatro columnas y pilastrones fuertes que sustentan la fábrica de toda la iglesia. Advertió esto, porque ninguna cosa de estas se hizo de propósito ni con advertimiento o elección. La fábrica iba corriendo, y los maestros y aparejadores repartían sus tareas sin pensar que era este o aquel día, y Nuestro Señor lo disponía de suerte que, lo que en los hombres era acaso o contingente, con su providencia ordenaba fuese en días señalados, pues esto se había de señalar tanto en su servicio.

La primera piedra de los cimientos se puso día de San Bernardo. La primera donde se había de señalar la planta, día de San Tomás de Aquino. La primera de las basas de las columnas, día de San Basilio. Qué mucho no haya hecho fábrica tan grande ningún sentimiento, pues tiene tales

estribos. Estaban ya acabados los cuatro claustros pequeños del convento, el de la iglesia pequeña, enfermería, portería y procuración o hospedería.

Parecióle a Su Majestad que había comodidad para traer los colegiales que estaban en Parraces y los niños del Seminario a su presencia y donde se gozase desde luego, y que estarían acomodados en el claustro de la hospedería entre tanto que se hacía el colegio propio. Para esto, el año 1575, a 15 de junio, envió aquí a don Antonio de Padilla, Presidente del Consejo de Órdenes, para que, juntándose con el Prior fray Julián de Tricio y fray Juan del Colmenar y otros padres antiguos de la casa, diesen el asiento que mejor les pareciese a lo del colegio y para lo que se había de hacer en Parraces.

Pusieron algunos seglares mucha fuerza (aconsejábanlo así a Su Majestad, que la casa de Parraces, salido de allí el colegio, se entregase a algunos clérigos que cumpliesen con las obligaciones de toda aquella Abadía); llegó esto tan adelante, que se convenció Su Majestad y trajo un breve del Papa Gregorio XIII, para que quedasen allí tres solos clérigos y en el colegio se cumpliese con los oficios que allí se habían de hacer. Nunca le asentó tanto esto al Rey que se determinase de todo punto, y otros le persuadían que diese aquella casa a la Orden de fray Francisco, y otros que lo hiciesen convento distinto de esta casa y tuviese allí otro monasterio por sí. Al Presidente don Antonio de Padilla y al Prior fray Julián de Tricio, con quien esto se comunicó, les pareció se pusiesen allí algunos frailes de San Lorenzo con un Vicario, y que éstos cumpliesen con las cargas y obligaciones que hay en el monasterio, porque como hijos del mismo convento y que gozaban de la renta y hacienda de la Abadía, mirarían por todas las cosas con más cuidado, mejor que otros algunos y, como propios Curas y dueños, les dolerían las almas y las haciendas, y los otros, cualesquiera que fuesen, mirarían más por sus comodidades y aun serían perjudiciales.

Esta resolución le contentó a Su Majestad. Determinóse en ella. Mandó se hiciesen leyes para lo uno y lo otro, para el asiento de Parraces y para el colegio que aquí se trasplantaba. Porque se vea el ánimo y la piedad de tan santo Rey, y porque no todos podrán leerlo en su original y agradezcan los hijos de esta religión, y aun de la Iglesia, lo mucho que le deben, quiero poner aquí el prólogo o principio de estas constituciones que él mismo firmó de su nombre:

«En el nombre sea de Dios Todopoderoso, Padre y Hijo y Espíritu Santo, que para siempre vive y reina, y de la gloriosa Virgen sacratísima Nuestra Señora Santa María, y a honor del bienaventurado San Lorenzo y del glorioso doctor de la Iglesia San Jerónimo: manifiesto sea a todos los que la presente vieren cómo nos, don Felipe II deste nombre, por la gracia de Dios Rey de Castilla, etc. Habiendo fundado y dotado el monasterio de San Lorenzo el Real, de la Orden de San Jerónimo, que es *nullis Diocesis*, y considerando también de cuánta importancia sea el ejercicio de las letras sagradas para el servicio de

Dios, conservación y ampliación de la santa fe cathólica y del beneficio que de ello redundará al pueblo christiano, y honor y acrecentamiento a la dicha Orden y monasterio, acordamos de instituir un colegio de frailes de la dicha Orden que esté debajo del dicho monasterio y del Prior de él, en que se lean y enseñen Artes y Theología, y un seminario de treinta niños que se han de criar y instituir en el dicho monasterio y colegio, según que en la escritura de dotación y fundación del dicho monasterio, a que nos referimos más largamente, se contiene; porque esperamos en Nuestro Señor que, mediante su favor y la intercesión de los dichos gloriosos santos, será el dicho colegio en letras y ciencia muy aventajado, y los que en él residieren, en la religión y christiandad, virtud y buenas costumbres santamente instituidos; y como quiera que nuestra intención y voluntad haya sido y es que el dicho colegio y seminario estén dentro del ámbito del dicho monasterio de San Lorenzo, y para este efecto se está acabando un cuarto aparte en que habría el aposento necesario; pero, porque no se perdiese el fruto que de tan buena obra podía redundar, habiendo nuestro muy santo Padre Pío, Papa V, de felice recordación, anejada a nuestra suplicación el monasterio y Abbadía de Nuestra Señora de Parraces, en la Diócesis de Segovia, con todos sus bienes y rentas, al de San Lorenzo el Real, tuvimos por bien el año pasado de 1567 asentar el dicho colegio y seminario en el dicho monasterio de Parraces, donde se han leído las dichas facultades, y a los colegiales y a otras personas que en él han residido se ha proveído lo necesario de las rentas del dicho monasterio de San Lorenzo, como entonces pareció convenir, y se dieron las constituciones con que se han regido y gobernado, y porque ahora hemos acordado trasladar y mudar el dicho colegio y seminario al dicho monasterio de San Lorenzo, y la experiencia ha mostrado que conviene mudar, añadir y quitar algunas cosas de las que así estaban proveídas y ordenadas, usando del poder y facultad que para ello tenemos y nos reservamos, estatuímos y ordenamos que las constituciones,... etc.»

Esto basta para nuestro intento. Púsose el colegio y Seminario de veinticuatro colegiales y treinta seminarios, como dije, en uno de los cuatro claustros, allí estuvo de prestado y apretado hasta que, como dije en su lugar, se asentó en su propio aposento. Vése aquí en este prólogo cuán autorizadas quedan las letras, estudios y colegios por el parecer de tan gran Príncipe, contra los herejes antiguos y modernos, que quisieron desterrarlas de la Iglesia, para poder mejor introducir la falsedad de sus perversas doctrinas y contra una infinidad de cristianos (bárbaros en la vida y costumbres) que, llenos de envidia y de ignorancia, no querrían ver a otros mejorados ni que les hiciesen ventaja en nada, aunque fuese con gran daño de la fe y de las costumbres. En lo que toca al asiento de Parraces, dice así el mismo Rey en las constituciones que para allí hizo:

«Para mayor seguridad y descargo de nuestra conciencia y de ese convento, y por algunas otras causas y consideraciones, hemos determinado que en la dicha casa de Parraces estén y residan perpetuamente algunos religiosos dese monasterio de San Lorenzo para el cumplimiento de las dichas memorias, cargas y obligaciones. Y porque se tenga entendida nuestra voluntad acerca de la forma y manera en que los dichos religiosos han de estar, el número de ellos que ha de ser y lo que han de hacer y cumplir en la dicha casa, usando de la facultad que en la escritura de fundación y dotación de este monasterio nos reservamos para estatuir y ordenar lo que nos pareciere convenir acerca del gobierno de él, la cual facultad está confirmada por Su Santidad, declaramos, ordenamos y mandamos que en el asiento de la dicha casa de Parraces se ponga y guarde perpetuamente, mientras otra cosa no fuere nuestra voluntad, la orden siguiente: Primeramente estatuímos y ordenamos que en la dicha casa de Parraces residan perpetuamente nueve religiosos de San Lorenzo y un Vicario, que por todos sean diez, o más o menos, como al Prior de San Lorenzo que por tiempo fuere le pareciere, presupuesto que no ha de haber más número de los que precisamente sean necesarios para cumplir las obligaciones de aquella Abbadía», etc.

Con cuánta puntualidad se guarda todo, cómo se cumple con los aniversarios y obras pías, la instancia de la oración y oficio divino que se sustenta de la largueza de las limosnas espirituales, de sermones y doctrina, temporales de pan y vianda con que se socorren aquellos pueblos, no tengo que decirlo; dígalos la gente pobre de ellos, testigos perpetuos y abonados.

Estuvo el colegio allí diez años; echó bien de menos aquella tierra su ausencia, que tenían con él mucho abrigo y compañía. Y, porque quede todo esto dicho aquí de una vez, los colegiales de Parraces y el Seminario entró en esta casa a 25 de septiembre de 1575; tenía prevenido y mandado proveer Su Majestad todo cuanto les era necesario para las celdas con mucho cumplimiento.

Este mismo año se hizo la primera entrega de los libros que aquí iba juntando Su Majestad para que se comenzase a levantar una librería célebre; contáronse cuatro mil cuerpos, muchos de ellos originales de mano antiguos, de todas lenguas: hebrea, griega, latina, árabe, castellana, italiana, francesa, y otros vulgares de todas facultades; en su lugar diremos el estado que ahora tiene, y también se tornaron a juntar algunos padres de este convento por mandado de su Majestad para dar asiento en las costumbres de esta casa, porque como el padre fray Hernando de Ciudad Real había procurado injerir tantas de su casa que no se compadecían bien con el rezado y misal nuevo, ni aun con la voluntad de los hijos y moradores de esta casa y de la Orden, fue menester tornar poco menos como a hacerlas de nuevo.

Esto fue mucha parte para que no quedase aquí ninguno de los religiosos que habían venido de Nuestra Señora de Guadalupe; ni tampoco de esta vez quedaron asentadas estas costumbres, porque siempre los Priors de fuera

querían ponerlo todo a su propósito y cargar a esta casa, sobre hombros ajenos, lo que ellos no querían llevar y aun lo que la hacía odiosa a muchas de la Orden.

Murió también este año el Infante don Carlos Lorenzo, el hijo segundo que nuestro Rey tuvo en la Reina doña Ana, que dijimos nació en Galapagar; murió a 9 de julio; trajo el cuerpo aquí el Obispo de Sigüenza, don Juan Manuel; hízosele también un solemne entierro, aunque el oficio fue todo de alegría y de Ángeles, pues se fue a gozar con ellos el Reino del cielo, desde donde mira riendo lo poco que valen los reinos de la tierra.

La entrega del corpecico real la hizo el Secretario Martín de Gaztelu al Prior y convento; pusiéronle los monteros de Espinosa con sus abuelos en 11 de julio de 1575, y luego, el día siguiente, 12 del mismo mes, nació el Infante don Diego, consuelo de la pérdida y tristeza que tenían sus padres, que ya era el tercer hijo de la Reina doña Ana; llamáronle así porque se bautizó el mismo día de Santiago, y por sobrenombre le llamaron Félix, por haber nacido el día de los dos santos mártires Nabor y Félix, augurándole, digámoslo así, alguna grande suerte o felicidad por ser, como después sucedió, el primer Príncipe de Castilla que tuvo el nombre del patrón de España, aunque a él le sucedió mejor de lo que los hombres pronosticaban con sus juicios inciertos.

Tras esta alegría vino luego a nuestro Rey otra gran tristeza, tan compañeras andan en esta vida estas dos pasiones, y sabíase aprovechar nuestro Fundador bien de ellas, porque entendía cuán de la mano de Dios vienen estos favores y reveses que llaman los que no saben lo que dicen fortuna.

Adoleció el Príncipe don Fernando gravemente, y lastimaba esto el corazón real mucho, porque le amaba tiernamente; hiciéronse en este convento muy extraordinarias diligencias con Nuestro Señor, suplicándole por la salud de este Príncipe, y prorrogó por algún plazo la ejecución de esta sentencia la Majestad Divina, dándole salud por entonces, hasta que llegó la hora precisa que estaba determinada en el consejo divino; entendiendo el Rey el gran cuidado en que el convento estaba puesto, hizo que viniese con toda diligencia un mensajero a dar la nueva de la salud; llegó aquí a las doce de la noche, cuando el convento estaba en maitines; dio golpes a las puertas; entendido lo que era y recibida la alegre nueva, en acabándolos se hizo una procesión por el claustro, cantando el himno *Tedeum laudamus*, que pusiera devoción y espíritu en el más tibio; luego, a la mañana, se dijo la misa.

Murió también este año de 1575, a 5 de octubre, el santo varón fray Juan del Colmenar, primer fundador y primer Vicario y segundo Prior de este convento, lleno de días y de buenas obras.

DISCURSO IX

Comiéntase la fábrica de la iglesia; declárase el modo que tuvo de edificarla, que fue extraordinario, con otros varios sucesos de este año.

Quería el Rey ver en sus días acabado este templo, deseábalo grandemente; como la fábrica era tan grande, poníase delante una largueza de tiempo que enfriaba el ánimo; comenzóse, como ya dije arriba, a elegir la planta y a poner el zoco o la primera hilada de cuatro pilares en que estriba toda la máquina, con sus correspondencias; labrábase de suerte que todo iba por cuenta del Rey; digo que no la tenían a su cargo destajeros ningunos, sino dos maestros o aparejadores que se llamaban Tolosa y Escalante; a estos daba el Rey cierto salario y ellos daban los modelos para sacar la piedra, recibían los sacadores de ella, y los que la labraban, y los que la asentaban, y eran el todo del negocio. Probóse esta manera de proceder más de un año y viose cuán poco lucía la obra, y, sin duda, si de esta suerte se procediera, no estuviera hoy hecho el medio del templo, porque llegando a apretar a los maestros que tanto podía levantarse cada año, respondieron que sería harto echar cada año una hilada en contorno de la iglesia; decían la verdad y aun prometían mucho.

Desmayaba esto grandemente al Fundador, porque vio un eterno gasto de tiempo y de dinero sin fruto, y aun alguna vez desconfiaba de ello. Al obrero fray Antonio de Villacastín también le descontentaba mucho este modo de proceder y veía claramente que era cosa sin fin. Preguntóle un día el Rey, por medio del Conde de Chinchón, el Viejo, su parecer, y que dijese qué orden se tendría en edificar con brevedad aquel templo. Dióle el siervo de Dios, con la gran claridad de su juicio, en el blanco y en el punto, y respondió con dos solas y formales palabras, diciendo: «Si Su Majestad quiere ver hecha presto esta iglesia, traiga muchos cabos», y no dijo más; entendióle así el Rey, y díjole: «Señor, fray Antonio dice que acabará Vuestra Majestad esta obra presto si trae muchos maestros y destajeros que la tomen a su cargo». Preguntóle el Rey si lo sentía así; respondió el siervo de Dios: «Sí, señor, porque cada uno hará presto la parte que le cupiere y, tras esto, labrarán a porfía, no sólo en la presteza, sino en la bondad de la obra». El Rey se satisfizo de suerte que cobró ánimo y entendió que aquel parecer y consejo era como del cielo. Mandó que luego se ejecutase aquello.

Enviaron cédulas y mandatos por todo el reino para que viniesen maestros a tomar los estajos de esta fábrica. Juntáronse Juan de Herrera, que era el

trazador principal, que entró en lugar de Juan Bautista de Toledo, hombre de gran ingenio y que alcanzó mucho en Matemáticas, y fray Antonio, el obrero que había dado en esta traza; repartieron la iglesia toda con sus torres en diez estajos bien proporcionados para que igualmente, sin confusión y sin agravio de más o menos pérdida o ganancia, se repartiese entre los maestros que viniesen. Estaban llamados que se hallasen aquí para la Navidad de este año 1575, principio del 76.

Vino el Rey aquí a tener esta Pascua y estuvo en los maitines de aquella santa noche del Nacimiento, testigo soy de vista, y muchos de los que hoy aquí vivimos, que con hacer grandísimo frío estuvo el piísimo y católico Rey todo el tiempo que duró el invitatorio y el himno, hasta el primero salmo, en pie, sin arrimarse y descubierta la cabeza, con tanta compostura y serenidad que no sé yo si hubo algún religioso que pudiese sufrir otro tanto; confieso que me avergoncé y corrí de mi tibieza y que, después acá, me ha servido de despertador tan grande ejemplo de un monarca criado al fin en majestad y regalo.

Diré también esto de paso, pues a mí no me toca escribir otras hazañas de este Rey, sino éstas de su devoción y piedad, que jamás le vi vencido en cosas del oficio divino, por largas que fuesen en este convento, y que nos venció él a todos muchas veces.

Vínole aquí la nueva que habían hecho Emperador a su sobrino don Rodolfo, primogénito del Emperador Maximiliano; mandó que se hiciese una procesión muy solemne el día de San Juan Evangelista en hacimiento de gracias; anduvo en ella con muchos caballeros que trajo consigo; confesó y comulgó en la capilla donde estaban entonces las reliquias, y confesábale en estos tiempos el padre fray Juan de Baeza, profeso de San Jerónimo, de Granada primero y, después, de este convento, y si tuviera tantas partes de valor y letras como de religioso sencillo y santo, sin duda no mudara Su Majestad de confesor; mas no basta esto para tan grande empresa.

Luego, el día de la Epifanía, hizo aquí aquella solemne ofrenda de los tres cálices a la misa mayor, representación harto al vivo de la que hicieron los tres Magos o Sabios de Oriente a nuestro Redentor, recién nacido en los brazos de su Madre y en los de la pobreza, que quiso el Señor inmenso abrazar por enriquecernos; acostumbó toda su vida a hacer esto el pío Monarca con mucha devoción, y heredó con el reino también la santa costumbre el Rey don Felipe III, su hijo.

Los cálices, que son de plata dorados, con sus sobrecopas, llevan dentro aquellos místicos dones: oro, incienso y mirra; poníase de rodillas en la grada del altar mayor, a los pies del sacerdote, que hace y tiene las veces de Cristo en aquel lugar, y, teniendo la patena en las manos, la besaba el Rey con boca y con ojos, y el cáliz que tenía en la mano le daba al diácono

que estaba al lado del sacerdote; así, los ofrecía uno por uno, diciéndole el sacerdote las palabras de Cristo: *Centuplum accipietis, & vitam eternam possidebitis*, que no sé si, con decir las Dios, se las creemos, según lo que se lastiman los hombres de ver emplear en servicio suyo algunos bienes temporales: tan poca fe tenemos de los eternos y tan poco crédito de Dios, aunque sea este cambio a letra vista.

Llegaron a esta casa el día de Año Nuevo sesenta maestros de cantería que habían sido llamados por el mes de noviembre pasado, allegados de las ciudades y pueblos de estos reinos; informándose de las partes de cada uno, se escogieron de ellos y de los que acá estaban veinte para la fábrica de la iglesia, de los más prácticos y experimentados, y repartiéronles los diez estajos de dos en dos, con compañeros, para que si muriese o faltase el un maestro, quedase otro.

A los que no les cupo parte en esta repartición les mandó Su Majestad dar dos ducados cada día, desde el que salieron de sus casas hasta que volvieron a ellas, a razón de ocho leguas de jornada. A los que quedaron con la obra les obligaron a que por lo menos trajese cada compañía cuarenta oficiales, y de allí arriba los que quisiesen, dándoles en el mes a cada partida doscientos ducados para los cuarenta, y en su proporción a los que trajeren de más, y después se había de hacer tasación de la obra, por cierta congregación de personas que había señalada, para todo lo que en esta fábrica se ofrecía.

Preguntó un día el Rey a su arquitecto Juan de Herrera (quiero decir este particular porque se vea el gran juicio del obrero fray Antonio) qué le parecía que costaría esta fábrica; y echando así un juicio, como dicen, a montón, y por no ser esto cosa propia de su arte ni tener experiencia de las manos, respondió que, a su parecer, costaría millón y medio, y entiendo que aun pensó decía poco. Al Rey le pareció mucho; envióle a preguntar esto mismo a fray Antonio de Villacastín y, mirando atentamente los diez estajos y partidas, considerando la cantidad y las piezas, por la experiencia grande que tenía de atrás y conocer la piedra y entender la labor, halló que no llegaba a seiscientos mil ducados; parecióle poca esta suma, imaginó que se engañaba en el tanteo, porque lo hacía sin pluma, con sólo el discurso de su cabeza, estando en la cama enfermo (que tan capaz la tiene para esto y para más); tornó poco a poco a dar la vuelta por todo y, aunque le parecía que en algunos particulares se alargaba, no pudo pasarlo de seiscientos mil ducados; quedó tan cierto de su resolución y de su juicio, que no dudó de certificárselo al Rey, que le dio mucho contento, no porque en el ánimo real había alguna escasez o porque le espantase la costa, sino por la murmuración de su reino, que tan indiscretamente hablaba de esta fábrica; de lo uno y de lo otro diremos en otra parte más largo. La ventaja que en esto llevó fray Antonio a Juan de Herrera le llevó en lo que ahora dice Juan de Herrera a él.

Dio este arquitecto en una cosa muy ingeniosa, aguda y nueva; nueva, digo, para estos siglos, porque, según el *Ecclesiastés* o el sumador antiguo Salomón, ninguna cosa hay nueva debajo del sol, ni cosa inventa el ingenio humano que ya otros no hayan dado en ella y se haya visto en el mundo, y aun pienso no con malas conjeturas que lo que voy a decir de la manera de fabricar esta iglesia y labor de ella imitó mucho a la del mismo Salomón; la traza y el ingenio fue que la piedra toda se labrase en las canteras, de suerte que al pie de la obra ni en el templo apenas se oyese golpe de pico ni martillo, y sin duda fue una cosa acertadísima y que se ahorró en ella, osaré decir, tres partes del tiempo y, por consiguiente, del dinero (aun con igual diligencia y gente); los maestros y los estajeros, o, como dice la lengua latina, *redemptores*, tuvieron esto por invención, traza no usada y nueva, y así por sospechosa, embarazosa y aun de más costa; replicaron sobre ello a la congregación y aun el Rey, diciendo que las piedras se habían de labrar junto a donde se habían de asentar y no en las canteras, porque había mucho peligro en desportillarse al cargarlas y descargarlas en los carros; que la gente laborante y los oficiales que las labraban estarían muy desacomodados en el invierno, por el mucho frío, y por los aires destemplados en el verano gran calor; cuando quisiesen beber o tomar algún refresco, no tenían dónde; el adobo de las herramientas, picos y escodas, y sus astiles, cinceles y macetas, que se gastan a cada paso, no había dónde aderezarlas y, al fin, estar los oficiales trabajando donde sus amos no los viesan y ser forzoso estar allá con ellos y hacer falta acá, y otros muchos inconvenientes que se les representaban.

Era de este parecer fray Antonio, por ser enemigo de trazas nuevas y, como nunca había visto usar esto, no le asentaba y podía mucho su autoridad con el Rey por la experiencia de otros muchos consejos y pareceres acertados. Juan de Herrera decía que los romanos, y más atrás los griegos, habían hecho sus fábricas tan famosas y grandes de esta suerte, y que la grosería y poco primor de España la había olvidado o no lo había probado jamás y, así, era cosa nueva para nosotros, mas en sí la mejor, más segura y más usada de los antiguos; y, entre otros primores que en ello había, era uno que el asiento y la junta de las piedras y, por consiguiente, la firmeza de la obra sería excelentísima, especialmente no trayéndose las piedras de todo punto labradas, sino con un grueso de cordel menos, que no estuviesen escodadas, porque con esto no sería necesario poner entre piedra y piedra rajadas ni cuñas de madera o de piedra para hacer venir bien la faz de fuera de la una con la otra, ni se perdería la labor de los cuatro lados o superficies de una piedra cuadrada, sino que con sola una lechada de cal y un simple lecho de conjunción se asentarían una piedra sobre otra macizamente, sin dejar huecos ni falsías en el asiento, y sería esto causa que se viniese a hacer la fábrica tan una y tan maciza que pareciese de una pieza, y las juntas de fuera muy

imperceptibles, porque lo que tuviese de aleve o desigual, cuando se escodase se quitaría todo esto y quedaría muy igual y perfecto, y esta razón era la que más ponderaba Juan de Herrera, diciendo que consistía en ella la perfección de la obra, y tenía razón, como se ha visto; para la brevedad y presteza, que era el deseo del Rey, hacía otro discurso que también salió ciertísimo, porque labrando la piedra en el mismo lugar donde se saca y corta, y poniéndola allí en la carreta y traída a la iglesia, sin descargarla de allí, guindarla y ponerla en su lugar es un ahorro y seguridad grandísima, porque trayéndola aquí sin labrar la cargan y la descargan dos veces y se ocupan dos veces los peones y los oficiales: una en la cantera y otra aquí, donde después de labrada la tornan a cargar en carretones y la llevan muchos a brazo, y es forzoso para llevar una piedra grande adonde la ha de subir la grúa ocuparse mucha gente y apartar otras muchas piedras que están entre medias, por ser grande la multitud de las que aquí han de estar juntas y grande el peso, y todo esto se ahorra, que es una inmensidad de tiempo y de gente lo que en esto se gasta en una fábrica tan grande. A los inconvenientes se ocurría fácilmente poniendo algunas fraguas y haciendo algunas talleres en las canteras y dándoles algunos lienzos o anjeos con que abrigarse y hacer sombra y poniendo algunas tabernas, que son todas cosas fáciles de hacer.

Hubo, al fin, sobre esto muchas competencias, y tan fuertes estuvieron en sus opiniones, que Su Majestad asistió y quiso ser el juez y sobrestante en el caso. Vido muchas veces ejecutar esta traza de Juan de Herrera, asentar las piedras en la iglesia, el pescarlas la grúa de encima de la carreta sin descargarlas, el cargarlas en la cantera con un ingenio que llaman cabrilla y la comodidad o descomodidad de los oficiales y, tanteado y considerándolo bien todo, le pareció que se ahorraba mucho y que se hacía con mayor perfección y presteza.

Sólo quedaba una dificultad, que era el escodar la iglesia después de acabada y pulida por la faz, quitándole aquel grueso de cordel en los paramentos llanos, porque todo lo que era cornijas o molduras se asentó labrado de todo punto, y veíase por el efecto ser cosa fácil y de ningún detenimiento.

Al fin Su Majestad se resolvió a que las piedras viniesen medio labradas de la cantera y se siguiese el orden del Arquitecto, porque, aun fuera de estos provechos, se ahorraba en la carretería, por venir las piedras tan aligeradas.

Aprovecharon estas dos trazas de suerte que la fábrica, que por el camino ordinario que llevaban los maestros aparejadores Tolosa y Escalante durara más de veinte años, se acabó en menos de seis, con la perfección que ahora la vemos y gozamos, y pudiera ser que nadie la viera acabada.

Y lo mismo será bien ejercitar en obras tan grandes o mayores, y creo otra vez que las muy antiguas y bien labradas, cuyas reliquias se ven ahora en Roma y en otras partes, que se hicieron de esta suerte y las juntas tan imperceptibles no pudieron hacerse de otra.

Josefo refiere, en sus libros *de bello Judaico*, que aquellas torres de mármol edificadas por Herodes el Grande, con ser las piedras muy grandes, apenas se veían las juntas en ellas, y así podríamos alegar otras fábricas. Este año fue el en que continuó mucho las venidas aquí el Rey, porque las plantas quieren regarse más a menudo.

Importaba mucho en los principios de la fábrica de este templo darle calor con su presencia. Así se halló aquí el día de la Ceniza, que fue 7 de marzo, y acabó de determinar este modo y traza de labrar, que nunca asentaban bien en los oficiales: tan dificultoso es mudar costumbre y olvidar lo aprendido.

Volvió después para la Semana Santa; hacía dos haciendas de un camino, quiero decir, edificaba con estas venidas dos templos: el material, de fuera; el espiritual y propio, dentro de su alma.

Recibió la ceniza con mucha humildad y visible devoción, acordándose que, aunque Rey y tan grande, al fin era su compostura como la de los otros hombres: polvo y ceniza. Comulgaba, andaba procesiones, ganaba Jubileos, llevaba el palio acompañando y sirviendo a su Rey y lavaba pies a pobres, celebrando aquella celestial memoria y ejemplo que dejó el Rey Eterno a sus vasallos y, con estos ejercicios tan santos, crecían entrambos templos más que a varas.

Partió aquí a 2 de mayo, habiendo hecho primero el aniversario de su madre la Emperatriz, para llevar que pensar por el camino. Tornó luego por el mes de junio de este mismo año de 76, trayendo consigo a la Reina doña Ana y a su primogénito, el Príncipe don Fernando, que fue la primera vez que le sacó de Madrid, y el primer vuelo que le enseñó esta águila a su hijo fue traerle a este monasterio, fábrica de sus manos y sepultura dignísima de tan esclarecidos abuelos.

Llegó el Rey un día antes como para hacerles el aposento. Mirólo todo, que estaba, aunque de prestado, acomodado razonablemente. Preguntáronle de parte del convento si sería bien hacer algún particular recibimiento a la Reina, Príncipe y Infantas. Respondió que no, y así no se hizo más que lo ordinario, como otras veces. Salió el Prior con algunos viejos hasta la puerta y besáronles las manos, viniendo acompañándolos hasta las gradas del altar de aquella iglesia pequeña, donde hicieron oración.

Tuvieron aquí las fiestas de Espíritu Santo y Corpus Christi, ejercitándose Rey y Reina y Príncipe de Alemania en obras santas, y aun las recreaciones lo eran, porque unas veces visitaban las reliquias; otras, las oficinas de la casa; la librería, que ya comenzaba a ser ilustre, porque entró en ella a esta sazón la de don Diego de Mendoza, donde había buenos originales griegos y árabes y de otras lenguas y diversas facultades.

Salíanse por aquellas dehesas de la Herrería y Fresneda, que en verano son unos hermosísimos jardines, parte de la misma naturaleza compuestos, parte con la industria, llenos de flores y frutos, mucha caza, venados, jabalíes, conejos, liebres, diferencia de aves y harta copia de pescado; de suerte que, dentro y fuera, era para las personas reales una estancia llena de dulce entretenimiento y adquiera se leían o se oían alabanzas divinas.

En cayendo el sol, que en verano se traspone presto por la sierra que está al Poniente, se exhala de ella un aire suave que refresca lo que el calor del día ha destemplado. Se salían la Reina y Infantas y Príncipes por los jardines que están en el contorno de la casa, de suerte que aun sin salir, como quien dice, de su aposento, gozaban de mucha frescura cuando no querían buscarla fuera.

Llegó aquí a principio de septiembre el señor don Juan de Austria, llamado de Italia por su hermano para enviarle de secreto a Flandes, porque se habían alterado de nuevo aquellos estados y hecho nuevos rompimientos.

Partió el Rey de aquí y, con él, don Juan, para Madrid a 22 de septiembre, donde le despachó con sumo secreto, disimulándose cuanto fue posible la partida y aun su persona: los sucesos de esta jornada ya los han escrito otros, ni son de mi propósito ni profesión.

A los 24 de septiembre partió la Reina tras el Rey para Madrid y, luego, el de diciembre siguiente, tornó el fundador aquí a dar calor a su fábrica y a recibirle él en el alma, continuando su piedad y devoción. Entre otras, que en él fueron muy grandes, la principal y la primera, como de razón lo ha de ser, era con el Santísimo Sacramento, herencia piísima de la Casa de Austria. Había Su Majestad pedido, con la ocasión de la guerra de Granada contra los moros que se rebelaron en la Alpujarra y por otras necesidades grandes de la Cristiandad, a todos los Obispos y Perlados de las religiones, se hiciesen en estos Reinos plegarias, letanías, procesiones y otras oraciones, y que sacasen en público el Santo Sacramento en procesión y se hiciese cierta manera de vela o vigilias de noche y de día, teniéndole en público sobre los altares para que los religiosos y gente seglar hiciesen devotas oraciones en la presencia del Señor.

Envió para esto una instrucción muy larga, en que se echa bien de ver la gran devoción del Príncipe piísimo.

En la Orden de San Jerónimo se hizo este repartimiento y vela del Santísimo Sacramento; de suerte que a esta casa le cabía de cuarenta en cuarenta días, y tenía tanto cuidado el Rey con ella, que desde su aposento contaba y trazaba las venidas aquí para hallarse en esta vela y procesiones, y siempre le cabía llevar una de las varas del palio; y puedo bien afirmar que no había religioso le hiciese ventaja ni en la devoción con que allí iba ni en la asistencia delante del Sacramento en el término de aquellas veinticuatro horas.

Así llegó la vez postrera que aquí vino en este año de 76, al punto de esta vela y procesión. Duró en esta casa (olvidóse presto esta devoción en las iglesias y aun en las religiones de España) más de treinta años, que jamás faltó un punto por la asistencia y piedad de este Monarca cristianísimo. Diré también otro particular en esta materia: en todos los actos públicos que se hacían en la iglesia mostraba tanto respeto y guardaba tan puntualmente el derecho que se debe a las cosas eclesiásticas y a las personas de ella, que siempre se ponía el postrero dondequiera que concurrían. Y porque los niños del Seminario tienen sobrepellices en tanto que asisten al oficio divino en estos actos eclesiásticos, iban delante y los anteponía: si tomaban la ceniza, los niños primero; si los ramos, las candelas, adoraban la Cruz y otras cosas semejantes, los adelantaba siempre, pareciéndole que era de más alto género todo lo que tenía resabio de orden eclesiástico.

Cuando había misas nuevas, iba a besar la mano al misacantano y le ofrecía como si fuera otro hombre particular, y otros cien ejemplos bastantes a confundir, no digo a los herejes ni a otros cristianos llenos de pundonores de vanidad, sino aun a los muy aventajados religiosos.

Desde aquí se partió, a 11 de diciembre, a Nuestra Señora de Guadalupe para verse allí con el Rey de Portugal. Lo que se trató entre los dos y las razones de estas vistas, con lo que allí pasó, otros lo han ya dicho; a mi parecer, no fue otra cosa aquella junta, por lo que el efecto ha mostrado, sino un como decir que venía a entregar aquel Reino don Sebastián en manos de Felipe: testigos de la donación y entrega, la Santísima Virgen y su Hijo, en cuyas manos están los derechos y disposiciones de todos los Reinos y Reyes. Tuvieron allí las dos Pascuas de Navidad los dos Reyes, tío y sobrino, haciendo el nuestro la costa con la largueza que se puede pensar. Acabadas, se partieron. Don Felipe tuvo el día de la Epifanía en nuestra casa de Santa Catalina de Talavera, donde hizo la ofrenda acostumbrada de los tres cálices. De allí se vino a Madrid.

DISCURSO X

Crece la fábrica de San Lorenzo el Real, amotínanse los oficiales, y lo que el Rey y Reina y personas reales hicieron aquí en el año 1577, con otros particulares.

Fue el consejo de fray Antonio tan acertado y la traza de Juan de Herrera tan buena, que dentro de un año subió por igual la fábrica de la iglesia en el contorno treinta pies en alto, que es al suelo del coro y claustro alto, segunda planta y elección de toda esta fábrica, con grande admiración de

todos y notable contento de Su Majestad, a quien el Duque de Alba dijo un día, viendo tan notable crecimiento: «Más tardarán, señor, en hacerse los adornos de esta fábrica que lo principal», y fue consideración de alto juicio, como lo tenía este gran Príncipe, y así fue como lo dijo. Ayudaban todos los ministros con mucha conformidad: el trazador, el aparejador, el obrero y los estajeros y sobrestantes estaban tan hermanados y concordados, que parecía cosa de milagro, porque no se oyó ni vio un encuentro ni diferencia que fuese de momento y, cuando sucedió alguno, la prudencia grande y clara determinación de fray Antonio lo allanaba todo, ayudándole mucho a esto el Veedor García de Brizuela y el maestro aparejador Mateo de Minjares, a quien también se debe mucho en esto por su habilidad grande en el arte, prudencia y buen término de proceder en tanta variedad de cosas.

A 19 de febrero de 1577 vino a visitarla el Rey y maravillóse de lo que había crecido. Recibió aquí la ceniza para que con este acto de humildad cristiana la fábrica se levantase más segura, y aun advirtió de camino ciertos defectos que en esta santa ceremonia habían hecho el sacerdote y los ministros, porque aun de esto sabía más que nosotros. En este mismo día mandó proveer más de dos mil ducados de libros para repartir por las celdas de los religiosos y poner en una librería pequeña de prestado, entendiendo cuán importantes son lección y libros para religiosos tan recogidos, y luego también mandó que se comenzase la librería del coro, que es una de las excelentes cosas que hay en este convento, de que se hará memoria particular adelante. Para esto ordenó que viniesen buenos escribanos de letra grande, proveyendo en todo con un acuerdo y prudencia excelente. Hecha esta visita, se tornó luego a Madrid.

Volvió para el Domingo de Ramos siguiente. Anduvo en la procesión con sus caballeros y procuraban los religiosos hacer los oficios divinos con tan buen cuidado que el Rey no tuviese que enmendar, que no era poco. Hizo el mandato el Jueves Santo, en acabando la misa mayor, juntando tanta majestad y devoción en este acto, que enterneciera las piedras; hincábase de rodillas a los pies de aquellos trece viejos que se escogían para esto; lavábaselos y besábaselos con profunda humildad, ayudándole en esto sus dos sobrinos, Príncipes de Bohemia Alberto y Vuincislao, dándole agua y toballas. Sirvióles después a la mesa una comida real, de que los buenos viejos comían poco, y lo más era lágrimas que se les iban por los rostros, considerando la persona que les servía.

Pasó aquí esta Semana Santa en mucho recogimiento y oración, asistiendo a todos los oficios. Confesó y comulgo, y el día de Pascua de Resurrección se fue a comer al refectorio con los frailes, llevando consigo a los dos Príncipes, sus sobrinos, a quien servía de ayo y de maestro, enseñándoles el temor y reverencia que habían de tener en los actos y ministerios divinos. Oíanle algunas veces en el coro los religiosos que estaban cerca de su silla, por ser

pequeño, los santos advertimientos que les hacía en los versos de los Salmos que venían a propósito.

Cantó misa el segundo día de Pascua un religioso; salió el Rey con los Príncipes y con sus caballeros a besar la mano al nuevo sacerdote y hacerle sus ofrendas, y tornóse luego a Madrid.

Como veía el enemigo nuestro que en esta fábrica perdía tanto, por ejercitarse tantas obras de piedad y de religión, tanta continuación de divinas alabanzas y se criaban tantos sujetos y personas de letras, y que se levantaba como un nuevo Alcázar de donde se le había de hacer continua guerra, procuró por mil caminos estorbar su aumento (que es, sin duda alguna, como visible la rabia y invidia que concibió contra esto), y no dejó parte ni camino de cuantos supo para contrastarla, derribarla, deshacerla, como hemos visto: unas veces, con tempestades movidas al tiempo que más podían desacreditarla; otras, indignando los pueblos y haciéndoles en creyente que aquí se gastaban todos los tesoros de estos Reinos; otras, procurando que el Rey mudase de propósito y diese esta casa a otra religión que le sirviese mejor y tratase con más primor y fruto; sobre lo cual se dieron hartos toques por una parte y por otra, y lo que pretendía no era porque se hiciese, sino porque, con la mudanza, o se resfriase o se deshiciese, y así lo intentaron muchos de los que andaban al lado del Rey y aun llegó a ponerse en consulta: tanta era la batería que daban sobre esto, aunque la firmeza del Príncipe fue siempre mayor que la diligencia, industria y porfía de los pretendientes; y este año presente de 77, en que andaba la fábrica y la labor más viva y bullía la cosa en su mayor diligencia, le acometió por otros caminos extraños, que fue maravilla no se rompiese el hilo con cualquiera de ellos, porque amenazaban grandes cosas, si Dios no pusiera su mano en cortarlas a los principios. La primera fue un motín de la mayor y mejor parte de los oficiales de esta obra, que eran los canteros. Sucedió que, por cierto delito, no de mucha monta, el Alcalde mayor de la villa de El Escorial, que le nombra el Prior del convento, prendió a unos vizcaínos canteros y, según él dijo, no con intento de afrentarlos, sino de atemorizarlos, hizo buscar y traer unos asnos en que sacarlos a azotar.

Entendióse entre ellos, y corrió la voz de unos en otros. Como se presencian tan de hidalgos ellos y los montañeses, amotináronse de suerte que estuvieron muchos toda la noche con sus espadas haciendo vela y guardando la cárcel, porque los prendieron de parte de tarde, pretendiendo matar al Alcalde mayor y Alguaciles si los sacaban.

A la mañana se habían ya conjurado todos y, sin quedar ninguno en las canteras donde trabajaban, vinieron al sitio con un tambor y una bandera, señalando su Capitán. Tocaron muy reciamente la campanilla con que llamaban a la obra y en un punto cesó toda y cesaron de trabajar, y se

juntaron todos con las armas que hallaron, y fueron en forma de escuadrón a matar al Alcalde mayor, quebrantar la cárcel y sacar los presos.

Fray Antonio el obrero, viendo el alboroto, envió allá a los estajeros y maestros para que aquietasen a aquellos sus oficiales y, aunque les perdieron el respeto y les decían palabras descomedidas, sin querer desistir de su intento, sirvió de detenerlos y embarazarlos con razones para que luego y con presteza no ejecutasen su intento. Entre tanto, el Alcalde mayor se puso en cobro y el Prior le escribió mandándole que le diese los presos.

Hízolo así, viendo la determinación de aquella gente colérica; mandó abrir la cárcel y sacar los presos como quisieron, haciendo sus protestos el Alcalde mayor de la fuerza que le hacían. Con esto se les resfrió y mitigó la cólera y, con la misma facilidad que se amotinaron, dejaron las armas muy contentos, diciendo las palabras que suelen los que ellos llaman borricos.

Cuando ya se les pasó el ímpetu, echaron de ver el mal recado que habían hecho. Ausentáronse de miedo algunos de ellos que habían sido como las cabezas de motín. Fue esto en una coyuntura que, aunque parecía negocio de poca importancia, pudiera, de un principio flaco, resultar un daño grande, como suele con una pequeña centella abrasarse un monte.

Estaban en este Reino los ánimos muy alterados por la alcabala de diez uno, que entonces se introducía, y consideraban algunos que si esta gente acabara el hecho y mataran la justicia de esta villa de El Escorial y se fueran con su bandera y tambor, se les juntara mucha gente popular de esta comarca y pudiera crecer súbitamente alguna furia, que el menor daño que de ella resultara fuera la pérdida de esta fábrica, según estaba todo enconado.

Otros se reían de esto, porque tienen más firmes en este Reino las raíces de la lealtad los vasallos de sus Reyes, como lo vemos en tantas experiencias. Vino de allí a pocos días Su Majestad con la Reina, Princesas y Infantas a tener aquí el verano. Fray Antonio, el obrero, le pidió perdonase aquella gente, que no habían pecado sino de hidalgos, de honrados y de necios. Su Majestad se rió y le respondió con benignidad, mostrando en esto su gran prudencia, entendiendo cuán verdad era lo que el fraile decía y, si se hubiera de hacer caso de ello, se habían de poner muchos en las galeras, y aun en la horca, y así se quietaron los canteros que, como el desacato y delito había sido grande, estaban mal seguros hasta este punto.

Entendióse que al que alzó la bandera y al que tañó la campana y algún otro los echaron a galeras, castigo bien merecido.

La Pascua del Espíritu Santo fue muy regocijada y alegre por los actos que aquí se hicieron. El día primero, recibió el capelo de Cardenal en este monasterio el Príncipe Alberto, hijo del Emperador Maximiliano, hermano de la Reina doña Ana. Enviósele el Papa Gregorio XIII con el Conde Aníbal, deudo suyo y de la Cámara Apostólica. Trajo un breve para Nicolao, Obispo

Patavino Legado Nuncio Apostólico le diese. Dijo misa de pontifical y, acabada, mostró el breve de Su Santidad. Leyóse en público. Dábase a entender en él cómo Su Santidad, habiendo en las Témporas pasadas criado algunos Cardenales, y las causas que le habían movido para ello, y entre ellos principal y primeramente había nombrado a Su Alteza de don Alberto, diciendo algunas cosas en su loor para calificar las causas de esto, y también por habérselo pedido el Rey de España, don Felipe, su tío.

Subió el nuevo Cardenal a la grada alta del altar mayor, habiendo estado junto de la baja sentado en una silla el tiempo que duró la misa; púsose de rodillas delante el Nuncio y tomóle el juramente que hacen los Cardenales de favorecer las cosas de la Iglesia y Silla apostólica, hasta derramar por ella su sangre si el caso y necesidad lo pidiere. Hecho el juramento, levantóse el Nuncio y dijo las oraciones competentes. Tornóse a sentar; estando siempre el Príncipe de rodillas, púsole la capilla de la muceta colorada que tenía vestida, encima de ella el bonete y, luego, el Conde Aníbal le dio el galero o capelo al Nuncio y se lo puso encima del bonete, diciendo en lengua latina las palabras que en la nuestra suenan así: «Recibe a loor de Dios omnipotente el sombrero colorado, que es señal de la dignidad grande de Cardenal, el cual te da por nuestras manos de potestad apostólica, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y así como el Espíritu Santo descendió sobre las cabezas de los Apóstoles en forma de fuego, y fueron sus corazones inflamados del amor de Dios, así tú, que tienes figura de ellos, con los demás Cardenales de la santa Iglesia de Roma, seas ferviente en la caridad y ardas en celo de la casa de Dios. Y sabe que por el ensalzamiento y provecho de la santa fe católica y por la defensión de la libertad eclesiástica has de sufrir la muerte corporal, y para que puedas cumplir esto en efecto, aquél te dé su gracia, que con el Padre y Espíritu Santo vive y reina sin fin. Amén».

Dicho esto, le dio paz en el rostro, diciendo: *Pax tibi*, y respondió: *Et cum spiritu tuo*. Quitóle el capelo y dióle al Conde Aníbal. Hincóse de rodillas y comenzó, sin mitra, a cantar el himno *Te Deum laudamus*, prosiguióle el coro. Acabado y dichas las oraciones competentes, dio la bendición al pueblo, y se fueron a comer.

Acompañó el Rey este día a su sobrino. Trájolo desde su aposento y tornóle a llevar, mostrándose en todos estos actos regocijado, alegre, vestido galanamente y con el Tusón, y el Duque de Alba también se le puso, y todos los caballeros salieron de fiesta.

El día siguiente y segundo de Pascua el mismo Nuncio y Legado *a latere* de Su Santidad tornó a celebrar de pontifical, y dio la rosa de oro que le enviaba el mismo Pontífice a la Reina doña Ana.

Bendice algunos años Su Santidad, en la cuarta Domínica de Cuaresma, una rosa, que por esto la llaman la Domínica de la rosa, a la que llamamos

Domínica *Laetare*, por comenzar así el oficio de la misa de aquel día. Ésta es a manera de un arbolillo con su pie y tronco de altura de una tercia poco más, que parece más rosal de un pie que rosa; es toda de oro fino, sumamente vaciado; antes que el Papa se ponga a bendecirla, junta a los Cardenales y consulta con ellos a quién les parece será bien enviar aquella rosa entre las señoras principales de la Iglesia. En determinándose, se viste de amito, alba, estola, capa y mitra. Comienza la bendición detrás de la cortina, con las oraciones que señala el ceremonial romano. Dichas, le echa agua bendita y bálsamo, y otros olores, y la inciensa, teniéndola en las manos uno de los clérigos del la Cámara del Pontífice.

Acabada esta ceremonia, el clérigo da la rosa a un diácono Cardenal, y él la da al Papa en la mano izquierda porque la derecha quede desembarazada para la bendición que da aquel día al pueblo. Este año, pues, con acuerdo de los Cardenales, envió esta rosa a la Reina doña Ana. En acabando la misa, salió a recibirla al altar mayor de esta iglesia de prestado. Acompañóla el Rey con los Príncipes de Bohemia y Infantas doña Isabel y doña Catalina, y todos los caballeros muy galanes, como lo habían ido el día antes.

Subió sola la Reina hasta la grada postrera, hincóse de rodillas y, luego, el Secretario Mateo Vázquez leyó el breve de Su Santidad, que le entregó el Conde Aníbal. Leído, tomó el Nuncio la rosa en la mano y, hablando en nombre del Papa, le dijo en lengua latina lo que en la nuestra suena así:

«Recibe esta rosa de nuestras manos que, aunque inméritos, tenemos lugar de Dios en la tierra; por ella se significa el gozo de una y otra Jerusalén, que es la Iglesia triunfante y militante; por ella también se muestra a todos los fieles cristianos la misma hermosísima flor Cristo, que es gozo y corona de todos los santos; recíbela tú, amantísima hija, que eres noble y poderosa en este siglo, y de grande virtud adornada, para que seas más ennoblecida de toda virtud de Jesucristo, como rosa plantada sobre las riberas de aguas abundantes, la cual graciosamente por su abundante clemencia tenga por bien concederte el que es trino y uno por todos los siglos de los siglos. Amén. En nombre del Padre, etc.»

En tanto que el Nuncio decía estas palabras, tenía la Reina en sus manos la rosa; acabadas, se la dio a uno de los ministros del altar para que la pusiese como don espiritual y místico entre las santas reliquias de esta casa, y tornóse con el mismo acompañamiento que había venido; el Nuncio y el Conde Aníbal se fueron a comer con los religiosos al refectorio.

En las palabras con que el Nuncio entrega esta rosa se manifiesta el pensamiento o la alegoría o misterio que la Iglesia pretende en esta ceremonia alegre, y en medio de los ayunos cuadregesimales la mayor alegría de la iglesia y aun de los ángeles del cielo (según Nuestro Señor y Maestro nos enseña) es la de penitencia de los fieles, que no es otra cosa todo el curso de la vida cristiana sino un camino estrecho y una puerta angosta por donde se

entra a la vida eterna; esto consiste en ser perfectos hijos de Jesucristo y llegar al estado de varones, en la medida de la edad y plenitud de Cristo, despojados de la vestidura del Adán viejo y vestidos y coronados de la flor que es Jesucristo.

Para que no se desmaye en esta carrera nos ayuda la Iglesia, Madre nuestra santísima, con la suavidad de las flores y rosas que salen en esta primavera, como lo pide la Esposa en los *Cantares*; el ministro de este socorro es el Sumo Pontífice, que es Vicediós en la tierra, y como tan celoso de las almas que le entregó su Señor, hace el oficio del enamorado Esposo y, en vez de todas las almas, envía a alguna gran Princesa o Reina esta rosa, que como en su plática muestra, significa todo esto con admirable propiedad y alegoría. Esto quede dicho para que se entienda algo del misterio, pues nos toca a todos.

Porque fuese en este verano entreverado el curso de este edificio con favores y con trabajos, gracias y desgracias, tornó el enemigo, que tan de propósito se señaló contra esta obra célebre y pía, a turbar el feliz suceso de ella con aquel rayo que con gran relámpago y trueno se oyó por toda España.

Una cosa diré digna de consideración: aquel año trajo aquí Su Majestad alguna guarda de alabarderos, lo que jamás antes ni después vimos; dio que pensar esto no sólo a los religiosos, sino a otros; hacían su vela concertada y andaban rondando la casa por horas; preguntado la causa de esta novedad respondieron los que podían saber algo de ello, declarando diversos motivos; en lo que más concordaban los que menos sabían era que a Su Majestad le habían pronosticado que aquel año amenazaba un fuego grande a una casa real, la más insigne de ellas, y que, sin duda, era ésta; con esto andaban todos escarapelados y cuidadosos, entendiendo había alguna traición de secreto, ora fuese de herejes, ora de otra gente amotinada, y lo que menos se sospechaba era del cielo, a quien con evidentes señales y efectos se ha visto ser gratisima esta obra.

Lo que fue certísimo en este caso es que fue motivo del Duque de Alba, Mayordomo mayor del Rey; hábale dicho otras veces este prudente capitán que le parecía descuido venirse Su Majestad aquí, con todas las personas reales, tan solo y sin guarda, estando tan de asiento en este desierto los veranos, y que sería bien viniese la guarda de a pie, porque no estuviese esto tan sin autoridad, que lo que no acontece en mil años sucede en un día. El Rey le dejó ordenar esto como quiso y condescendió con él, aunque él tenía puesto su corazón en otro más firme presidio; sucedió esta diligencia concurrir con la desgracia del rayo y dio ocasión al pueblo vano, que tan amigo es de pronósticos y que se dé alcance a la Providencia divina, para decir lo que suele, bestia de mil cabezas y de más lenguas, y en todas, poca rienda y poco seso.

Decían que este año de 77, tan setenado con once sietes, estaba de años atrás muy temido, y que particularisísimamente amenazaba a esta casa, porque cayó en julio, que es el séptimo mes, y a veintiuno del mismo, que son tres sietes, y en el séptimo de la Luna, y habiendo entrado el Sol en el séptimo grado del signo de León, y aun me maravillo que no advirtieron adónde estaban las Siete Cabrillas y otras setenta impertinencias de estos judicarios, que se precian harto más de caldeos que de cristianos, como si el año antes y otros después, sin ningún siete de estos, no cayeran en Madrid y en otros pueblos, campanarios y torres de estas y otras comarcas rayos más derechos y aun más perjudiciales; pudiera hacer aquí argumentos y aun evidentes demostraciones de cuán vanos son estos pronósticos que descienden a particulares tan menudos, que señalan lugares y personas; si fuera del oficio que ahora profeso no me despidió de hacerlo en mejor conjuntura; sólo diré una cosa muy cercana a mí propósito y de nuestro fundador.

Diéronle una vez un pronóstico de estos atrevidos judicarios, en que le amenazaban grandes males en aquel año; el prudentísimo Príncipe, habiéndole visto, mandó que le imprimiesen: con ninguna cosa se pudo probar mejor la vanidad del autor, porque ninguno de los singulares que amenazaba sucedió; dejó aquellas redes barrederas que suelen echar, que ningún tiempo escapa de ellas, y junto con esto mostró el Rey su gran entereza, cuán poco caso se había de hacer entre cristianos de estos pronosticadores.

Vengamos al caso y contemos cómo sucedió lo del rayo, que creo lo envió Dios o permitió al demonio probase con tan fuerte encuentro a su siervo Felipe, como otro tiempo a Job, con fuego del cielo, para que en él se viese su pecho Real y su constancia.

Domingo, en la noche víspera de la Magdalena, el día que hemos dicho, entre las once y las doce de la noche, sobrevino una tempestad de aires, agua, truenos, relámpagos, con gran oscuridad de nubes tenebrosas, soplada de un viento medio ábrego que la encaminaba de entre Mediodía y Poniente a encontrar con esta sierra; aquí se espesaron las nubes unas con otras y, al pasar, se desgarró una y despidió con la fuerza de la exhalación seca, encendida dentro de aquel seno, un relámpago, rayo y trueno, y tan horrendo y furioso que despertó a los que dormían y, a los que estaban velando, que eran algunos colegiales, poco menos derribó en el suelo.

Dio el rayo con algunas de sus centellas en diversas partes de la casa; en la sacristía desdoró los marcos de unos hermosos lienzos de pintura; en un cajón abrasó el oro de la cenefa de una casulla; en otra pieza más alta hizo otro agujero, todo cosa de poco momento; el golpe más principal hizo en la esquina de la torre del Poniente, donde estaban las campanas; derribó algunas piedras de la parte de dentro, que cayeron encima de la celda del fraile relojero y, al fin, todo era poco; lo que de suyo no era de importancia

hizo todo el daño, y fue que otra pequeña brizna tocó en el chapitel de esta torre, en lo más alto, y muy cerca de la bola comenzó a encenderse, no con más fuerza al principio que la lumbre de una vela; estaba la madera seca y, con el tiempo caluroso, bien aparejada y como yesca; no fue posible subir a echarle un jarro de agua, que bastaba; fuese poco a poco apoderando el fuego en las tablas y maderos; vino a crecer sin remedio, porque la materia de que se alimentaba era mucha, ayudaba el plomo de que estaba guarnecida y enviaba aquellas pelotas derretidas y hechas fuego con que se defendía para que no se le allegasen cerca; apoderóse al fin de tal suerte del chapitel que le abrasó todo y la pieza inmediata, donde estaban las campanas en unos telares o andamios de madera, que sirvieron para que con ellos se derritiesen once muy buenas, que no se pudieron poner mejor para que con el aire y el fuego hicieran de ellas rieles de bronce; remedióse con suma diligencia que el fuego no descendiese a los suelos más bajos ni pasase otros desvanes y se contentase con sólo el chapitel y campanas, dejando las paredes de la torre sanas; este fue todo el daño.

Al punto de este suceso quería Su Majestad desnudarse; entró uno de los de la guarda y dijo que había caído un rayo; preguntó lo primero, con rostro sereno, si había muerto algún religioso u otro alguno; sabido que no, dio gracias a Nuestro Señor, como Príncipe temeroso y pío, que es de impíos o insensatos no temer la ira divina. Salió de su aposento acompañado del Duque de Alba, Marqués de los Vélez y otros caballeros, y subió al claustro alto de la enfermería, frontero del chapitel, que ardía ya más que medianamente; el Duque de Alba, perpetuo fiel ministro de la Majestad Real, aunque fatigado de la gota, subió a lo más alto de la torre; hizo también aquí oficio de capitán; ordenó la multitud de gente trabajadora, que ya a este tiempo había entrado en casa; hacía que trajesen unos arena y otros agua para echar en los suelos donde caían los maderos encendidos para que no los abrasasen y fuesen cayendo de unos en otros; mandaba traer mantas mojadas y poner en las ventanas y puertas por donde podría pasar el fuego a otras partes; hizo una como sogas o cadena de hombres que, sin mudarse de sus puestos, desde la fuente hasta la alto de la torre y adonde era menester, subiesen el agua, como si fuera de mano en mano, pasando un perpetuo canal de agua, que fue de importancia para atajar el daño; hubo diversos pareceres, si se cortarían algunas tijeras de los tejados de una y otra parte de la torre; los más, o casi todos, eran de parecer que sí, porque en cualquiera lado que prendiera fuera el daño irremediable y con esto se aseguraba.

Fray Antonio de Villacastín, que tiene las principales partes en todas las escenas de este poema, a veces trágico, a veces cómico, fue de contrario parecer, afirmando que el fuego ni ninguna forma saldría de las paredes de la torre, porque eran fuertes, y que la bola de bronce y la cruz que remataban el chapitel, y era mucho peso, caerían a la parte del jardín,

donde harían poco o ningún daño; pudo tanto su autoridad y sus razones con el Rey, que lo dejaron así, y así sucedió todo como lo dijo.

Señaláronse entre todos los que socorrieron este incendio dos soldados, hombres de valor y esfuerzo; habían llegado aquí a pedir alguna merced a Su Majestad por lo que habían hecho en su servicio. Escaparon de Constantinopla, donde habían estado cautivos, y trájelos Dios a que delante y a ojos de su Rey peleasen con un enemigo tan implacable como el fuego; pusiéronse en dos ventanas de la torre misma, a la parte que miraba al claustro diametral o, como decimos, esquina contraria, donde el Rey estaba; desde allí arrebatában con las manos las vigas encendidas que caían de lo alto y pudieran hacer gran daño y las lanzaban por las ventanas al claustro, y algunas tan grandes que parecía mucho poderlas alzar del suelo, aun cuando estuvieran frías, cuanto más hechas brasa.

Duraron en esta pelea más de lo que parecía posible; Su Majestad les hizo la merced que le pedían y más. Los religiosos hicieron en este rebato lo que debían y podían; sacaron algunas reliquias, el *Lignum Crucis*, el brazo del Patrón y mártir glorioso de España, para que diese fuerza el uno y ahuyentase el enemigo el otro; hincados de rodillas, decían letanías y hacían otras santas oraciones, y otros daban de beber y comer a los que peleaban con el fuego.

Pudieran librarse algunas de las campanas, mas no quiso el Rey que se pusiese ninguno en peligro notable y, pues el rayo no había hecho mal a nadie, no quería que por tan poco interés se pusiere a riesgo ninguna vida, porque el plomo que se venía regalando era peligroso aguardarle.

Duró el fuego desde las once poco más de la noche hasta las seis del día; todo este tiempo estuvo allí sin mudarse el Rey, que no se puede negar que aunque tenía el rostro sereno y aun alegre para quitar a los demás la tristeza y poner ánimo, sin duda que lo sentía de veras; partióse a esta hora de allí y fuese al oratorio a dar gracias a Nuestro Señor por esta merced, conociendo, como pío, le debemos más cuando nos azota y castiga que cuando nos regala con favores, que está en lo primero más segura nuestra gracia.

Quien pienso yo peligró en este caso fue el relojero fraile, mozo de tres a cuatro años profeso; antes que cayese el despertador que tienen para llamar con tiempo, cayó, no sé cómo, un poco antes; estando así pensando cómo había sido, cayó el rayo, y con el espanto dio con él aturdido en el suelo; vuelto en sí, dio voces y comenzó a decir luego: «¡Fuego, fuego en la torre de las campanas!»; subió y comenzó a tañerlas con priesa; por entonces no sintió nada, mas luego, poco a poco, le cargó una fuerte melancolía, mudósele el rostro extrañamente y mudó el color de blanco en un pardo triste; salieron unos lunares negros; vivió otros tres años poco más o menos, y al fin murió casi sin que se echase de ver: entendióse le entró algún humo en el cuerpo aquella noche que le hizo este efecto. Tal fue puntualmente todo el caso; pasó el nublado adelante, llevado de un airecillo que se levantó de la sierra;

descargó tanta piedra en Robledo de Chavela y en San Martín de Valdeiglesias, que les quitó casi todo el vino de aquel año, sin que lo supiesen los astrólogos, aunque fue mucho mayor el daño de aquella gente que tenía allí puesto su sustento; para los pobres no hay astrología.

Diré por remate del discurso de este año una cosa indigna de que se hiciese memoria de ella entre los sucesos de la fundación de esta casa, por la liviandad en que se funda, mas servirá de desengaño para otras cosas que siembra vanamente el vulgo ignorante o las gentes maliciosas.

Desde el mes de mayo de este mismo año y desde el punto que llegó aquí el Rey con la Reina y otras personas reales, comenzaron a decir, o los peones o los muchachos (tan flaco es el principio), que andaba de noche en esta fábrica un perro grande y negro con unas cadenas arrastrando, que de cuando en cuando daba unos aullidos temerosos. Fue creciendo esta fama y, aunque la gente de algún seso se reía de esta niñería, otros de menos caudal o de más malicia la alentaban, fingiendo cuentos y vistas, de tal suerte que voló por todo el Reino y apenas se hablaba de otra cosa sino del perro negro de San Lorenzo. Decían que le veían de noche andar alrededor de la fábrica con estas cadenas y aullidos, y aun no faltaba quien decía y afirmaba que le veían saltar por las grúas de la iglesia y de un brinco pasaba del pescante de la una al de la otra, que no podía ser sin alas.

Algunos que tenían más dentro la malicia, hacían alegorías de esto: decían que significaba los motines de secreto que se levantaban en el Reino, para desechar la imposición de la alcabala de diez uno; que los aullidos eran los gemidos de los pobres, y las cadenas la opresión de estas imposiciones, y otros cien disparates como estos, si, como digo, no eran malicias.

Había aquí algunos lebreles en poder de diversos dueños en el pueblo y aquí arriba en el sitio, y uno de los estajeros de la fábrica tenía un alano que le llevaban los peones consigo y le hacían andar en la rueda de la grúa con ellos. Éstos traían collares y cadenas. Soltábanse de noche, venían a buscarse unos a otros, como suelen; en ladrando o en sonando el collar o la cadena, levantaban cien quimeras. Acertó a quedarse aquí perdido un sabueso, perro de casta y regalado; dicen era del Marqués de las Navas. Éste, buscando a su dueño, dio algunas noches muchos aullidos, que fue gran parte de confirmar la voz de esta malicia. Aconteció una noche, como entonces estaba todo abierto y la fábrica no podía cerrarse, que se entró este perro hasta la pared de las ventanas del coro y del aposento del Rey. Como era la hora en que los religiosos estaban en Maitines, el perro regalado sintió gente y, como quien deseaba encontrar con su amo o quien le abriese o recogiese, comenzó a dar tristísimos aullidos, cuales los dan los perros perdidos. Apenas quedó religioso en el coro que no se le erizase el pelo, creyendo muchos tenía más fundamento de lo que se pensaba la

fama que había llenado el mundo de esto. Dio tres o cuatro aullidos temerosos. El silencio, la hora de la noche, la bóveda de los nichos donde se había metido, de donde retumbaba el sonido; la fama esparcida, el ser debajo de las ventanas del Rey, todo hacía miedo, horror, espanto.

Fray Antonio de Villacastín estaba en Maitines. Salió con otro fraile, bajó a los nichos y a la bóveda donde el perro estaba. Asíóle del collar con harto poco miedo, que a los siervos de Dios no les espeluznan estas niñerías. Subiólo al claustro grande y colgólo de un antepecho, donde le vieron a la mañana cuantos entraba a oír misa; y una cosa tan esparcida y tan pública con la facilidad que se había levantado cayó en un punto con la muerte de este inocente perro.

En el mes de octubre de este mismo año recibió aquí el hábito de San Juan el Príncipe Vuincislao, Archiduque de Austria, día de San Lucas y, en el mismo día, por facultad del Papa Gregorio XIII, hizo profesión en manos de don Antonio de Toledo, con los tres votos esenciales y regla de San Agustín, y luego se le dio el Priorato de la misma Orden, de suerte que los dos hermanos, cuando de aquí salieron, el uno era Cardenal y el otro fraile de San Juan y Prior de la misma Orden. El Rey, Reina, Príncipes y Infantas se tornaron a Madrid a 4 de noviembre de este año, que cerró sus pronósticos y males con la aparición de aquel cometa famoso que se vio a 9 de noviembre; dijeron luego todos que amenazaba a Portugal y extendía su cola o sus cabellos por la parte de España, que desde aquí miraba y caía al Reino de Toledo y Valencia. Cuán verdadero fue el juicio, hasta ahora lo lloran los portugueses, y los castellanos no enjugarán tan pronto las lágrimas.

DISCURSO XI

Descripción del modo con que se iba prosiguiendo la fábrica de la iglesia, y otras piezas y partes de la casa, con las cosas que aquí sucedieron al Rey en el año 1578.

No sé si era más admirable y de más nueva y alegre vista la de esta casa cuando se iba edificando que ahora, cual la vemos perfecta y acabada. Aquel bullicio y aquel ruido; aquella variedad de gentes y voces tan varias; la diferencia de artes, oficios y ejercicios envueltos todos en una prisa y diligencia extraña, y en aquella al parecer confusa muchedumbre, aunque en la verdad admirablemente avenida y concertada, causaba un como pasmo y admiración a cuantos de nuevo la veían, y aun a los que despacio lo estaban considerando. Había en sola la iglesia veinte grúas de dos ruedas, unas altas, otras bajas y otras sobre estas más altas y, sobre éstas, tablados y andamios que subían al cielo. Éstos daban voces a aquéllos; los de abajo llamaban a los

altos; los de en medio a los unos y a los otros. De día, de noche, a la tarde, a la mañana, no se oía sino: «¡Guinda!», «¡Amaina!», «¡Vuelve!», «¡Revuelve!», «¡Torna!», «¡Estira!», «¡Para!», «¡Tente!», «¡Menea!». Bullía todo y crecía con aumento espantoso. Parecía trabajaban no sólo para ganar de comer, como en otras obras, sino para dar remate y perfección a lo que tenían entre manos en una amigable contención y porfía, pretendiendo cada uno ir el primero y, junto con esto, ayudar al otro. Fuera de este número de grúas que andaban en la iglesia y torres de ella, había otras en diversas partidas: en el aposento de Palacio, Casa Real y de las damas y caballeros, otras dos; en el pórtico principal, cuatro y aun seis; en el corredor de la enfermería, otra; en el colegio, otras, no sé cuántas; a todas se proveían con abundancia y con puntualidad los materiales necesarios, peonaje, carretería, piedra, cal, agua, madera.

Quien viera la multitud de aserradores y carpinteros de tantas suertes y diferencias de obras, unas gruesas como andamios, grúas, cabrillas, agujas, y otros ingenios y vasos, tijeras y maderamientos de tejados, otros de puertas y ventanas, y otros más primos, y delgadas manos para cajones, y sillas, y estantes, y todo cuanto toca a ensamblaje, jurara que se hacía alguna ciudad de sola madera. Quien considerara las fraguas y el hierro que se gastaba y labraba, pensara que era para algún castillo o alcázar de puro hierro, y lo mismo afirmarían los que pesaran el plomo y otros metales, como bronce, estaño y cobre.

Por otra parte, la variedad y diferencia de albañiles, para lo que se gastaba de cal, yeso, estuque, azulejos, ladrillos y cosas de este menester, era tan grande que, si se derramara, ocupara gran parte de esta campaña, y sin duda que si esto, o cualquiera cosa de las que he dicho, la amontonaran por sí en el contorno de esta casa, admirara la grandeza de cada una, y se atrevieran a afirmar ser bastante para fundar una ciudad entera. Diremos adelante la razón y la suma de lo que pudiéremos en ello. Entre estos maestros públicos que hacían tan acordado bullicio había otros más secretos y retirados, como eran pintores, muchos y de gran primor en el arte, que llaman ellos valientes. Unos hacían dibujos y cartones, y otros ejecutaban. Unos labraban al óleo tableros y lienzos; otros, al fresco las paredes y techos; otros, al temple, y otros iluminaban; otros estofaban y doraban, y otros muchos, porque los juntemos con éstos, escribían libros de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los encuadernaban.

De este género y de no menos primor había gran copia de bordadores que iban haciendo ornamentos al culto divino para altares y sacristía en telas de raso, marañas, terciopelo, brocados. Unos matizaban con extraño primor; otros bordaban; otros hacían franjas y cordones. Sin esto, otra diferencia de maestros más extraños para los metales, unos hacían órganos y otros campanas; otros vaciaban grandes planchas de plomo, y

otros mezclaban los unos con los otros para diversos ministerios y instrumentos, garruchas, poleas, troclas. El esparto y el cáñamo para sogas, serones, espuertas, guindaletas, cuerdas, maromas, ondas, cables, que casi se labró aquí todo, era otra parte de fábrica grande, que, aunque aquí era casa sorda y de poca cuenta, en otra parte hiciera harto ruido.

Esto todo junto, y como a la par, pasaba aquí, y se ejecutaba al pie de la fábrica; y, sin esto, los campos de esta comarca resonaban con los golpes de las almádenas y cuñas, y con la fuerza de los martillos, picos y escodas, partiendo o (digámoslo así) rebanando con tanta maña y artificio, que al rendirse parecían de cera, y en la blancura de dentro, nieve. Estaba todo el contorno sembrado de talleres, fraguas, tabernáculos y aun tabernas, donde se amparaban de las injurias del tiempo, del agua, del sol y de la nieve, y donde cobraban fuerzas con el vino. Por otra parte, se veían ingeniosas ruedas traídas del agua, con que se cortaban, aserraban, pulían jaspes y mármoles durísimos con la fuerza de los esmeriles y sierras artificiosas.

La multitud de la carretería, carreteros y bueyes era también de consideración, por la puntualidad con que acudían a sus horas concertadas, proveyendo a las grúas, agujas y cabrillas de piedra para que ni parasen las ruedas, ni descansasen los pescantes, ni se quejasen los estajeros y asentadores de que no les daban materia. Veíase cada día traer piezas grandes, basas, cornijas, capiteles, pedestales, linteles, jambas y otras piezas de tan descomunal grandeza, que no las meneaban menos que siete o nueve pares de bueyes, y algunas doce, y muchas veinte, y no pocas cuarenta.

Aquí era de ver mucho una procesión o un rosario tan largo de estos bueyes ensartados, tan iguales y tan parejos, tirar todos tan a un punto de aquella pesada carga, que parecía entenderse y adunarse para arrancar con ella, Y cuando esto no era muy a una, acontecía arrancar del casco los cuernos de los que quedaban faltos o postreros. Para todos estos oficios y para tanta variedad de menesteres, y para que todo creciese a la iguala, había diferencias de aparejadores y sobrestantes, conviniendo unos con otros en dar recado, prisa, calor y ánimo a los que andaban en sus partidas. En estando hecha la ventana o la puerta, en lo que tocaba a la cantería, puestas las jambas y linteles, acudía el carpintero con la madera, marco, ventana o puerta; el herrero, con el antepecho o reja de hierro; en cerrando o cubriendo el aposento con la bóveda o con la clave, o levantando las paredes, ya estaba la madera del tejado, y el carpintero le cubría, el pizarrero le empizarraba, acudía el albañil y jaharraba o enlucía las paredes y, si se había de pintar, asentaban el estuque y le pintaban; el otro tenía hecha la cerradura, y tan presto el solador la solaba de lo que la pieza pedía: mármol, jaspe, piedra, azulejo o ladrillo. Así se veía acabar un montón grande de cosas a la par con tanta presteza, que parecía se había nacido así. Bullía al fin, como dice el poeta, aquí un hormiguero concertadísimo, tan sin encontrarse ni

embarazarse, que parecían todos uno o que uno lo hacía todo. Fuera de aquí, en muchas otras partes había y se hacía grande cantidad de obra en que se ocupaban no poca diferencia de gentes, todo para la perfección de esta fábrica.

En las canteras del jaspe, no lejos del Burgo de Osma y junto a nuestra casa de San Jerónimo de Espeja, andaban sacando y labrando españoles, italianos, lo que tocaba al jaspe de la fábrica que, como veremos, es mucho. En Madrid se hacía la obra de la custodia y relicario con parte del retablo, donde se juntaban muchos maestros y laborantes; allí, en Guadalajara y Cuenca y en otras partes que yo no sé, se hacía gran cantidad de rejas de hierro, sin lo que se labraba aquí. En Zaragoza se fundían y obraban las rejas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella.

En las sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en éstas de Las Navas y en Estremoz y en las riberas del Genil, junto a Granada, y en las sierras de Aracena y otras partes, mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. Los pinares de Cuenca, Balsaín de Segovia, Quejigal de Ávila y de Las Navas estaban siempre sonando con los golpes de las hachas y segures con que derribaban y labraban pinos altísimos, y con el ruido de los aserradores, que los hacían trozos, tozas y tablas. En Florencia o en Milán se fundían grandes figuras de bronce para el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. En Flandes, otros candeleros de bronce grandes, medianos y menores y de extrañas hechuras, de donde también se trajo grande cantidad de lienzos de pintura al temple para adornar las celdas. De suerte que por toda España, Italia y Flandes estaba esparcida no pequeña parte de esta fábrica y, aunque se pudo contar la gente que andaba en el templo de Salomón, la que anduvo en éste no se puede averiguar fácilmente, por estar, allende de la mucha que aquí se veía, en infinitos lugares repartida, porque aun los monasterios de monjas estaban ocupados en las cosas de esta fábrica, labrando grande número de preciosos paños, corporales, palias, fruteros, paños de muchas diferencias y hermosura, sábanas para los altares, sobrepellices, albas, amitos, pañizuelos, cornijales y otras cien preciosas menudencias de lino, roanes, calicut y holandas y otras diferencias de lienzos que no les sé yo los nombres.

Obrábanse al fin y crecían en competencia tantas cosas juntas, que me confieso vencido para hacer memoria de ellas, sin tratar ahora de lo que se hacía en la dehesa del Quejigar y en la de la Fresneda, de lo que se plantaba, edificaba, componía; estanques, jardines, fuentes, viñas, olivares, bodegas y lagares, todo con el calor y el aliento de este pío Rey que, con sólo su vista, parecía lo levantaba, daba vida, ser y aumento. Por

esto es necesario hacer memoria de las idas y venidas a este su monasterio, y porque siempre las cosas de tan grandes Príncipes son dignas de historia, y las de este género, tan particulares y suyas, pocas veces se detienen los cronistas a menudear en ellas, obligación propia de historias particulares, cual es ésta que voy escribiendo.

A los 14 de marzo de este año 1578, que también tuvo altos y bajos sucesos, prósperos y adversos, vino aquí el Rey con la Reina doña Ana, con los Príncipes de Alemaña y Infantas, a tener la Semana Santa. Ejercitábanse en oración y en oír los oficios divinos, visitar las reliquias santas y otras estaciones tales.

El Jueves Santo, según la costumbre de otros años, celebró el Rey el mandato; lo mismo hizo la Reina; él, en el capítulo de prestado, que estaba junto a su aposento; ella, en el capítulo principal, que estaba a aquella sazón acabado. Fue mucho hiciese la Reina esto, porque estaba muy preñada del Infante don Felipe III, que ahora en feliz suerte es el Rey nuestro señor; de manera que antes que naciese y desde el vientre de su madre comenzó a ejercitar actos de religión y piedad en esta casa.

El día de Pascua, por dárselas buenas a sus frailes, echando bien de ver con cuanta diligencia y hervor andaban en los oficios divinos y cuán sin faltar punto acudían a todo, se fue a comer con ellos en el refectorio, haciendo particulares regalos, enviando platos de su mesa a los más viejos, y desde allí corrían hasta los mancebos, porque había para todos.

Asentaba siempre a la mano derecha el Rey a los dos Príncipes y, así, venía a quedar en medio Alberto; algunos decían que por ser Cardenal, no advirtiendo que aun cuando no lo era se asentaban así. Aquí se echaba de ver la solución de aquella cuestión reñida entre los anticuarios de nuestros tiempos si la mano derecha es más honrado lugar que el de la izquierda o al revés, porque, dejando aparte que en diversos tiempos y con diversas personas y aun en diversas provincias se ha usado indiferentemente uno y otro, aquí se veía con harta evidencia entre el Rey y sus sobrinos, que los ponía allí, no por principal o menos principal lugar, sino como quien los apadrina y regala; donde se manifiesta que, aunque algunas veces la diestra es lugar más preeminente, otras no, sino de persona más flaca o regalada; no es lugar este de detenernos en mayor averiguación de antigüedades.

Pasada la Pascua, se volvieron a Madrid, y luego, en 13 de abril, día felicísimo del glorioso Príncipe heredero de España, San Hermenegildo mártir, y domingo, a las once de la noche, la Reina doña Ana parió al Infante don Felipe, que ahora es el Rey nuestro señor, en la villa de Madrid, en su Palacio Real, y de allí es natural y allí recibió el bautismo, día de San Felipe y Santiago, nacimiento que por todas sus circunstancias promete felicidad. Con este tan buen suceso tornaron alegres y regocijadas todas las personas reales a este monasterio. Entraron a 15 de mayo para gozar del verano en esta su casa,

donde se les hizo el recibimiento acostumbrado, y en 21 del mismo mes cumplió nuestro Fundador cincuenta y un años. Tuvo siempre en costumbre, donde se hallaba el día en que cumplía años, en la misa que oía, salir a ofrecer tantas coronas como era el número de los años y una más, como quien daba señal y hacía reconocimiento y vasallaje al Rey de la vida, y de quien todos la recibimos y participamos. Así lo hizo ahora, y junto con esto ganó un jubileo plenísimo. Luego, el sábado a 23 se sacó el Santísimo Sacramento para la procesión y vela ordinaria de esta casa. Llevó una vara del palio con los otros Príncipes, el Cardenal y Prior de San Juan, teniendo a su lado al Príncipe don Fernando, como quien le imponía para cosas de semejante piedad, y fue la primera vez que salió a la procesión.

Luego, el jueves de la semana siguiente, fue la fiesta del Sacramento y tornó a llevar la vara del palio, y si cien fiestas de estas vinieran juntas, nunca se le cansaran los brazos: tantas fuerzas daba el amor divino para las cosas de su servicio a este piísimo Rey. Alegraban de ordinario estas fiestas los niños del Seminario con danzas y representaciones devotas y santas; oíanlas las personas reales con mucho gusto, por ser los sujetos y motivos llenos de espíritu y buenas consideraciones, y los representantes llenos de una inocencia y pureza santa, criados aquí con las migajas de su mesa.

Pasada la fiesta, se partió para Segovia, y de allí a Parraces, donde para 18 de junio estaban aprestadas las compañías de hombres de armas de que era Veedor general don Diego de Sandoval, caballero de mucho valor y prudencia, como lo demostró en los cargos que administró. Hicieron algunas gentilezas con mucha gallardía y concierto. Las compañías eran catorce y, todos en número, ochocientos. Rompieron lanzas, escaramuzaron y tornearon junto al lugar de Salvador de Munico, a dos leguas poco más del monasterio de Parraces. Vistas las fiestas con mucha alegría por la Reina, Príncipes y Infantas, se tornaron a San Lorenzo a los 21 de junio, y luego, a los 29, el Nuncio de Su Santidad, Filipo Segá, Obispo de la Ripa Transina, ordenó de grados al Príncipe Cardenal Alberto, y el lunes y martes siguientes le ordenó de Epístola y Evangelio. Estaba sentado el ordenante en un estrado cubierto de brocado y de allí se levantaba para ir a recibir el orden que se le daba, acompañándole religiosos vestidos con capas de brocado y el Embajador de Alemania, que vino a honrar esta fiesta.

Partieron de aquí para Madrid todas las personas reales, luego a los 8 de julio; el Rey tornó para la fiesta de San Lorenzo el agosto siguiente, por ganar el jubileo plenísimo que en aquel día hay en esta casa. Vínole, estando aquí, aquella triste nueva de la muerte de su sobrino don Sebastián, Rey de Portugal, con la gran pérdida de gente y nobleza de

aquel Reino y de éste. No pudo disimular la tristeza y el sentimiento grave, aunque estaba prevenido para este golpe, entendiendo que una jornada tan inconsiderada no podía tener buen fin. Retiróse luego a su oratorio, envió a mandar al Prior que velasen seis religiosos delante el Santo Sacramento el día que se sacó y que hiciesen algunas disciplinas y oraciones extraordinarias a su petición. Partióse luego otro día a Madrid sin ver la casa ni la obra, saliendo por una puerta falsa de los jardines, casi solo, que todo argüía en él mucha tristeza, y sin duda fue uno de los recios encuentros y aun de los mayores daños que él y aun toda España han en muchos años recibido, y de donde resultaron tantos daños, que jamás podrán restaurarse, pues desde aquel día hasta hoy no se ha visto sino una lista de miserables tragedias que se alcanzan unas a otras.

Nuestro prudentísimo Rey procuró disuadir esta empresa de África a su sobrino y el principal motivo que se hizo de la junta de Guadalupe fue para apartar de este intento al mal considerado Rey mozo, y jamás pudo, y viose salir cierto el pronóstico sobre el cometa del año pasado, que afirmó la pérdida de Portugal, y pudiera decir de España. Es esto ya por mil experiencias cierto, que Dios nos avisa con estas señales del cielo, sino que el hombre es tan atrevido, que ni aun el azote del cielo no teme, a costa de ejecutar sus intentos.

Murió también en este año de 78, a 24 de octubre, en el Alcázar de Madrid, el Príncipe Vuincislao, Prior de San Juan, y gozó el Priorato poco, mancebo de diecisiete años, hermoso y de grandes esperanzas; cortó la muerte aquella flor temprana, porque nadie fíe ni en grandeza de linaje ni en edad florida. Mandó el Rey a don Rodrigo de Castro, Obispo de Cuenca, y a don Juan de Ayala, ayo del mismo Príncipe, le trajesen a enterrar a este su monasterio de San Lorenzo el Real. Llegaron aquí con el cuerpo a las ocho de la mañana. Salió el convento a recibirle hasta la portería, donde estaba una mesa cubierta de brocado.

Asentaron allí el ataúd y le comenzaron a celebrar las obsequias funerales. Hechas cumplidamente, le depositaron con los otros cuerpos reales. Escribió el Rey al Prior de este convento una carta significando el sentimiento que tenía de esta muerte y mandando se recibiese el cuerpo y se hiciese todo con la puntualidad y respeto que se debía.

No pararon aquí las desgracias de este año. A las muertes de estos dos Príncipes, el Rey don Sebastián, con otros muy principales que cayeron en aquella batalla, y a la del Príncipe Vuincislao, se juntó la del serenísimo don Juan de Austria, hijo del gran Emperador Carlos V, hermano de nuestro fundador Felipe II. Murió en Flandes, cerca de la villa de Anamur, en medio de sus soldados y ejército, en una barraca en el campo, como cristianísimo y valeroso capitán y aun como pobre soldado. Sus hazañas tienen referidas otros y mi pluma y estilo es humilde para celebrar cosas tan altas. Llevóle

Dios a su Reino siendo de treinta y tres años cumplidos y, el primero de octubre de 78, depositáronle en la villa misma de Anamur, en la iglesia catedral, con grandísimo sentimiento de todos sus soldados, que le amaban tiernamente.

Juntáronse en este nuevo Escipión lo que en pocos capitanes vemos junto, que era amor, temor y reverencia. Así traía su campo tan disciplinado, que poco menos quería fuese como monasterio, donde ni se viesen deshonestidades ni se oyesen juramentos y estuviesen desterrados otros muchos vicios que les parece a los que no lo entienden el primor del arte, se siguen tras la milicia como naturalmente. No quiero salir de mi profesión ni extender la mano a mieses tan ajenas; los que leen historias de capitanes antiguos saben no me engaño en lo que digo; lo que es más propio de este sujeto es decir cómo vino aquí su cuerpo, pues, como he dicho, el principal motivo de esta fábrica es ser un único mausoleo de tantas y tan ilustres personas reales.

El confesor de este Príncipe era un padre de la Orden de San Francisco llamado el padre Orantes. Éste envió una cumplida relación a Su Majestad de lo que había pasado en su muerte y de lo que en particular había comunicado con él. Entre otras cláusulas dice así:

«Todo el tiempo, poderosísimo señor, que Su Alteza estuvo en el Castillo de Anamur, o lo más del gastaba, en componerse con Dios y dar orden en sus cosas, pidiéndome muchas veces encarecidamente rogase a Dios por los méritos y celo del invictísimo Emperador, su padre, que, pues no tenía otra cosa que su persona para ofrecerle, la emplease en la defensa de la religión católica», etc.

Y luego, más abajo, añade que le dijo de esta suerte:

«Padre mío, para que por ahora y por siempre entienda cuál es mi última voluntad y disposición fuera de lo que tenemos tratado, teniéndome a sus pies advierta lo que le quiero decir, que es justo que yo me acuerde de mi ánima y de mi cuerpo y esas cosas que están a mi cargo, como son criados, deudos y hermano. El ánima encomiendo a Dios y al padre mío. Quanto a mi cuerpo, bien entiendo que hace poco al caso el lugar donde ha de reposar hasta el día del Juicio; mas quiérole encargar y pedir que en mi nombre suplique a la Majestad del Rey, mi señor y hermano, que, mirando a lo que le pidió el Emperador, mi señor, y a la voluntad con que yo le procuro servir, alcance yo de Su Majestad esta merced: que mis huesos hayan algún lugar cerca de los de mi señor y padre, que con esto quedarán mis servicios satisfechos y pagados. Quanto a la obligación de personas que yo tengo y cuántas, muy claras son y pocas», etc.

Al remate de la relación concluye así:

«Este fue, poderosísimo señor, el fin y remate de una vida tan gloriosa, de este hijo y siervo, como él se nombraba, de Vuestra Majestad, y, según entiendo, en treinta y tres años que vivió, cumplió la voluntad de los dos padres que tuvo, de su, señor y padre el Emperador y de Vuestra Majestad, porque, según Su Alteza me había dicho, la Majestad del Emperador, nuestro señor, quisiera que él fuera religioso, y Vuestra Majestad, soldado; él, como obediente hijo, muere desapropiado mucho antes de sus bienes como un fraile y en una barraca pobre como soldado, que prometo a Vuestra Majestad que no había sino un sobradillo encima de un corral, para que en esto imitase la pobreza de Cristo. Y sin duda, cristianísimo señor, que cuatro o cinco meses antes que muriese, tan de veras se ocupaba en obras de misericordia, piedad y humildad, que no me parecía muchas veces, en lo que le veía hacer en público, con grande ejemplo de todos, y decir en secreto, sino que de todo en todo le llamaba Dios. Así, su contento era entender con enfermos, que había hartos en el campo, visitándolos en sus barracas, acompañando el Santísimo Sacramento, haciéndoles limosnas con su mano, recibiendo con piadosísimas entrañas, los más pobres y desechados soldados hasta por su persona buscar carros para llevarlos al hospital. Mandóme a mí de continuo que en los hospitales no faltase cosa alguna, encomendándome muy particularmente la administración de los Sacramentos entre los enfermos y que ninguno muriese sin ellos, haciendo aparte hospital de apestados».

En tres meses continuos que anduvo en campaña, sin entrar en poblado, reformó el campo en tal manera, especialmente en lo que tocaba a España, que no parecía sino un convento de religiosos y, de tal manera se portaba el felicísimo Príncipe, que como ahora le ven muerto sus soldados no pueden creer sino que tenía espíritu de profecía acerca de su fallecimiento, y aun dicen que no les parece que haya muerto como hombre, sino que como ángel del cielo haya volado para Dios.

Esto he trasladado de la relación de buena gana porque tiene tan buenos gustos de piedad y religión de este capitán. Otros escriban otras hazañas; yo tengo estas por las mayores.

El Rey, su hermano, respondió a todo esto como tan pío y que tanto le amaba y, porque quede esto dicho aquí de una vez, quiso cumplir su voluntad y deseo, envió a mandar a don Gabriel Niño, Maestro de campo en los Estados de Flandes, que trajese el cuerpo de don Juan de Austria a este convento y casa real para que estuviese junto con el del Emperador, su padre, dándole instrucción que hasta llegar al monasterio y Vicaría de Parraces viniese en secreto y sin pompa. Llegado allí, estaba prevenido el Obispo de Ávila, Busto de Villegas, para que, junto con el Maestro de campo don Gabriel, le trajesen aquí con aparato real.

Llegaron a 24 de mayo de 1579, con harto acompañamiento, y hízose su entierro y entrega con la misma solemnidad que con las otras personas reales,

mandándolo así el Rey al Prior por su carta; hechos los oficios, los monteros pusieron el cuerpo en el lugar que en vida deseaba y mereciólo un hijo que tanto se fue pareciendo en lo poco que vivió a tan glorioso padre.

Acabó este año, echando el sello a sus desgracias, con la muerte de nuestro Príncipe don Fernando, hijo de nuestro Fundador y de su querida y amada mujer la Reina doña Ana. Al primer septenario, que aun no lo había cumplido, se le llevó nuestro Señor a gozar de aquel felicísimo Reino suyo, dejando lastimadas las entrañas de sus padres, que le amaban tiernamente por mil razones. Murió el día de San Lucas, a 18 de octubre de este año de 78, en el monasterio de San Jerónimo, de Madrid. Mandó el Rey al obispo de Zamora, Simancas, y Almirante de Castilla, al Conde de Fuensalida, su Mayordomo, y a don Luis Manrique, su Limosnero, que le trajesen aquí en compañía de tantos cuerpos reales; llegaron a 20 del mismo mes; hízosele el recibimiento debido; las obsequias fueron de ángeles, que no mueren los que tuvieron tan dichosa suerte. Entendió el católico y pío Rey que tan fuerte encuentro y azote tan duro nacía de sus pecados y los del reino; recibiólo con mucha paciencia y hacimiento de gracias.

Parece bien haber sido esto así por las cartas que escribió a diversas partes; para que se vea, quiero poner aquí el traslado de una, enviada a Marco Antonio Colona, Visorrey de Sicilia:

«El Rey. Ilustre Marco Antonio Colona, primo mío, Visorey y Lugarteniente y Capitán general: Habiéndose Nuestro Señor servido de llevar para sí, a los 18 de este mes de octubre de mil y quinientos setenta y ocho años, al serenísimo Príncipe don Fernando, mi hijo, con sumo displacer y sentimiento por lo que (allende de ser hijo mayor y tan amado Príncipe heredero y jurado en estos reinos) su buena y mansa inclinación y grandes muestras de virtud prometían. Ha parecido avisaros de que este golpe (aunque tan sensible) le habemos recibido de su bendita mano con mucha conformidad de su santa voluntad, dándole infinitas gracias por la merced que fue servido hacerle, en colocarle en tan tierna edad y en estado de inocencia en su soberano Reino, para que entendiéndolo así, como se debe christiana y cathólicamente, proveáis que no se haga en ese reino, en general ni en particular, demostración alguna de tristeza exterior de honras, luto ni otra cosa semejante a esta; antes en su lugar devotas procesiones, publicándole gracias por ello, y suplicándole con mucha humildad aplaque su ira, no mirando las culpas y ofensas que contra su Divina Majestad se cometen; y para que más dignamente se haga esto, y le plega de volver sus ojos de misericordia a los trabajos y aflicciones, que su Iglesia y pueblo christiano padecen, procuréis cuanto es de nuestra parte, y la vuestra, como ministro nuestro, que cesen los pecados y escándalos

con que su Divina Majestad tanto se ofende, y para que cesando también su ira, como efetos della, se haga de esta manera su santa voluntad y sea en sus criaturas su glorioso nombre establecido y glorificado. Dada en Madrid, a 28 de octubre de 1578 años.»

Carta es esta, a mi parecer, cual pudiera escribirla un santo Rey Ezequías. Estuvieron retirados Rey, Reina y el Príncipe Cardenal en San Jerónimo, de Madrid, por el justo sentimiento de tantas muertes; vinieron aquí la víspera de Navidad a tener las fiestas y, pasada la Epifanía, se tornaron a Madrid.

DISCURSO XII

Prosiguese la fundación y fábrica de esta casa, hasta el remate de la iglesia. La elección y venida del venerable Prior, y lo que las personas reales hicieron en este convento.

El año 1575, día de Santo Tomás de Aquino, se pusieron las primeras piedras de las basas de los cuatro principales pilares de la iglesia, y no se comenzó, como vimos, a toda furia la fábrica hasta el año siguiente, que se dieron los estajos, y desde aquel, que fue el de 76, hasta el de 79, creció con tanto hervor y pujanza que, levantado ya el pie derecho de todas las paredes y pilares, y puestas las impostas, y echada la cornija principal por todo el contorno de la iglesia a la parte de dentro, se comenzaron a poner cimbras y cerrar arcos; la primera cimbra que se puso fue el día del bienaventurado San Gregorio, Papa, llamado el Grande y, el día de San Isidro, también gran doctor de la Iglesia y de España, se cerró sobre ella el primer arco. Y todo esto acaso para los hombres, no para aquella primera causa en quien está el orden y la providencia.

Este arco es el que cae encima del antepecho del coro; llaman los arquitectos «toral», no sé si ellos saben por qué, ni qué quiere decir; algunos imaginan que se llama así por la forma redonda de semicírculo, y que la palabra latina *torus*, que quiere decir las cuerdas retorcidas sobre que se armaban las camas, de donde se llamó también la cama o el lecho *torus*, y los músculos redondos y relevados en los brazos también se llaman así, y porque imitan esto en la forma y redondez, los arcos se llamaron torales.

No parece que puede satisfacer esta etimología, cuanto más que por esta razón todos los arcos se habían de llamar torales, y no los llaman sino a los principales de los templos con que se divide la capilla mayor de lo demás del cuerpo de la iglesia; y así, entiendo que este vocablo es bárbaro y no lo usan sino en España los arquitectos, donde se ve que lo deprendieron, como otros muchos, de los judíos; llaman «thorah» los hebreos a lo que nosotros llamamos doctrina, y porque aquella ley antigua escrita en los libros de Moisés contiene no sólo lo que hemos de hacer y de lo que nos hemos de guardar,

sino también todo cuanto el hombre puede saber con certinidad y firmeza del verdadero Dios y de la creación de todas las criaturas, de la caída del hombre de aquella primera alteza y del camino y principio de su bien, con otros mil secretos y primores que ninguna otra ley lo hace sino la que escribió Moisés; por eso aquella sola, con razón, se llama «thorah», doctrina y enseñamiento.

Esta ley estaba en la más secreta y principal división del templo, puesta en una arca que se llamó del Testamento por sólo tenerla dentro encerrada, y en todas las sinagogas se declaraba y se tenían los traslados de ella; la parte o, como si dijésemos, la capilla donde esta ley estaba se llamaba la capilla de Thorah, como si nosotros dijésemos el altar mayor o la capilla mayor, donde está el Sacramento, y el arco que dividía esta capilla de lo demás de la sinagoga llamaron los judíos de España el «arco toral», y nuestros arquitectos lo deprendieron de allí, y es sólo de España llamarle así a este arco, y en esta iglesia, porque no es más de una capilla cuadrada, dentro de la cual están todos los altares, el arco primero que se cerró no sin misterio en esta fábrica, debajo del cual está la reja, donde no pasan los seglares, se llama el «arco toral». Quede esto dicho así para nuestros arquitectos.

Vino el fundador aquí el lunes de la Semana Santa muy solo a retirarse aquellos santos días y gozar de la quietud de este recogimiento y de los oficios divinos. Estábase en el oratorio de su aposento muchas horas de noche y de día, en la presencia del Santo Sacramento, haciendo estado a su verdadero Señor y Rey, y allí sin duda aprendía, y Dios secretamente le inspiraba en el alma lo que había de hacer después; presentábasele y ofrecíale su alma, y su vida, y su Reino, y sus ovejas; poníase todo en sus manos, y a vueltas también le rogaba enderezase esta fábrica en su santo servicio pues, conocía, no pretendía otra cosa en ella, ni otra fama ni otra gloria, sino sus continuas alabanzas. ¿Quién no dirá que le oyó Dios, pues lo vio todo con sus ojos tan cumplido y acabado y se lo dejó gozar tan despacio?

El Jueves Santo hizo el mandato; lavó, según su santa costumbre, los pies a los trece viejos pobres, y dioles de comer, y de vestir y calzar, y otras limosnas. Hacía aquello el piísimo Rey con tanta alegría y devoción, que me parece a mí, según yo le consideraba el semblante, quisiera que cada día fuera Jueves Santo. Poníales los platos y quitábalos; y como veía que algunos, o por lágrimas o por la vergüenza, no comían, rogábales que comiesen. En el entretanto que duraba la comida, estaba un religioso leyendo, y aun muchos llorando, viendo en espíritu, en el retrato de aquel Rey temporal, la humildad y la caridad ardiente de aquel Rey Eterno que vino a lavar las culpas de los hombres y a juntarlos a sí mismo para que muriesen con él y con él resucitasen.

El Viernes Santo salió a adorar la Cruz, y se postró a besarla con ojos y con boca. Llegó al punto don Luis Manrique (como lo tenía de costumbre) y púsole delante muchos procesos de hombres condenados a muerte, a quien Ya habían perdonado las partes, para que perdonase él la que tocaba a la justicia, en día de tanta misericordia, para que Dios la tuviese en su alma. El los perdonó y dio la bendición y seguro para que ya nadie los molestase.

El día de la Pascua se fue a comer con sus frailes al refectorio, y, pasada la fiesta, se tornó a Madrid. Tuvo este año de 79 la fiesta del Corpus en Toledo con la Reina y las demás personas reales, y llegaron aquí para la víspera de San Juan, donde también procuraron los niños del Seminario regocijarla con algunas danzas y representaciones santas, que, de camino y entre aquellas burlas, se mezclaban hartas veras, avisos, devoción, lágrimas y otros buenos sentimientos.

Estuviéronse aquí las personas reales hasta el mes de octubre sin hacer ausencia, si no fue la ida del Rey a Madrid, quedándose la Reina (daban priesa algunos negocios, parte manifiestos y parte muy ocultos, como se vio en la prisión de la princesa de Éboli y del Secretario Antonio Pérez, que fueron a 29 de julio de este año 79).

Volvió el Rey aquí este mismo día y estuvo, como digo, hasta los 12 de octubre, que se partieron todos juntos a El Pardo. Este mismo año, por diciembre, se pusieron y levantaron las jambas y el lintel de la puerta principal de toda esta fábrica. Cortáronse trece o catorce piezas muy grandes de una peña blanca y de lindo grano, de que se sacaron estas jambas, que las traían treinta pares de bueyes en un carro fuerte, y trasdoses, lintel y sobrelintel, piezas las más de ellas de a veinticuatro y aun veinticinco pies de largo; y aunque tiene de claro esta puerta veinticuatro pies en alto y de ancho doce (la proporción doblada es la que hace mejor vista en las puertas y ventanas), con todo eso parece pequeña, por ser tan valiente la fachada de esta frontera y pórtico, que ya a esta sazón se iba levantando a toda furia. Murió en 31 de enero del año 1580 el Cardenal Enrique, Rey de Portugal, al punto de un eclipse de luna, que entonces hubo cumplidos puntualmente ochenta y ocho años, porque en el mismo día había nacido y el año 1069 había comenzado a reinar en Portugal el Conde de Lotoringia Enrique, por haber casado con doña Teresa, hija bastarda del Rey don Alfonso el Sexto, y le dio a Portugal en dote.

La legítima y derecha sucesión del Reino tocaba a nuestro Fundador el Rey don Felipe II y, así le fue forzoso partirse de Madrid a 5 de marzo de este mismo año de 80 a tomar posesión de aquel Reino.

El discurso de todo esto ya está muy bien escrito de otros. Fue este aquel año tan famoso en Europa por el universal catarro que anduvo en ella tan agudo y tan peligroso, y que derribaba con tanta presteza a los que se hallaban conmalidos, aunque se pasaba presto, y con ser tan notable y al parecer una

malicia de aire tan repentinamente corrompido, no habían nuestros astrólogos vístole en sus horóscopos y, porque lo digamos todo, un Iosef Meletio sólo en las Efemérides de este año dijo así: *Humanum genus molestabitur agritudinibus pectoris, & catharralibus humoribus*: Serán los hombres molestados con enfermedades del pecho y humores de catarros. Esto dijo éste y, para como ellos suelen encarecer las cosas, está con harta templanza y aun con harta generalidad dicho.

A esta casa, como a todas las demás, cupo buena parte; aunque nunca faltó en ella misa, los laborantes padecieron, muriéronse algunos, porque los cogió desabrigados y en el campo. A nuestro Rey fundador puso en gran aprieto, estando en Badajoz, para entrar a tomar la posesión del nuevo Reino de Portugal. Hizo testamento entendiendo el peligro en que se veía y envióle a guardar al Archivo de esta casa. Cayó luego la Reina mala en la cama, dicen que de la pena y sentimiento de ver así al Rey, y que pidió a Nuestro Señor pasase en ella el azote de su ira y que dejase al que tanto importaba para el bien de la Cristiandad. Viose en estos días un cometa no grande; parece fue señal de que Nuestro Señor la oyó, y llevóse a su gloria en 26 de octubre de 1580. Estuvo bueno luego el Rey. Mandó al Obispo de la misma ciudad de Badajoz y al Duque de Osuna que trajesen aquí su cuerpo, avisando también al Arzobispo de Toledo, Quiroga, Cardenal y Inquisidor general, que se hallase presente al depósito. Llegaron aquí con el cuerpo, a 11 de noviembre, el Cardenal, el Obispo y el Duque. A la Condesa de Paredes, camarera mayor de la Reina, y a la Condesa de Barajas, mandó Su Majestad acompañasen el cuerpo hasta aquí, porque al tiempo de la entrega atestiguasen ser aquel el cuerpo de la Reina, porque no le descubriesen el rostro. Hízose el oficio del entierro con gran solemnidad, porque se juntaron los músicos de la Capilla Real y la de la santa Iglesia de Toledo. Dijo la misa el Arzobispo de pontifical. Predicó García de Loaysa, que a la sazón era Arcediano de Guadalajara y después mal logrado Arzobispo de Toledo. Hechos los oficios, se hizo la entrega por el orden que Su Majestad había enviado, y los monteros pusieron el cuerpo, con los demás de las personas reales, debajo de las gradas del altar mayor. En medio de tantos trabajos como el Señor enviaba a su siervo, y sabiendo cuán bien negociaba y se aprovechaba de ellos (que es gran señal de su amor, como lo ha dado firmado de su nombre), y envuelto en tan graves ocupaciones y pesados negocios, no se olvidaba de su fábrica y de sus frailes. Escribía a menudo, encomendándose mucho en las oraciones de todos, porque entendía bien cuán grande es el valor de su oración continua, aun no sólo la de aquellos justos, que alcanzan cuanto quieren porque quieren lo mismo que Dios quiere y piden en el mismo nombre de Cristo (que es decir con su misma virtud), sino aun la de otros no tan altos, que por la importunidad siquiera (como el mismo Maestro enseña) alcanzan mucho. Mandaba que le

avisasen de todo lo que se iba haciendo y, aun cuando se ofrecía cosa de importancia, le enviaban las trazas, los diseños y aun los modelos.

Así fue necesario, cuando se hubieron de hacer las sillas del coro, que le enviasen a la ciudad de Badajoz dos de la misma forma y grandeza que habían de ser, para que escogiese o mudase lo que le pareciese en algunos particulares adornos de ellas, como lo hizo llevándoselas allá, y salieron tan acertadas con tan buen voto y lima, que no hay más que pedirles dentro de aquella llaneza o, por mejor decir, majestad que se ve en toda esta fabrica, con gran admiración de cuantos la contemplan o saben del arte. Esto de los modelos es tan importante en las fábricas que oso afirmar debérseles en ésta el todo, de salir tan acertada sin remiendos ni tachas, y si algunas tiene, nacieron de haberse mudado los modelos y las trazas o no haberse hecho; Juan Bautista de Toledo, maestro español, como hombre de alto juicio en la Arquitectura, digno de que le igualemos con Brabante y con cualquiera otro valiente, hizo modelo general de madera, aunque en forma harto pequeña, para toda la planta y monte, a que llaman Genografía y Sgenografía. Alteró aquello en muchas partes, como vimos en otro discurso, su discípulo Juan de Herrera, aunque sin daño y aun, al parecer de muchos, con perfección de la fábrica. Al tiempo de ejecutar la traza de iglesia que trajo Pachote, también se alteraron algunas cosas, y se hizo un modelo de madera en mucho mayor cantidad, como se ve ahora en estos desvanes guardado; y para otras cien cosas se han hecho otros muchos, como para algunos ingenios y máquinas, y para estas sillas tan acertadas.

Allí se ven y se enmiendan los yerros, sin daño que después o no tendrían remedio o serían muy costosos, y allí se perfecciona con mayor certeza lo que no estaba tan cabal. Acostumbran esto los escultores y los pintores, formando primero en barro (aunque mejor en cera) las figuras y estatuas que pretenden, ora en pequeño o en grande y, aunque el maestro de este Arte, que es Vitruvio, no pone muy claro este precepto de los modelos, por donde han nacido diversas opiniones, con todo no es difícil de sacarse, como lo afirma Filandro, de muchos lugares suyos, adonde es lo mismo la palabra ejemplar, y la palabra forma que para nosotros modelo, como se ve en el proemio del segundo, donde Dinocrates o Dinochares, o como quisieren, presentó a Alejandro Magno la forma que es decir el modelo del monte Athos, en figura de varón, o de Alejandro, que en la mano izquierda tenía una ciudad de gran anchura de muros, y en la derecha un vaso o taza, donde se recogían todas las aguas de aquel monte. Quien quisiere de esto más, vea a Filandro.

El año de 1581, a 29 de junio, entró en Lisboa el nuevo Rey don Felipe II, nuestro Fundador, acompañado de muchedumbre de caballeros castellanos y portugueses, donde se le hizo un gran recibimiento por mar y por tierra. El de 82 entró en esta casa la Emperatriz doña María, su hermana, con la Infanta doña Margarita, su hija, y el Príncipe de España don Diego y las Infantas doña

Isabel y doña Catalina. Venía acompañando a la Emperatriz y haciendo esta jornada desde que desembarcó, el Arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro y don Juan de Borja, su mayordomo mayor. Salió del convento a recibirla en procesión, llevando el Prior, que iba vestido de capa, una cruz de oro con *lignum crucis*, en que se han jurado todos los Príncipes de España hijos de nuestro Fundador. Llegada al sitio que estaba aparejado, adoró la cruz la Emperatriz; tras ella, el Príncipe don Diego, y luego, las demás personas reales.

Vio la casa y toda la fábrica, y holgóse mucho. Visitó las reliquias con mucha devoción. Estuvo aquí desde el Martes de Carnestolendas hasta el Domingo primero de Cuaresma. Hizo unas honras muy suntuosas por todas las personas reales que aquí están sepultadas y el lunes siguiente se tornaron a Madrid.

La iglesia había crecido tanto, que ya a este punto estaban cerrando la cúpula del cimborio y, por de dentro, tan llena de madera, de andamios, grúas, cimbras, tablados y vigas tan gruesas y tan espesas, que ponía admiración, y era de ver la trabazón y la fuerza de tanto enmaderamiento; todo era menester para la seguridad de tan grande máquina y peso y con tanta priesa ejecutada. En 23 de junio de este mismo año de 82 se remató todo el cuerpo de la fábrica de la iglesia y se puso la Cruz en la aguja del cimborio, víspera de San Juan Baptista, a las seis de la tarde. Hízose una procesión muy solemne, cantando *Te Deum laudamus*, en hacimiento de gracias. Halláronse en ella todos los criados del Rey que estaban aquí, y los oficiales de la fábrica, regocijándola con danzas y otras fiestas llenas de devoción y piedad, cuales convienen a religiosos y a fábricas tan santas; la Cruz (por sí alguno tuviere gana de saber cuáles) tiene setenta y tres arrobas de hierro, de largo, treinta y un pies; los quince entran de espiga en la aguja de piedra con que se remata la fábrica; los brazos tienen ocho pies, y el arpón, con la vela en que están las parrillas del glorioso mártir, tienen diez pies; la bola que se levanta es de metal campanil; tiene de diámetro seis pies; un poco prolongada, porque hace mejor vista, y así en lo largo tiene siete pies y más; pesa ciento treinta y seis arrobas; de suerte que se levantó toda la fábrica de la iglesia en lo principal de su cuerpo y forma (dejo aparte los ornatos de dentro) en seis años y medio cabales: desde el principio de 1576 hasta la mitad del de 1582, que fue extremada diligencia.

Al principio hizo la fábrica algún sentimiento en algunas partes, aun antes que se echase la cornisa de alrededor en la parte de dentro. Pensaron que fuera mayor el daño y, como no nacía de los fundamentos ni de la trabazón y unidad del cuerpo, ni aun de la priesa con que caminaba el edificio, sino del descuido de algunos maestros estajeros que no miraban la igualdad del grano de la piedra, y ablandaba la que no era tan fina o

cargaba de más cal en lo de dentro o asentaba sobre falso, arrojaba la carga en las piedras de fuera, y no pudiendo sufrirla, se quebrantaban y partían.

Entendióse luego de dónde nacía la falta y remedióse, y así quedó cual se ve. Después mostraremos más despacio su mucha entereza.

Este mismo año 1582 se celebró Capítulo general en esta religión y, porque no nos olvidemos de ella, diré brevemente el suceso de los Generales hasta aquí. Muerto el primer año de su trienio el buen fray Hernando de Toledo, profeso del Parral de Segovia y, como dije arriba, elegido fray Miguel de Soto, de San Jerónimo de Madrid, en el Capítulo general de 1579 eligieron al padre fray Cristóbal de Alcalá, profeso de San Lorenzo de Alba, hombre prudente y de condición suave; no hubo en el discurso de su trienio cosa notable. En este año 82, en el que se celebró Capítulo general, fue electo segunda vez el padre fray Juan de Yuste, profeso, como dije, de San Bartolomé de Lupiana, cosa bien ajena del pensamiento de este santo varón, porque entiendo fue uno de los religiosos sencillos, sin negocio ni malicia, que han entrado en aquel oficio; con haber sido otra vez General, no tenía más inteligencias ni tratos en la orden, que si no la conociera varón entero y de mucha verdad, pensaba que nadie mentía y, por esto, algunos que sabían hacerlo con cautela, le engañaban fácilmente, al que cogía en ella, tarde le creía después; tenía razón, porque quien una vez pierde a la verdad la vergüenza, hay poco que fiar de él; como no pretendía más del servicio de Dios, ningún miedo tenía en hacer su oficio y mirar lo que tocaba al buen nombre y aumento de la religión.

En consecuencia de esto, se atrevió a hacer algunas cosas que ninguno antes de él había osado emprender. Como procedió santamente, aunque rompió con algunas leyes de la Orden, se salió con ello.

En este mismo Capítulo general vacó el padre fray Julián de Tricio, Prior de este convento. En los siete años que gobernó esta casa se hizo, como hemos visto, todo lo principal de esta fábrica. Túvole el Rey particular voluntad y mostrólo en muchas cosas. Con este favor tomó alguna más libertad de lo que las leyes de esta religión estrecha permiten; estrecha, sin duda, y más para los superiores, a quien aun no se disimulaban los defectillos ordinarios, que en los súbditos no se echan de ver, y en tanto que esto se conservare, osaré asegurar de caída notable a esta república de San Jerónimo; que si la clave está firme y no desliza o ablanda, sin peligro se sostiene el edificio que en ella estriba, y no tenga nadie en poco poder sufrir el peso de tanta carga con tan pocos alivios siete años.

Su Majestad le hizo merced por lo bien que le había servido, y se tornó a su casa de la Estrella. Pidió el Rey el parecer al General para señalar otro Prior y, después de bien miradas las personas de la Orden, se resolvió en el Padre fray Miguel de Alaejos, Prior ya la segunda vez y profeso del convento de San Jerónimo de Yuste, donde acabó el curso de la vida tan felizmente, como vimos, el Emperador Carlos V; luego le asentó en el pecho al Rey el

nombramiento de este religioso, que ya por haber vivido aquí tenía noticia de él. Eligióle desde Lisboa en Prior, y envió a mandar al General de la Orden que le confirmase.

Jueves, día de San Francisco, que fue el 4 de octubre, llegó a la Granja de la Fresneda, donde le salieron a recibir algunos religiosos y, el día siguiente, no 5 de octubre, sino 15, que (no sin acuerdo divino) acaeció en la entrada del quinto Prior de este convento; fue la reformatión tan acertada, que el santo Pontífice Gregorio XIII hizo del calendario, cosa de muchos Papas pretendida y de muchos ilustres ingenios en Matemáticas tratada; porque pudiera crecer el yerro tanto, que Navidad fuera en lo que es junio, y San Juan en lo que es diciembre, por darle al curso del año solar más de lo que tiene en su precisa cuenta y círculo. Hiciera de esto algún discurso, y aun me tuviera a responder a los herejes pertinaces que ni aun esto quieren obedecer a la cabeza de la Iglesia, ni confesar que acierta, si no fuera muy lejos de mi propósito.

El Rey, nuestro Fundador, escribió al General una carta en que le mandaba publicase esto en la Orden y lo hiciesen ejecutar. Hízolo así y, junto con esta reformatión del año y de su cuenta, entró el nuevo Prior, haciendo este mismo oficio en la casa de San Lorenzo, tornando al curso derecho y riguroso, lo que por algún yerro de cuenta había salido de sus quicios, y porque descendamos hasta esta menudencia, en el mismo día también entró en esta casa el reloj principal, que había mucho tiempo se estaba haciendo en Madrid, que es una muy rica, grande y acertada pieza, el año enmendado, el calendario corregido, el reloj nuevo y cierto, el Prior religiosísimo, celoso y prudente; todo prometía una grande concordia y unidad santa y aumento notable en la observancia, y todo sucedió así prósperamente en este año 82.

Enturbióse esta alegría toda al remate de él con la muerte de nuestro Príncipe don Diego, que sucedió el 21 de noviembre, domingo y día de la Presentación de Nuestra Señora. Presentóse él en la gloria en compañía de los Ángeles y el mismo oficio se le hizo aquí, habiendo traído su cuerpo don Juan Manuel, Obispo de Sigüenza, y el Almirante, y con la solemnidad que en los otros entierros reales se había hecho, le pusieron en compañía de otros dos jurados ya Príncipes de España; digo tres, para que se vea el engaño de la vida y las grandes fuerzas de la muerte, pues ninguna cosa le resiste.

DISCURSO XIII

La prosecución de la fábrica en algunos particulares adornos de ella, hasta la última piedra que se asentó en todo el cuadro o cuerpo del edificio principal. Con los sucesos de las personas reales en esta casa.

Como lo principal y más dificultoso de esta fábrica era la cantería, vamos siempre haciendo la cuenta por ella. Puesta la aguja y la cruz del cimborio de este templo, nos parecía que estaba acabado todo, aunque en la verdad faltaba mucho, como lo iremos mostrando en este discurso y en otros.

Al mismo paso con que creció y se vio el remate felicísimo de la cúpula principal, fueron creciendo las dos torres que tiene en el frontispicio este templo, que también le rematan con su cimborio y agujas de piedra, bolas y cruces de la misma forma que, aunque no tan grandes como la principal, son mucho y del mismo metal campanil, y en verdad se fundieron todas de una misma suerte, como dos medias campanas, de figura de medio limón cada parte, algo prolongadas.

Acabóse también a este mismo tiempo poco menos, el claustro grande del aposento real y todos aquellos cuartos y oficinas que están dentro para el servicio de la misma casa, con una infinidad de aposentos y piezas a la parte del Oriente y del Norte, con la torre que remata los dos lados y hace ángulo entre Norte y Oriente; el pórtico principal, que es una excelente fábrica, también se acabó de todo punto, y el 21 de marzo, que es el equinoccial vernal, según la reformación del nuevo calendario, hecha por el Pontífice Gregorio XIII, no sin acuerdo del cielo (aunque acaso para los oficiales, como hemos visto en otras muchas cosas), se levantó una muy hermosa estatua y figura del glorioso mártir de España y patrón singular de esta casa en un nicho que está lo más alto de este pórtico, y a los pies del mismo santo se asentaron las armas reales, significándonos en esto el prudentísimo y pío Fundador que su corona, sus estados y su Reino, todo lo tenía puesto a los pies y debajo del amparo de su devoto y abogado Lorenzo. No me detengo en descubrir más despacio este pórtico, porque después lo veremos más en particular. La parte que ahora es el colegio y seminario y una de las cuatro principales en que se divide todo el cuerpo del edificio, fue la postrera y la que se quedaba más atrás, porque no había tanta necesidad de ella y porque servía como de entrada y paso para la carretería, que era mucha.

Íbase también en este tiempo retundiendo la iglesia, y quitándole aquel grueso de cordel que dijimos traían por desbistar las piedras, para que hiciesen más firmes asientos sobre los lechos, y para que la fábrica fuese más una y de más delgadas y finas juntas y quedase como quedó, de tal suerte, que no pareciese todo el templo hecho de diversas piezas, sino que se había acabado dentro de una peña, por la grande uniformidad del color, grano y junta de sus piedras, y aunque esto, como dije, pareció al principio que había de ser cosa difícil y de costa, ni hubo uno ni otro, sino gran facilidad. Los

tejados y los maderamientos de ellos, de fuertes trabazones y tijeras, y los empizarrados también estaban acabados; en todo lo que hemos dicho, que era otra obra por sí harto grande, de estima, primor y costa.

Las principales partes del adorno de la iglesia son el retablo, la custodia, los entierros reales; esto todo se hacía en Madrid y en otras partes. Entendían en ello maestros italianos y españoles; los retablos particulares de todos los altares también estaban muy adelante, por estar repartidos en diversos maestros que habían buscado para ellos, naturales y extranjeros; los órganos y las sillas del coro, y el suelo de la iglesia, la librería del canto, y rejas y antepechos, que todas son cosas grandes, y que cada una tuvo necesidad de mucho tiempo y de muchos artífices, para que se verificase lo que el prudente Duque de Alba dijo el primer año de la fábrica del templo, que antes saltaría, o que se tardaría más por los adherentes y adornos que por lo principal.

El Rey, nuestro Fundador, después de haber tomado la posesión del nuevo Reino de Portugal, con que volvió España a la perfección antigua y se cerró el cerco de la corona e imperio de toda ella sobre una tan católica, pía y prudentísima cabeza, don y merced del cielo reservada, por más de novecientos años, para Felipe II. Viose en él (quiero tomar esta breve licencia, por lo mucho que a mi Rey, Fundador y bienhechor de mi Orden y de mi casa debo); viose en él, digo, lo que jamás desde aquellos dos padres del linaje humano Adán y Noé, en ningún Príncipe terreno se ha Visto: que con sus brazos e Imperio abraza toda la redondez de la tierra, y tiene súbditos y vasallos en todas las cuatro partes del mundo: Asia, África, Europa y la última, llamada América, y navega como señor con sus bajeles y armadas todos los mares, mirando el uno y otro Polo, llevando y caminando sus Capitanes y gentes sus reales banderas, como dicen los poetas de Antártico a Calisto, y juntamente hacen el curso que este Sol que nos alumbra hace, sin que para ellas se esconda, partiendo con él desde el mar del Atlante y llegando al Reino del Aurora tornan (hecho un admirable y no creído círculo a las tierras y a los mares) al punto mismo donde salieron, lo que no se vio jamás con gran parte en ninguna de las Monarquías que celebra la antigüedad: medos, persas, babilonios, griegos ni romanos y, lo que es más admirable, digno de memoria eterna, que debajo del nombre de Felipe II se vio la primera vez hacerse sacrificio al verdadero Dios y ofrecerle a su Hijo Jesucristo, en todas estas cuatro partes de la tierra habitable, y en las islas más escondidas y remotas, y allí suena el nombre dulcísimo de nuestro reparador y Maestro Jesucristo, y de Iglesia Católica, llevado por sus vasallos y súbditos, lo que tan poco se había visto en tiempo de algún príncipe cristiano ni de muchos juntos. Premio y parte de gloria de la piedad y méritos de tan católico Monarca, de quien dijo aguda y graciosamente un portugués que no se ponía el sol jamás en casa del Rey Felipe.

Acabada, pues, esta hazaña, y dejando Su Majestad en aquel nuevo y sosegado reino como Virrey al serenísimo Príncipe Cardenal Alberto, su sobrino, de cuya prudencia y valor grande tenía experiencia larga, dio la vuelta para su centro, desde donde tiraba con admirable rectitud y justicia todas las líneas del gobierno a la circunferencia de su amplísima corona. Tornó por Badajoz, y de allí vino a Nuestra Señora de Guadalupe, donde hizo las gracias debidas a tan alta y singular Patrona de las muchas mercedes que por su intercesión había recibido de su Hijo, Señor universal del cielo y de la tierra. De allí partió a San Jerónimo de Guisando; tornó a visitar aquellas cuevas, que fueron sepulturas santas de aquellos hombres tan vivos a Dios como muertos al mundo.

Llegó a la dehesa del Quejigar, y primero visitó una ermita devota que está escondida en aquellas sierras de Ávila, llamada Nuestra Señora de la Nueva, por gozar de camino de los favores que en estas visitas la Reina soberana le hacía; holgóse de ver la viña que por su mandado y orden se había plantado en aquellos pinares; entró en la casa que se iba edificando; vio las bodegas y lagares que se hacían para recoger la cosecha tan grande y tan hermosa, y de todo recibía gusto particular (natural efecto de la labor de nuestras manos).

Llegó aquí a 24 de marzo, víspera de la Anunciación de Nuestra Señora, el año 1583; salióle a recibir un hermoso escuadrón de maestros oficiales y peones de esta fábrica, puestos en orden, con los instrumentos que usaban en ella, que no era mal espectáculo ver tantas diferencias. En llegando al pórtico principal, salió el convento en procesión a recibirle, vestido el Prior de capa y con la cruz de *Lignum Crucis* en las manos, danzando los niños del Seminario para alegrar la entrada.

Hecha la adoración de la Cruz en un sitio de brocado aparejado para esto en el mismo pórtico, comenzaron los religiosos a cantar el himno textual *Te Deum laudamus*, y así fueron hasta las gradas del altar mayor, donde estaba otro sitio y donde se puso de rodillas en tanto se acabó el himno y la oración. Oyó luego dos misas rezadas desde su oratorio, y las Vísperas de la Anunciación, porque era cuaresma; el día siguiente anduvo en la procesión con gran acompañamiento de caballeros castellanos y portugueses, oyó la misa mayor y, a las Vísperas, se subió al coro por gozarlas más cerca y ver sus religiosos despacio; quiso hiciesen luego las honras de la reina doña Ana, su querida mujer; comenzáronse a la tarde, en que se dijo la vigilia, y otro día la misa; entró después a dar una vuelta por la casa, mostrándosela al Obispo de Viseo, Capellán mayor de Su Majestad, y aun subió a ver lo alto del cimborio o cúpula de la iglesia, que estaba ya desembarazado de los andamios y grúas. Partióse luego el domingo, a 27 de marzo, para Madrid, y pasó el puente que había mandado hacer en el río Guadarrama, en nombre de San Lorenzo, poniéndosele sus parrillas, que se acababa entonces.

Entró en Madrid el 29, donde se le hicieron fiestas y gran recibimiento entrando en público, a que acudió infinidad de gente. Después de asentadas y proveídas mil cosas, la Semana Santa siguiente tornó a continuar sus santos ejercicios; llegó aquí el lunes después de Ramos; hizo el mandato como solía, lavando los pies a sus pobres con aquella devoción de siempre. Trajo consigo al Obispo de Viseo y a otros caballeros de su cámara, que ya venían juntos, castellanos y portugueses.

Salió el Viernes Santo a adorar la Cruz, y antes de llegar le puso delante don Luis Manrique, su Limosnero, muchos procesos de hombres condenados a muerte, a quien habían perdonado las partes y ellos satisfecho; perdonólos él como suprema justicia, y luego se hincó de rodillas y besó con ojos y boca el santísimo *Lignum Crucis*, suplicando al Señor de los señores que allí se puso le perdonase sus pecados, como él perdonaba aquellas muertes. Confesó y comulgó el día de Pascua de Resurrección y ganó un jubileo plenísimo que había enviado el Papa Gregorio XIII y, pasada la fiesta, se tornó luego a Madrid, porque en estas venidas a menudo no pretendía más que cobrar aliento y espíritu y ofrecerse a Dios para que le alumbrase en el gobierno de tantos reinos; con esta misma consideración tornó aquí para las fiestas de la Ascensión, Pentecostés y Corpus Christi, y celebrábalas con muchos actos de devoción y oración, ocupándose algún ratillo después de comer, y para entretenimiento, en ver la fábrica y las trazas o salir por el convento. Y acabadas estas fiestas, se tornó luego a primeros de julio a Madrid, como quien volvía de vacaciones santas.

Andaba en este tiempo la fábrica del colegio, que era la postrera, a mucha furia, y creció en breve tanto, por ser obra andadera y repartida entre muchos, que en poco más de dos años le dieron remate, y el día mismo que fue víspera de la Magdalena, 1577, en que se cayó la bola y la cruz de la torre en que tocó el rayo, se puso la bola y la cruz del cimborio del colegio, el año 1583, siete años después.

Murió en este mismo, a 4 de agosto, la Infanta doña María, hija de nuestro Rey y de la Reina doña Ana, en el palacio de Madrid, víspera de Nuestra Señora de las Nieves; llegaron aquí con el cuerpo, el día de la Transfiguración, el Obispo de Viseo, don Jorge de Ataide, y el Conde de Fuensalida; hizo el recibimiento y oficio acostumbrado a los demás Príncipes e Infantes el convento; el auto de la entrega del cuerpo y cédula de Su Majestad celebró Pedro de Escobedo, el Secretario; de allí a pocos días envió a Juan López de Velasco, su cronista, avisándole al Prior y convento del buen suceso que había tenido el Marqués de Santa Cruz, y cómo el día de Santa Ana había entrado la Tercera y acabado aquella jornada venturosamente, para que hiciesen gracias a Nuestro Señor por ello, y así se hizo con mucha solemnidad y, no contento con esto, vino el

28 de septiembre a hacer lo mismo, y por hallarse aquí con sus jerónimos la fiesta del glorioso padre y doctor de la Iglesia San Jerónimo; estúvose hasta el 19 de octubre, y pasó al bosque de Balsaín, que es bueno para el tiempo de la brama; de allí llegó a Segovia, por ver aquel excelente ingenio de hacer moneda, invención del Archiduque de Austria: menea el agua una rueda y, aquélla, en los lados contrarios con el agua, mueve otras dos (que es principio de las mecánicas de Aristóteles), pasando por entre los dos ejes o ruedas de estas, que son de acero, en que están dibujadas y abiertas las armas reales, como las vemos en la moneda, el uno la faz y el otro, el reverso, un riel, como una cinta de plata del grueso que ha de tener la moneda, la deja como estampada o esculpida por una parte y por otra, a la larga, hecha reales, y estos después se van cortando en otro torno en redondo con facilidad; excelente ingenio con que se ahorra mucha costa, ingenio y tiempo, sino que la nación española no se amaña estos ingenios ni tiene paciencia para ellos y, lo que puede hacer fácilmente y sin trabajo gusta más de hacerlo a fuerza de brazos; hase labrado alguna plata en él; ahora se labra poca o ninguna, porque dicen tiene algunos inconvenientes o porque no la dejan lograr ni que llegue a Segovia.

Pasó el Rey de allí al monasterio o vicaría de Parraces y mandó se dispusiesen algunas cosas del edificio en otra forma más acomodada para el uso de lo que allí es menester, y volvió aquí a tener la fiesta de Todos los Santos, y porque se comenzaban a asentar las sillas del coro, quiso ver puestas algunas, y detúvose hasta el 7 de noviembre, y fuese a Madrid.

Porque no nos olvidemos de la Orden en las cosas que fueron de alguna consideración, pues es esta historia suya, advierto para los de adelante que al principio del año 1584 se juntó Capítulo privado en San Bartolomé de Lupiana, siendo, como dije, General la segunda vez el padre fray Juan de Yuste, profeso de San Bartolomé de Lupiana, y en él privó de sus oficios a los Visitadores generales fray Nuño de Honao, profeso de Nuestra Señora de la Estrella, y a fray Alonso de Alaejos, profeso de la Mejorada, y a otros dos de los del Capítulo privado, y en su lugar puso otros, que fue una de las cosas más nuevas y atrevidas que se habían visto en la Orden, y como lo hizo un hombre tan santo y desinteresado, sin ningún género de ambición, entendieron todos que debía tener causas suficientes; oí decir entonces que los Visitadores y los del Capítulo privado pretendían quitar al General; avisáronle de ello, prevínose y, ayudado de quien tenía más inteligencia de negocios, le dieron ánimo e industria, e hizo de ellos lo que pensaban hacer en él.

Pretendían todos tener razón y justicia, y prevaleció la cabeza, que era sin duda sencilla y buena; no sé qué tal fue la de los instrumentos y, así, casi por los mismos términos, se lo dijo al padre fray Miguel de Alaejos, Prior de este

convento, en la definición que hizo en aquel Capítulo donde se determinó que había sido esta privación no mal hecha ni atrevida.

Había puesto mucho miedo el quitar las cimbras, andamios, grúas y todo el enmaderamiento de la iglesia; mirado así, a bulto, espantaba, parecía una cosa grande, intrincada, difícil, peligrosa; no se atrevía nadie a entrar en ello; pedían los que podían hacerlo mucho por desembarazarlo, y hizo esto mucho ruido y encarecióse demasiado. El obrero fray Antonio, a quien había Dios dado claridad para salir de estas oscuridades, lo hizo quitar con harta facilidad, sin peligro, y pronto, y a poca costa, pues es cierto que no costó sino cuatrocientos ducados escasos, y se pedía mucho más con gran exceso, y quedó la madera tan sana que sirvió después para otros menesteres.

Apareció luego en quitando tanta multitud de vigas, maderos y tablas, día de San Mateo del año 1584, un templo clarísimo, que alegró el alma con su grandeza, proporción y hermosura: desengañó a muchos ignorantes en arquitectura, que afirmaban había de ser un poco oscuro; comenzóse luego a retundir y afinar y limpiarse. Estaban también aparejadas gran multitud de losas de mármol blancas, de la sierra de Filabres, y otras tantas de mármol pardo de Estremoz. Y comenzaron a solar el templo en desembarazándole de la madera.

Este mismo año, a 6 de marzo, partió de aquí el padre fray Miguel de Alaejos, Prior del convento, a visitar las casas de nuestra Orden que estaban en el reino de Portugal, que, como arriba se ha visto, aun no estaban unidas con nuestras casas de Castilla ni debajo de la obediencia de nuestro General, y, como vimos, se dio tan buena maña que el 20 de junio del mismo año estaba ya de vuelta en este convento.

En el mismo mes de marzo vino el Rey a tener aquí la Semana Santa y a continuar los ejercicios ordinarios y santos; lavó los pies a sus pobres el Jueves Santo, celebrando la memoria de su Dios con tan entrañable sentimiento y devoción, que no sé si ha habido Rey que tantos pies de pobres haya lavado y besado; dejó aparte el santo Rey Luis de Francia, que con los varones que la Iglesia tiene canonizados no hemos de hacer comparación.

Y hizo también aquí órdenes el Obispo Capellán mayor y, acabadas las fiestas, habiéndolas el santo Rey celebrado con su devoción acostumbrada, se volvió a Madrid, y échase de ver en estas idas y venidas el fin que le había movido a levantar tan gran fábrica, pues también usaba de ella, acudiendo tan continuo y tan a santos tiempos a ofrecer a su Dios y Señor el tributo de su alma y de todas sus cosas. Así, tornó luego para la fiesta del Corpus Christi, trayendo consigo al Príncipe don Felipe III y las Infantas y sus hijas; no pudo acompañar la procesión, porque comenzaba

ya a fatigarle la gota y, así, no salió del aposento y oratorio, en donde oyó la misa mayor, enviando a sus hijos que hiciesen sus veces.

En este mismo año 84, por el mes de agosto, se subieron las seis figuras o estatuas grandes de los Reyes del Testamento Viejo, que están sobre los pedestales del segundo orden de la fachada de la iglesia, obra de Juan Bautista Monegro, natural de Toledo, gran escultor; haremos después particular memoria de ellas; y en septiembre siguiente de este mismo año 1584 se puso la última y postrera piedra de todo el cuerpo y cuadra de esta casa, en lo que toca a la cantería. Está asentada en la cornija del pórtico o patio; delante de la iglesia tiene una cruz, aunque desde abajo no se percibe, mas encima de ella, en el mismo empizarrado, está hecha de suerte que la punta baja de la cruz señala cuál es la piedra.

Aquí se halló presente fray Antonio de Villacastín, el obrero que no quiso ver poner la primera, diciendo que para ésta se guardaba, y guardóle Dios y guarda desde el año 1563 que, como vimos, se puso la primera, y él y nuestro Fundador se hallaron aquí ahora juntos, dándonos con esto Nuestro Señor a entender que no le displacía esta fábrica, porque no iba fundada en engrandecer fama ni nombre, como aquella soberbia torre de Babel.

Partió de aquí Su Majestad, con sus hijos, a 2 de octubre, habiendo tenido todos mucha salud, aunque Su Majestad vino sin ella, y a 11 de noviembre, para que se rematase el año felizmente, se hizo la solemne jura del Príncipe don Felipe, nuestro señor, tercero de este nombre, en San Jerónimo, de Madrid; la misa de esta fiesta dijo de pontifical Quiroga, Cardenal y Arzobispo de Toledo.

DISCURSO XIV

El remate de la fábrica de la casa, templo y adornos de él y de la sacristía, retablo y custodia. Pásase el Santísimo Sacramento a ella, con los sucesos de las personas reales en este convento.

Por dar calor a la fábrica, que ya no topaba ni se detenía, como hemos visto, sino sólo en los adornos, que no era poco, por ser tan grandes, venía Su Majestad con alguna frecuencia de Madrid aquí, y también porque de camino andaba sus estaciones ordinarias, que eran ocupar los días santos y festivos en la meditación de ellos y retirar el alma del tropel de tantos negocios como el gobierno de sus Reinos amontonan cada día.

A la Navidad de principio de 85 se vino aquí, asistió a los oficios divinos con su acostumbrada devoción. Pasada la fiesta de los Reyes, habiendo dado el orden que le pareció en cosas particulares de la fábrica, se partió a Madrid. Tenía concertado el casamiento de la Infanta doña Catalina con el Duque de

Saboya. Para esto y para hacer Cortes en la Corona de Aragón, que se las pedían con instancia, acordó con mucha prudencia que los casamientos se hiciesen en Zaragoza porque todo fuese de un camino y se excusasen gastos.

Partió de Madrid con el Príncipe don Felipe y las dos Infantas, sus hijos. Fue por Alcalá de Henares y, de allí, a Guadalajara y a San Bartolomé de Lupiana, donde se detuvo algunos días y consideró atentamente la observancia grande de aquel convento, cabeza de esta religión. Entró en Zaragoza el 24 de febrero donde se le hizo un solemnísimos recibimiento. Lo demás de esta jornada está a cargo de otros escribirlo.

En el entretanto se acabaron de asentar en esta fábrica las sillas del coro y, luego, los cajones de la librería del mismo, que son muchos. Fundíanse campanas en gran cantidad, e íbanse haciendo los órganos. También se daba toda la prisa y diligencia posible en lo del retablo y custodia, obra tan detenida, que fue menester toda la industria e ingenio de los maestros para acabarse tan presto.

La Emperatriz doña María, que hoy vive, estaba algo achacosa, y se vino aquí a tener el verano. Recibió tanto contento y gusto con la estancia, que tuvo mucha salud. Sus ejercicios eran santos: oír misas y los divinos oficios, visitar las santas reliquias, entrarse algunos ratos a ver la casa, comunicar con algunos religiosos espirituales cosas divinas, en particular con el Prior fray Miguel de Alaejos, que era varón de mucha meditación y oración; y como todo esto era de su gusto, fue causa que saliese de aquí con fuerzas y con gana de volver más veces si la dejaran.

El Rey acabó su jornada felizmente, en que gastó el año 85, y entró a los primeros de marzo del 86 en Madrid y, por no perder el curso y el uso de sus santas romerías, vino a tener aquí la Semana Santa. Anduvo la procesión de los Ramos y hizo el mandato con la devoción que siempre, y salió a adorar la Cruz, asistió a todos los oficios, enseñando devoción y piedad a cuantos tras él vinieren.

El Domingo de Pascua, habiendo recibido el Santo Sacramento y celebrado la alegría de la Resurrección, se fue a comer con sus religiosos al refectorio como un compañero de su devoción y ejercicio píos. Trajo esta vez algunas joyas para el servicio de altar y sacristía y muy preciosas reliquias, entre ellas un hueso del anca del glorioso mártir Lorenzo, su Patrón y abogado, que con particular milagro, como lo diré en su lugar, quiso el santo mostrársele en ella propicio. Con esta vino otra de inestimable precio: la cabeza del gloriosísimo Príncipe mártir Hermenegildo de España y otras más particulares. Llegaron aquí día del mismo Rey y mártir, que es a 13 de abril. Hízoseles un solemne recibimiento y procesión, a que se halló presente el Rey.

El Papa Gregorio XIII concedió un jubileo plenísimo para el día que llegase a esta casa la reliquia milagrosa del hueso de San Lorenzo y, para que perpetuamente se ganase en todos los años tal día, acordó el Rey que llegase aquí el de San Hermenegildo, y así es muy solemne este día en el convento, por gozar de tantos favores juntos. Vio de camino asentar el retablo y los entierros, obras costosas y detenidas. El día siguiente, 14 de abril, dejando hechas tan buenas haciendas, volvió a Madrid a cumplir con las de su oficio.

Deseaba el Rey poner todas las cosas a punto para gozar de su iglesia y de la obra de sus manos (quien no ha fabricado, no podrá entender cuán grande deseo es éste y, en especial, obra tan ilustre y tan hermosa). Parecíale que, dándole prisa, estaría todo en perfección para la fiesta de su Patrón y abogado San Lorenzo. Acordó de ser como sobrestante en todo; vínose aquí para las fiestas del Espíritu Santo y Corpus Christi, trayendo consigo sus queridos hijos el Príncipe don Felipe y Infanta doña Isabel.

Sus ocupaciones, entrando aquí, fueron las que otras veces y las que tengo dichas. Aunque vino indispuerto y tocado de la gota, con sangrarle un poco estuvo luego bueno: que el contento puede mucho para la salud. En desocupándose de los papeles del gobierno, en que gastaba harto tiempo, como el que sabía que lo principal es hacer primero lo que cada uno está obligado en su oficio, los ratos del descanso era acudir a ver lo que hacían los maestros que entendían en el retablo y en los entierros, gradas del altar y otras cien cosas que allí hay de ricos mármoles y jaspes, que por tener tanto primor y por ser los pulimentos y las juntas cosa tan detenida, si no fuera por tener a los ojos tal sobrestante, tardaran mucho en acabarlas.

El 17 de junio se acabó de asentar la custodia del altar mayor, obra admirable, y luego mandó Su Majestad que se pusiese otra custodia, también de finos jaspes, más pequeña, dentro de la grande. Estaba ya acabada, días había, por el mismo artífice Jacobo de Trezo y, con cuanta prisa se dieron, fue menester todo, pues se acabaron de asentar las gradas y mesa de esta capilla, que también son de finos jaspes y mármoles, el 2 de agosto.

Tenía aquí Su Majestad al Obispo de Rosa en Irlanda. Llamábase fray Buenaventura Nateo Almerico, de la Orden de San Francisco, para que hiciese todos los actos pontificales que fuesen menester. Consagró cincuenta aras juntas para todos los altares de la iglesia, hallándose presente a esta santa ceremonia el mismo Rey con sus hijos, y luego, a 6 de agosto, estando ya la iglesia de todo punto acabada; asentados los altares, que son todos de piedra; puestos los retablos y las cuatro cajas de órganos, el mismo Obispo bendijo la iglesia principal, vestido de Pontifical, el día de la Transfiguración, asistiendo también el Rey y personas reales y caballeros.

Luego, otro día, bendijo las campanas de la torre, que fueron dieciséis en todas; día de San Justo y Pástor bendijo también todas las cruces y retablos de los altares, compusieronse todos ricamente, encendiéronse las lámparas.

Asentaron aquella hermosa y copiosísima librería del coro en sus cajones. Hízose una gran entrega de ornamentos de varios colores, sedas y brocados, y poblóse de todo lo necesario la sacristía. Los religiosos se pasaron a vivir a las celdas del claustro grande y Su Majestad y el Príncipe e Infanta y caballeros, a sus propios aposentos y oratorios.

Y, al fin, puesto todo a punto con universal alegría y contento el 9 de agosto, vigilia del glorioso mártir San Lorenzo, que fue viernes de este año 1586, dichas las horas en el coro e iglesia pequeña, y la misa del día a las ocho de la mañana, se juntó convento y colegio y seminario en la misma iglesia.

Salió Su Majestad y Príncipe y toda la Casa Real de su aposento, y juntos todos, el Prior vestido con su casulla y los ministros con dalmáticas, en solemnísimas procesión, pasaron el Santo Sacramento a la iglesia principal y le pusieron dentro de aquellas riquísimas custodias; el Prior llevaba en las manos la custodia de oro, viva arca del Testamento, donde se encierra no la vara del castigo riguroso, ni la ley y pacto antiguo, ni el maná formado del rocío de este aire por ministerio de criaturas para aquel pueblo duro, animal terreno, sino la de la gracia, amor y dulzura, lleno de suavidad escogida para los hijos de Dios espirituales y santos; llevaban las varas del palio el Rey y su hijo el Príncipe don Felipe, que, aunque pequeño, ya tenía gusto de cosas espirituales, por ser industriado de tan buen maestro como su padre, y con ellos otros caballeros de su cámara, y el pío Rey y cuantos con él iban, en vez de aquella multitud de ovejas y becerros que Salomón y todo el pueblo sacrificaron a Dios el día que se edificó el Templo y se puso en él el arca (como si Dios hubiera de comer tantas carnes de animales), le iban ofreciendo y sacrificando loores, alabanzas, gracias y lágrimas de corazones contritos, devotos y humildes, propio manjar de Dios, que jamás le supo mal y siempre tiene gusto de los becerros de nuestros labios.

Salió esta procesión por la puerta de la iglesia pequeña que cae al claustro que llaman del refectorio y, por allí, derechos fueron a salir por la portería del convento, y pasando por el tránsito que va al colegio, entraron por la puerta principal de la iglesia, y por el sotacoro, y por la reja principal de la iglesia, donde estaba la guarda del Rey para que de allí adelante no entrase nadie, sino la gente principal de la Casa Real; iba el coro cantando hasta allí los himnos del Santo Sacramento; en llegando a la reja, entonaron los seis cantores que iban con capas el himno *Te Deum laudamus*, y como respondieron con aquellos fortísimos órganos que retumbaban en toda la iglesia, y juntamente entraron por aquella nave principal tan clara, tan ancha, tan alta y tan hermosa, y la luz y resplandor ardiente de la custodia, que parecía una brasa encendida reverberaba en los ojos y traspasaba las almas, y los altares estaban tan hermosamente

aderezados, y tantas luces en todos ellos y por el cuerpo espacioso de la iglesia, puso una admiración grande en los ánimos, porque pareció se entraba en una gloria no vista jamás, y, sin duda, no hubiera pecho tan duro y tan sin Dios que no se enterneciera y ablandara en lágrimas de dulzura espiritual, y así se vio en todos un sentimiento vivo mezclado de reverencia y alegría, levantando los corazones a las divinas alabanzas de su gloria.

Subieron el Prior y los ministros hasta las gradas últimas del altar, quedando todos los religiosos en su mismo orden por todo el cuerpo de la iglesia tendidos. El Rey, el Príncipe y los que llevaban con él las varas del palio llegaron hasta la mesa que se hace encima de las primeras gradas, y dejándolas allí se entraron en el oratorio; la señora Infanta doña Isabel iba detrás de su padre, con un cirio blanco en las manos, y otras muchas señoras y damas de su palacio, y se entraron juntamente en los oratorios que están a los lados de esta mesa; el Rey, Príncipe e Infanta, en el oratorio que está al lado de la Epístola, donde tiene su aposento, y las damas, al que está al del Evangelio, donde cae también el aposento de las Reinas e Infantas.

Dichas las oraciones competentes y puesto el Sacramento en la custodia, los religiosos se subieron al coro; el Prior y los ministros tornaron a la sacristía y salieron luego a decir la misa primera mayor, que fue del Espíritu Santo y, tras ella, se comenzaron luego otras misas rezadas en otros altares por algunos religiosos, holocaustos vivos encendidos de suavísimos olores, hostias, ofrendas y víctimas de satisfacción infinita, en quien se remataron con suma perfección todos los sacrificios antiguos, fin de toda aquella vieja mística ceremonia y fin principal de todas las iglesias y remate de los deseos de Felipe, que hoy, con alegre corazón, gozó lo que tanto deseaba y vio por sus ojos el fruto de la labor de sus manos.

Pienso que estuvo, en tanto que se dijo esta misa, puesto en alta meditación y en un éxtasis soberano, haciendo, como otro Salomón, infinitas gracias a su Criador y Rey eterno por haberle hecho tantas mercedes y favores, que le dejase ver acabada una fábrica que comenzó con tanto deseo de que en ella fuese siempre servido, loado, adorado y bendito.

Mandó Su Majestad que en la capilla principal, que es la de la reja adentro (todo el gran cuadro no es más que una capilla), no entrase jamás algún género de gente, sino los caballeros y criados más principales de su casa y, aunque pareció esto duro a mucha gente seglar, miradas las razones, convencen a que no se puede hacer de otra manera. Lo primero, porque es capilla real, donde, como ni en sus aposentos ni retretes, no entran todos indiferentemente, ni tampoco en esta capilla, y quería Su Majestad gozar de esto con sus hijos sin estorbo de otra gente común.

Tras esto, los religiosos hacen por el cuerpo de esta iglesia sus procesiones, y vienen con las gracias después de comer y cenar a ella, y siendo tantos, si la gente entrara como y cuando quisiera, habían de andar todos a vueltas, cosa

en esta religión nunca permitida por su modestia y compostura grande, y al fin, y lo que no tiene remedio ni deja lugar para esta común entrada, es que están sembrados por todo el cuerpo de esta capilla más de cuarenta altares, aderezados continuamente con ricos frontales, candeleros y cruces de plata, y siendo patente a todos la entrada, era forzoso que en cada altar estuviese puesta una guarda, que es imposible; quedaba, al parecer de algunos, un remedio, que era poner rejas por los lados de la nave principal y, dejando aparte que estas habían de ser grandísimas y, para que respondiesen con la fábrica, de mucha costa, la capilla quedaba perdida con estos atajos, cortado y deshecho el cuadro, artificio y correspondencia de las naves, y el convento no podía extenderse, sino que se había de amontonar y revolverse y confundirse para las procesiones; así, fue este un acuerdo y mandato del Rey prudentísimo, que vio, antes que la experiencia se lo mostrase, todos estos inconvenientes.

Celebrado este tránsito y la misa con gran solemnidad y regocijo de las almas, a la tarde se dijeron las vísperas de la fiesta del glorioso mártir San Lorenzo con la majestad que fue razón; el Rey y sus dos caras prendas las oyeron desde una ventana que se hizo para este efecto encima de las sillas del mismo coro que cae a la parte de la casa real.

Cuando el Prior fue a incensar el altar (no quiso el Rey que hiciese este día el oficio prelado ninguno, que lo pensaron muchos, sino el mismo Prior de su casa), a la *Magnificat*, llevó cuatro religiosos antiguos, que le iban acompañando con capas tan ricas como la suya, y esta fue la primera vez que se usó esto en esta casa; trajo aprendida esta ceremonia el Rey de lo que vio en nuestras casas de Portugal, parecióle bien y quiso que aquí se usase y, así se juntan en el coro once capas para la *Magnificat* cuando celebra el Prior en las fiestas más principales, que es cosa de gran autoridad y todo poco para lo que a este tan alto cántico se debe devoción, adoración y reverencia.

Al día siguiente (dejo los maitines y otras horas y devotos ejercicios, que en lo secreto, y en medio del silencio de la noche y de la aurora, los religiosos pasaron con Dios a sus solas, propias fiestas y gustos en que no se mezclan otros), a las ocho de la mañana, estaba ya Su Majestad y personas reales a punto y se hizo una solemne y devota procesión por el contorno de la iglesia que, como tiene tres naves, por cualquier lado que la miren, está muy a propósito para esto.

Fue en ella el Rey, con el Príncipe y caballeros; la Infanta estaba en su oratorio, gozando también de ella, que se alcanza desde allí a ver todo el cuerpo principal de la iglesia; hubo mucha música de la que nosotros usamos, tan llena de majestad y de devoción, como todos saben; ayudaban a ella los músicos de la capilla real, con voces e instrumentos, que suenan en esta iglesia admirablemente, como si hubiera aquellos vasos de metal

que usaron los antiguos en sus teatros para que se oyesen distintamente y con armonía las voces de los que cantaban, tañían o representaban. Comenzóse luego la misa, y cúpome a mí (pudiéranlo hacer otros mejor) predicar el primer sermón de esta insigne iglesia, y también prediqué el postrero de la iglesia que había servido de prestado en tanto que se edificaba ésta.

Fue el día de Santiago el Zebedeo, también patrón de España, y en la presencia del mismo Rey Felipe, que por haber sido yo colegial de este su colegio y estar vecino en El Parral, de Segovia, le pareció a Su Majestad que fuese todo de la cosecha, y así se lo dije en este sermón a vueltas de otros pensamientos que se me ofrecieron o que se nacieron con aquel grano divino, que se multiplicó muriendo, en tanta copia de mieses, por la virtud infinita que en sí encierra, para atraer y convertir en sí la sustancia de toda la tierra, si una vez se siembra y se recibe en ella; mas no es lugar ni tiempo de predicar; quédese esto aquí para otro día.

Concurrió a esta fiesta mucha gente de las ciudades y villas comarcanas, Madrid, Toledo, Segovia, Ávila, pensando que habían de gozar más de ella y pasear la casa; mas como el dueño era tan enemigo, o tan ajeno de ostentación, ni de hacer aplauso de sus obras, teniéndolas en el alma, tan solamente dedicadas a Dios, y sabía también que como es espíritu quiere ser adorado en espíritu, no quiso hacer plato a la carne y a la sangre; quisiera él, si fuera posible, estar a solas en este destierro con sus jerónimos; mas ya que no puede ser tanto, contentóse con hacer la fiesta con el menor ruido que pudo; con todo eso, porque la gente no se desconsolase, mandó que antes de comenzar la misa mayor se les mostrasen las reliquias desde las ventanas del coro, en el altar del Crucifijo que se ve desde el patio del pórtico y, después, a la tarde, se enseñaron otra dos veces porque las gozasen todos. Por las rejas también se alcanza a ver todo el cuerpo de la iglesia, la misa mayor y otras particularidades, y se oyen los oficios divinos, aunque no el sermón, por la mucha distancia.

A la tarde se dijeron las Vísperas con la misma solemnidad. Subió el Rey, llevando consigo al Príncipe, a oírlas al coro principal, y también aquí dio señas de su gran piedad y modestia: no sólo no quiso ponerse en la silla del Prior, mas ni aun en las que están junto de ella señaladas en grandeza, sino en el rincón de la mano derecha, en una silla que, por hacerse allí ángulo, es algo más ancha que las otras, y en ellas se pusieron padre e hijo, mandándole al Prior que no se mudase de su silla. Esta manera de asiento guardó, en todo el tiempo que vivió, las veces que quiso gozar del coro más de cerca; y la misma, con otras mil cosas de éstas, heredó su hijo Felipe III, el Rey nuestro señor, que hoy vive, pues no ha querido jamás otro asiento sino el mismo que le enseñó la piedad de tal padre: tanto importa la primera leche para las cosas de la religión.

El 30 de agosto de este mismo año 86 quiso Su Majestad que se celebrase fiesta de la dedicación de esta basílica de San Lorenzo, con sus octavas, y se hiciese para siempre en el mismo día, que es el de los mártires Felicis y Adauto, porque no se estorbaban otras fiestas de la Iglesia sino esta de estos santos en aquellos ocho días. Algunos repararon en si podría celebrarse tal fiesta de dedicación no estando consagrada, y en el decreto, ni el misal, ni breviario, no hay otro oficio de dedicación sino el de la consagración. Pasóse al fin entonces con ello y entendiése tenía Su Majestad facultad del Papa para que se rezase y celebrase todo el oficio de ella, teniendo siempre intento de consagrarla, como después se hizo y lo veremos en su lugar.

Había ya traído, juntamente con esto, otros breves amplísimos del mismo Papa para que esta casa y el pueblo, iglesia del Escorial y dehesas de la Fresneda y la Abadía de Parraces y la de Santo Tomé fuesen de todo punto exentas de los Obispos, a quien antes estaban sujetas, que son Arzobispo de Toledo, Obispo de Segovia y Ávila, y de cualesquiera otros Prelados a quien perteneciese algún derecho, dejándolo todo debajo del poder y jurisdicción del Prior de San Lorenzo, de suerte que fuesen, como dicen en sus cánones, *nullis diocesis*, concediéndole al Prior una jurisdicción como episcopal, exceptuando sólo que no usase de mitra, ni de báculo, como parece largamente en los mismos breves y Bulas, otorgados por Sixto V, igualando esta su casa con la de Nuestra Señora de Guadalupe y otras Abadías que tienen este mismo privilegio de ser inmediatas a la Sede Apostólica.

Para poner esta exención luego en efecto y tomar la posesión de ella, después de intimada a los Prelados y aceptado por ellos, quiso el Prior que el Obispo de Rosa, por la comisión suya, hiciese Órdenes en este convento y, así, las celebró en las Témporas de septiembre, hallándose presente en ellas el Rey, Dejando hechas tantas y tan buenas haciendas en esta su casa, partió de aquí el 13 de octubre, llegando al Pardo. Mataron el Rey y Príncipe e Infanta cantidad de conejos y partieron la caza con este convento, que, por ser de tan buena mano, parece supieron mejor que otros.

Luego, de allí a cinco días, queriendo el Rey que trasladasen los cuerpos reales, que estaban bajo las gradas y mesa del altar mayor en la iglesia, que había servido hasta allí, a la bóveda que estaba hecha acá de la misma manera, aunque más grande, escribió una carta o cédula al Prior y convento declarando su voluntad en esta forma:

«El Rey. Venerables y devotos padres, Prior y Diputados del monasterio de San Lorenzo el Real, que yo he fundado y edificado: Porque he acordado que los cuerpos reales del Emperador y Rey, mi señor y padre, y de la Emperatriz y Reina, mi señora y madre, y los demás que están

depositados y a vuestro cargo en el dicho monasterio, se pasen y trasladen de donde ahora están a la bóveda debajo del altar mayor de la iglesia principal, que es el lugar que ahora mando señalar para su enterramiento, no obstante que (conforme a lo dispuesto por la escritura de fundación y dotación del que otorgué el 22 de abril del pasado año 1567) estaba ordenado que fuese bajo la bóveda de la capilla mayor.

»Por lo cual os encargo deis orden como se haga la dicha traslación a la dicha bóveda, y que se pongan en ella, de la manera y por la orden que tengo dada para tenerlos en la guardia y custodia y con la decencia y respeto que se debe y conviene, y para que esto se pueda ejecutar, por la presente alzo y quito cualesquiera depósitos que estuvieren hechos de los dichos cuerpos reales en el dicho monasterio hasta ahora, por cuanto con la dicha traslación se habrá cumplido mi voluntad.

»Y para que conste de ella, he mandado despachar esta cédula, a las espaldas de la cual dará fe Juan de Ybarra, mi Secretario, de cómo se ha cumplido y ejecutado todo lo que aquí ordeno, de que se sacará aparte otro testimonio auténtico para enviármelo y que yo vea cómo se ha cumplido mi voluntad.— Fecha en El Pardo, a 18 octubre 1586. *Yo el Rey.*— Por mandado de Su Majestad, *Matheo Vázquez.*»

Recibida esta cédula, aunque Su Majestad no mandaba en ella que se hiciese alguna solemnidad en esta traslación por no ser más que de una bóveda a otra en el mismo convento y haberse hecho ya los oficios de estas traslaciones y entierros tan solemnemente y no fatigar a los religiosos, con todo eso el Prior, consultándolo con los Diputados, acordó hacerlo de esta forma: El lunes primero, que fue 3 de noviembre de 1586, se juntaron convento, colegio y seminario, y vinieron desde la sacristía principal con la Cruz y con cirios encendidos, todos como cuando vamos por nuestros difuntos, a la capilla o iglesia pequeña. Allí estaban ya puestos cinco ataúdes por orden, cubiertos con un paño de brocado, y, dicho el responso acostumbrado, los tomaron en hombros los sacerdotes y partieron con ellos en su procesión cantando otro responso propio para esto, hasta ponerlos en la bóveda señalada en la iglesia principal por el orden que diré. Subiéronse luego todos al coro y díjose misa de Réquiem cantada, y, en acabándola, bajaron a decir otro responso muy solemne alrededor del túmulo que se había hecho en medio del cuerpo de la iglesia para las personas reales, cuyos cuerpos se habían trasladado aquel día, que fueron el del Emperador Carlos V, Emperatriz doña Isabel, padres del fundador, Reina doña Ana, madre de nuestro Rey Felipe III, la Princesa doña María y Príncipe don Carlos.

Luego, el martes siguiente, por el mismo orden y con los mismos sufragios, se trasladaron otros cinco ataúdes, que fueron el de la Reina doña Isabel, nuestra señora; Reina de Hungría doña María, Reina de Francia doña Leonor,

hermanas del Emperador Carlos V, Archiduque Wenceslao y don Juan de Austria.

El miércoles siguiente, aunque con diferentes ornamentos, porque fueron blancos, se trasladaron otros seis ataúdes pequeños de seis angelitos Príncipes e Infantes, los dos Príncipes jurados don Fernando y don Diego, hijos de don Felipe II; el Infante don Fernando y el Infante don Juan, hijos de Carlos V; el Infante don Carlos Lorenzo y la Infanta doña María, hijos también de nuestro fundador. Pusieronse todos por el orden que se mandó y en el lugar señalado.

Tuvo Su Majestad, al principio de esta fábrica, intento de hacer un como cementerio de los antiguos, donde estuviesen los cuerpos reales sepultados y donde se les hiciesen los oficios y misas y vigiliass, como en la primitiva Iglesia se solían hacer a los mártires, donde celebraban sus memorias, y donde, también por miedo a los príncipes paganos, se escondían los cristianos a los oficios y a sus sinaxis, y apages, misas y conventos, o Cofradías y colectas santas, y así se hizo aquí debajo de tierra, y en los más hondos cimientos, una iglesia redonda con su capa o cúpula proporcionada, donde pudiese estar asentado el altar, y una tribuna, de donde se hiciese el oficio frontero del altar y, por los lados, concavidades donde se pusiesen los ataúdes o cajas de mármol o de otras piedras. Bajaban aquí desde el altar mayor de la iglesia principal por dos caracoles secretos, y sin éstos, otras dos escaleras claras y llanas, que responden, la una, al convento y sacristía, y la otra, a la Casa Real: una arquitectura de piedra labrada, harto capaz y de mucha grandeza y nobleza para este efecto. Mudó después el fundador este intento. Parecióle que esto estaba muy distante, triste y dificultoso de ir y venir allí, y que tendría también no sé qué indecencia andar por entre los ataúdes, y otras consideraciones semejantes y, así, mandó que entre esta iglesia o capilla baja y entre la principal y alta se hiciese una bóveda que viniese a estar en medio de ella, debajo del altar mayor, y así se hizo y se repartió en tres cañones que toman toda la mesa que está encima de las gradas primeras del altar.

Púsose el ataúd del Emperador en medio, debajo de donde el sacerdote que celebra tiene los pies, memoria de harta importancia para todos, donde se ve el fin de los imperios de este mundo, como en aquel que se espera tienen los que aquí fueron los más altos y mayores mayor necesidad de ser socorridos con los sufragios de un pobrecillo sacerdote que los tiene allí a sus pies.

A los lados del Emperador están la Emperatriz, su mujer, al derecho del Evangelio, y el Rey don Felipe, su hijo, al de la Epístola. Tras la Emperatriz está un lugar vacío aguardando a la Emperatriz doña María, que hoy vive, su hija; luego, la Reina de Francia doña Leonor, y tras ella, la

Reina de Hungría doña María y, a la vuelta que allí hace aquel cañón de la bóveda, el Príncipe y Prior de San Juan Wenceslao.

Al otro coro después del Rey don Felipe está la Reina doña Ana y, luego, la Reina doña Isabel y, tras ella, la Princesa de Portugal doña María y, junto a ella, su hijo el Príncipe don Carlos, y a la otra vuelta del cañón de la bóveda, don Juan de Austria junto a la puerta por donde se entra. Los otros inocentes Príncipes e Infantas están a los pies unos y a la cabecera otros de los ataúdes del Emperador y Rey don Felipe. Hallóse a esta traslación, de parte de Su Majestad, su Secretario Juan de Ybarra.

DISCURSO XV

Las partes de la fábrica se van perfeccionando y poniéndose adornos en lo que estaba hecho, hasta que de todo punto se acaban de asentar convento y colegio. Y lo que a las personas reales aquí sucedió desde el año 1587.

Como la parte más importante de este edificio y fábrica es la cantería, y lo que principalmente toca a la Arquitectura, y es el todo, hemos ido siempre haciendo cuenta de ella, y cuando esta está acabada, parece lo damos todo por acabado. Así lo juzgábamos los que aquí vivíamos, y mirábamos con nuestros ojos el aumento y perfección de esta fábrica. Cuando llegamos a gozar de la iglesia, coro y claustro principal, no nos parecía que había más que aguardar ni que temer, y eran tantas las cosas que sin esto faltaban, que cualquiera de ellas que no viniera a perfección nos dejara lastimados, y fuera falta irremediable en la unidad del más cabal todo que creo yo se ha visto en el mundo. Para esto quiso Nuestro Señor (aunque creo esto era lo de menos) dar tanta vida a nuestro fundador, que apenas nos dejó que desear en lo que a esto tocaba, y quiso gozase muchos años, y con mucho sosiego, obra tan llena de piedad y tan a su servicio y el de los santos.

En este discurso iremos tocando, con la brevedad que hasta aquí se ha profesado, las menudencias (llamémoslas así), aunque en otra parte fueran de importancia, y las singularidades con que esto se iba perfeccionando, puliendo, rematando las idas y venidas de las personas reales, que, por ser suyas, es razón hacer cuenta de ellas.

El año 1587 vino el Rey con sus hijos, Príncipe e Infanta, y otros caballeros a tener la Semana Santa; santa costumbre, como lo hemos visto en todos los discursos pasados. Hallaba siempre en estas venidas cosas de nuevo, que había dejado ordenadas a la partida, para tener que ver a la vuelta. Ahora había algunas y una harto principal, que fue la disposición de los capítulos que estaban en el claustro grande, de que haremos memoria particular,

porque la merecen. Fue luego a verlos. Contentáronle, porque se había acertado bien en la traza de ellos. Salió de allí y fue a ver las fuentes de mármol que había mandado hacer en los cuatro claustros pequeños, que al principio se hicieron de la piedra común de todo el edificio y parecían algo pobres.

Dieron vuelta por la casa y detuviéronse algún tanto mirando pintar a Peregrín, de Peregrino en el claustro, hombre singular en el arte y aun en la figura y talle. Estaba entre cuatro pintores repartida toda la pintura del claustro: dos italianos y dos españoles, de cuyas obras no osaré yo juzgar a solas. En su lugar se dirá lo que común se siente y lo que sintieron los maestros que las tasaron.

El Domingo de Ramos anduvo el Rey la procesión que se hizo por el cuerpo de la iglesia, llevando consigo al Príncipe, y el jueves Santo hizo el mandato en el Capítulo Principal para que se estrenase felizmente, y lo que hubo de nuevo fue el monumento que se hizo de una muy hermosa traza, fábrica de orden dórica, bien entendida, ingenio de Iusepe Flecha, italiano, que también hizo las sillas del coro y cajones de la librería, aunque todo esto pasaba por la aprobación y juicio de Juan de Herrera, Arquitecto mayor.

No quiero detenerme aquí en describir sus partes ni sus adornos y riquezas hasta que tratemos el discurso de toda la arquitectura del templo, donde veremos también esto. Celebraba y hacía también la señora Infanta en su palacio otro mandato por sí, y también el Príncipe nuestro señor se ensayó este año en esta santa ceremonia.

Repartíanse los religiosos para asistir, cantar Evangelio y otras cosas, conforme a las reglas del misal. En todas estas partes quien viera tantos ejercicios de actos tan humildes y tan santos en tan altos y supremos Príncipes, no dijera que era Corte ni Palacio, sino monasterio de monjes sin hábito, y jurara ser verdad que éstos solos no hacen monjes. Predicábase en todos estos años que se hallaban aquí Su Majestad y Príncipes el mandato a las tres de la tarde, y la Pasión desde las diez a las doce de la noche, y a todo asistían con grandísima devoción, y sé yo quién de ellos, por no quedar atrás de lo que hacían los frailes, no comía sino pan y agua todo el viernes siguiente.

No pudo este año comer con los religiosos en el refectorio, porque hizo muy riguroso tiempo de fríos y nieves la Pascua, temporal común en toda España. Detúvose ahora Su Majestad más que otras veces por dos razones: porque el Príncipe ofreciese aquí sus años, que cumplió nueve y entró en diez el 14 de abril del 587, y ofreció otros tantos escudos de oro.

Hacían esta ofrenda con mucha gracia y aun sentimiento de devoción, y porque quiso el Rey hacer, antes que de aquí partiese, las honras de la

Reina de Escocia, a quien había mandado degollar su hermana la Reina de Inglaterra, teniéndola mucho tiempo presa y harto apretada en una fortaleza, poniéndole una acusación falsa de que se había conjurado contra ella. Y la verdad era ser esta Reina piísima y católica, que era la mayor conjuración para ella. Ya otros han escrito desto más largo.

Nuestro Rey, con justo sentimiento, quiso hacer aquí sus honras, aunque tenía grande fe que estaba como glorioso mártir gozando de Dios en el Cielo. Testimonio harto bastante de esto fue que, habiéndole presentado un anillo de esta Reina, engastado en un diamante tabla, símbolo de la pureza y la firmeza de la fe de tan santa Reina, me lo dio a mí para que le pusiese en las reliquias, y así lo hice. Las obsequias se hicieron el 15 de abril y con la misma solemnidad que las que aquí se hacen de todas las personas reales.

De aquí partió Su Majestad con sus hijos a otra estación devota, que fue a recibir el cuerpo de Santa Leocadia a Toledo. Había solicitado esto el Rey por medio del Príncipe de Parma, que estaba en Flandes. Hízosele un muy solemne recibimiento en aquella ciudad el 26 de este mes de abril del 87. De allí se fue a Madrid y estuvo hasta el 7 de agosto, que tornó aquí para la fiesta de San Lorenzo; la Emperatriz y la Infanta juntas llegaron la misma víspera de la fiesta, ya casi cuando cerraba la noche.

Mandó Su Majestad que pusiesen el altar mayor con muchas luces. Llenaron las cornijas de todas sus órdenes de candeleros y velas, y lo mismo todos los altares, que a quien entraba por la puerta y reja principal de la iglesia en aquel tan hermoso templo juraba que veía un retrato de gloria, y era muy de ver, porque ponía en el alma un no sé qué de elevación que no se siente en otras cosas de la tierra. No se halló en esta entrada el Príncipe, porque quedaba en Madrid convaleciente de unas calenturas; mas vino de allí a dos días.

Estaba ya a esta sazón acabado de todo punto lo que tocaba al Colegio y Seminario, que son tres claustros enteros como los pequeños del convento, y diremos en su lugar sus partes. Quiso Su Majestad que se pusiese cada cosa en su sitio propio y se acabase de asentar la casa, y así se pasaron los colegiales y seminarios del claustro de la hospedería del convento, donde habían vivido de prestado, a su Colegio, como ahora están, y, junto con eso, que se aumentase y creciese el número de todos.

Hasta allí no habían sido los colegiales más de veinticuatro: doce teólogos y doce artistas, y quiso que fuesen treinta y dos, añadiendo cuatro en cada curso, y que los pasantes fuesen cuatro, que antes no eran más que tres, y los seminarios se doblaron, porque no eran más de veinticuatro, y mandó fuesen cuarenta, y cuatro familiares que los sirviesen.

Era rector a esta sazón el padre fray Miguel de S. María. Ya en este tiempo se iba despidiendo mucha gente de la fábrica, porque todo lo principal estaba acabado. Lo que de nuevo se hacía eran las casas de los oficios de Su

Majestad, que son excelentes piezas y de mucho servicio. Caen hacia la parte del Norte, enfrente del cuarto de los caballeros, que mira al Septentrión, dejando entre el cuadro de la casa una ancha plaza que se divide por medio, a la larga, de Oriente a Poniente, con un pretil o antepecho. Para que no lleguen todos los carros ni los coches, tienen las puertas cadenas con llave.

Pasado el colegio a su propio sitio y estancia, se ensanchó toda la casa, y se puso cada oficina en su lugar, que por esta ocasión andaba todo de prestado. La librería se asentó en una pieza alta que cae encima del pórtico y de la librería principal, como veremos después. Los nuevos se pasaron a su dormitorio, que había ocupado la librería. La procuración también, y la hospedería, entraron en lo que desembarazó el colegio.

Los cuatro claustros quedaron todos abiertos por lo alto de los treinta pies. Quitáronse los tabiques y puertas que los atajaban, y pareció que había crecido toda la casa, como era verdad, poco menos otro tanto. Abrióse también la portería principal y el recibo y zaguán grande de ella, que había sido iglesia del colegio; en lo que andaba más diligencia y se detenía la fábrica era en lo que tocaba a la pintura de librería principal y claustro, y solar de mármol algunas piezas; de suerte que ya desde aquí adelante es muy poco lo que hay que advertir en la fábrica, y lo más serán cosas que tocan al suceso de la fundación de este convento, del fundador y personas reales, hasta llegar al asiento que después de su muerte quedó en todo.

El año 1588, siguiendo el curso acostumbrado, vino el Rey aquí a tener la Semana Santa. Trajo consigo a sus hijos y, cuando celebró el mandato, quiso que le ayudase el Príncipe. Verlos a entrambos en aquel acto divino era un espejo vivo donde se aprendían y contemplaban cien cosas juntas, que es harto tardo de devoción y de espíritu quien no las siente. ¡Qué cristiana y qué celestial pedagogía y qué enseñar a volar a cosas altas, y qué propio de un águila tan real poner los ojos de sus hijos en aquel Sol que alumbra con sus rayos lo más alto del cielo y lo más profundo de la tierra, antes que salgan del nido! Ni quiso carecer la Infanta de este bien, que también ella celebraba la fiesta allá en su palacio. Dio de comer a doce pobres, y vistiólos, y hízoles otras limosnas. Lavó las manos a un niño pobre que estaba en medio de ellos, por guardar en esto aquella decencia que es razón a tan generosa y real doncella y señora. ¡Oh felices hijos de tal padre! No estorba, cierto, ni se contrapone este ejercicio ni estos santos ensayos e imitaciones de Cristo a la alteza de la púrpura real, ni a la Majestad del Imperio, ni embaraza al buen gobierno de las cosas de la paz ni de la guerra, ni por éstas suceden las cosas aviesamente, como algunos vanos y de corto juicio pretenden. Disposición más alta y más oculta es la que gobierna los Imperios y da las victorias, quita y pone Reyes, trueca las

suertes del mundo, Reinos, ciudades, provincias; digan esto las experiencias vistas que nos enseñan las historias sagradas y profanas. Miren las desgracias y sucesos tristes que pasaron en la casa y Reino del santo Rey David; Josías santísimo murió en la batalla, y de los santos y fuertes Macabeos no escapó ninguno.

El santo Rey Luis de Francia, cautivo y preso, y herido de pestilencia su ejército dos veces, y llegándonos más cerca a los ejemplos caseros, la jornada al parecer más pía fue la más infeliz de cuantas emprendió el nunca vencido Carlos V. Y no echemos la culpa de los tristes sucesos a la piedad, devoción y ejercicios santos de Felipe II, que por ventura fueron el freno con que detuvo Dios la ira del castigo que tienen tan merecido las culpas de tan corrompidos siglos como los nuestros; no sé dónde me arrebató el ímpetu del sentimiento, y me enajenaba de mi historia, si es esto ajeno de ella.

Este verano salió el Rey con sus hijos a ver estas dehesas del contorno para que recibiesen alguna recreación unos y otros. Fue por veces a la de la Fresneda y Herrería. Cazaban, pescaban en los estanques. Llegóse también a ver la dehesa del Quejigar, la casa y viña que había plantado en medio de aquellos pinares.

El 21 de mayo ganó el Jubileo que tenía concedido para el día en que cumplía años, y estos ofreció a Dios, que eran sesenta y uno y comenzaba el de sesenta y dos. Salió a hacer la ofrenda de otros tantos escudos, llevándola su hijo en las manos, muy galán con un vestido blanco, señal del que vestía también el alma, y pienso que iba más a ofrecer el hijo que las coronas, porque era la prenda que en más estimaba.

El 30 de este mes partió de Lisboa aquella infeliz armada para Inglaterra, y parece que, desde luego, dio avisos el Cielo que no le era muy grata esta jornada y que no se urdía esta tela por su consejo, sino que era discurso humano. Murióse el Marqués de Santa Cruz, Capitán que la había de guiar, hombre criado y ejercitado en una y otra mar y de los que llaman venturosos y afortunados los que piensan que hay fortuna, porque tratan poco de la divina providencia.

En saliendo del puerto, de allí a poco padeció una tormenta que la echó en el puerto de La Coruña, como avisando que no porfiase en su intento. Tornó a partir de allí (que no partiera) el 23, tiempo sin razón y peligroso para aquellos mares. Embocó por aquel canal, sin tener un día sereno en todo el viaje.

Los enemigos estaban bien apercebidos. El orden que de acá se llevaba dicen que ciego, el recado y prevención que había de haber en Flandes, ora fuese por descuido o por malicia, ninguno. Entraron aquellos vasos tan grandes por un mar peligrosísimo, llevados del viento y de la poca prudencia y, al fin, se perdió poco menos toda y la mejor armada que habían visto aquellos mares;

perdióse mucha y muy lucida gente: marineros, soldados, capitanes, muertos de sed en el agua, comidos de peces y sorbidos de las ondas, y perdióse la reputación de España, porque quedamos hechos risa de nuestros enemigos, viéndonos huir casi sin que nadie fuese tras nosotros, y lo peor y que más lastima y duele, que perdió la verdadera religión nuestra con el pérfido enemigo mucho crédito, pareciéndolo y publicándolo así, que Dios estaba de su parte, y al fin fue la mayor pérdida que ha padecido España, de más de seiscientos años a esta parte, según lo afirman los que la tantearon de cerca, y lo peor, que no se escarmentó con esto.

Hubo en medio de esta tan grande pérdida un grande interés y ganancia para las almas, porque se hicieron en estos reinos las más extraordinarias plegarias y devociones que yo he visto jamás en ella, tanto que se dio motivo para que, burlando de nosotros, los extranjeros dijese en sus pasquines que la armada de España, con las oraciones, se había subido al cielo.

Fue cosa cierta (dirélo para memoria de los que vinieren) que estuvo la gente seglar y la muy cortesana tan contrita y tan devota en el verano todo que se entendió partía la armada, que en Madrid se frecuentaban tanto las iglesias, y los Sacramentos en las fiestas de San Juan Bautista, San Pedro y San Pablo, que parecía más Semana Santa que mañana de San Juan, donde se suele desenfrenar tanto la gente en comidas y juegos y otras lujurias harto ajenas de buenos cristianos, que creo yo fue más lo que se ganó en esto que lo que se perdió en las armadas.

En esta casa, como estábamos a los ojos y en la presencia del Rey, que deseaba y le importaba tanto el buen suceso, se hicieron por todos los religiosos, en común y particular, muy extraordinarias penitencias, y en género de devoción y plegarias, cosas muy desusadas. No quiero, por ser parte, decir más en esto; mas podré añadir que lo agradeció el Rey en entendiendo y oyendo lo que en la iglesia pasaba en lo más secreto de la noche, antes y después de Maitines, que no debía de dormir, pues que lo oía. Con todo eso, sucedió lo que todos sabemos y lloramos.

Si quisiere alguno preguntar qué pudo ser esto, responderé lo primero con encoger los hombros y adorar los juicios divinos, estando cierto que Dios no desprecia los corazones contritos y que valen mucho en su presencia las lágrimas, oración y penitencia, y que lo ve y lo escucha y lo convierte todo en nuestro bien, aunque no lo entendamos de presente, porque nos ama con infinito amor, y tras esto, para nuestro consuelo (quiero tomar esta licencia, que será de importancia para otros casos), referiré algunos casos semejantes y aun más fuertes y vivos que el que lloramos ahora.

Prometida tenía Dios a los hijos de Israel aquella tierra fertilísima de Canaán y de los otros reyes vecinos, figura de la bienaventuranza donde

caminamos; había ya pasado el Jordán todo aquel pueblo, y con un admirable prodigio y nuevo modo de pelea, allanados por el suelo los muros de Jericó, que fue la primera ciudad de esta conquista, y como tal quiso y mandó Dios que quedase consagrada, dedicada, encendida y, digámoslo con su nombre, anatematizada a su nombre, sin que cosa alguna de ella sirviese ni viniese en uso de hombres, y así intimó este mandato a todo aquel pueblo, y porque un solo Acán, soldado de los de la tribu de Judá, se atrevió a tomar alguna cosa de ella presa, y de paso, cuando se entró en la ciudad, al tiempo de conquistar la ciudad de Ahi, que era la segunda, los desamparó Dios y les negó su virtud, y se sintieron tan cobardes y sin fuerzas los israelitas, que volvieron las espaldas en viendo salir contra ellos unos pocos hombres de la ciudad, y en el alcance mataron algunos y otros se arrojaron por unos derrumbaderos, donde murieron; cosa afrentosa, en que se perdía grande honra y reputación no sólo para los israelitas, sino para el mismo Dios, por cuyo mandado y orden emprendían la guerra; y a costa de no dejar sin castigo el pecado de un solo hombre, mostró no estimar en nada su misma reputación y dar lugar a que los demás pueblos le estimasen por un Dios ordinario y como uno de los otros que podía ser vencido.

Tanto pesa en los ojos de la divina justicia la alevosía y el faltar al pacto que con Él se asienta, que a costa de castigar esta culpa parece posponerlo todo, y hasta que aquel pueblo se purificó de ella, castigando al transgresor, en quien todo aquel pueblo había pecado o, por mejor decirlo, prevaricado, no quiso Dios se pasase adelante en la conquista de aquella tierra y muerte de tan abominable gente.

Pongamos ahora nosotros los ojos en nuestras armadas contra los ingleses y justifiquemos nuestra causa cuanto quisiéremos, y atrevámonos a decir que lo quería Dios y que lo mandaba para que quedasen castigadas tantas ofensas como a Él y a su Iglesia, y a sus Sacramentos, y a sus santos, y a sus siervos píos y católicos, allí se hacen, y cuando todo lo emparejemos como se nos antojare, pregunto cuántos Acanes, cuántos perjuros, aleves, pérfidos y malos cristianos, que jamás supieron guardar el pacto y ley que tiene asentado con su república cristiana, irían en nuestra armada: sin duda, muchos, pues que se maravillan si Dios nos desampara; si huimos como cobardes, si se hunden los vasos, si perece la gente, ¿para qué echan la culpa al pío, fuerte y santo Josué, Emperador de aquel pueblo? ¿Para qué culpan al pío Rey Felipe, que quiere volver por la honra de Dios, favorecer la Iglesia, socorrer a los fieles que allí padecen?

Cuando cometieron aquel tan abominable crimen los de Gabaha, ciudad en la tribu de Benjamín, con la mujer concubina de un levita (concubina es lo mismo que en la lengua hebrea se llama *pelag*, y en la latina, casi sin mudar nada, *pelex*, y en castellano, mal usurpado, *pelleja*, y eran mujeres legítimas, aunque no de tanta ceremonia y aparato), juntáronse todas las once tribus de

Israel contra la de Benjamín para castigar tan horrendo adulterio; consultaron con Dios en Siló si pelearían contra Benjamín y quién sería el capitán de esta jornada. Responde Dios que sí, que peleen, y que el capitán sea de la tribu de Judá; júntanse cuarenta mil de las tribus contra veinte mil de Benjamín; van a conquistar y destruir a Gabaha; salen a ellos los de Benjamín y matan veintidós mil de los de Israel; tornaron otra vez con más número de gente y aun mayores pertrechos, y consultan con Dios la causa, y lloran en su presencia, y respóndeles Dios que sí, que: peleen. Tornan a la pelea, confiadísimos en su poder y fuerzas (que así lo dice la letra) y tornan los de Benjamín a matarles otros dieciocho mil hombres, caso extraño y que no se puede imaginar más al vivo para nuestros tristes sucesos, donde de una vez nos abrió Dios los ojos para que viese muy en particular la nación española dónde le nacen tantas miserias, y que el principio y raíz de todos sus azares y de los castigos que Dios tan palpablemente les envía es la soberbia y altivez, la confianza en su valor, destreza, fuerza, maña, poder, pues cuando muy por particular oráculo del cielo emprendieran esta jornada y la causa estuviera aun mucho más justificada, esta soberbia y vana presunción (de que sin duda hubo mucho en esta jornada) bastaba para que Dios hiciera en nosotros mayor castigo.

Vendrá tiempo que, como entonces, después de haber castigado la soberbia de Israel, castigó gravísimamente el pecado y adulterio de Benjamín, así asentará la mano en aquel reino adúltero que, apostatando de la fe, sigue sus lujurias y opiniones perversas contra toda la Iglesia Católica.

Porque se aprovecha de este mismo ejemplo el divino Bernardo, traeré lo que a él le sucedió, que es muy propio para confirmar nuestro propósito. Persuadió este glorioso santo al Emperador Conrado y al Rey Luis de Francia que hiciesen una jornada contra los turcos y contra los sarracenos y conquistar aquellos lugares que Dios consagró con sus pies, con su vida y con su sangre; despertóle a que tratase esto con estos Príncipes el Papa Eugenio III, su discípulo y monje; como el santo tenía tanta autoridad, confirmada con muchos milagros, persuadiéronse a ella el Emperador y el Rey, confiados que era negocio de Dios, pues tan gran santo lo persuadía; sucedió todo adversamente, murieron gran número de alemanes y franceses, unos en la guerra, otros por engaños y traiciones del poco pío Emperador Emmanuel y de sus legados que, a vueltas de otras malas obras, les echaron yeso en la harina, de que murieron muchos y, así, les fue forzoso a los dos Príncipes retirarse, con grandísima pérdida de gente.

Lastímase y queréllase con Nuestro Señor, píamente, el glorioso Bernardo, en el principio del segundo libro *De consideratione*, que escribió a su Pontífice Eugenio, porque una cosa que él le había persuadido y aconsejado y que su Vicario le había mandado hacer, obra

tan pía, tan justa, tan llena del celo de su honra, de su Iglesia y de su fe, hubiese sucedido tan desgraciada y tristemente: lea quien quisiere ver las pías lágrimas y querellas de este divino Doctor en el principio de aquel libro, donde toca algunas cosas de las que hemos dicho, y, junto con esto, lea también una epístola que le escribió un varón santo llamado Juan, Abad de Casamar, donde, por particular revelación divina, le reprende de su demasiada tristeza y le consuela con hacerle saber el fruto grande que se sacó de esta jornada por haber volado al cielo muchas almas, donde, entre otras razones admirables, le dice así, en el estilo de aquel tiempo: «Hanme dicho, padre carísimo, que estáis muy triste porque no ha sucedido esta jornada como vos quisiérades (de la de Jerusalén hablo) y la gloria de Dios y de la Iglesia no ha crecido como deseábades; diré, pues, brevemente lo que siento», etc.; y, luego, más abajo: «Paréceme a mí que ganó mucho Dios en esta jornada, aunque no por el camino que pensaban los que le caminaban. Si quisieran proseguir esta jornada como era razón y cual conviene a cristianos sana y justamente, Dios estuviera de su parte y se siguiera un grande fruto; mas, como se convertía y derribaban en muchos males, y no se le escondía a Dios esto, que era el movedor y autor de esta jornada, aun antes que la hiciesen, para que su providencia y disposición no quedase frustrada, la malicia de ellos convirtió en clemencia suya; envióles persecuciones y trabajos porque, purgados y limpios con ellos, pasasen a la gloria de su Reino. Confesáronnos algunos de los que volvieron que vieron morir allí muchos, afirmando que morían muy de voluntad y, aunque pudieran volver, no volvían por no tornar a caer en los pecados pasados. Y porque no se ponga duda en lo que digo, descubro en confesión esto como a mi padre espiritual, que los patronos de esta nuestra casa, San Juan y San Pablo, tienen por bien visitarnos muchas veces, y yo hice que les preguntasen sobre este mismo caso, y respondieron de esta suerte: dijeron que se restauró la caída de muchos ángeles con los muchos que en aquella jornada murieron; y sabed también esto, que hicieron de vos mucha memoria y pronosticaron que vuestro fin había de ser muy presto», etc.

Tengo por cierto aconteció mucho de esto en aquella jornada de Inglaterra, y que el celo e intento santo de nuestro fundador fue muy acepto a la Majestad divina, y que convirtió en grande bien lo que nosotros, con la cortedad de nuestros discursos, tuvimos por grave pérdida y daño, y es bien que con estos ejemplos abramos los ojos para adelante y no nos abalancemos a juzgar y creamos que nuestra soberbia y presunción deshacen lo que merecieran las oraciones, lágrimas, ayunos y penitencias de muchos; mas ya basta esto, porque no alarguemos demasiado la licencia.

Algunos particulares sucesos en la fundación de este convento y en cosas de fábrica y de las personas reales. La muerte del quinto prior y elección del sexto.

Al año siguiente de 1589, a 22 de marzo, entró nuestro Fundador, con sus queridos hijos Príncipe e Infanta y los caballeros ordinarios, en esta casa a tener la Semana Santa y continuar las estaciones conocidas, y el mismo día se acabó de asentar en el coro uno de los mayores y más hermosos facistoles que debe de hallarse en todos los coros de las iglesias de Europa; subió luego allá el Rey y holgóse verle tan acertado y de tan buena traza.

El día siguiente mandó se celebrasen las obsequias de la Reina de Francia doña Catalina de Médicis, abuela de nuestras Infantas doña Isabel y doña Catalina; díjose el jueves la vigilia y, el viernes, de mañana, la misa mayor, todo con la misma solemnidad y aparato que por las otras personas reales, y Su Majestad y Altezas se pusieron lutos.

El jueves Santo celebró el Mandato, ayudándole su hijo como otras veces y con igual devoción, asistiendo a todos los oficios divinos, que se celebraron con solemnidad y concierto, como siempre o algo mejor. El postrero día de Pascua quiso Su Majestad fuesen padrinos el Príncipe e Infanta, sus hijos, en el bautismo de un judío principal de Fez, que se convirtió a nuestra fe y se quitó el velo de Moisés que tenía delante de sus ojos; la ocasión que tuvo, dejada aparte la merced del cielo y las inspiraciones divinas que Dios puso en su alma, dicen que fue ver el castigo que se hizo en Portugal por los Inquisidores en aquella Priora de la Anunciada, gran pintora de llagas fingidas, con que engañó a muchos: a unos, por ser sencillos y buenos, que son fáciles de engañar los que piensan que nadie miente; a otros, como indiscretos adoradores de hipocresías y santidades postizas y artizadas, cuales eran las de esta mujer vana que, sin arte del diablo, supo venderse a todo el mundo por santa, y plegue a Dios que escarmentemos con esto. Viendo, pues, este hombre prudente, docto en la lengua hebrea y en su ley, que los censores de la fe cristiana no permitían ficciones ni mentiras para autorizar la cosa que usan mucho otras sectas vanas, tuvo por cierto que estribaban sus cosas en más alto principio. Quiso, pues, nuestro pío Fundador favorecer y autorizar esta causa y que sus dos hijos le prohijasen al nuevo cristiano en Cristo; llamóse don Pablo; el ministro de este Sacramento fue García de Loaysa, maestro del mismo Príncipe.

Andadas estas estaciones, partió de aquí el Rey a 4 de abril y fue a otra de no menor piedad en la villa de Alcalá de Henares, que le estaba aguardando para celebrar la fiesta de la canonización del santo fray Diego, donde asistió con mucha devoción, y de allí vino por Aranjuez y entró a pasar aquí el verano, que se pasa bien, en 29 de abril. Entretúvose Su

Majestad y Altezas en lo que otras veces: daba vuelta por su casa y adornábala de pinturas riquísimas, mandándolas poner en su presencia, y otros adornos en el mismo edificio, para que todo correspondiese con extremada proporción y gracia en la entereza de todo el cuerpo de esta fábrica.

Llególe aquí la nueva de aquella tan extraña muerte del desventurado Rey Enrique de Francia, que, como todos saben, le mató el día 1 de agosto de este mismo año un fraile dominico sacerdote, lanzándole por las tripas un cuchillo, y murió sin confesión, dejando a todo el mundo con harta sospecha de su poca fe. Hizo argumento de esto ver cuán poco sentimiento mostraron de su muerte el Rey y Sus Altezas, pues con llegarle aquí la nueva no mandó se le hiciesen ningunas exequias ni dijese misas, como se había hecho por la Reina doña Catalina, su madre. Y bastaba para que se hiciese de él poco caso haberle excomulgado el Papa Sixto V con particular Breve por las muertes crueles que había mandado dar al Duque de Guisa y Cardenal de Guisa y sus hermanos y preso al Arzobispo de León y al Cardenal Borbón, y quien así se atrevió contra tan grandes Príncipes de la Iglesia no es maravilla muriese a manos de un religioso. Sobre esta muerte hubo muchos pareceres; no me toca a mí divertirme a averiguar opiniones.

A 6 de agosto de este mismo año, día de la Transfiguración, murió el quinto Prior de este convento, fray Miguel de Alaejos, profeso, como dije, de San Jerónimo de Yuste, religioso de mucha prudencia y observancia, muy dado a lección y oración, sin que las muchas ocupaciones y negocios que hubo en los siete años que gobernó este convento fuesen parte para estorbarle estos santos ejercicios y la mucha continuación del coro; hallábase el primero en maitines y quedaba el postrero en invierno y en verano y muchas veces le cogía la misa del alba en la misma silla puesto de rodillas y en oración; hombre entero, de severo aspecto, buen ingenio y juicio, celoso de la religión y de la honra de sus frailes sufrido, callado, atento, poco o nada vengativo, algo seco de condición, de donde le nacían mil bienes, que le sobraba tiempo para sus buenos ejercicios y excusaba importunaciones de seglares y de frailes, que es mucho poder hacer esto en aquel tiempo que asistía aquí tanto el Rey y Sus Altezas y la fábrica.

Por todas estas buenas partes lo quiso mucho el Rey e hizo de él confianza, y por su intercesión y parecer se hicieron algunas provisiones importantes, así en oficios y ministerios de la Iglesia como de la Corte, y se vio que tuvo buena elección en los más de ellos. Débele mucho esta casa, porque sin duda fue el que plantó en ella la religión y la concertó en muchas cosas que quedarán para siempre asentadas, de harta importancia para el gobierno temporal y espiritual. Amaba mucho a los buenos frailes y se holgaba de allanarse con ellos; con los que no eran tales tenía poco conversación y con los ojos y vista los castigaba aunque también sufría mucho a éstos, compadeciéndose de su flaqueza. La enfermedad postrera fue dolor de costado y, por no osarle mudar,

murió en su propia celda del claustro. Cuando supo el Rey que era difunto, dijo: «Tarde toparán los frailes otro fray Miguel de Alaejos.» Cuán buen profeta salió, el tiempo lo ha descubierto. Una cosa fue mucho de estimar entre las otras virtudes de este siervo de Dios: que jamás se le sintió ningún género de pretensión terrena, aunque tuvo más ocasión de deslumbrarse que ninguno de cuantos se han conocido en este oficio, y yo los he conocido a todos bien; su pretensión propia fue el aumento de la religión y devoción y la honra del hábito y de la Orden, y a costa de esto no tenía miedo de oponerse y hacer rostro a los que más privaban con el Rey; pudiera explicar algunos particulares de esto si no fueran vivas algunas partes; diré esto sólo para que de aquí se entienda o conozca el valor y pecho de este hombre. Por muerte del doctor Miguel Martínez vacó la cátedra de prima de Teología de este colegio; los que andaban al lado de Su Majestad hacían siempre grande instancia que no tuviesen las cátedras los religiosos, no porque entendían había falta de supuestos para ellas, que de esto, aunque les pesaba, veían hartos desengaños, sino por tener aquí tres plazas que proveer y en quien poder hacer y que correspondiesen con algo (está muy lleno de esto el mundo); diéronle mucha prisa al Rey que proveyese esta cátedra en persona seglar y salieron con ello, y porque era constitución del colegio que la cédula de catedrático, cualquiera que fuese, la firmase el Prior, lleváronse la hecha, estando enfermo, de parte del Rey para que la firmase, diciéndole uno de los privados que Su Majestad lo mandaba, y jamás quiso hacerlo, y porfiándole en esto se resolvió, diciendo que él no había de firmar la cédula, porque era en afrenta de su Orden y de esta su casa y que, si Su Majestad quería determinadamente que la firmase, que buscase otro Prior que lo hiciese que, desde luego, él dejaba el oficio.

Espantado el que hacía esta instancia de tanto ánimo y, como ellos dicen, libertad, se tornó al Rey y le dijo lo que pasaba. Rindióse el Monarca y allá en su pecho consideró, como otro tiempo el Emperador Teodosio de San Ambrosio, que no había hallado otro que tan de veras hiciese su oficio. Y, al fin, hizo todo lo que quiso el Prior, que no sé yo si topó Felipe hombre de más valor para con él, grande prueba de ánimo desinteresado; por aquí se sacarán otras que no lo mostraron menos.

Fue luego elegido Prior el padre fray Juan de San Jerónimo, profeso de esta casa y a la sazón Rector del colegio y, como vimos arriba, de los primeros predicadores que vinieron aquí de la Orden; confirmáronle en el oficio el día de San Bernardo y, porque sus Altezas viesan esta ceremonia, quiso que fuese en las gradas del altar mayor, donde se hallasen todas las personas reales, damas y caballeros de su casa. Hizo el oficio de confirmador el padre fray Juan de Santa Cruz, que fue el catedrático de prima que trajo el padre fray Miguel de Alaejos de Salamanca, religioso tan docto como toda aquella escuela sabe y, según la ceremonia de nuestra

Orden, habló allí el nuevo Prior muy discretamente, abriéndole los ojos para que advirtiese que no ven fácilmente los que están puestos en dignidades que tienen a los Reyes tan cerca.

Estaba ya a este tiempo acabada la pintura del altar mayor y se iban poniendo las figuras de bronce, que son los cuatro Doctores y los cuatro Evangelistas y otras, como en su lugar diremos despacio y, porque aconteció un caso como milagroso, lo diré aquí de paso: cuando subían la figura del Evangelista San Juan, que es grande de más de siete pies y medio, cuando ya llegaba al nicho donde se había de asentar, se quebró la maroma que estaba revuelta en la polea o trocla y se bajó la figura tan su poco a poco con el resto que quedaba de la sogá como si la bajarán con un torno, de suerte que en ella ni en los jaspes que estaban en el suelo se hizo daño alguno, con admiración del Rey y de todos los maestros y oficiales que estaban presentes.

Partieron Su Majestad y Altezas de aquí el 5 de noviembre para Madrid, dejando también acabada ya de todo punto la librería del coro, que es una de las preciosas joyas que hay en esta casa, de que hablaremos en su lugar.

El año siguiente de 1590 no vino Su Majestad aquí por la Semana Santa, porque le iba ya apretando la gota y prevalecía ayudada de los años y de los trabajos continuos de tan pesado gobierno en tiempos tan apretados y revueltos. Dilatóse la venida hasta el 7 de junio. Llegó aquí a las seis de la tarde con sus hijos; recibéronle con la moderación que otras veces y viose una cosa no acostumbrada: en llegando, que fue poner guardas en el palacio y en el monasterio, señaláronse las personas que podían entrar en la iglesia, que fueron pocas y todas principales, de que hubo harto sentimiento en muchos de sus criados.

Mandóse también se tuviese mucha cuenta con la gente forastera y negociantes que llegaban al pueblo de El Escorial y a este sitio, y de ellos se hacía lista cada noche, reconociendo las posadas el Alcalde mayor, y la enviaba cada día al Rey. No se entendió claramente la razón de esta nueva diligencia; sospechas varias y muchas, de que no hay que hacer cuenta.

El día de Corpus Christi, que fue el 21 de junio, se hizo la primera procesión por el claustro principal, que estaba ya de todo punto acabado de pintar al fresco y al óleo y solado; pareció hermosamente: llevó el Rey una vara del palio y el Príncipe otra; don Cristóbal de Mora, que ya se señalaba mucho su privanza, otra.

Regocijaron los niños del seminario la fiesta con una danza artificiosa y de espíritu. Mandó el Rey que ninguno se mezclase en la procesión con los religiosos, sino que, o fuesen delante o se quedasen a la postre de todos, y así se hizo: tan amigo fue siempre de poner las cosas sagradas y de religión en su lugar.

Murió este verano el Papa Sixto V, a tiempo que estaba nuestro Rey y todo el Reino puesto en harto cuidado de ver en qué había de parar tanta desafición a las cosas de España y tanta inclinación a las de Francia y al Príncipe de Biarne Bandoma, a quien el mismo Pontífice había declarado por hereje. De la muerte de este Pontífice se dijeron cosas extrañas: ni yo las diré ni las creo.

Eligieron luego en Pontífice al Cardenal Castaneo, del título de San Marcelo, de lo que recibió el Rey gran contento y la Infanta doña Isabel se regocijó mucho, tanto que le escribió una carta dándole el parabién. Nació este contento por ser aficionado este Pontífice a las cosas de España desde que fue Nuncio en ella, y porque había bautizado a la Infanta, cuando nació, en el bosque de Segovia el año 1566.

Todo esto se aguló presto pues, cuando se hacían aquí en Madrid las alegrías de esta elección, se habían hecho ya en Roma las honras funerales de su muerte. Eligieron tras él, después de un largo cónclave, al Cardenal de Cremona Sfrondato, Milanés, y de los aficionados a las cosas de España, que también duró poco tiempo en la silla.

Acabáronse de poner en el mes de septiembre de este año todas las figuras de bronce en el altar mayor; son quince todas, y las mejores y mayores que se conocen en Europa, obra de Pompeyo Leoni; para poner las del Apóstol San Pedro y San Pablo, el Crucifijo y Nuestra Señora y San Juan, que están en lo más alto, se hizo un fortísimo andamio que atravesaba todo el cuerpo de la capilla desde una cornija a la otra y, sobre él, dos tornos. Subió algunas veces allí Su Majestad con sus hijos para dar su voto y parecer en el asiento de ellas.

El día que se subió la de San Pedro, que fue el 3 del mismo mes, en acabando de asentarla, se revolvió un poco el cielo, que había estado todo el día claro y sereno y, estando los religiosos en completas, cayó con un repentino, solo y grande trueno, un rayo; dio una partecilla en la torre de las campanas, y entró por la ventana donde está el relojillo del coro, frontera de la en que se pone el Rey para oír las Vísperas y ver los religiosos; hizo allí una pequeña señal y desdoró con el humo parte del marco, sin hacer otro daño.

Causó mucho temor en los religiosos, y aun algunos dieron en el suelo. Subió Su Majestad luego a verlo y dio gracias a Nuestro Señor que no hubiese hecho daño en nada. Nunca se ha descuidado el enemigo, ni creo que se le olvida hasta ahora, en dar señas de la envidia que contra esta obra tan pía tiene concebida, con rayos, aguas, vientos, hombres; no lleva en paciencia ver tan ensalzadas de los Príncipes cristianos las cosas de Jesucristo, de su Iglesia, de su culto y de sus Sacramentos y santos, y quiso mostrarlo en el punto que se puso en este altar la más rica figura de su Vicario San Pedro que creo yo hay en el mundo. Y también se va

mostrando de camino el singular amparo y favor del Cielo, esperanza que, pues no ha prevalecido hasta aquí, tampoco de aquí en adelante.

En los tres o cuatro días siguientes se acabaron de asentar las demás figuras y así quedó de todo punto acabado el retablo, de cuya arquitectura y traza diremos en su propio lugar. Estúvose aquí el Rey con Sus Altezas hasta pasada la fiesta de Todos los Santos; prediquéle yo algunos sermones de esta fiesta, y lo mismo ahora. Y, hecha la procesión de los Difuntos, a la tarde se partió a Madrid por El Pardo, donde se detuvo algunos días.

El año siguiente de 1591, se celebró Capítulo general en nuestra Orden (no es razón olvidarme de ella ni callar este punto por la novedad que tiene) y por avisos que Su Majestad tuvo de personas religiosas y celosas de la conservación de la religión y observancia. Envió al Obispo de Osma, don Sebastián Pérez, Catedrático de Vísperas, y después de Prima, de los primeros que vinieron a este colegio con poderes bastantes del Nuncio de Su Santidad para que presidiese este Capítulo y no diese por Definidores a los que tuviesen más votos, como siempre se ha hecho, sino a los que, teniendo algunos votos, pareciesen varones de mejor celo, espíritu y religión; y así se hizo, y fue electo en general el padre fray García de Santa María, profeso de San Bartolomé de Lupiana, y Su Majestad envió a mandar que al padre fray Juan de San Jerónimo le admitiesen la renunciación del Priorato de esta casa, como él mismo lo había pedido; y después de algunos dares y tomares, fue electo en Prior el padre fray Diego de Yepes, profeso de la Sisla de Toledo, que acababa de ser Prior en San Jerónimo de Cotalba. Confirmáronle el 16 de junio.

No se halló Su Majestad en esta confirmación, porque estuvo en las fiestas del Corpus en Toledo, y aguardó también el auto que celebró el Santo Oficio de la Inquisición el Domingo de la Trinidad autorizando con su presencia y la de Sus Altezas aquel juicio y Tribunal a quien debe tanto la religión cristiana que resplandece en estos Reinos.

La octava del Sacramento entró el Rey, con sus hijos, y con los que de ordinario en estas retiradas le venían sirviendo, en este convento. Hallaba siempre algo de nuevo que ver. Ahora lo que más gusto le dio fue la mudanza de la iglesia o capilla de prestado, que había servido en tanto que se edificó la principal, que se bajó el coro alto al mismo suelo y se deshizo la celda y aposento en que él había vivido muchos años, y mandó quitar la reja que la dividía por la pila del agua bendita; que se llevase a la iglesia de Parraces y quedase toda la pieza exenta, como ahora se ve, que es muy hermosa, y donde quiso que se hiciese el oficio del entierro de los religiosos.

Trajo esta vez Antonio Voto, guardajoyas, por mandato de Su Majestad, grande copia de reliquias de santos, que el santo Rey andaba allegando por el mundo, para hacer bienaventurada esta casa con tan divinos tesoros y, con ellas, muchos y muy preciosos relicarios, y vasos de oro, plata, piedras preciosas, bronces dorados y cristales en que ponerlas, y así fue forzoso

componer de nuevo los dos relicarios que están en esta iglesia; haré después discurso y tratado de esto, ahora diré sólo un particular para que se vea siempre la gran piedad de este Príncipe. Fue necesario poner en una pieza grande, sobre unas alfombras y lienzos, todos los relicarios y cofres para repartirlas con buen orden y mudarlas de los cofres de seda, en que vinieron, a los vasos y custodias preciosas, donde pudiesen todos verlas, gozarlas y adorarlas.

Subíase allí desde su aposento el Rey, unas veces solo, otras acompañado de sus hijos. Estando allí me pedía algunas, y aun muchas veces (tenía yo entonces a mi cargo aquellos santos tesoros) que le mostrase tal o tal reliquia. Cuando la tomaba en mis manos, antes que me pudiese prevenir de algún tafetán o lienzo, se inclinaba el piísimo Rey y, quitado su sombrero o gorra, la besaba con boca y con ojos en mis propias manos, que, por ser algunas pequeñas, era fuerza besármelas también mil veces, y creo que con esto quería de un camino hacer dos obras santas, mostrando no estimar en menos las manos donde se consagra Jesucristo que aquellos huesos, fundas un tiempo de las almas que fueron aquí templo del Espíritu Santo.

Tras él, imitándole, sus hijos hacían lo mismo, donde muchas veces veía confundida mi poca devoción y tibieza y aprendía en cuánto se ha de estimar lo uno y lo otro. Esto pasábamos a nuestras solas y en secreto en aquella santa cuadra, y es razón que se diga a voces sobre el tejado para confusión de los herejes y de otros tibios cristianos. Consideraba yo entre mí las ocasiones que buscaba para hacer esto muchas veces, preguntándome de algunas reliquias cuyas eran o dónde las tenía, o mandándome que las pasase de un relicario a otro, sabiéndolo él todo muy mejor que yo, porque tenía feliz memoria, y por ganar en estos trueques y cambios los frutos y réditos que ahora goza con un excesivo logro.

El 23 de agosto llegó aquí a San Lorenzo monseñor Darío Bocarin, Nuncio del Papa y su Secretario íntimo, bien acompañado de criados y gentiles hombres, y Guido, maestro de ceremonias de Su Santidad. Aposentáronle en la hospedería con toda su familia, donde fue muy servido y regalado.

Traía dos muy ricos dones del Papa Gregorio XIV para Sus Altezas: el estoque y el sombrero para el Príncipe y la rosa para la señora Infanta. En llegando, mandó pregonar en el pueblo que todas las personas que el día siguiente de San Bartolomé se hallasen en el monasterio de San Lorenzo ganaban indulgencia plenaria, y así acudió mucha del pueblo y del sitio.

Y, porque de una vez quede entendido qué cosa es ésta, la razón y el misterio de bendecir el Papa estos estoques y rosas y hacer estos regalos y favores, de presentarlos a Príncipes y personas señaladas, lo diré aquí brevemente, porque en España no se tiene mucha noticia de estas cosas.

Una de las más solemnes ceremonias y de gran misterio que el Papa hace la noche de Navidad es la bendición y donación de este estoque y sombrero. No hallo el principio ni origen de ella, ni los que tratan de estas ceremonias la dicen, donde sospecho que es cosa muy antigua y que la usaron aquellos santos Pontífices que se siguieron después del Concilio Niceno y de San Silvestre.

En los Maitines de esta santa noche, antes de comenzarlos, vestido el Papa de amito, alba, cíngulo y estola, antes que se ponga la capa bendice esta espada o estoque y un sombrero o bonete adornado de muchas piedras y aljófar, dibujado con ellas el Espíritu Santo en figura de paloma.

Hecha la bendición, el Pontífice, vestido de capa, va a la capilla donde se han de decir los Maitines, acompañado de los Cardenales y sin mitra, y uno de los clérigos de su Cámara lleva el estoque y sombrero delante de la Cruz.

Hecha oración y sentados todos en sus lugares, el Camarlengo pone el estoque y sombrero sobre el altar al lado de la Epístola. Si está presente la persona a quien el Papa ha de dar el estoque, acabada la cuarta lección y cantado el responso, el Maestro de ceremonias le lleva desde su lugar donde está sentado y, puesto de rodillas delante del Papa, le da el estoque y le pone el sombrero, diciendo ciertas palabras que ordenó el Papa Sixto IV que se dijiesen. Floreció este Pontífice el año 1471, y gobernó la Iglesia trece años, aumentando mucho la República Romana y el culto divino, de quien se dijo lo que de Augusto César: *Urbem lateritiam inueni, marmoream vobis relinquo*, y habla en estas palabras de esta ceremonia como de cosa muy antigua y usada por los Pontífices romanos. Pondrélas aquí, porque son dignísimas de oírse y saberse y porque con ellas quede declarado el misterio. Acostumbran los Pontífices Romanos, en la ilustre fiesta de la Natividad del Señor, dar o enviar a algún célebre y cristianísimo Príncipe una espada guarnecida ricamente, cosa por cierto que no carece de misterio.

El Hijo unigénito de Dios, para reducir la humana naturaleza en la amistad de su Criador, quiso juntarla a sí mismo para que el demonio, inventor de la muerte, por la misma con que venció fuese vencido, y esta victoria se figura propiamente en la espada.

Allende de esto hubo herejes arrianos que no temieron afirmar que el Hijo de Dios era pura criatura, mas la Santa Escritura del Evangelio de hoy afirma que Dios hizo todas las cosas por el Verbo. Da, pues, el día de hoy el Pontífice supremo la espada, con que significa que en Cristo Dios verdadero, igual con el Padre y verdadero hombre, está puesta la infinita potencia de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, según aquello que David canta: Tuyos son los cielos y tuya es la tierra, la redondez de ella, su plenitud y abundancia; Tú la fundaste, y Tú criaste el Aquilón y el Austro y, finalmente, la silla de Dios Apostólica recibió su firmeza y estabilidad de Cristo, y está adornada con el justo juicio, premio y justicia de Dios, con las cuales cosas nuestro Salvador

Jesucristo, verdadero Dios y hombre, destruyó y ahuyentó los enemigos de esta silla, los herejes, digo, y tiranos, según el dicho del Profeta: justicia y juicio son el adorno, los asistentes y aderezo de su silla.

Figura, al fin, este pontifical cuchillo la suma potestad temporal dada por Cristo a su Vicario en la tierra, según aquello que Él dijo: Dado se me ha todo el poder en el Cielo y en la tierra, y en otra parte; enseñorearse ha de mar a mar, y desde el río hasta los últimos términos de la redondez de la tierra, la cual declara aquella capa de seda que suelen llevar los Pontífices la noche de la Natividad del Señor. Queriendo, pues, nos guardar, como es justo, las costumbres de los santos Padres, determinamos de ennoblecer con este insigne don a este Príncipe católico, hijo devotísimo de esta santa silla, que recibió de Dios entrambos a dos cuchillos, y también con este sombrero, en señal de la defensa y protección contra los enemigos de la Fe y de la santa Iglesia Romana. Fortalézcase, pues, tu siniestra contra los enemigos de la santa silla, y del nombre de Cristo, y ensálcese tu diestra para que, como perpetuo y fuerte guerrero y defensor, los quites de la tierra, y ármese tu cabeza con la protección del Espíritu Santo figurado en la paloma, contra aquéllos para quien está aparejada con justicia y juicio la santa silla Apostólica e Iglesia Romana; lo cual te quiere conceder el mismo Hijo de Dios, que con el Padre y Espíritu Santo vive y reina por infinitos siglos, Amén. Razones gravísimas, llenas de majestad y doctrina, y que descubren bien el gran misterio que en esta ceremonia se encierra.

Recibido de mano del Papa el estoque el Príncipe que está presente, y besádole el pie y la mano, si quiere decir la quinta lección el Maestro de ceremonias le lleva, y visten una sobrepelliz y le ciñen encima el estoque al lado izquierdo. Pónele una capa o manto blanco, que la abertura venga sobre el hombro derecho, y, luego, el bonete en la cabeza, tórñale a la presencia del Papa y, delante de él, desenvaina el estoque y con la punta hiere tres veces en la tierra, esgrímele otras tres veces en el aire, límpiale sobre el brazo izquierdo y tórñale a la vaina; llega al facistor y, vuelto al Pontífice, pide la bendición hincado de rodillas, y el Papa responde: *Christus perpetuæ det nobis gaudia vita.*

Cantada la lección, torna a besar el pie del Papa y la mano, desnúdase la capa y descíñenle la espada, y vuélvese a su asiento. Si es Emperador el que recibe la espada, dice el Evangelio primero de estos Maitines: *Exit edictum a Cesare Augusto*, etc. Vestido de la misma manera, aunque sin el sombrero, porque esta es insignia de Capitanes y el Emperador es más que Capitán, y no lleva la abertura de la capa en el hombro, sino por delante, pide la bendición humillándose profundamente; dicho el Evangelio, si quiere leer la homilía, la lee; si no, léela un Cardenal; acabada, acompañado de dos Cardenales va a besar el pie al Pontífice.

Toda esta ceremonia hizo el Emperador Federico III hallándose la Pascua de Navidad en Roma, en tiempo de Pablo II, el año 1468. No sé que haya acontecido otra vez. Cuando el Papa envía esta espada fuera, se hacen aquella noche parte de estas ceremonias, llevando siempre que el Papa va o vuelve de la capilla, delante el estoque alto, con el sombrero en la punta. Lo demás se hace en el lugar donde le recibe el Príncipe a quien se envía.

Aquí, pues, se hizo de esta manera: el día de San Bartolomé, dicha Tercia en el coro, salió el Nuncio de su aposento vestido de chamelote morado, con sotana de falda larga, roquete y loba, con muceta, y acompañándole García de Loaysa, don Diego de Córdoba, don Juan Idiáquez y otros caballeros y religiosos; caminaron para la Iglesia, llevando delante Guido, Maestro de ceremonias de Su Santidad, el estoque con el sombrero en la punta, vestido también de loba de raxa morada, y descubierta la cabeza.

El estoque era grande, mayor que los montantes de España, la empuñadura de plata dorada y, en la manzana, las armas del Papa; la sobrevaina, de plata dorada, sembradas también las armas por ella; la vaina de dentro era vaya; la hoja del estoque, desde la empuñadura hasta el medio, dorada, donde estaba escrito el nombre de Su Santidad; en la cruz tenía atado o revuelto un taluarte, tejido de oro de tres dedos de ancho; en la punta o extremos, pendientes una hebilleta, y en la otra, una punta de plata dorada.

El sombrero era de terciopelo negro, forrado en armiños finos con vuelta, una trenza tejida de oro, que después de atada hacía dos puntos pendientes; de los lados colgaban dos armiños enteros, para prenderse debajo de la barba. Lo alto del sombrero remataba una nuez de aljófara, y de ella salían unos como rayos de oro bordados, que cubrían todo lo alto de la copa; a la parte derecha estaba una paloma (símbolo del Espíritu Santo) labrada de aljófara; delante y detrás, en las aberturas de las vueltas, tenía como botones otras dos nueces grandes de aljófara.

Hecha oración en las gradas de la capilla mayor, se fue a la sacristía, con el mismo orden y Guido, Maestro de ceremonias de Su Santidad, con el Maestro de ceremonias del Rey, subieron el estoque levantado al lado de la Epístola, asegurándole con el facistol de plata, porque no se deslizase.

Vistióse luego el Nuncio para decir la misa y con él dos religiosos del convento que señaló Su Majestad. Hechas las genuflexiones al Sacramento y al Rey y a Sus Altezas, se prosiguió la misa con mucha solemnidad.

Dicha la oración después de la comunión y el *Ite missa est*, antes de dar la bendición, bajó las primeras gradas del altar, sentóse, puesto el bonete, en una silla alta de terciopelo que estaba encima de una alfombra y un dosel de brocado a la parte del Evangelio, porque estaba Su Majestad a la parte de la Epístola en su oratorio.

Junto a él, un poco más alto, en la primera grada, se puso don Martín Idiáquez, Secretario de Su Majestad, y hecha señal por el Maestro de ceremonias de Su Majestad, leyó en alta voz y con buena gracia un breve del Papa dirigido al Príncipe de España, en que decía algunos loores de él y los motivos que Su Santidad tenía para enviarle aquel estoque y sombrero. Leído, hecha reverencia, se quitó de allí, y el Diácono y Subdiácono subieron al altar. Tomó el Diácono el estoque y sombrero y el Subdiácono el libro, vinieron con ello al Nuncio.

Salió luego el Príncipe del oratorio de la Epístola, donde estaba con su padre, vestido de blanco, acompañado de los Grandes Duques de Nájera, Duque de Maqueda y gentiles hombres de la Cámara y mayordomos. El mayor, que era el Marqués de Velada, le puso una almohada encima del dosel.

Levantóse luego el Nuncio. En saliendo el Príncipe, quitóse el bonete y le hizo profunda reverencia. Hincóse de rodillas el Príncipe y, luego, el Nuncio comenzó a leer, por el libro ceremonial que tenía el Diácono, lo que arriba dijimos: *Solent Romani Pontifices*, etc., que ya declaramos en lengua castellana, y cuando llegó a aquellas palabras: *Hoc nostro præclaro munere insignire*, tomó el estoque de mano del Diácono y le ciñó al Príncipe al lado izquierdo y, hechas las demás ceremonias, puso el sombrero en la cabeza del Príncipe, diciendo: *Armetur caput tuum Spiritus Sancti*, etc., hasta el fin de la oración. Quitó el Nuncio luego el sombrero al Príncipe, púsole sobre la punta del estoque, llegó luego don Cristóbal de Mora y lo tomó y lo llevó hasta el aposento del Príncipe.

En tanto que dio el Príncipe el estoque a don Cristóbal, subió el Nuncio al altar y echó la bendición pontifical cantada y, hechas las reverencias debidas, se volvió a la sacristía. El Príncipe hizo también la reverencia al Sacramento y luego a su padre, y bajó todas las gradas, y por la puerta principal de la Iglesia y pórtico por de fuera del convento fue a su aposento, llevando el estoque y sombrero delante don Cristóbal de Mora.

Esta es toda la ceremonia del estoque, que algunos gustarán de saberla; lo de la rosa y su misterio es el que declararnos arriba, cuando dijimos cómo la había recibido nuestra Reina doña Ana y descubrimos algo del misterio. Ahora no resta sino decir lo que aquí se hizo.

Era esta rosa, como la otra, de muy poca diferencia, a manera de un rosal con sus ramas y hojas, y algunas rosas también de oro, asentado todo sobre un pie de tres puntas y de altura de dos palmos y medio poco más.

Siendo hora de Vísperas vino el Nuncio como a la mañana y con el mismo acompañamiento, y el maestro de ceremonias traía la rosa levantada en alto. Llegados al altar mayor, hecha oración y las reverencias debidas, se sentó el Nuncio, cubierta la cabeza, en el banco que está junto al altar al

lado del Evangelio, y el maestro de ceremonias puso la rosa en medio del altar mayor; dijéronse las Vísperas en el coro con la solemnidad acostumbrada; acabadas, se tendió el mismo dosel y se puso la misma silla que en la mañana y en medio de la plaza y mesa que está entre las gradas altas y bajas.

Vinieron luego todos los ministros que asistieron en la misa, vestidos de la misma manera, Acólitos, Turibularios, Diácono y Subdiácono, y trajeron las vestimentas al Nuncio, presentándole cada uno su pieza, hasta que se puso la capa, hermana del mismo ornamento, que es de piedras muy rica y también el Diácono y Subdiácono, con capas ricas coloradas. Vestido y puesto su bonete, bajó a donde estaba la silla; hechas las reverencias al Rey y a la señora Infanta, que estaba en su oratorio a la parte del Evangelio, sentada en una silla alta, vestida de brocado, se sentó, estando los demás todos de pie.

Púsose don Martín Idiáquez en el mismo lugar que a la mañana, y leyó otra carta y breve de Su Santidad en que, después de haber loado mucho a la señora Infanta, mostraba las razones que él y su Consejo de Cardenales habían tenido en enviarle aquel místico don de la rosa.

Subió luego el Diácono al altar y trajo la rosa a donde el Nuncio estaba. El Subdiácono tenía el libro. Salió luego la señora Infanta de su oratorio, acompañándola el Príncipe su hermano, que sin duda fue mucho de ver cuán galanes iban aquellas dos flores del mundo, vestidos entrambos de blanco como puras azucenas, donde colgaban tantas esperanzas. Llevábale la falda la camarera mayor. En el tocado sacó gorra con plumas. Tras ella salieron muchas damas por la misma puerta, aderezadas ricamente.

De la parte del Evangelio estaban los grandes y gentiles hombres de la cámara y mayordomos. Llegó la señora Infanta, levantóse el Nuncio e hizole reverencia profunda; ella la hizo al Sacramento, y a su padre luego. Puso la almohada el Marqués de Velada, donde hincó las rodillas encima del dosel de brocado.

Monseñor tomó la rosa de mano del Diácono. Teniéndola con entrambas manos dijo: *Accipe rosam de manibus nostris quam speciali commissione sanctissimi in Christo Patris Domini nostri, domini Gregorii divina providentia Papæ XIV nobis facta tibi tradimus, per quam &c.*, que ya declaramos arriba; e hizo una gran cruz con la rosa encima de la cabeza de la señora Infanta, diciendo: *In nomine Patris, et Filis, et Spiritu Sancti. Amen*, y se la entregó. En tomándola y teniéndola un poco en la mano, la dio luego a García de Loaysa, y se levantó en pie e hizo las mismas medidas y se volvió a su oratorio. Quede esto dicho de una vez para quien gustare de ello.

Al año siguiente, 92, vino Su Majestad con Sus Altezas algo tarde, porque le detuvo la gota; llegó aquí para la vigilia de Pentecostés y estuvo hasta pasada la fiesta del Corpus y luego, el viernes o sábado siguiente, se partió para Valladolid. Dio primero una vuelta por la casa, como lo hacía siempre que

quería partirse. Vio la librería principal, que casi estaba ya acabada de pintar; mandó que se prosiguiese con calor la obra de la casa que llamamos la Compañía, que es principal edificio, y el cumplimiento, anchura y majestad de este convento, donde, como en su lugar veremos, están bien repartidos todos los oficios y, como si dijésemos lo mecánico o práctico, que no se aviene bien con lo contemplativo, para que así apartado del cuerpo de este convento, no estorbe la quietud y la calma que piden las cosas del espíritu.

Débesele también esto al padre Prior fray Miguel de Alaejos, porque insistió mucho con Su Majestad para que se emprendiese este edificio tan grande y provechoso; dejólo en buen punto y hecha la traza, que es de Francisco de Herrera, Arquitecto mayor de Su Majestad y sucesor de Juan de Herrera. También quedó ordenado se prosiguiesen las casas de los oficios del Rey, otra parte de esta obra de gran consideración, fuera también del cuadro y principal edificio que cuando no hubiera otra cosa, era esto digno de venirse a mirar de lejos. No me detengo más en esto, porque se hará particular mención y pintura de todas estas partes; ahora sólo notaremos el tiempo y el discurso con que fueron procediendo las cosas de esta tan hermosa máquina.

Partió, pues, el viernes siguiente Su Majestad, después del Corpus, para Valladolid, y de allí fue a Burgos; después, al monasterio de Nuestra Señora de la Estrella, casa, como vimos, principal de esta religión. Cayó allí enfermo y apretóle el mal; muriéronsele dos médicos en esta jornada: el uno fue aquel insigne Valles Cobarrubiano, hombre de singular ingenio, cuyos escritos vivirán a pesar del tiempo y de la envidia, el otro fue el doctor Vitoria, y también, poco antes, se le había muerto el confesor Chaves, religioso de Santo Domingo, hombre entero, de gran cabeza, a quien no turbó un punto la alteza de la privanza, que fue mucha, porque fue grande, y vi en aquel siervo de Dios una cosa que se ha de estimar: que nunca perdió lo que debía a la modestia y llaneza que aprendió en la religión, y al fin murió fraile, y como tal, que pudiera haberse levantado más si quisiera, que no es pequeña alabanza. Desde aquel día se confesó Su Majestad con los prelados de los monasterios donde llegaba, que por entonces no se determinó de escoger otro confesor.

Al año siguiente, 93, tornó de su jornada nuestro fundador (no me toca hacer historia de ella) y pasó aquí buena parte del verano. Vio acabada toda la librería, la pintura y sus historias, los cajones y el suelo, y asentada mucha parte de libros; holgóse de ver cuán bien acertada quedó aquella pieza; púsose también la última mano en la fuente del claustro, que le faltaba el adorno de las figuras que ahora tiene; creció la obra de la Compañía casi hasta la última piedra; solóse la plaza que está delante del pórtico y pusiéronse todos los antepechos y, porque no faltase obra,

emprendióse una llena de piedad y grandeza, que fue hacer una iglesia en el pueblo de El Escorial, que la que tenía ya de vieja se venía al suelo, e hízose un hermoso templo en poco más de quince meses, que quien lo vio de repente, habiendo hecho esta breve ausencia, juraba que no era fábrica de hombres, sino algunos ángeles la habían plantado allí en una noche; también diré alguna cosa de él a su tiempo. Y así quedó esta fábrica de todo punto perfecta en lo de las partes de dentro y de fuera. Resta digamos otras dos importantísimas: la consagración de este templo, cosa digna de consideración, por ser ya esta ceremonia y sacramento tan desusado en España, y el feliz tránsito de nuestro fundador, que cada una merecía un libro entero.

DISCURSO XVII

Consagración de la iglesia y altares de esta casa de San Lorenzo el Real por el Nuncio de Su Santidad en presencia del Rey don Felipe, su Fundador.

Desde el año 1586, que se acabó este santo templo y le bendijo el Obispo de Irlanda, Buenaventura, para que se pasase allí el Santo Sacramento y se celebrasen los oficios divinos, como se dijo en su propio lugar, quiso el Rey, su fundador, que se celebrase cada año fiesta de la dedicación de este templo, con sus octavas, como se hizo. Algunos dudaron si se podía celebrar esta fiesta, por no estar consagrada, sino sólo bendita con la bendición que se hace a los cementerios, porque no hay otra, y la fiesta que el derecho manda que se celebre con octavas no es para esto, sino a la consagración.

Para quitar estos escrúpulos y que ninguno dudase, determinó el pío Rey que se consagrarse este insigne templo, y era razón que fábrica tan hermosa y que con tan claras ventajas excede en lo material a cuanto con los ojos vemos en Europa no le hiciese ventaja ninguna en lo espiritual y divino. Cosa es recibida en la Iglesia, y los teólogos más santos y doctos la afirman, que estas piedras de los altares e iglesias u otra cualquier cosa material recibe en sí, por la consagración, una cierta virtud espiritual, con que se levantan de aquel ser material y terrestre en un género y orden divino, y aunque esto es difícil de entenderse, pues parece que lo que no tiene alma ni vida, como no puede ser capaz de gracia, tampoco puede serlo de alguna virtud espiritual; con todo eso, quien bien entendiere que estas consagraciones no son obras tan solamente humanas, sino también tienen un realce de divinas, porque el sacerdocio y virtud de Jesucristo está participado en los sacerdotes de su Iglesia, verá que por esta razón las piedras inanimadas se hacen hábiles después de consagradas para despertar en nosotros una singular devoción y reverencia a las cosas divinas; y Dios, que está en todo lugar por su presencia,

esencia y virtud, está en estos templos y cosas sagradas como otro nuevo modo, usando de ellas como de instrumentos para despertar en nosotros estos afectos tan altos de devoción y divino respeto para tratar lo que toca a su sagrado culto y reverencia. Esto todo se llama, con razón, virtud espiritual, que no la tiene ninguna otra cosa criada, sino la que así se consagra.

Esta virtud está como comenzada o, digámoslo así, como en raíz o principio, adondequiera que están, y llega a perfección y a efecto cuando, entrando los fieles en la iglesia o aplicándose alguna cosa consagrada a Dios con la particular asistencia que allí tiene, despierta en efecto y de hecho en nosotros este divino temor, reverencia y devoción a sus divinos ministerios, como en su manera (para que lo entendamos de una vez) decimos del agua, que por haberla tocado Jesucristo con su cuerpo y ordenádola para materia del sacramento del Bautismo tiene cierta virtud espiritual que no tiene ninguna otra criatura para que, cuando el ministro de la Iglesia lavare con ciertas palabras el cuerpo, de hecho y en efecto lave con aquella virtud el alma.

Por esta razón determinaron los Pontífices, desde el principio de la Iglesia (no es esto invención nueva, como piensan sus enemigos, sino de los mismos Apóstoles, que lo recibieron de Jesucristo), que las iglesias se consagrasen y, aunque de esto pudiera hacer un largo discurso, no quiero tomar tanta licencia; bastará decir que es canon apostólico, y que San Clemente, Papa, en diversas epístolas lo mandó, y afirma que así lo ordenaron y mandaron los Apóstoles, y lo mismo confirmaron después San Evaristo y San Urbano y otros muchos Pontífices y, cuando no hubiera más de que el mismo Señor quiso autorizar con su presencia la fiesta de la dedicación del Templo que hizo Judas Macabeo (que llamaban *enzenias*, palabra griega), bastará para entender que era su voluntad se consagrasen sus iglesias; quien quisiere ver mucho de esto lea los autores píos que han tratado de ritos, ceremonias y divinos oficios de la Iglesia, y entre ellos a Stefano Durante, hombre de buen gusto, erudición y juicio, que es menester tenerle en esas cosas para escoger lo que es más sólido y más grave.

Es necesario advertir algo de esto al principio de tan alta ceremonia y misterio eclesiástico para que ya no miremos esta fábrica como sólo cosa de hombres, sino como particular aposento y casa de Dios, donde mora con más singular asistencia para hacernos tantos favores y, de camino, antes que llegemos al hecho, advirtamos, para que nos luzca y aproveche más esta historia, de que tan poca noticia se tiene en España, donde nos preciamos tan de cristianos, que todo esto se endereza a nuestro provecho, y que el propio templo y cielo donde Dios mora son nuestras almas y aun nuestros cuerpos, que a tanto quiso el Señor levantarnos, y

que cuanto viéremos y leyéremos que se hace en el suelo y en las paredes de esta Iglesia se celebra al vivo en nuestras entrañas.

Con estos presupuestos y con otros avisos que tocaremos en el discurso, será de mucho fruto lo que dijéremos; y es bien que alguna vez se lean estas cosas en lengua castellana, para que no haya tanta ignorancia de ellas, y si la hubiere, que no le excuse a nadie.

Vino el Rey don Felipe a tener aquí el verano con sus hijos, como otras muchas veces, el año 1595 y, aunque llegó algo fatigado de la gota, con el contento de verse en su casa, la ayuda de los aires de la tierra, el aposento tan a propósito y tan fresco, le hizo cobrar salud y le dio aliento para poner en ejecución lo que tanto deseaba. Era este puntualmente el año cuarenta de su reinado, mil veces (como dicen los santos) consagrado en las divinas letras, y del pontificado de Clemente VIII también el año cuarto, para que todo sea cuadrado y firme; envió a llamar a Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio de Su Santidad, varón prudentísimo y docto y bien afecto a las cosas de Felipe y de España y aun a la Orden de San Jerónimo; díjole su intento y cómo quería que él fuese el instrumento de esta consagración; aceptólo con alegre rostro, determinóse el día, que fue el 30 de agosto, el mismo en que siempre se había celebrado la fiesta, escogido por el Rey, porque aunque se manda que la consagración de los templos se haga en domingo o en fiesta de algún santo, hay permisión que sea en cualquier otro día, y tuvo también consideración a que ni el día ni las octavas echasen fuera alguna otra fiesta de la Iglesia.

El martes antes se aparejaron todas las cosas con gran puntualidad. Mandó el Nuncio que ayunasen todos: el convento y sus criados, la gente de la fábrica y sitio y, también, el pueblo de El Escorial. Así lo ordena el Pontifical Romano, porque se entre con buen pie, mortificando la carne, y cobre fuerzas el espíritu para emprender obra tan llena de misterios, y porque la penitencia es la puerta y aun el vestido propio con que entran en las cosas divinas nuestras almas.

Aderezóse la tarde antes un altar en la iglesia pequeña, donde se pusieron reliquias de los doce Apóstoles, de San Lorenzo y de otros muchos santos mártires, de que hay tanta copia en estos preciosos relicarios. Escogiólas una a una el mismo Rey, no por su mano, sino por las del sacerdote que las tenía a cargo, recreando su corazón con verlo todo, tratarlo y disponerlo con singular devoción.

Estas reliquias son las que se habían de poner y sepultarse en el altar principal de la iglesia. Cerráronse en un vaso muy rico, y con ellas tres granos de incienso, y un pergamino escrito firmado con el nombre del Nuncio, que, traducido del latín en castellano, dice: «El año 1595, el 30 días de agosto, yo, Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, Nuncio Apostólico en los Reinos de España, consagré esta iglesia y este altar en honra de San Lorenzo, y encerré

en él las reliquias de San Lorenzo y de los doce Apóstoles, San Esteban y otros mártires, y concedí a todos los fieles hoy un año y en el día del aniversario de esta consagración cuarenta días de verdadera indulgencia a todos los que la visitaren en la forma que la Iglesia acostumbra».

Selló luego el vaso y púsole en el altar dentro de unas andas hechas para sólo este efecto, acompañándolas a los lados con sus candeleros y luces. En presencia de estas santas reliquias estuvieron los religiosos velando por sus escuadras toda la noche, cantando himnos y Salmos, haciendo estado a estos gloriosos Príncipes que triunfaron del mundo y reinan en el cielo.

Estaban también muy a punto todas las santas alhajas e instrumentos que eran menester para el acto. El santo Crisma, en mucha cantidad; el óleo santo de los catecúmenos en preciosos vasos, incienso, turíbulo, navetas, braseros con brasas, cenizas, sal, vino, pan e hisopos de la misma hierba, manteles, toballas, lienzos de diversas suertes, delgados unos, gruesos otros, y otros encerados, esponjas, arena, cal, paletas, antorchas, cirios y otras cien cosas para limpiar, pulir, adornar y hermohear esta nueva esposa, que en el discurso veremos ser todo necesario y aun místico, si me hubiera de detener en tantos particulares.

Estaban también en las cuatro paredes de la iglesia, encima de las claves de once principales arcos o portadas puestas en mucha correspondencia, once Cruces; la duodécima (tantas han de ser de tres en tres en cada pared) estaba en el testero detrás del altar mayor. Éstas son de un jaspe hermosísimo, como de color de sangre, asentadas o embutidas sobre mármol blanco, que son como doce joyeles que la hermohean; cada una tenía un candelero dorado con una vela; después declararemos su misterio.

Estaba también aparejada una escalera portátil fabricada de madera y lienzo pintado, tan fuerte y tan hermosa, que no parecía cosa temporal o de prestado, sino para siempre; lástima deshacerla, porque juraran era de finos mármoles. Llevábase, traía y revolvía esta máquina por todo el templo con harta facilidad sobre unas ruedas; tenía veinticuatro pies en alto, poco menos. Subía el Nuncio con todos sus ministros por ella, cuando ungía las Cruces con el santo Crisma en las cuatro partes del templo y, así, era menester fuese segura, ancha, apacible, con sus mesas, descansos y pasamanos y antepechos, y como los que la gobernaban iban dentro, parecía se meneaba como por milagro sin ver cómo.

Imprimiéronse también para sólo este menester mucha cantidad de libros en que se contenía todo lo que se había de cantar, porque llevase cada religioso el suyo, que fue grandeza de Rey importante para la quietud y decencia de esta solemnidad.

Quiso también el Rey regocijar la fiesta y el gozo que ardía en su pecho despertarlo en el de todos: mandó que se pusiesen por todo el templo y por la casa luminarias, y que la noche que esperaba tan solemne día no fuese oscura. Hiciéronse muchas. No conciertan los oficiales en el número, unos dicen seis; otros, cinco mil; otros, más; otros, menos. Éstas eran unas lámparas de barro llenas de aceite rodeadas con papel aceitado para defenderlas del aire; tenían unas mechas o torcidas que, aunque de estopa, las hilaron las damas de la Infanta, y aun ella creo no se desdeñó de hacer alguna por entrar en parte de la fiesta.

Al punto que cerró la noche se encendieron todas con harta presteza y se vio una de las más alegres vistas que se pudiera imaginar. Como el ventanaje de la casa es tanto y tan bien guardada proporción y en todas ellas estaban tantas luces, veníase a los ojos una compostura de gloria. Los bordes, boceles y antepechos de las torres y del cimborio, hasta las agujas y bolas y los pretilos y antepechos del jardín, estaban todos con este mismo adorno, perfilados y guarnecidos de luz; mirando todo desde aparte, como estaban las lámparas tan juntas, no hacían casi intervalo ni dejaban mellas ni oscuros; parecían franjas de oro, no sé cómo me lo diga; parecían gargantillas o como caireles mucho mejor que de oro, porque eran de una continuada luz, que, como es de otro ser más alto, hacía unos visos y vislumbres de tanta hermosura en medio de aquella sombra de los edificios, que no parecía cosa de la tierra. Jurara quien la veía se parecía mucho a aquella Jerusalén santa que vio el Apóstol descender del cielo. Hacía parecer esto así, estar los ánimos tan aparejados con oraciones y ayunos, llenos de devoción y puestos en una contemplación soberana, adivinando las almas aquello que tanto desean, esperando con íntimos afectos verse ya hechos piedras vivas, moradores y ciudadanos de aquella patria soberana.

Viéronse estas luminarias, por ser tantas, desde Toledo, y desde Ocaña, y desde otros lugares, porque los que tenían noticia de la fiesta estuvieron sobre aviso y pudieron mostrarlo a otros.

Salió el Rey de su aposento; lleváronle en una silla, porque la gota le tenía impedido; subió al claustro alto del convento por gozar de la vista y del fruto de su santa invención.

El Príncipe nuestro señor quiso mirarlo desde cerca y desde lejos. Bajó a caballo hasta el pueblo y subió a la sierra hasta el arca del agua acompañado de sus caballeros, y se alegró mucho con las vistas.

En todos, finalmente, bullía un celestial alborozo que ni puede escribirse ni significarse; y, aunque más me esfuerce a declarar esto, quedará siempre oscuro a quien no gozó de la vista. Una cosa hizo a muchos maravilla y lo tuvieron como por milagro o merced del cielo que no peligrase nadie aquella noche, porque se pusieron estas luces y lámparas en lugares tan altos y peligrosos, que pone pavor mirarlos de día, y subieron a ellos de noche

muchos peones de la fábrica y otra gente torpe tan proveídos de vino como las lámparas de aceite, y en medio de tantos candiles Dios los tuvo a todos de su mano, porque en noche tan alegre no se mezclase punto de tristeza.

Vino la mañana clara, y aun halló el Sol ardiendo mucha, de estas luminarias, y mezcló con ellas alegremente sus rayos hasta que él cobró fuerzas y ellas se acabaron. Los religiosos, aunque habían dormido poco en aquella noche (como si hubieran de dormir el día), madrugaron; dijeron luego las horas y las misas particulares en los altares que para este efecto estaban hechos en la iglesia pequeña y en otras partes de la casa, que hay bien dónde.

Cumplido con esta ordinaria hacienda y obligación, vino el Nuncio a la iglesia acompañado de muchos caballeros y religiosos. Ordenó allí todo lo que vio era menester. Miró atentamente las cosas todas que estaban aparejadas; púsosele un sitial en medio del templo; mandó se encendiesen las candelas que estaban puestas acompañando las doce cruces de las paredes y salir toda la gente de la iglesia, dejando dentro un solo Diácono vestido con amito, alba y estola sin almática, y cerró las puertas.

Desde allí, con el mismo acompañamiento, fue a la iglesia pequeña, donde la tarde antes había puesto en el altar y bajo las santas reliquias, y diciendo, como es de común en ceremonia, los siete Salmos penitenciales, se vistió de amito, alba, cíngulo, estola, capa blanca y mitra llana, con el báculo pastoral en la diestra.

Vistiéronse con él otro Diácono y Subdiácono sin almáticas, y los demás acólitos y ministros con solas sobrepellices. Así vestidos, vinieron delante de las puertas de la iglesia principal, donde estaban hechos otros dos altares: el uno para poner las reliquias de los santos y el otro servía de aparador o credencia, donde estaba todo lo necesario para la consagración. Había también un sitial o falditorio donde se hincaba de rodillas cuando era menester.

Llegados allí, invocada la asistencia y favor divino y la intercesión de los santos, con las Letanías, bendita el agua y dicho el *Asperges me Domine*, etc., comenzó a rodear la iglesia por el contorno de fuera, sobre la mano derecha, acompañándole los acólitos, el coro de los religiosos y el pueblo, que estaba presente, que todos eran caballeros y oficiales de la Casa Real.

Iba echando por las paredes agua bendita, diciendo: *In nomine Patris & Filii, & Spiritus Sancti*, cantando el coro los responsos que para esto se señalan, llenos de celestial misterio. Dada la vuelta, llegó a la puerta, dijo una oración devota, hirióla con el cuento del cayado, o báculo pastoral, en los umbrales, diciéndole con voz clara: *Attolite portas Principes vestras, & elevamini portæ æternales, & introibit Rex gloriæ*. El Diácono, que

quedó solo dentro de la iglesia, respondió en voz alta: *Quis est iste Rex gloriæ?* Tornó a replicar el consagrante: *Dominus fortis & potens, Dominus potens in prælio.* Palabras que todos, poco más o menos, saben qué quieren decir, por oírlas muchas veces, aunque están más llenas de misterio de lo que podré yo declarar en esta relación tan de corrida.

Tres veces se hizo esta ceremonia y cerco de la iglesia, echando la primera vez el agua bendita en lo alto de las paredes; la segunda, en lo bajo, junto a los cimientos; la tercera, en el medio. Tres veces hizo oración, y tres veces hirió las puertas con el báculo, y el Diácono respondió de dentro de la misma manera, y la tercera vez, el Pontífice y todo el clero, en diciendo: *Dominus virtutum ipse est Rex gloriæ,* añaden: *Aperite, Aperite,* tres veces, y se abren las puertas.

Al entrar hace una cruz con el báculo junto al umbral de la puerta, diciendo: *Ecce Crucis signum, fugiant fantasmata cuncta.* En que se descubre en parte el misterio de estos rodeos y cercos, de los aspersorios, cruces y luces, pues quiere que, en imprimiendo en los umbrales del templo la señal de la Cruz, salgan fuera huyendo los fantasmas que se habían apoderado de aquella morada en la noche pasada de la ignorancia.

Y, porque descubramos algo del misterio, se advierta siempre que a dos blancos tiran todos los misterios y acciones de esta tan insigne ceremonia: el primero a mostrar lo que de hecho pasó en el mundo para plantar Dios en él su Iglesia, que es única y simplísima y pura, aunque la veamos repartida en tantas que son como partes, o llamémoslas miembros de un solo cuerpo y debajo de una cabeza, y un esposo, Cristo, en el Cielo, y un Vicario suyo en la tierra. El otro es el alma de cada uno de los fieles, que, como dije, es el templo vivo de Dios, y como un singular y propio retrete debajo de esta universalidad.

Y, así, unas veces estas ceremonias miran y significan la universalidad de la Iglesia, otras figuran más adecuada y más determinadamente a las almas singulares, y otras, y las más, dicen lo uno y lo otro. Con esta advertencia, quien fuere con algún cuidado gozará de la propiedad y aplicación del misterio, que también es de grande importancia para entender el modo de hablar de la Santa Escritura, Ley, Salmos y Profetas, que todo está lleno de esto, o que no se escribió más que para esto, ni tiene Dios otros negocios que tratar con el hombre más de hacerle templo suyo que more Dios en él y él viva en Dios como en su propia vida y centro. Lo primero, pues, que en el verdadero templo divino se hace es el sonido de la voz apostólica que llama a verdadera penitencia y enmienda de la vida o senda errada, porque se acerca el Reino de Dios.

Esta fue la primera vez que Dios mandó sonase en el mundo, y estas son las doce luces y candelas que arden junto a la Cruz por todas las cuatro partes de este gran templo; figura de los doce Apóstoles, que por todo el mundo y en todos sus términos y mojones predicaron fe y penitencia a Cristo, su Cruz y

muerte, y en él y por él, remisión de los pecados y reconciliación admirable con Dios, hasta hacerse sus hijos y herederos, y, para significar esto, se hacen luego aquellos tres aspersiones o bautismo del agua bendita, con sal de nueva sabiduría y preservación de la corrupción pasada y de las obras muertas, cercándola y bañándola en lo alto y en lo bajo y por el medio, para que no quede cosa fea ni sucia en el alma que no se limpie por la penitencia.

Esta es la primera ceremonia o, digámoslo así, es el primer asalto que se da al castillo o a la fortaleza donde el enemigo del linaje humano y de Dios estaba tan apoderado y, como quien ha conquistado ya los muros de Jericó, cercándola alrededor con el sonido de las trompetas, entra el Pontífice en el templo, diciendo aquellas palabras que mandó el Señor a sus discípulos dijese en cualquier casa que entrasen: *Pax huic domui*, paz sea en esta casa, que es decir: entre en ella el colmo y abundancia de todos los bienes.

Y tal es el efecto y el fruto que hace la entrada de Cristo en el alma y en el mundo, reconciliándole con Dios, como lo dijo el Apóstol: «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo. ¡Cuán ajeno está de ser morada de Dios quien trata esto con poco gusto!»

No entran esta vez todos con el Pontífice que consagra, sino sólo los ministros, Diácono, Subdiácono y acólitos, y algunos cantores y un albañil para que ponga la piedra en el sepulcro o ceja del altar donde se han de poner las reliquias.

Así entrando, cerraron tras sí las puertas, y quedó fuera la clerecía y pueblo, que no son para todos los misterios que allí se tratan, ni yo puedo advertirlo todo, ni decir lo que cantan en cada cosa de estas, que sería hacer un libro grande. Llegado al medio de la iglesia, al sitio que allí está aparejado, se hinca de rodillas y, quitada la mitra, comienza a cantar aquel himno: *Veni, creator Spiritus, &c.*

En tanto que se canta, el Sacristán mayor, con un cedazo dorado, fue cerniendo ceniza por la iglesia, haciendo con ella dos líneas que se cruzan en medio del templo de esquina a esquina; no iban continuadas estas líneas, por ser la iglesia tan grande, sino repartida como por sus eras; en la de la mano derecha, como entramos, veintitrés eras, y en la otra, veinticuatro por sus distancias proporcionadas.

Estaba ya a este punto el Rey, con el Príncipe, su hijo, no en la iglesia (digo en lo bajo), sino en lo alto de los tránsitos que están a los treinta pies. Por allí lo traían en una silla, que, por tener los pies tiernos del sentimiento de la gota, no podía ir de otra manera.

De allí lo miraba todo y todo lo consideraba con atentísimos ojos, y no se quitó de allí hasta el fin de la consagración, mostrando en todo igual

paciencia y devoción, porque se cansaron aun los muy fuertes. Dijéronse luego otra vez las Letanías con muchas oraciones y bendiciones, como se ve en el pontifical, y el cántico *Benedictus Dominus Deus Israel*, repitiendo en cada verso aquellas palabras del Patriarca Jacob cuando, despertando de aquel divino sueño y visión de la escala que llegaba del suelo al cielo, echó de ver el alto misterio de Cristo y de su Iglesia, y dijo: «Digno es este lugar de reverencia y temor; verdaderamente, no es esto otra cosa sino la casa de Dios y una puerta del cielo». Conoció muy claro el gran Patriarca que quien hacía una escalera que llegaba desde la tierra al cielo, desde este aposento tan bajo a aquella morada tan alta, pretendía que entrambos fuesen una sola casa, una comunicación, un trato, una vivienda, y Dios en lo alto como dueño de ella, envía de allí sus criados y ministros con recados, dones, mensajes y favores a los hombres; y ellos los tornan a enviar allá, y llevan lo que de acá puede enviarse y ofrecerse; suben y bajan, y anda el trato y comunicación familiar, como de los que están en una casa, y esto no se puede hacer sin escalera, ni fuera una, sino dos distintas cosas; basta tocar esto de paso, dará el Señor lugar y tiempo para tratarlo más de espacio para su gloria y servicio.

En tanto que se cantó esto, que duró mucho, el Nuncio, con el báculo pastoral, fue escribiendo en la ceniza el alfabeto latino, en la una línea de la mano derecha, y luego en la otra que cruzaba el alfabeto griego, repartiéndolas en cada cuadrado o era la suya; ceremonia de mucha consideración, y vese luego en ella la unión y junta de dos pueblos en una Cruz en que estriba y funda toda la hermosura de esta celestial fábrica, judíos y gentiles, aunque no quiso la Iglesia usar del alfabeto hebreo por su dificultad o por mostrar la ingratitud de aquel pueblo, que, con ser el primero y a quien se hicieron las promesas de tan soberanos tesoros, no supieron conocerlos, y la mayor parte del que se quedó fuera ciego, oscurecido y duro.

Adviértase aquí el orden, porque, después de haber entrado Cristo, Pontífice Sumo, en las almas por la predicación apostólica, por el bautismo y penitencia, lo primero que hace es escribir en el suelo los alfabetos y elementos, que así se llaman las letras, porque como de los elementos, cuerpos sencillos, se componen los otros que se llaman cuerpos mixtos, piedras, plantas y animales, así, de las letras, las sílabas y parte de la oración.

Así les decía el Apóstol declarando este misterio a sus hebreos, reprendiéndolos que habían aprovechado poco: «Habíais de ser ya maestros, según el tiempo ha que andáis a la escuela de Dios y de su Iglesia, y estáis tan poco aprovechados, que tenéis necesidad se os tornen a enseñar los elementos y abecé de las palabras divinas». Y a esto también acude cuando dice a los corintios, y a otros, que les daba leche de doctrina, como a niños, y no manjar fuerte y sólido, significando dos partes de doctrina y ciencia que se practican en la Iglesia y Escritura Santa. Una, que se llama leche, y otra, pan y manjar fuerte; aquélla, para los pequeños, principiantes, imperfectos, y ésta, para los

varones y perfectos; lenguaje que ellos solos, como el Apóstol dice, le entienden, lo que también repite otra vez a los corintios: «Yo no hice cuenta que sabía otra cosa cuando estuve con vosotros la primera vez que os prediqué, sino a Cristo, y este crucificado»; como si dijera: «Este es el alfabeto y los principios de la religión cristiana, y lo que se ha de poner en el fundamento del templo que se consagra a Dios»; y, porque no pensasen que no sabía más y que sobre este fundamento no había levantado nada ni otra sabiduría, añadió luego: «Mas sabed que entre los perfectos hablamos una sabiduría que entre vosotros no se puede hablar, y cuando la hablemos no la entenderéis, porque sois (así lo dice en otro lugar) flacos y de pocas fuerzas en el alma para alcanzar este lenguaje».

La Cruz de estos dos alfabetos que salen de Oriente a Poniente, y de la mano izquierda a la derecha, y después de la derecha a la izquierda, se hacen con el báculo pastoral, que es lo mismo que David cantó en el Salmo diciendo: «Vara de la virtud tuya enviará el Señor desde Sión y se enseñoreará en medio de tus enemigos, trayendo los unos y los otros a tu obediencia». Este señorío no será violento ni de tirano, sino de voluntad y como de Príncipe heredero, pues será su Reino y señorío en medio y en el centro del alma. Esto mismo vio que había de pasar en la Iglesia el gran padre Jacob cuando, bendiciendo los dos hijos de José, su hijo, y haciéndolos hijos propios, cruzó las manos y brazos sobre las cabezas de los mozos, poniendo la diestra sobre Efraim, que era el menor, y la siniestra sobre Manasés, viendo (aunque ciego) tan de lejos que el primogénito pueblo judaico había de ser el menor, y el gentil, de quien había de llenarse la Iglesia, el mayor. Cosa larga sería querer apurarlo todo. Basta asomar algo de lo mucho que encierra esta tan misteriosa ceremonia de los alfabetos latino y griego sobre la Cruz de ceniza. Y, aunque han dicho mucho los que han escrito sobre esto, a mí me parece todo poco, y que apenas comenzaron, porque sin duda el Espíritu Santo comunicó a su Esposa más sacramentos en esto que nosotros sabemos imaginar, y algunas se imaginan que son muy ajenas de tanta majestad, porque no se fundan más que en las cabezas propias.

Acabado esto, caminó el consagrante hacia el altar mayor. Antes de llegar a él dijo tres veces: *Deus in adiutorium meum intende*, puestas las rodillas en el suelo, y respondió la escuela que lo seguía: *Domini ad adiuvandum me festina*, levantando cada vez más la voz, como quien pide favor para alguna empresa grande, cual es la consagración del altar mayor.

Bendijo luego de nuevo otra agua, mezclando con ella sal, ceniza y vino, cosas todas que limpian, purifican y aun escuecen y castran las llagas viejas, y por eso sanan.

De allí partió otra vez para las puertas de la iglesia, que estaban cerradas, y con el báculo hizo dos cruces: una, en lo alto; otra, en lo bajo de ellas.

Las oraciones y antífonas que en todo esto se dicen, quien las leyere atentamente verá claro que no pudo esto ser cosa de ingenio humano, ni en lo que se hace ni en lo que se dice, sino que, como dice San Jerónimo del *Apocalipsis*, no hay parte ni letra que no esté llena de misterio.

Podemos afirmar aquí lo mismo, y no es mucho, pues todo viene de un mismo maestro y todo tiene un mismo sujeto y blanco, y en todo pretende mostrarse el negocio de nuestra salud, el misterio del Reino, que no le declara el Señor sino a sus discípulos, y a solas, y a quien tiene mucha gana de saberlo y lo pregunta.

Aquí y allí quiere que entendamos que su principal oficio es destruir las obras del diablo para que, echado de las moradas materiales y espirituales, que como tirano poseía, haciéndose adorar y servir en ellas, entre allí Jesucristo y reine como Señor legítimo, a quien se le debe y se le dio todo poder en el cielo y en la tierra.

Procedió luego a la consagración del altar, que es un abismo de misterios cuanto allí se hace. Imprime en él muchas cruces con el agua que para esto bendijo, rodéalo siete veces, rociándolo con el hisopo hecho de la misma hierba humilde y caliente, que vale poco una propiedad sin otra, rezando en el acto aquel Salmo de la penitencia de David: *Miserere mei Deus, &*.

Después rodea y cerca por dentro otras tres veces la iglesia, echándole agua bendita por lo alto, por el medio y por lo bajo, como hizo por fuera, aunque aquel agua no era tan fuerte como ésta, porque la verdadera penitencia más de veras ha de tocar en el alma que en la ropa, porque no sería más de hipocresía. Y así lo sentía David cuando llorando cantaba: *Amplius lavame ab iniquitate mea, &c.* Apretad, Señor, la mano, y una y otra vez lavad con esa lejía fuerte, que está muy arraigada la mancha.

Así el Pontífice, después de haberla lavado y rodeado tres veces, camina de Oriente a Poniente y luego de Mediodía al Norte, rociándola de la misma suerte, tocando con los extremos de esta Cruz los cuatro puntos del mundo en sus cuatro lados y paredes.

Como esta iglesia es tan grande, primero que se llegaba de una parte a otra se tardaba mucho; y puesto en el medio, y como en el centro, después de haber desde allí echado agua bendita a los cuatro vientos y partes del orbe, vuelto el rostro a la puerta por donde entró, dijo unas muy devotas oraciones y, sin quitarse de esta postura, cantó un prefacio lleno de celestial doctrina, que, si no pensara cansar al lector, lo pusiera aquí traducido a la letra; mas temo que aun no ha de haber quien quiera leer esto, según están ajenos los gustos de estos misterios soberanos. Acabado, hace una mezcla de cal y agua bendita, que llama el ceremonial *cementum* o *maltam*. nosotros no tenemos vocablo propio, sino el común: hacer cal; bendícelo y guárdase para su tiempo, y el agua bendita que sobra derrámala al pie del altar, por el contorno del

pedestal, significando la abundancia de la penitencia o satisfacción de los santos, que junta con la que Jesucristo hizo por nosotros, que fue de valor infinito, sobra y abunda en el tesoro de la iglesia para los que se supieren aprovechar de ella.

Desde allí partió el Nuncio en procesión ordenada, con la cruz y clero, a la iglesia pequeña, donde se habían puesto la víspera antes las reliquias en el altar, en su vaso y en las andas. Antes de entrar en la iglesia dijo una oración; en entrando, comenzó a cantar el clero unas muy devotas antífonas y el salmo *Venite exultemos Domino*, y así partió con las reliquias en procesión hasta la puerta de la iglesia principal; llevaban cuatro sacerdotes las andas, incensándolas con los turíbulos, y otros acólitos con cirios delante, y el colegio de los niños del seminario vestidos de sobrepellices acompañando con cuarenta ciriales de plata, cantando el coro antífonas alegres y triunfales a los santos Apóstoles y mártires, que era todo muy de ver y de gran devoción, majestad y gloria.

Cuando partió el Nuncio de la iglesia salió el Príncipe, nuestro señor, del aposento de su padre vestido todo de blanco, dentro y fuera, y entrando por el zaguán de la sacristía por la puerta del claustro llegó a la misma iglesia pequeña al punto que el Nuncio entraba en ella; iba acompañado de muchos caballeros de su casa y de su cámara, y así fue acompañando a la misma procesión hasta la puerta principal de la iglesia.

Llegados allí, el Nuncio mandó al coro que se estuviese quedo; sacó las reliquias en el vaso mismo de las andas en que habían venido y, llevándolas en sus manos (no pudieron ir en las andas por ser algunas puertas angostas), la cruz y candeleros delante con los turibularios, dio una vuelta en contorno de toda la iglesia, acompañándole sólo el pueblo y personas seculares, y así fue Su Alteza acompañándole; y manda la ceremonia santa que el pueblo vaya diciendo en voz alta: *Kyrie eleyson*, y así lo dijo Su Alteza más de una vez, obedeciendo al maestro de ceremonias. Lo que falta diremos en el discurso siguiente, por no atropellarlo todo junto.

DISCURSO XVIII

Prosigue el acto de la consagración de la iglesia y altares. Hace el Príncipe don Felipe las partes de su padre en la dotación de ella.

No sé si ha de bastar para excusarme la licencia que pedí al principio de estos discursos; quien me viere hacer tantas digresiones y detenerme en declarar misterios juzgará que es todo ajeno de lo que el título promete. Confiésolo ser así, y no pretendo obligar a nadie que se detenga a leer esto si no tiene gusto de espíritu. Historia es de ceremonias eclesiásticas, y si se miran por sí solas, es cosa sin alma, fría, de poco fruto, ociosa, y como tales le dan a Dios en rostro; si se mira lo que tienen dentro, lo que pretenden, lo que representan, no hay cosa tan celestial ni divina: llenas están de majestad, divinidad, sacramento, gloria; con esta consideración proseguiré lo que resta.

A la puerta de la iglesia donde tornó el consagrante después de haber dado aquella vuelta con las reliquias, acompañado del Príncipe y de su pueblo, tornadas a poner en las andas, y el altar (que, como dije, la necesidad hizo las llevase en las manos), allí, digo, estaba puesta una silla alta de brocado, encima de un dosel de lo mismo, donde le sentó el Príncipe, nuestro señor, y en otra algo menor que estaba encima de una alfombra se sentó el Nuncio. Desde allí comenzó un razonamiento grave y en buen tono de voz, hablando con el pueblo que estaba presente. Y porque es el mismo que está en el Pontifical y declara mucho el fin y los motivos que hay para hacer estas consagraciones de templos y otros muchos particulares que tocan a éste que es bien saberse, le pondré aquí traducido fielmente del original que dejó aquí el Nuncio, firmado de su nombre, que en castellano dice así:

«Hermanos carísimos: Cuánta sea la reverencia que se debe a las iglesias y lugares dedicados a Dios, los cánones, y las leyes, y el culto universal, y religión de los fieles lo declara. En ningún otro lugar sino en las capillas sagradas se puede ofrecer sacrificio a Dios. Mandándolo Dios por Moisés, se consagraron para el divino culto el tabernáculo, la mesa, el altar, los vasos todos de metal y todas las cosas que servían para aquel uso. Y el mismo tabernáculo no sólo fue consagrado, sino también ungido con el óleo santo, ni otros algunos, sino los sacerdotes santos y los levitas adornados con vestiduras sagradas trataban dentro de él aquellos sacramentos y ofrecían sacrificios por el pueblo.

»Después adelante, en el discurso de la Iglesia, así los Reyes hebreos como los Príncipes romanos que recibieron la fe, tuvieron en suma reverencia los templos que edificaron, y quisieron que fuesen libres y exentos de todo ruido y negocios vulgares, porque la casa de oración no sirviese ni se usase de ella para ningún otro comercio; y quisieron darle privilegios, prerrogativas e inmunidades, para que si algún temerario o sacrílego pusiese en ella las manos fuese castigado gravemente. Ciertamente no parece justo que se atreva alguno a la casa del Señor altísimo, ni que sea, como el mismo Señor dice,

cueva de ladrones; lugar es de salud y puerto de los que padecen naufragio, donde echan el áncora para escapar de la tempestad: aquí acuden los que pretenden y piden beneficios del cielo y se oyen y despachan sus justas peticiones, y aquí los reos de pecados y culpas mortales se acogen, y rogando por ellos, los sacerdotes alcanzan remisión y perdón de sus delitos. Y, pues, es así, carísimos hermanos, entrad en las iglesias consagradas a Dios con grande reverencia y ofreded allí, limpios de vuestras culpas, las ofrendas de vuestros corazones.

»De estas iglesias, es ésta una a quien los pontífices Sumos de feliz memoria Pío IV y Pío V, Gregorio XIII, Sixto V, Gregorio XIV, Inocencio IX y el santísimo en Cristo Padre Nuestro Señor el Papa Clemente VIII han concedido diversos privilegios e indulgencias. De éstas, las principales son que quien visitare este templo con devoción en los días y fiestas de San Lorenzo, San Juan Bautista, San Matías y San Hermenegildo ganen jubileos plenísimos y alcancen remisión de todos sus pecados. Hay también en ella tres altares privilegiados, que en cualquiera de ellos se saca una ánima del Purgatorio diciendo misa por ella. También se le ha concedido a esta iglesia de San Lorenzo que cualquier sacerdote que dijere misa en uno de sus altares, cualquiera que escogiere una vez en el año el día que quisiere, y los que oyeren la misa estando contritos y confesados, ganan indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.

»Esta iglesia mandó edificar el poderosísimo Rey Católico, y nos pidió devotamente tuviésemos por bien de consagrarla; y Nos, inclinados a su deseo y piadoso ruego, la dedicamos a honra del omnipotentísimo Dios y de la bienaventurada Madre suya, la siempre Virgen María, y de todos los santos, y en memoria del glorioso mártir San Lorenzo; y en su altar mayor, Dios mediante, determinamos de poner las reliquias de los santos Apóstoles San Pedro, San Pablo, Santiago, San Felipe, San Bartolomé, Santo Tomás, San Lucas Evangelista, y las reliquias de los santos mártires San Lorenzo, San Esteban, San Vicente, San Sebastián, y también de San Jerónimo, doctor de la Iglesia. Y en los altares de Nuestra Señora y de San Jerónimo, y fuera de éstos altares, hay en la misma iglesia otras reliquias de grandísima estima y dignidad, como son diversas partículas de la santa y vivífica Cruz, algunas espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo, parte también de los clavos con que fue enclavado en la misma Cruz, parte asimismo de la vestidura y velo del mismo Señor nuestro y de la Santísima Virgen María, su Madre. Reliquias también insignes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo y de los otros Apóstoles y Evangelistas; reliquias principalísimas de San Lorenzo, mártir; tres cuerpos enteros de santos mártires y más de sesenta cabezas de distintos mártires, confesores y vírgenes, y otros muchos huesos y partes notables de los cuerpos de santos mártires, confesores y vírgenes.

»Amonéstoos, pues, hermanos amantísimos, que paguéis las décimas enteras, que son los tributos y pechos divinos a las iglesias y a los sacerdotes, porque éstas reservó Dios por señas del universal dominio y señorío que tiene sobre todos. Oíd a San Agustín, que dice a voces: “Las décimas son tributos debidos a los pobres necesitados; si pagares las décimas, no sólo recibirás abundancia de frutos, sino también alcanzarás salud para el cuerpo.” No pide Dios premios ni intereses, sino que le honres; Dios, que tuvo por bien darlo todo, no se desdenea de pedirnos diezmos, y, sin duda, no para sí, sino para nosotros y nuestro provecho. Y si pagarlas tarde es pecado, cuánto peor será no, pagarlas; de la milicia, del campo y de tu trato da la décima, porque dando las décimas merezcas lo terrenal y lo del cielo. Por la avaricia te privas y defraudas de dos bendiciones. Esta es una ley justísima de Dios, que si no le dieras a Él las décimas, Él te dará a ti las décimas, y darás al soldado despiadado y fiero lo que no diste al sacerdote, y lo que no recibiere Cristo se lo llevará el fisco. “Convertíos a Mí, dice el Señor por un profeta, y Yo me convertiré a vosotros; porque no me disteis a Mí las décimas, os alcanzará la maldición de la pobreza y hambre en que os veis puestos, y porque no pagáis primicias ni décimas, perdéis la abundancia y opulencia de frutos de vuestras heredades. Sabed que esto os sucede porque Yo estoy airado contra vosotros, que pues me defraudáis de mi parte, Yo os privo de la vuestra. Persuádoos, pues, y amonéstoos que llevéis las décimas a mi granero, que es de la Iglesia y templo, para que los sacerdotes y levitas que allí me sirven tengan de comer, y probadme y veréis si no os envío tanta abundancia de agua que penséis que se han abierto las cataratas del cielo, y derramaré los frutos en grandísima abundancia. Y si no, sobre vosotros y sobre vuestras labranzas vendrán orugas y langostas que os destruyan cuanto trabajasteis”, etc.

»Guardémonos todo lo posible de enojar a Dios, páguense las décimas, páguense los tributos divinos, que no se han de perder por las cosas temporales los bienes que del cielo esperamos. Acordaos de esto que os he dicho, amantísimos hermanos, y si lo habéis entendido, cumplidlo de voluntad para que merezcáis recibir por lo temporal lo eterno.»

Dicho esto al pueblo, volvióse al Príncipe de España, que estaba, como dije, sentado en su silla, haciendo las veces de su padre y, convirtiendo a él la plática dijo de esta manera, en la misma lengua latina, que la entiende muy bien, lo que en la castellana suena así:

«Príncipe serenísimo: Sabed que no permiten los sacros cánones que se consagren las iglesias sin dote y sin ministros; que de la manera que el dote se requiere para el matrimonio, así son necesarias las rentas para la sustentación de los ministros. Y por esta razón, Príncipe serenísimo, queremos ahora saber cuántos sacerdotes y clérigos, qué obligaciones y cargas el Rey católico vuestro padre ha dejado o pretende dejar, y de qué cosas ha dotado a esta iglesia o pretende dotarla; porque sabed de cierto que lo que está estatuido

por los Santos Padres en favor de los fundadores de las iglesias, en agradecimiento y memoria de la liberalidad grande que con la Iglesia mostraron en ésta, a su fundador, el Rey católico, y a ti, Príncipe serenísimo, y a todos vuestros hijos y herederos, se hará y cumplirá fielmente.»

Oídas estas palabras por el Príncipe, dijo, sacando un papel que en la mano tenía: «Aquí está la respuesta de lo que se me pide». Tendió la mano y diolo a su Secretario de Estado, don Martín Idiáquez; tomólo con la reverencia debida y leyólo públicamente y en voz clara, que, traducido fielmente de la lengua latina en que estaba escrito, responde en la nuestra de esta manera:

«No pienso, muy reverendo padre en Cristo, que ignoráis ser muy copioso el número de los religiosos que aquí asisten y que la dote responde bien al número y a la fábrica y que es digna del fundador de esta obra. El número de los religiosos, así en el convento como en el colegio, llega a ciento cincuenta, entre los cuales ciento son sacerdotes, sin los catedráticos y maestros insignes de las ciencias y sin los muchachos del seminario, que entre todos pasan de ciento. Para la razón de la dote, es la dehesa del Quejigar, la de la Herrería, la de la Fresneda, el Espadañal, heredades conocidas con muy anchas posesiones que les están ya entregadas.

»También la Abadía de Parraces, que es muy amplia, y el Priorato de Santo Tomé y otros muchos beneficios eclesiásticos, que a instancias de mi señor padre, y por haberlos él pedido, los ha concedido y unido para siempre a esta casa de San Lorenzo, con mucha liberalidad, la Sede apostólica. Y sin esto también se proveerán otras cosas, con las condiciones, obligaciones y cargas que a mi padre le pareciere dejar como es razón a esta tan insigne casa y convento y a los religiosos que en ella viven. Ya tenéis la respuesta de lo que me preguntastes.»

Leída la cédula por el Secretario, se la dio al Nuncio y él la dio a su Secretario, mandándole que de todo esto hiciese sus actos y diese fe con instrumentos auténticos. Prosiguió luego hablando con el pueblo así:

«Amantísimos hermanos: Hagamos gracias a nuestro Dios y Señor, de quien es aquel dado bueno y todo don perfecto, que para levantar esta casa de oración en tanta grandeza como vemos, tocó el corazón del Rey don Felipe II y despertó en él tanta devoción, le concedió su auxilio y le dio quererlo comenzar y acabar con tanta constancia por su bondad inmensa. Y, porque las obras buenas en su acatamiento jamás permite sean en vano, hemos de pensar con mucha razón que al que para obrar así le dio el Padre celestial tanta virtud y favor, que le ha de galardonar en este y en el otro siglo tales obras con grande premio. Mandamos, pues, por la autoridad apostólica de que usamos, a vosotros los ministros que estáis aquí ahora de presente diputados, y a los que os sucedieren, para el culto y

servicio divino, que ofrezcáis continuamente oraciones y misas al Altísimo por la salud, aumento y buen suceso, así en lo temporal como en lo eterno, del dicho Rey que mandó edificar y dotar y consagrar este templo, y cumpláis con fidelidad y cuidado las obligaciones y cargas que os quisiere dejar mandadas para siempre. Y Nos de parte de Dios omnipotente ¶ Padre, ¶ Hijo ¶ y Espiritu Santo, concedemos al mismo Rey y a sus herederos parte en todos los bienes que aquí se hicieren.»

Aquí acabó su plática el Nuncio, asistiendo en este acto de dotación y en este contrato tan grave, de una parte, Dios Nuestro Señor y su Esposa la Iglesia, sus religiosos y convento; de la otra, el Rey don Felipe II, como fundador, y su hijo el Príncipe don Felipe III como su procurador lugarteniente y legítimo sucesor y heredero, con su Secretario. Por testigos llamados y requeridos de una y otra parte, don Andrés Pacheco, Obispo de Segovia, que ahora es de Cuenca; García de Loaysa Girón, maestro del Príncipe, Gobernador del Arzobispado de Toledo y después Arzobispo propio, y otros muchos sacerdotes y clérigos.

Del brazo seglar, don Gómez Dávila, Marqués de Velada, Ayo del mismo Príncipe y Mayordomo mayor de su casa; don Cristóbal de Mora, Marqués de Castielrodrigo, Camarero mayor del Príncipe; el Marqués de Denia, su Caballerizo mayor; el Conde de Chinchón, Mayordomo del Rey; don Juan Idiáquez, del Consejo de Estado y Comendador mayor de Santiago, y otros muchos señores y caballeros.

De parte de la Orden de San Jerónimo, el General de ella, fray Miguel de Solazar, que se halló aquí presente por haber venido a tratar algunos negocios de importancia con Su Majestad, y fray García de Santa María, Prior del mismo convento de San Lorenzo, que después fue Arzobispo de Méjico.

Estos respondieron por sí, y en nombre de toda la Orden y de la casa, que obedecían el precepto y mandato que se les ponía por el señor Nuncio de Su Santidad, como mejor de derecho pudiesen, y así lo encargarían a sus religiosos, y loaban, aprobaban y aceptaban todas las cosas contenidas, relatadas y prometidas en la respuesta que había dado el Serenísimo Príncipe en nombre de su Padre el Rey Católico nuestro señor, con las condiciones, cargas y obligaciones que hasta ahora por su Real Majestad en la fundación del dicho Monasterio había puesto, o adelante poner quisiese, como más largamente se verá en las escrituras y autos que sobre esto se hicieron.

Fue el Notario y pasó todo este contrato ante Juan Beltrán de Guevara y Figueroa, doctor en entrambos Derechos, Canónigo de Ávila y Protonotario Apostólico, e hizo instrumento público de ello, firmado de Monseñor Patriarca Alexandrino, Nuncio Apostólico, y sellado con su sello y refrendado del mismo Protonotario, y se guarda en el Archivo de este convento como carta de arras y dote de tan insigne Esposa de Jesucristo.

Es esta, a mi parecer, la escritura y contrato más grave y firme que se puede imaginar en la tierra, pues de lo dicho consta harto claro que esta iglesia y todo este convento de religiosos, que no sólo son sus ministros, sino las verdaderas y vivas piedras, hacen una perfecta esposa y el esposo es Jesucristo.

El padre (digámoslo así) de esta doncella es el Rey don Felipe II, fundador primero y principal, que ahora, por feliz suerte, lo es su hijo el Rey don Felipe III, que en el contrato tuvo sus partes, y el que a vueltas de tantos Reinos heredó también el Patronazgo de este convento, por manda particular y por legítima sucesión, y es el único consuelo y esperanza de esta desposada en la tierra. Pues lo que Dios juntó, qué atrevimiento, qué brazo ni qué poder habrá entre los hombres que pueda apartarlo. Y ya va probando la experiencia que quien lo intentare y pretendiere desposeerla de su dote sentirá el castigo del Cielo, y ella también va sintiendo que no la tiene olvidada su nuevo Patrón y dueño, como lo veremos adelante.

Hecha esta tan importante diligencia, procedió el Nuncio a la consagración, y cantadas algunas antífonas y responsos, llenos de misterio, antes que entrase por las puertas, dijo una oración y, luego, mojando el pulgar en el santo Crisma, se llegó a la puerta y la ungió diciendo: «En el nombre del Padre ☩ y del Hijo ☩ y del Espíritu Santo ☩, seas puerta bendita, santificada, consagrada y consignada y encomendada a Dios. Seas puerta entrada de salud y de paz puerta. Seas puerta pacífica por aquél que se llamó puerta, Jesucristo Nuestro Señor», etc.

Pierden muchas de estas cosas, la gracia que en latín tienen, traduciéndolas, porque nos falta en castellano la copia de vocablos que allá tienen, como se ve aquí en los dos vocablos *Porta* y *Ostium*, de que va jugando en esta consagración.

Tomaron luego los Sacerdotes las andas con las reliquias y, cantando el coro, llegaron en procesión ordenada hasta el altar mayor, y tocado el dedo en la crisma, hizo cuatro cruces con ella en los cuatro ángulos del sepulcro o cueva que estaba hecha en medio de la mesa del altar, donde puso con el mismo vaso y con gran reverencia las santas reliquias.

Puso luego otra piedra cuadrada y justa encima, con que quedó cerrado y sellado el sepulcro con cinco cruces de crisma que imprimió con el dedo, una en el medio y las demás en los cuatro cantones, así de la parte de dentro como por la de fuera; después le puso la cal o el cemento el albañil.

Significando el altar a Cristo, nos dice claro lo que enseña San Pablo: que los santos reposan y duermen en Cristo. ¡Oh infinita caridad de Dios y oh infinita y maldita ingratitud e insensibilidad de los hombres, que en tan poco estiman esto! ¡Qué barato damos, cuán miserablemente trocamos una suerte tan alta por abatirnos a la miseria y poquedad de esto que

deslumbra nuestros ojos. Si hubiera de poner en romance las antífonas y oraciones que en todo esto se cantan y rezan, hiciera un grande libro digno de leerse y de adorarse; mas no profeso esto, ni tienen tanta paciencia los lectores, que, aunque cristianos y cuyo negocios, trata, será para muchos esto cosa harto desgustada y fría.

Aquí luego se injiere la consagración del altar, ceremonia o misterio grande, tan lleno de sacramentos, que no me atrevo a apeaar la menor parte. En el curso de esta consagración, el consagrante, porque así lo mandan las reglas, unge con el santo crisma todas las doce cruces que están en las cuatro paredes del tempo, que, como dije, en esta iglesia tienen admirable proporción y correspondencia, por estar de tres en tres en cada lado, encima de once arcos, portadas o altares que caen debajo de los treinta pies, y la doce está detrás del altar mayor, entre el filete y corona del pedestal o podio del retablo, que quien las viere con sus candeleros y luces se le traslucirá fácilmente en ellas aquellas doce puertas que vio San Juan en la verdadera Jerusalén que bajó del Cielo, y aquellos doce grandes ministros y paraninfos, que fueron las puertas por donde todas las cuatro partes del mundo entraron a la luz del Evangelio. Y aquélla que con tan alto ingenio dijo Agustino, que los Apóstoles eran puertas, pues por ellas entramos al Reino de Dios; y cuando por ellos entramos, por Cristo entramos, que Él es la puerta, y diciendo doce puertas de Jerusalén y una puerta, Cristo, y doce puertas, Cristo, porque en todas ellas está Cristo.

Procedió, pues, el consagrante de esta manera: puesta la mitra, fue a la cruz que estaba a las espaldas del altar mayor; ungióla con crisma santo, mojando el pulgar diestro en ella, haciendo cinco cruces y diciendo: «Sea santificado □ y consagrado □ este templo □ en el nombre del Padre □, y del Hijo □, y del Espíritu Santo □, a honra de Dios y de la gloriosa Virgen María y todos los santos y en el nombre y memoria de San Lorenzo, mártir, *Pax tibi*».

Desde allí procedió por el coro y el lado derecho del Evangelio a la cruz que está encima del arco del altar de las reliquias, que es de la Anunciación de Nuestra Señora, subiendo por aquella hermosa escalera portátil que parecía de fino mármol y que había de durar para siempre.

Así fue procediendo por el contorno de la iglesia. Subió a todas las cruces, ungiéndolas con el mismo rito y ceremonia, incensándolas y perfumándolas con el turíbulo como a cosa tan sagrada y divina. Sobre este tan singular punto y acción quisiera advertir mil cosas.

Dejo aparte el responder a los maliciosos herejes que burlan de esto y lo llaman superstición o cosas mágicas, que, como carnales y brutos, no perciben los sacramentos divinos. No es mi oficio refutar sus blasfemias. Diré dos cosas solas. La primera, que de las palabras que se dicen cuando se ungen estas cruces con el santo crisma, se colija no sólo contra los herejes, sino contra algunos católicos y píos, podemos decir con toda propiedad que se

consagran iglesias y altares no sólo a Dios, sino también a algún santo particular. Así lo suenan las palabras de la ceremonia, diciendo: «Sea santificado y consagrado este templo en el nombre del Padre, etc., y en el nombre y memoria de San Lorenzo, mártir.» Dicen los herejes que ésta es idolatría, pues la consagración de los templos no es otra cosa sino una adoración latría, que sólo se debe a Dios y no a ninguna criatura. No quiero entrar en esto de propósito, ni mostrar con largo discurso cuál al revés sienten los sacros Concilios y los Padres de la Iglesia, así griegos como latinos, que sería larga digresión y licencia. Sólo advierto que hay mucha diferencia entre estos dos nombres: templo, basílica; y los que leyeren con atención los santos Concilios verán que hacen mucha distinción entre ellas cuando hablan apretadamente, aunque algunas veces usen de ellas con indiferencia hablando de una misma casa o edificio sacro. Templo llaman con propiedad y con fuerza en cuanto se levanta y consagra para hacer sacrificio a Dios, y los sacrificios a Dios sólo se hacen, y no a ninguna criatura; pero esta misma fábrica o capilla se llama basílica en cuanto se ordena para ornato y reverencia de las reliquias de algún santo o para conservar y venerar su memoria y sus imágenes, y que allí le honren como a tal, y le rueguen y supliquen les sea intercesor y abogado delante del Señor. Porque este nombre, basílica, no dice respeto a sacrificios pues aun los palacios de los Reyes se llaman basílicas, y de allí se tomó el nombre, como lo advierten nuestro Doctor de España San Isidoro para significar los templos e iglesias de Dios y de sus santos, que, como grandes y soberanos príncipes, reinan con Cristo. Y, de la misma suerte, un mismo altar y una misma piedra se llama altar y sepulcro, porque en él se hace a Dios sacrificio, y se encierran las reliquias de los santos, y debajo de esta razón de sepulcro se consagra y dedica al santo, y no en razón de altar, que es sólo debido a Dios; lo mismo decimos del templo, que como basílica se dedica al santo, como si fuese una caja o vaso grande y precioso, donde se guardan sus huesos y cenizas. De aquí también se entenderá la diferencia que hay cuando decimos una misa de San Pedro u otro santo, o un templo y basílica de San Pedro o San Lorenzo, porque el templo, aunque no en razón de templo, sino en basílica, se consagra y dedica al santo, mas la misa no se ofrece a San Pedro ni al santo, sino a sólo Dios, en memoria de San Pedro, o en hacimiento de gracias por la gloria que dio al santo. Y juntamente se invoca en ella al santo para que sea nuestro patrón y abogado, donde queda respondido a lo que los contrarios pueden dificultar, y a sus razones, y entendida la forma con que se consagraron las doce cruces, y en ellas todo el templo en honra de Dios y en nombre de San Lorenzo. Lo segundo es que todos los que han tratado los misterios de esta consagración concuerdan con lo que hemos dicho, que estas doce cruces significan los doce Apóstoles que nos predicaron el misterio de la cruz de Cristo y su virtud, que escandalizó tanto a los judíos y a los gentiles, fue

como risa y locura; porque los unos esperaban un Cristo que hiciera en su favor maravillas y les restituyera el Reino temporal que les habían usurpado los gentiles y, como terrenos, pretendían ganancias de tierra, de que aun no se les ha pasado la gana, porque tienen el velamen de Moisés delante de los ojos, y los gentiles buscaban un Dios muy sabio de la sabiduría vana que tenía llenas sus cabezas. Ojalá se quedara en las suyas, y no hubiera pasado tanto a las nuestras. Mas San Pablo, en nombre de todos sus compañeros, como quien había recibido las primicias del espíritu y aquella unción que de una vez enseña tanto (esto significa la crisma con que se unge las doce cruces y el perfume con que se inciensan) dice que a él y a todos los creyentes, Jesucristo crucificado, vivo templo de la potencia del Padre e imagen de su sustancia, es la virtud de Dios y su sabiduría.

El divino Bernardo, que también trató estos misterios con la delicadeza que suele, dice que la unción de la crisma que se hace en estas cruces es para ayudar nuestra flaqueza, porque significa la gracia espiritual que pone Dios en el alma, y con ella se hace todo suave, y la multitud de trabajos y cruces que se ofrecen en la vida cristiana (cristiana llamó, no la que se confiesa de Cuaresma a Cuaresma y ayuna algún Viernes Santo, viste, duerme, come, bebe como un Sardanápalo y otros tales ejercicios, sino donde anda siempre la disciplina, el cilicio, clausura, obediencia, desprecio de todas las cosas y de sí mismo primero y otro manojito o haz de cruces de la carne). Éstos, sin duda, han menester óleo, unción de crisma y de gracia y favor del Cielo para sufrir tantas mataduras.

De aquí, dice el santo, les nace a los hijos de este siglo aborrecer la penitencia, porque ven la cruz, mas no la untura ni el óleo; los que la prueban y no se acobardan con la vista, prueban también con gloriosa experiencia que no hay en todo este templo consagrado a Cristo cruz sin unción y suavidad, porque es más deleitable esta penitencia que los panales dulces y esta amargura suavísima.

Así se acabó esta solemnidad, con otras mil ceremonias que, por no cansar, pasó en silencio. No se cansó el pío Rey Felipe en verlo todo, desde el principio hasta el cabo, aunque no le sobraba salud, porque jamás le vimos vencido en ninguna cosa eclesiástica, aunque más prolija fuese; no se hace esto en Reyes tan grandes, en tanto regalo criados, sin gran unción de espíritu.

Mandó el Nuncio a los Diáconos limpiasen la mesa del altar con unos lienzos gruesos para enjugarle el óleo y el agua, las cenizas de las candelas e incienso que se habían quemado encima. También tiene esto su secreto; quédese sepultado en él. Limpióse él también las manos con migajones de pan y después con agua. Los subdiáconos le presentaron luego las toallas nuevas y otros vasos del servicio de la iglesia y altar para que las bendijese. Hízolo, echóles agua bendita y, luego, los ministros pusieron encima de la mesa del

altar consagrado un lienzo encerado que la cubre toda. Sobre éste vinieron luego las sábanas y manteles benditos, frontales, frontaleras, cruz y candeleros, con que quedó adornado.

Quiere Hugo de San Víctor que todo esto se advierta, porque en el lino blanco y lienzos limpios con que lo componen se significan la pureza que alcanza el alma, altar de Dios, en el bautismo, y se da una como muestra de la gloria incorruptible, que llama San Pedro guirnalda florida que jamás se marchita.

En el entretanto que se hizo esto cantó la escuela antífonas y salmos y responsos celestiales llenos de alegoría santa a propósito del atavío y gala de la nueva Esposa. Perfumóla e incensóla muchas veces el consagrante para que dentro y fuera huela bien y se exhale de allí una fragancia cual la sintió el gran padre Isaac del vestido de su hijo Jacob cuando le echó la bendición tan cumplida.

Dichas algunas oraciones, se tornó a la sacristía, quitóse la capa con que había celebrado toda esta acción admirable, vistióse para decir la misa mayor que, aunque muchos afirman no ser de esencia del acto y que se puede consagrar sin que se incurra en algún defecto, es bien decirse. Y, aunque estaba cansado, la celebró con mucha devoción y solemnidad.

Viose aquel día en todos cuantos aquí se hallaron una general reverencia, devoción y piedad, con mucha perseverancia y asistencia. Animaba a esto ver un Rey tan pío, aunque tan viejo y enfermo, tan sin cansarse, asistir a todo con tan admirable celo de las cosas divinas, y también ser cosa tan nueva esto de consagrar iglesias en España por haber faltado el uso de ello y la devoción, y aun por miedo de algún desacato e irreverencia.

Acabóse la misa cerca de las cuatro de la tarde, oficiándola los religiosos con tanta alegría y sentimiento espiritual, que parecía comenzaban entonces, aunque habían dormido poco la noche antes y muchos de ellos ni se habían desayunado ni aun sentado, empleándose en cantos y alabanzas divinas, y puedo afirmar que fue para todos nosotros uno de los días más festivos y alegres que en esta casa hemos visto.

El día siguiente quiso el Rey se consagrara el altar de las reliquias de la parte del Evangelio, que es de Nuestra Señora, y el día siguiente, el que responde de la otra parte, que es de nuestro padre San Jerónimo. Consagrólos el mismo Nuncio y estuvo presente también el Rey, que no perdió punto. La solemnidad y santas ceremonias de esto son muchas y tan llenas de sacramentos, que era menester tomar desde aquí ahora otra nueva carrera para declararlas o decir algo de ellas.

Admiración me pone ver qué lacios y sin fuerzas nos hallamos para siquiera leer estas cosas divinas y estos primores de la religión cristiana de que tanto nos preciamos, siendo tan ignorantes de ellos, y qué diligentes y

despiertos para todo lo que es negociación humana y gustos terrenos, cómo madrugamos a tomar los mejores puestos y ser de los primeros, argumento y señal viva de la muerte que en nosotros reina. Cada día en la Iglesia consagran los Pontífices aras, que son altares portátiles, aunque raras veces todo el altar, y, con ser un misterio tan alto y un punto tan importante de nuestra religión, no nos corre más gana de saberlo que si fuésemos de Fez.

En este santo y consagrado templo hay cuarenta altares consagrados (no los nombro todos en particular por no cansar a los lectores; dirélos a bulto): ocho de ellos son de Apóstoles y Evangelistas; otros ocho, de mártires y confesores; cinco, de Doctores de la Iglesia; seis, de Vírgenes; los otros son de otros santos devotos de Su Majestad, como San Juan Bautista, San Miguel, San Mauricio, Santa Ana y Once mil Vírgenes, la Magdalena y otros.

En cada uno de estos están puestas en la cueva o sepulcro que se hace en medio de la mesa muchas reliquias de santos, y creo que desde el principio de la Iglesia hasta hoy no se ha visto templo donde haya cosa semejante, memoria digna de la insigne piedad de Felipe II y digna Basílica y Casa Real del gran mártir Lorenzo, español, donde en ricos encajes y fundas preciosas reposa tanta parte de sus reliquias y de otra infinidad de santos, como vimos en la plática del consagrante y veremos luego en el discurso que se sigue.

Que si fue cosa tan lícita, tan santa y aprobada de Dios con maravillas y milagros continuos del Cielo que David y Salomón edificasen aquel templo tan admirable para que reposase allí el arca del Señor, que, sentado en las alas de los dos querubines, les servía de escabel a sus pies, y al fin no era más de madera y oro y todo sombra y figura del bien que tenemos, cuánto más lo será éste, que encierra dentro de sí los huesos y los cuerpos de tantos santos que fueron vivos templos y cielos de Dios, donde, como el mismo Señor dice, vinieron a hacer morada todas las divinas personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, a quien por siempre sea infinita gloria.

DISCURSO XIX

Las cuatro cajas de reliquias que vinieron a San Lorenzo, la solemne procesión con que se recibieron y la postrera venida que Su Majestad hizo a esta su casa.

Porque de todo punto quedase colmado este único Santuario y gloria de la piedad de Felipe II con los tesoros y riquezas del Cielo, con sumo secreto y de años atrás había el prudentísimo Monarca alcanzado licencia, privilegios y breves de los Sumos Pontífices para sacar por las más lícitas y santas maneras que pudiese, de toda Alemania, reliquias de todos los santos de cualquier

iglesia o monasterio que quisiesen condescender a sus peticiones, y de cualquier tamaño o grandeza, aunque fuesen cuerpos enteros de santos.

Habidas estas licencias y ofreciéndosele ministros (deparábaseles Dios) que supiesen ejecutar sus devotos deseos, sin perdonar ningún género de costa ni de intereses, se allegaron en diversas iglesias, monasterios y conventos de Alemania grande suma y tesoro de ellas, gratificando a los interesados con larga mano.

El servicio singular que en esto se le hacía sería hacer un libro grande si menudease en decir las cosas que en esto pasaron o si quisiese hacer aquí catálogo del número de este incomparable tesoro. Y pues tengo de hacer particular discurso de los relicarios, no quiero decir la cosa dos veces, sólo diré lo que es propio de este lugar.

Los ministros principales que entendieron en esto fueron cuatro o cinco: el padre fray Baltasar Delgado, religioso de la Orden de San Agustín, persona de mucha diligencia y cuidado, enviado desde España por Su Majestad para negocio de tanta importancia; el doctor cristiano Lauvenberch, varón docto en Derechos, prudente y solícito, que era como el abogado y letrado de esta causa, para que no se hiciese cosa que no fuese muy puesta en razón y derecho, y Georgio Braunio, Comisario Apostólico, con especial facultad de Su Santidad para entender en esto; Gabriel de Roy, que era como mayordomo y tenía el cuidado del gasto, y el último, Rolando Vueierstras, Notario Apostólico, que dio fe y testimonio de los lugares donde se sacaron y congregaron los cuerpos, cabezas, brazos, piernas y otras reliquias de santos.

El año 1597, que fue el sexto del pontificado de nuestro Padre Santo Clemente VIII, el 16 de diciembre, se habían juntado, cerrado y sellado con gran fidelidad cuatro cajas grandes de reliquias por la industria y singular solicitud de estos ministros.

Habiendo dado su consentimiento para ello muchos príncipes y señores de aquellos estados por condescender con las peticiones y tan santos deseos del Rey Felipe, y porque muchas de ellas no eran veneradas en los lugares que estaban con la decencia que era razón, y por el peligro que corrían en venir a manos de los herejes que, como tan del bando del enemigo de Dios, hacen sangrienta guerra a sus santos.

Cerradas, pues, y selladas las cuatro cajas con muchos sellos y testimonios y envueltas en lienzo encerados para que el agua ni la nieve no pudiese ofenderlos, ordenaron su jornada estos cuatro ministros. Hizo una diligencia el padre fray Baltasar Delgado que ni a Su Majestad ni a ningún hombre prudente pareció bien, y si la excusara hubiera ganado mucho: como estas reliquias son de santos tan antiguos y de aquel tiempo que la sinceridad y pobreza de los cristianos resplandecían tanto en la Iglesia,

estaban guarnecidas muchas de ellas pobre y toscamente, unas en cajas de palo, otras en cobre, otras en plata, aunque poca, de preciosísimas y sencillísimas, aunque santísimas labores y guarniciones con pedrezuelas de vidrio, alguna poca y pobre aljófar, que todo era un fidelísimo testimonio de la pureza, reverencia y verdad de aquellos buenos siglos en que había tanta Fe y tan poca plata; por las que se vinieron como las halló se arguye lo de las otras. Vino una quijada entera de aquella niña de trece años, más fuerte que todos los jayanes del mundo de aquella enamorada cordera, digo, Esposa de Jesucristo, Inés, que me parece se ve aun en ella aquel rosicler del cielo de que se preciaba estar esmaltada cuando decía: *Sanguis eius ornavit genas meas* («Su sangre —habla de su Esposo Jesucristo— hermoseó mis mejillas»).

Y está este inestimable tesoro en una guarnicioncilla de plata, pobre y poca, sobre tres pies, como de grifo, que ya la misma guarnición merece ser tenida por reliquia por su antigüedad y sinceridad y el olor que da de aquellos siglos de oro. Está un brazo de San Ambrosio sobre otros dos horquillas de plata tosca y poca, atravesada como por puente; no sé si quisieron significar con esto que era de Pontífice, y de estas purezas y sinceridades había admirables cosas; los huesos y las cabezas, con el tiempo y con el poco cuidado y custodia llenas de polvo, gastadas y negras, que argüían una venerable antigüedad llena de reverencia y adoración.

Acordó este padre, pareciéndole hacía gran servicio al Rey y se mostraba devoto a los santos, lavar los huesos y dorarlos a trechos, como si fueran alforzas, púsoles dijes y guarniciones de seda y oro, caireles y torzales y otras cien cosas que no sé cómo me las llame, cosa ridícula y de que el Rey recibió pesadumbre, sin servir de más de gastar dineros y tiempo y quitar mucha parte de la autoridad; mas al fin su celo y deseo fue santo.

Partieron de Colonia Agripina, ciudad asentada en las riberas del Reno, patria de la infeliz madre de Nerón, el 30 del mismo mes de diciembre, sacando las reliquias en un carro escondidamente, fingiendo que era cierta hacienda de un pariente del Doctor Christiano, porque los herejes y otras personas malintencionadas pretendían estorbar esta tan santa jornada haciendo fuerzas y agravios, hasta prender al padre fray Baltasar con título de cierta resta de dinero que debía; pagóse y soltáronle, y al fin pasaron con las reliquias aquel día el Reno, río famoso.

El domingo siguiente, que se contaba 4 de enero de 1598, llegaron a Francfort, habiendo pasado montes asperísimos cerrados de nieve y de hielos, con grandísimo trabajo y peligros, porque se vieron una vez rodeados de una escuadra de herejes calvinistas. Quiso Dios que con decirles era cierta mercadería, no llegaron a ellos, que se tuvo por milagro, ni querer robarlas ni saber qué era, cegándoles Dios los ojos porque no cayesen los huesos de sus santos en bocas de tan rabiosos perros.

Pasados mil peligros de montañas y valles, riscos, piedras, pantanos, ríos y nieves, diversidad de gentes y pueblos, escapando de mil encuentros peligrosos de herejes, casos muchos de ellos milagrosos, que también por abreviar los pasos presto, teniendo por cierto que los méritos de los santos cuyos preciosos despojos traían consigo los libraban de todos.

Llegaron a Milán el 26 de enero, que parece como imposible, en tan breve tiempo, en medio del rigor del invierno, atravesar tierras tan peregrinas e inhumanas y llegar todos salvos y sanos y las cajas del tesoro sin haber recibido daño alguno.

De allí partieron a Génova, donde se embarcaron, y llegaron con felicísimo viaje a España, dejándose atrás en la mar muchas naves que habían partido antes que la suya, con no poca admiración de los mismos marineros, porque nunca tuvieron viento próspero y contra ellos, y sobre toda diligencia humana, se vieron, con la ayuda divina, en puerto seguro.

El lunes de la Semana Santa, que fue 16 de marzo, llegaron a la playa de Barcelona. El jueves siguiente entraron en la ciudad y aposentaron las santas reliquias en el monasterio de San Agustín. Estuvieron allí algunos días.

Partió Gabriel de Roy por la posta a Madrid a dar la buena nueva a Su Majestad. En el entretanto, fray Baltasar Delgado trataba de hacer una muy solemne procesión con ellas y, para esto, hizo muchos adornos de ramilletes de seda, hilo de oro y de plata para componer las andas en que habían de ponerse las santas reliquias, cosa bien excusada.

Como se detuvo algunos días en esto, Gabriel de Roy, que era hombre diligente, volvió con presteza a Barcelona, llevando orden de Su Majestad para que no se detuviese un punto, ni hiciese alguna ostentación con ellas, y así se quedó aquella procesión y la costa tan sin para qué.

El 29 de abril llegaron a Zaragoza, y desde allí, sin detenerse, vinieron a Barajas, donde aguardaron la orden de Su Majestad; mandóles que el 8 de mayo entrasen con ellas en Palacio, sin demostración ni estruendo. Advirtieron estos ministros, y con razón, que muchas de las veces que entraron en pueblos señalados parece les tenía Dios aparejado el recibimiento, sin que entendiese nadie la secreta disposición divina.

En Francfort hubo un recibimiento de tres mil calvinistas que, en cierta fiesta suya, que quisieron que no, fueron acompañando y haciendo estado a las santas reliquias. En Milán se les hizo gran recibimiento, porque estaban al punto que entraron haciendo una solemne fiesta a los embajadores de los elvecios, que habían concertado ciertas paces de importancia. En Génova se les hizo salva con la artillería cuando llegaron, porque entraba el Virrey de Sicilia, que era el Duque de Maqueda. En Barcelona salió el Jueves Santo, como a recibirlas, una muy solemne

procesión de disciplinantes y, finalmente, en Madrid, se encontraron con otra procesión devotísima que salía de Santo Domingo el Real y llevaban la imagen de Nuestra Señora de Atocha.

Todo esto para nosotros es acaso, mas no para el Señor de la casa, que dispone en esta del universo todas las cosas con sumo acuerdo y providencia. Vio Su Majestad las santas reliquias, estando presentes el Príncipe y la Infanta, una y dos veces, y adorólas con suma reverencia y alegría, que la recibió grande viendo en su poder un tesoro tal que en su comparación el de sus reinos lo estimaba en nada. Mandaba leer los testimonios con gran cuidado y ver las minutas, y hacer traslados de lo uno y de lo otro, y andaba tan codicioso y tan santamente avariento en esto, que pasaron sobre el caso cuentos extraños; porque con ser tanta la multitud de reliquias y piezas tan grandes y notables, se le iban los ojos tras cualquiera partecilla que se desmoronaba o caía, o le parecía que podían tomársela; en ninguna parte las tenía por seguras, de todos sospechaba y se recelaba; hacía que le pusiesen muchas de ellas en los ojos, y en la boca, y en la cabeza, en las manos, donde le apretaba aquellos días la gota, que le fatigó mucho. Y, después de haberse recreado en el alma y dádose (digámoslo así) un verde de aquellas flores del cielo, mandó a fray Martín de Villanueva, profeso de este convento, a cuyo cargo están los relicarios, y a Antonio Boto, su Guardajoyas, que las pusiesen en sus mismas cajas donde vinieron. Y es razón advertirlo, que con ser de madera, aunque cayeron muchas veces las mulas o machos que las traían y rodado con ellas por lugares muy fragosos, no recibieron daño alguno, que se tuvo por notable maravilla.

Antes que se encerrasen hizo la villa de Madrid una solemne procesión con el Santo Sacramento en acción de gracias por la salud de Su Majestad; pasó por delante de Palacio, donde estaba hecho un rico altar frontero de las ventanas del Rey, y mandó poner en él doce cabezas, seis de santos y seis de santas, en sus relicarios de plata. Estuvo Su Majestad en la ventana frontera en tanto que la procesión pasaba; desde allí adoró el Sacramento y las reliquias.

Quiso el Príncipe, nuestro señor, hallarse en esta procesión, que con lo uno y lo otro se regocijó y consoló el pueblo grandemente. Mandó Su Majestad que se hiciesen inventarios y minutas de nuevo, repartiéndolas por sus órdenes y clases, y se trajese luego todo aquel riquísimo tesoro a este convento, guardajoyas de cosas santas, para que se juntase con lo que aquí había, que con ser tanto y tan excelente ni en número ni en estima le hacía ventaja.

Llegaron aquí fray Baltasar Delgado y fray Martín de Villanueva, con los demás ministros, el viernes, a las cinco de la tarde; traían la instrucción de Su Majestad de lo que mandaba se hiciese en este recibimiento. Sacaron las cajas del carro y lleváronlas a depositar a la capilla del Sitio, donde se administran los sacramentos a los seglares que aquí residen. Saliólas a recibir el Prior con algunos religiosos, sin solemnidad ni estrépito; depositáronse en la sacristía

de la misma capilla y, aposentados y recreados los huéspedes que las habían traído tan largo camino, se estuvieron así todo el sábado para aparejar lo necesario al recibimiento.

El domingo por la mañana, que se celebraba la fiesta del glorioso doctor San Basilio Magno, se dijo en el Convento la misa del santo y los niños del seminario dijeron la misa del alba, con mucha música y solemnidad, en la capilla del Sitio, donde estaban las santas reliquias. Habíanse ya sacado de la sacristía y estaban puestas encima de los altares, en sus mismas cajas, adornadas como era razón. Hízose una calle de arboleda, verdura y flores, harto apacible y fresca, que corría desde la puerta principal del pórtico por toda la lonja o plaza, dando vuelta por la torre y esquina de la casa que mira al Norte; desde allí tiraba por la otra fachada adelante, hasta embocar por la puerta del antepecho que divide aquella plaza y, subiendo por la calle que se hace entre los dos casas de los oficios reales, vino a parar hasta la misma puerta de la capilla. Estaba tan llena de verdura y tan amena que parecía caminábamos por una espesa selva.

En las puertas, arcos, jambas y pilastras, así del pórtico como de la iglesia mayor, en la capilla del Sitio, había mucha poesía y muchos géneros de versos, sonetos y canciones, coplas castellanas, epigramas de mucha devoción y sal, en lengua latina, y amorosísimos versos líricos, así de algunos padres del Convento como de los dos Colegios de los religiosos y Seminario y de otras personas que convirtieron los ingenios, ocupados en más forzosos estudios, a las alabanzas de tan celestiales huéspedes. Pudiera insertar aquí muchas de estas poesías, que dieran no pequeño gusto, si no se embarazara la corriente y la gravedad de la historia, y aun fuera difícil escoger las mejores sin dejar agraviadas las otras. Bastóles para su premio que, teniendo noticias de ellas Su Majestad, quiso se las enviasen todas y se las leyesen despacio, que no fue poco, porque no se le sintió mucha afición a la poesía.

Por en medio de esta calle salió una procesión de ciento cuarenta religiosos de San Jerónimo, la más grave y bien concertada que juraron haber visto personas seglares que aquí se hallaron, y no es mucho, pues a nosotros mismos, que tantas veces nos vemos en otras, se nos hizo nuevo. Iba delante un Diácono con la Cruz y los acólitos con sus candeleros altos muy ricos, vestidos de dalmáticas y tunicelas de carmesí y cenefas de brocado. Tras ellos, dieciséis Diáconos de cuatro en cuatro con diferentes dalmáticas y cordones; los del cuartel primero las llevaban de tela de plata y cenefas y cordones todos blancos como unos armiños, representando la virginal pureza; los del segundo iban de colorado y blanco, de un damasco y tela de maraña de seda muy vistosa, para significar la virginidad y el martirio; los del tercer cuartel llevaban dalmáticas amarillas de un rico brocado con cenefas tejidas y bordadas a propósito, que representaban los

santos confesores; los cuatro últimos llevaban dalmáticas de brocado y tela de oro carmesí, con cenefas tejidas y bordadas, para significar los mártires y apóstoles gloriosos. Hacían todos una alegre variedad, figurando en los ojos de los que los miraban aquellas diversas estancias, moradas, premios y coronas de los ciudadanos del cielo. Sin estos dieciséis Diáconos, iban en medio otros seis caperos, que llamamos cantores, todos con ricas capas de brocado colorado.

A la postre iba el Prior (que hacía el oficio) con cuatro acompañantes, todos con capas de brocado carmesí muy rico, y el Diácono y subdiácono, con dalmáticas de lo mismo. De la misma tela y cenefas estaba compuesto el altar mayor y todos los cuarenta altares de la iglesia. En medio también de este santo escuadrón iban los cuarenta niños del Seminario, con sobrepellices y candeleros altos de plata. El coro todo de los religiosos llevaba mantos, las capillas cubiertas como lo acostumbramos cuando salimos en público, libros en las manos y los ojos en el suelo, y así caminaron por entre aquella selva, que le cuadró aquí bien el nombre por ir todos con un silencio y gravedad tan santa que ponía calma en los sentidos, y certificaron muchos que parecía una cosa más que de la tierra.

Llegados a la puerta de la capilla donde estaban las reliquias, entraron dentro solamente el Prior con sus ministros y acompañantes y los dieciséis Diáconos y algunos religiosos más antiguos que cupieron. Estaba dentro harto bien adornada la capilla, con mucha variedad de pinturas y de flores, no sólo de la tierra y de los jardines, sino de los ingenios.

Hechas las genuflexiones y adoración debida al Sacramento y a las reliquias, incensando con suaves perfumes lo uno y lo otro, dichas las oraciones competentes, llegaron los Diáconos, y de cuatro en cuatro, como habían venido, tomaron sobre sus hombros las cuatro cajas que estaban en los altares, afirmando para descansar con báculos u horquillas que llevaban en las manos. El Prior y los cuatro acompañantes llevaron también en las manos algunas preciosas reliquias. El Prior llevaba una cruz con *Lignum crucis*, y los dos acompañantes inmediatos, dos ángeles de plata, que el uno tenía de la púrpura con que fue Nuestro Señor escarnecido en casa de Herodes, y el otro del manto de Nuestra Señora. Los otros dos, el uno llevaba la quijada entera de la virgen y mártir Santa Inés, y el otro un relicario con algunas espinas de la corona de Nuestro Señor.

Al punto que movió la procesión levanta todo el coro de los religiosos la voz al cielo, entonando, en canto de órgano, un salmo, y fue con tanta devoción y suavidad que se vio en un instante romper por los ojos de todos gran copia de alegres y devotas lágrimas. Y era muy de ver cantar y llorar juntamente, como cuando por medio del rocío y de la lluvia se parecen los rayos del sol.

De esta manera, alternando antífonas y salmos, caminó la procesión, llevando la vanguardia de este divino escuadrón los Diáconos que iban vestidos de

blanco, representando aquellas azucenas puras que están ya gozando el fruto de sus esperanzas. El segundo lugar, las vírgenes y mártires, cándidos y rubicundos, muy parecidos al esposo. El tercero, los amarillos confesores, que trocaron la amarillez de la penitencia en el oro suave de la visión divina. En la retaguardia, y haciendo espaldas a todos, iban los que lavaron sus estolas en la sangre del Cordero, Apóstoles y Mártires, que con esta misma metáfora nos pinta el Espíritu Santo a su Esposa cuando dice que se parece a los escuadrones y batallas bien ordenadas. Así llegaron hasta la mesa del altar mayor; estaban cuatro altares aderezados con los mismos colores, dos de un lado y dos de otro, mirándose de frente, en los espacios que hay entre una y otra puerta de los oratorios.

Advirtieron muchos, con buena consideración, que el día que se asentaron las basas de los cuatro pilares grandes que sustentan toda la fábrica de esta iglesia fue día del glorioso San Basilio, clara lumbrera de la Iglesia, y en el mismo ahora entraban otras cuatro cajas llenas de santísimas prendas del cielo, para que las columnas y basas y todo el templo tengan eterno fundamento y firmeza en tanto que la Iglesia del Señor durare. Subióse luego el convento al coro y comenzóse una misa de mucha solemnidad. Mandóme mi prelado la tarde antes que predicase, y como me cogió tan de repente y yo andaba tan alborozado con la fiesta, no sé qué me dije, porque ni pude escribirlo ni aun meditarlo. Si fue verdad lo que algunos me dijeron, diré me aconteció a mí lo que Dios dijo y prometió a sus mártires: *Nolite cogitare quomodo aut quid loquadamini, dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini, non enim vos estis qui loquimini*, etcétera. Sólo me acuerdo que tomé por fundamento lo del Eclesiástico: *Sapientiam sanctorum narrent populi, & laudes eorum annuntiet Ecclesia*, etc. Y aun esto me lo advirtió no sé quien, que yo no cayera en ello.

Acabada la misa, se hizo la entrega de las santas reliquias de parte de Su Majestad por fray Baltasar Delgado y sus compañeros al Prior del convento y a fray Martín de Villanueva, estando las cajas cerradas y en buena custodia, conforme a la institución, hasta que vino el Rey.

He querido decir esto así, por ser un acto y un día de los más regocijados para el espíritu que se ha visto en esta casa desde el día de su fundación, porque, como no hubo mucho concurso de gente que turbase ni otro ruido, gozóse bien, y fue propia fiesta de religiosos. La relación de este recibimiento y procesión, y aun el retrato y diseño, enviaron a Su Majestad, y como despertado de una santa envidia (que quisiera hallarse en ella), se alentó mucho contra su natural flaqueza, porque aun se estaba flaco y gastado de las continuas dolencias y mal convalecido, y determinóse de partir para su casa de San Lorenzo o, por decirlo mejor,

para su gloriosa sepultura. Caminó en una silla a manos de hombres, porque ya no podía de otra manera.

Trajéronle por el más llano camino que pudieron. Llegó a la Fresneda entre cinco y seis de la tarde, a 5 de julio de 1598, habiendo partido de Madrid la última vez de su vida el último día de junio. Quedáronse aquella noche en Valdemorillo el Príncipe y la Infanta, sus hijos. Salióle a recibir a la Granja el Prior, fray García, con algunos otros religiosos. Podré yo decir, por ser uno de ellos, la alegría y contento grande que el santo Rey traía, viéndose en su centro. Venía casi echado en la silla, hecha para esto a posta. Preguntándole cómo venía, respondió con alegre semblante y con aquella majestad que siempre bañaba su rostro, que muy bueno, y que tenía las manos mejores que otras veces, mostrándonos con la prueba la verdad, porque traía consigo algunos libros, tomó uno y abrióle con harta liberalidad.

Durmió aquella noche en la Fresneda, lo cual no me acuerdo haberlo visto hacer otra vez. Creo fue la primera y postrera. Lunes luego, a las nueve de la mañana, llegaron sus hijos, comieron allí, y a la tarde entraron juntos padre e hijos en este convento, recibéndolos como otras veces, y fue este el último recibimiento de nuestro fundador, que no lo renueva la memoria sin lágrimas.

El martes siguiente fue la vela del Santo Sacramento: tan medida traía siempre el piísimo Rey esta estación. Gozó de la presencia de su Señor, poniéndose en sus manos con la devoción que había ejercitado tantos años atrás.

El miércoles siguiente salió a ver su casa, dio vuelta por algunas partes de ella, como despidiéndose de aquella obra de sus manos. Tornó a ver muy despacio las reliquias que había enviado y no parece se sabía apartar de ellas, dando trazas cómo se habían de ordenar y componer.

Entró después en la librería principal. De allí tuvo gana de subir a la alta, porque le dije había mudado el asiento de los cajones de aquella pieza, que no me contentaba el que tenían de primero. Violo y agradóle, porque quedó la pieza muy desembarazada y alegre. Creo fue lo postrero que vio en esta su casa.

Los dos días siguientes salió a ver los relicarios que se iban asentando para poner las reliquias que habían venido de nuevo, porque no cabían en los que aquí estaban. Como traía ya el cuerpo y la salud tan delicado y quebradizo, con el movimiento, aunque era poco, pues iba siempre sentado y casi echado en la silla, le dieron unas terciánillas. Convaleció de ellas a sobrepeine, tornó a revolver sobre el mal que estaba dentro, y el 22 de julio, cerca de la medianoche, le volvió la calentura, que fue como la postrera aldabada y el último grito de los mensajeros que envió delante el Esposo para que se aparejase y saliese a recibirle aquella alma santa, como lo veremos en el discurso que se sigue.

DISCURSO XX

La última enfermedad y feliz muerte del Rey don Felipe II, Fundador de este convento, con otros particulares que tocan a su fundación.

La última enfermedad y el felicísimo tránsito de nuestro gran fundador el Rey don Felipe II, nuestro señor, está escrita como cosa de tan ilustre ejemplo largamente, con muchas y muy pías consideraciones, con la verdad y entereza que se puede desear, por el Licenciado Cervera de la Torre, su capellán. Con esto quedaba yo bien excusado, aunque soy testigo de vista, de tornar a repetir lo que está tan cabalmente dicho. Mas ¿quién no me acusará de corto ni aun de ingrato? Y, sin duda, quedaría cuanto se ha tratado hasta aquí como sin alma o sin vida, si callase esta muerte.

Procuraré referirla con la brevedad que profeso y por los mismos pasos que el caso fue procediendo, pues lo mandan así las leyes de Historia. Añadiré lo que dejó ordenado en su último codicilo para esta su casa, junto con las cargas y obligaciones que quiso sustentásemos los que vivimos en ella. La recaída y calenturas que le dieron al Rey el miércoles, 22 de julio, eran dobles y, tan importunas, que se alcanzaban unas a otras. Esto sobrevenía a otros muchos ages de atrás, porque quiso Dios ejercitar en paciencia por largo tiempo a su siervo y dejarnos en él un ejemplo clarísimo de mil virtudes que, si en los Reyes no se aprenden, no hay que buscar escuelas ni libros que más vivamente las enseñen. La más prolija e importuna dolencia que le afligió fue la gota (mal que dicen se hereda). Duróle más de catorce años, y los siete postreros (desde que le dejaron de sangrar) con el curso que antes le derribó, de suerte que nunca convaleció con firmeza y le fue forzado, por la ternura de los pies, traer siempre una cayadilla en que afirmar. Causó este mal dolores agudísimos, porque aquella división que va haciendo el humor corrompido en los artejos y coyunturas de las manos y pies, partes sensibles por extremo, por ser de poca carne, todo nervios y huesos, que, como se desencasan, atormentan despiadadamente, como lo muestran los gritos de los que lo padecen; aunque no los conociéramos por ellos en nuestro Rey, pues no fueron estos dolores continuos y de tantos años poderosos para descomponer el grande sufrimiento y modestia de este siervo de Dios. Testigos de tan singular paciencia los que asistieron continuamente en su servicio. Para que, a la postre se fuese purificando más claro, en los dos años y medio antes de su fin avivó Dios las brasas de su crisol; quiso que se emprendiese en sus huesos una fiebre ética o habitual que le afligía continuamente, consumiéndole las carnes, hasta que no le dejó sino el

pellejo y los huesos, y tan sin fuerzas, que de allí adelante sirvió de poco el báculo, pues le fue forzoso andar en una silla y verse como llevar a enterrar cada día. Juntóse con esta ética una muy mala compañera, un principio de hidropesía, hinchándosele el vientre, muslos y piernas, que bastara por sí solo este rabioso accidente a descomponer el hombre más asentado del mundo, por la implacable sed que causa en las entrañas; pasión que aflige más que todas cuantas nos acometen; y lo peor es que con ninguna cosa cobra más fuerzas como con lo que más se apetece, que es el agua, y así el tormento que padecía de sed y sequedad un Rey tan delicado, criado en tanto regalo y concierto de vida y durarle tanto tiempo, bastara a derribar la paciencia más encarecida de cuantas leemos en hombres, pues vemos que la menor de estas causas no deja juicio ni resistencia. Si esta hética e hidropesía fueran males confirmados, aunque acabaran más presto, no fueran a lo menos tan penosos ni tan prolija la muerte, atormentando despacio con tan sensibles acontecimientos como hacen cada día con el humor que se va pudriendo y alimentándose la materia con el cocimiento del calor nativo; que cuando ya el humor no cuece ni tiene nuevos tormentos en que hacer vencido el sujeto, no son tantos los dolores ni con mucho, porque falta la resistencia; mas quiso Dios que su siervo se fuese asando poco a poco, porque cuanto fuese más largo el sufrimiento, echasen los méritos más hondas las raíces. Y así pasó estos dos años y medio con grandísimo martirio, levantando los ojos de su esperanza a su Dios y Señor, implorando el auxilio y favor de sus santos.

Sujetábase a las reglas y preceptos de la medicina y médicos con tanta puntualidad, que no parecía Rey cuyas voluntades y apetitos no tienen superior; y si viéramos que sus desórdenes y poca regla eran como las de otros, pensáramos que él había tomado estos males por su mano; mas siendo en él tan conocido un concierto de vida singular y tanta obediencia a sus médicos, es forzoso decir fueron todos estos males regalos enviados por Dios, o, digámoslo así, piedras preciosas para el adorno de la corona de otro mayor Reino.

Sobre todos estos males, año y medio también antes de esta última enfermedad, para que ni se valiese de pies ni manos, se le hicieron cuatro llagas en el dedo de en medio de la mano derecha, y otras tres en el dedo índice de la misma mano, y otra en el dedo pulgar del pie derecho, que de noche y de día le estaban atormentando, y particularmente cuando se las curaban. Hiciéronse éstas del humor superfluo corrompido y encendido, que rompía por los lugares más flacos, y con el fuego que traía consigo, que royendo las partes vecinas, donde se causaba un escocimiento insufrible, manándole materia con tan agudos dolores que aun la sábana no podía sufrir encima.

Cuando llegó aquí a San Lorenzo esta postrera vez, había mejorado un poco de estas llagas, que todo el invierno y verano de antes le habían afligido

gravemente, sirviéndole como de acuerdo en el dedo y de despertador para hacer continuas gracias al Señor, pidiéndole paciencia y sufrimiento para recibir azotes de tan clementísimo padre.

Ahora, últimamente, cargaron, como dije, las calenturas dobles, de las que llaman los médicos subintrantes, que, en dejando la una, comenzaba la otra. Martillos redoblados sobre el yunque de tan magnánimo corazón como el de Felipe, que, como conocía bien el brazo divino que los meneaba, humilde y callado recibía los golpes.

Comenzó ahora como de nuevo a acometerle una espantable escuadra de miserias, que, aunque alguna de ellas bastara a acabar con la vida, ninguna ni todas juntas pudieron mellarle la paciencia, ni fueron parte para que saliese de su boca palabra que supiese a impaciencia. En lo que pienso hizo alguna ventaja al pacientísimo Job (dejo aparte el misterio y la figura), pues, si lo miramos a lo menos en la corteza, le oímos se queja gravemente de sus males y se pone a cotejarlos con la inocencia de su vida, arguye a ratos con Dios y aun tiene tedio de sí mismo y de su vida y hace, al fin, tantos extremos, que si el mismo Dios no aprobara su santidad y le autorizara con aquel ilustre nombre de su siervo, nos dejaran sus palabras y razones hartas para poner en duda su inocencia. Ni aun bastó todo esto para que algunos atrevidos y mal enseñados no sintiesen aviesamente de su entereza.

No quiero ponerme a cotejar los males del uno y del otro ni a contar por menudo aquellas llagas, ni averiguar si fueron éstas como aquéllas, o si fueron entrambos Reyes, en quien los males, por mil razones, son más incomportables, por la delicadeza del sujeto, el regalo de la vida, no tener uso a sufrir trabajos en el cuerpo, hechos a ser servidos, temidos, adorados, sin que ni aun de lejos hayan visto claro la miseria y descomodidades.

Diré a lo menos que el santo Job fue ejemplo de la paciencia natural antigua, humana y no más de sombra o figura de la que habían de tener delante de sus ojos los que se llamasen cristianos. Y, pues, por nuestros pecados se han borrado tanto de nuestras memorias el original y el traslado, pongamos siquiera los ojos en la de un Rey que vimos y tratamos tantos años, pues no es de menor ejemplo que la de Job.

Sea Rey en buen hora el santo Job, como algunos quieren (aunque no he visto en qué se fundan, pues ni el texto original ni el paráfrasis caldaico, que es de tanta autoridad ni la traslación *Vulgata*, que es de mayor, jamás le dieron tal nombre ni le callan de ninguno que lo hayan tenido). Mas ¿qué diferencia va (cuando lo sea) de Rey a Rey? El texto sagrado le cuenta los siervos, los camellos, asnas y los ganados, y se ve claro que nada era en comparación de lo que abarca nuestro Monarca.

Mas si hacemos el tanteo de las llagas y dolencias, no le hallaremos menos lastimado o menos enriquecido. Mas quédese esto aparte, sienta cada uno como quisiere; no le comparo con nadie, ni él tenía otra cuenta sino con Jesucristo, de cuya figura jamás quitaba sus ojos. Vamos refiriendo el curso de su dolencia, que ella nos dirá la verdad de lo que hemos afirmado.

Después de haberle fatigado siete días continuos las fiebres que sobrevinieron a tantos ages, cuando había de hacer alguna indicación la naturaleza, que por eso llaman críticos a estos días nuestros médicos, asado y consumido del fuego maligno, que le tenía ya en los huesos, arrojó en el muslo, encima un poco de la rodilla derecha, una apotegma de calidad maligna, que fue creciendo y madurando poco a poco con dolores muy grandes, porque, aunque procuraron los médicos resolverla con los mejores remedios que supieron, no fue ninguno bastante, porque, a mi juicio, no venían estas llagas por sola la fuerza del mal humor corrompido, sino enviados de aquella mano que usa de todo lo criado como de instrumentos como se hace su voluntad.

Sentíalo así el buen Felipe, y, levantando los ojos, decía con la boca y con el corazón aquellas ternísimas palabras que dijo su Rey y Señor en el Huerto: *Pater, non mea, sed tu voluntas fiat*, que, por haberlas repetido tan innumerables veces, creo le eran singular alivio de todas sus miserias y que nos significaba con ellas que veía proceder (digámoslo así) como a las inmediatas estos azotes de la mano que hemos dicho.

Como no se pudo resolver esta postema y vino a madurar, fue forzoso abrirla con yerro, que, por ser en lugar tal, peligroso y sensible, era de temer y todos temieron no le quedase muerto en el tormento. Abriósele al fin, el día de la Transfiguración del Señor, el Licenciado Juan de Vergara, cirujano de Su Majestad, con la mayor sutileza y el menor sentimiento que fue posible, porque le dio Dios no menor gracia en las manos que en la lengua y en la pluma. Sacóle de ellos gran cantidad de materia, porque el muslo estaba hecho una bolsa de podre que llegaba poco menos hasta el hueso.

Por ser tanta, no contenta la naturaleza con la puerta que había hecho el arte y el hierro, abrió ella otras dos bocas por donde expelía tanta cantidad que parecía milagro no morir resuelto en ella un sujeto tan consumido. No se oyó de la boca de este Príncipe ni grito ni palabra desentonada o impaciente, ni se vieron otros extremos de los que se permiten a cualquier hombre de por ahí; aunque temió este trance el siervo de Dios, que es de temerarios y no de fuertes el no temer en tales trances.

Antes que le abriesen se había confesado y aparejádose como para morir, y le mandó a su confesor, el padre fray Diego de Yepes, que en el entretanto que estaba en el tormento le leyese la Pasión, de San Mateo, consideración llena de piedad, consejo de gran santidad y ejemplo. Cuando llegó (leyendo en voz alta) a la Oración del Huerto y a aquellas palabras: *Pater, non mea, sed tua voluntas fiat*, le mandó que reparase, para con más viva atención poner su

espíritu en Dios y resignarse todo en sus manos, y para sentir de veras en sus entrañas la aflicción del inocentísimo Cordero; remedio efficacísimo para tener en poco la suya y, transportado todo en su Señor, olvidarse de sí mismo y pasar aquel tormento como si no fuera suyo.

Después de abierta la postema y dada la lancetada, mandó a todos los que allí se hallaron, caballeros, médicos, cirujanos y otros criados, hiciesen gracias a Nuestro Señor. Puestos todos de rodillas, las hicieron por la merced que a todos nos había hecho en sacarle de tan peligroso punto.

Con esto quedó muy consolado y con gran sosiego, imitando en esto a los santos mártires, que (como dice el divino Bernardo) transportados en la Pasión del que murió por redimirlos, aliviaban sus dolores en medio de los tormentos, haciéndole gracias por ellos. No pasó de una vez este tormento, porque, cada vez que le curaban, como era necesario traer la materia de muy lejos, jeringaban y exprimían la llaga para sacársela. Salían, entre mañana y tarde, dos escudillas de podre, ocasión de gravísimos dolores.

Aquí filosofan sobre si esta postema es la misma que la que padeció el santo Rey Ezequías, y sobre la manera de la cura, con la masa de higos que hizo el Profeta Isaías; unos dicen que fue la cura a propósito e ilegítima; otros, que no, sino milagrosa, y que antes era nocivo; no es lugar que pide estas digresiones, y quien supiere algo de la lengua original y atinare con el hilo de aquella historia, saldrá fácilmente de estas dificultades, que lo demás no es sino adivinar.

De esta lastimera cura le sobrevino a nuestro Rey otro trabajo grande, que aun para pensarlo es penoso. Como estaba tan lastimado con esta herida y abertura, y con las bocas por donde se descargaba la naturaleza, quedó tan dolorido y sensible, que no era posible menearse ni revolverse en la cama. Era forzoso estar de espaldas de noche y de día sin mudarse de un lado ni de otro; alivio de los que padecen fiebres ordinarias, que no sólo dan mil vuelcos, mas aun no caben en la cama, y mudan otra, cuanto más quien, sobre la hética y continuos ardores, padecía cada día crecimientos.

Así se convirtió aquella cama real, poco menos en muladar podrido, y digo poco, porque no era sino harto peor, de donde salían continuos olores malísimos que atormentaban a nuestro nuevo Job, que, aunque quiere decir que era este mismo muladar en que estaba hecho de su mismo estiércol, por no poderse menear, a mí parecer se engañan, porque el texto original dice que estaba sentado en el polvo o ceniza con la palabra *AEPHER*, que significa polvo de cosa quemada, inútil para que de ella se produzca alguna cosa, y púsose allí Job, por ser lugar de tristeza, costumbre usada en todos los orientales, con que significaban su miseria y la pérdida de sus esperanzas; de suerte que ni estaba Job en la cama, ni revuelto en su estiércol mismo.

En cincuenta y tres días que duró en esta enfermedad, padeció este tan incomportable trabajo; ni se le pudo mudar la ropa que tenía debajo, ni menearle o levantarle un poco para limpiarle los excrementos de la necesidad natural, y mucha parte de la materia que le salía de las postemas y llagas tenían al sufridísimo Rey en una sentina hedionda sepultado en vida. Y quien considerare el asco, curiosidad y limpieza que tuvo siempre en todas las cosas, que una raya en la pared, ni una mancha en el suelo, ni polvo, ni telaraña no sufría, y que podemos decir enseñó, no sólo en su palacio, mas aun en toda España, limpieza y buena compostura en todo, y le viere ahora en tan asqueroso estado, sin quejarse ni mostrar impaciencia ni decir malas palabras, podrá decir que es negocio de más que humano sentimiento y sufrimiento. Siempre me ha parecido que fue ésta una de las más rigurosas pruebas de su paciencia, ejemplo extraordinario que nos dejó de su sufrimiento este señor. El más prolijo martirio que pudo padecer persona de semejante calidad, ni me acuerdo haberlo leído tan largo de otro hombre de los que se puede hacer cuenta. Era esto en tanto extremo, que siendo una vez forzoso levantarle un poco la pierna en alto para que corriese la materia y limpiarle la que le corría por la corva abajo, sintió tan excesivo dolor, que dijo no podía sufrirlo en manera alguna, y replicándole los médicos que era muy necesario y no se podía excusar la cura, dijo con vivo sentimiento: «Protesto, que moriré en el tormento y dígolo porque se entienda». Hizo tanta fe de su dolor con palabras tan desusadas, que cesaron por aquella vez de la cura. Bendito sea el Señor, que a tal extremo trajo a este siervo y juntamente quiso dotarle de tanta modestia y sufrimiento.

Otras muchas veces, cuando le curaban, mandaba, vencido de los dolores agudos, que parasen y detuviesen; otras, que llegasen con tiempo, que para los que conocían su paciencia y fortaleza era gran testimonio de su aflicción y aprieto. Otras veces, y las más, rompía en alabanzas divinas, ofreciendo a Dios su trabajo, y muchas (aunque callando con la boca) los ojos y el semblante mostraban el sacrificio que dentro de su corazón hacía de sí mismo al Señor. De estar echado de esta manera, sin poderse rodear, se le vinieron a hacer llagas en las espaldas y en los asientos, porque ni aun estas partes careciesen de su pena. En otro fuera efecto de consideración, y en este tan lastimado Príncipe, dechado de sufrimiento, no se hizo caso, como ni de otras circunstancias que agravaban excesivamente, dolores de cabeza, sed perpetua, malos olores, que con los accidentes principales estaban como olvidadas. A los treinta días de su enfermedad, de sólo haberle echado una ayuda de caldo de ave y azúcar, le sobrevinieron unas cámaras pestilenciales, hizo más de cuarenta, tan delgado o tan corrompido estaba el sujeto. Éstas se fueron continuando hasta que le acabaron la vida, que, para quien no se podía aliviar, ni mover, ni mudar de ropa, fue otra nueva cruz. No quedaba ya ni lugar ni parte donde sujetarse nuestros males, y porque no faltase ocasión de merecimientos nuevos, unas veces padecía demasiado sueño y, otras, de no

poder dormir, con unos pervigilios penosísimos. Causábase lo uno y lo otro dentro de aquellos humores gruesos, pútridos, melancólicos, que subían de todo el cuerpo al cerebro: unas veces más húmedos e indigestos, otras veces más deseados y vivos.

De allí caían algunas veces a la región del corazón y dábanle unos sobresaltos tristes que le desasosegaban mucho; por otra parte, como los dolores eran agudos, no permitían dejar punto de reposo ni de sueño, y así pasaba de unos extremos a otros. Venía tiempo que era menester mucha diligencia para despertarle entre día, según le cargaban estos malos vapores del cerebro, y se buscaban invenciones para despertarle. La señora Infanta, que estaba mucho tiempo a su cabecera sirviendo en todo cuanto pedía la decencia a su querido señor y padre, le despertaba algunas veces con una industria singular que es bien referirla. Como de ordinario estaban puestas allí en una mesa algunas reliquias de santos, cuando veía que se dormía (sabiendo cuán en las entrañas las tenía el paciente), decía un poco recio: «No toquéis en las reliquias», fingiendo que llegaba a ellas alguno, y luego el Rey abría los ojos, como si le tocaran en las niñas de ellos, y miraba si le andaba con ellas alguno. Contra todos estos males juntos peleaba el siervo de Dios, y ninguno fue poderoso a derribarle de su gran entereza y, lo que es más admirable, que, en medio de tanta aflicción, se compadecía de los que le servían y asistían con él; teníales lástima por el trabajo que les daba; deciales que se fuesen a dormir, a comer, a descansar y a aliviarse un poco; y cuando les mandaba alguna cosa, con tanta modestia como si no fuera Rey y señor, rogándoselo y diciendo: «Por vuestra vida, que hagáis esto, que llevéis o que traigáis aquello»: para que quede con tan gran ejemplo derribada la impaciencia, los desabrimientos y el enfado, el descontento, la ira y aun palabras atrevidas de otros hombrecillos que de todo punto quieren ser servidos y adorados de noche y de día en sus enfermedades y aun en sus regalos, sin mostrar jamás agradecimiento ni aun buena cara a los cuidados que los han menester.

Mucho fue, y aun parece más que de fuerzas naturales, que tantos males juntos en un sujeto tan derribado durasen tanto; mas mucho más fue, y más sobre la virtud humana, que perseverase tanto la paciencia, el sufrimiento y la modestia, efectos de una real fortaleza: real digo, no de Reyes del suelo, sino de aquéllos que de veras son príncipes en el alma, que levantaron sus corazones sobre todo lo visible. Quien considerare tantos ayes en un Rey, parecerá casi imposible que pueda ni deje lugar para divertirse a otra cosa que a remediarlos; y quien atentamente advirtiere los ejercicios y en lo que se ocupó todo el tiempo que en ellas duró la vida, jurara que no padecía ninguno, o que era uno el que penaba y otro el que trataba de esto; y así era en la verdad, que dos son los hombres

de cada hombre, y los ejercicios en que se empleaba el de fuera mostraban claro el socorro grande que le venía del Cielo al de dentro.

Podremos ya de aquí en adelante tener cartilla y arte para enseñar a bien morir con sólo leer lo que este santo Rey hizo y dijo en su enfermedad y en su muerte. Y podrán deprender todos en tan buen maestro lo que apenas nos han enseñado muchos religiosos santos. Luego como le dio el mal, día de su gran devota Magdalena, cuyas reliquias quisiera tener siempre en sus ojos y boca, procuró entender si el accidente era peligroso para prevenirse luego como temeroso cristiano y hacer lo que no pide tardanza ni es bien guardarlo para cuando faltan las fuerzas y aun el juicio. El doctor Mercado y sus compañeros, los médicos de Cámara, Juan Gómez, Alfaro, Oñate, por no entristecerle tan temprano y porque no son las cosas de estos pronósticos tan evidentes que se osen determinar tan presto, se detuvieron algún tanto en decir lo que entendían.

A primeros de agosto, habiendo entendido su confesor que el mal era de mucha consideración, como quien mejor tenía entendido el ánimo y lo interior del enfermo, le dijo el peligro en que estaba. Agradecióselo mucho, con singulares demostraciones de benignidad, como quien le había dado una nueva alegre y un aviso importante; parece que le veía en el rostro que dijo dentro de su alma las palabras de David: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.*

Determinó luego de hacer una confesión general, pidiéndole a su confesor le ayudase en esto con mucho cuidado, resignándose luego en sus manos y sujetándose con entera voluntad y una determinación firmísima de hacer, para satisfacción de sus culpas y cargos, todo lo que le dijese. No se contentó con decirle esto a boca, diolo por escrito a don Cristóbal de Mora, y le mandó que en su presencia se lo leyese al confesor, que por ser cosa que asegura tanto la conciencia de tan buen Rey, es bien ponerlas aquí formalmente. Dijo así:

«Padre, vos estáis en lugar de Dios, y protesto delante de su acatamiento que haré lo que dijereis que he menester para mi salvación, y así por vos estará lo que yo no hiciere, porque estoy aparejado para hacerlo todo.»

Y esto contenía el escrito. Yo confieso que aunque supiera tanto como algunos piensan que saben, y tuviera tanto ánimo como César, que me pusiera miedo entrar en unas cuentas y en un finiquito de tan gran Monarca, porque a él o le excusaba la pura intención y deseo de acertar, o alguna ignorancia, o no me podía excusar a mí. Esto, aunque pasó tan en secreto, se entendió con harta publicidad en este convento, y cuando yo pensé que lo sabía muy en singular, por cierta vía hallé que andaba en las bocas de mil, con grande edificación de cuantos tuvieron noticia de ello.

Creo (porque así lo dicen) que resultaron de esto muy grandes efectos: a lo menos podemos afirmar con no poca seguridad no quedó por el santo penitente. Duró la confesión más de tres días, que fue mucho para quien tanta cuenta tuvo siempre con su conciencia, y habría confesado aquello mismo otras veces. Sin esta general prevención se confesó otras algunas en el discurso de esta enfermedad, tan recatado andaba siempre en el negocio de su salud. Recibió luego el Santo Sacramento, que para entrar en tan duro trance y batalla era bien necesario tal socorro.

Antes que le diesen la extremaunción (como veremos) comulgó otra vez. Con esto mitigaba la sed grande que tenía de verse con Jesucristo. Ésta descubría él muchas veces, repitiendo las primeras palabras del psalmo: *Sicut cervus desiderat fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus.*

Dos días antes que le abriesen la pierna (que fue en la fiesta de Santo Domingo) hizo una prevención de singular ejemplo, en lugar de otras que hacen los que no tienen tanta fe en las cosas divinas. Mandó que le trajesen algunas de las santas reliquias con solemnidad eclesiástica; ordenó que su confesor, el padre fray Diego de Yepes, y el del Príncipe, su hijo, el padre fray Gaspar de Córdoba, y el Prior, fray García de Santa María, vestidos con sobrepellices y estolas, viniesen con ella, y que se previniesen para decirle cada uno alguna plática espiritual.

Hízose así: el uno llevó la rodilla entera con el hueso y pellejo del glorioso mártir San Sebastián. El otro, una costilla del Obispo San Albano, que le había enviado el Papa Clemente VIII, guarnecido harto bien, con una indulgencia plenaria para el punto de su muerte, y otra muy singular, que no me acuerdo haberse concedido a otro: que cualquier sacerdote que dijere por él misa en esta su casa, en cualquier altar y cuantas veces quisiere, saque su ánima del Purgatorio. El tercero llevaba el brazo de San Vicente Ferrer; díjole cada uno la antífona y oración del santo cuya era la reliquia que llevaba, y al propósito, alguna razón santa y de consuelo, y él, besándola con la boca y con los ojos, decía se la aplicasen sobre la rodilla apostemada, y con esto se despidieron, dejándole animoso y alegre, lleno de buenas consideraciones para el martirio que esperaba. Sentía tanto alivio con la presencia y tocamiento de las santas reliquias, que de allí adelante, en el discurso de toda la enfermedad, no hubo día que fray Martín de Villanueva, que las tenía a su cargo, no le compusiese delante de su presencia un altar con mucha cantidad de reliquias; mandábale que se las trajese para besarlas y adorarlas y se las pusiese en la parte lastimada.

Con las reliquias de San Ivón tenía devoción particular y quiso que le leyese su vida algunas veces, porque es como la de otro San Francisco. Un día le compuso un gran aparador de estos vasos del cielo; pieza por pieza,

se las llevó todas para que las adorase y besase; entendió que ya no faltaba ninguna y quería tornarlas a su lugar y relicario, y díjole: «Mirad que la reliquia de tal santo se os olvida, que no me la habéis dado a besar». Admiróse fray Martín, porque cuando las hubiera él compuesto y contado muy despacio, era mucho acordarse de todas. Es razón advertir circunstancias tan santas y estimarlas mucho en un Rey tan grande, que si lo leyéramos de Constantino, o de Teodosio, o Carlomagno, nos hiciera admiración; y no ha de perder de su valor por ser el que vimos y tratamos: inclinación mala menospreciar la virtud presente, vicio nacido de la soberbia y envidia del hombre.

Por eso es bien queden estas cosas en memoria y servir, de mucho a los que vinieren que estarán limpios de estos vicios: sabrán que al punto que en estos miserables tiempos, cuando tan resfriada está la fe y la piedad en muchos Príncipes extranjeros que quieren tener nombres de cristianos, hubo en España un Rey que, en vida y en muerte, mostró tan vivos afectos a los sacramentos de la Iglesia y a las reliquias de los santos. Hay aquí, entre estas perlas divinas, muchas partecicas de *Lignum crucis*, y algunas de notable tamaño y grandeza. En particular, una, en quien tenía el Rey gran devoción, que es la que se adora el Viernes Santo, guarnecida en una cruz de plata dorada grande y de antigua labor. Con ésta eran sus amores; no quisiera, si posible fuera, quitarla jamás de encima sus ojos y boca; del corazón creo que jamás la apartaba.

Lo que otros temen tanto y ha quedado por refrán, que es andar entre la Cruz y el agua bendita, eso era para él sumo regalo y el refresco de los ardores que le consumían y, como temía mucho más un pecado venial, que la fiebre ética y los ardores que le abrasaban, mataba la sed que tenía de verse libre de ellos con el remedio del agua bendita, echándosela en la frente y rostro muchas veces.

De otra medicina usaba para alivio de tantos males, que es digno lo advirtamos, y que quien la usare dará muestras de la vida que tiene dentro el alma, aunque esté el cuerpo llagado o podrido: esta era la lección de los libros santos. Mandaba que le leyesen lugares del Evangelio que él tenía advertidos para su propósito, como la parábola del hijo pródigo, a quien, después de desperdiciada la hacienda, recibió el padre entre sus brazos por sólo que se volvió a él arrepentido, y dijo: «Padre, pequé en el cielo y contra ti.» Y la de la oveja perdida, que, después de buscada con tanto trabajo la llevó el buen pastor sobre sus hombros; y la del dracma perdido que buscó aquella mujer trastornando todas las alhajas de su casa y barriendo los rincones.

En lo uno y en lo otro hallaba el siervo de Dios, en sus santas consideraciones, gran alivio de sus males, singular consuelo para el alma, reconociéndose con profunda humildad por oveja abarrancada, hijo desperdiciador y, por otra parte, se echaba en los brazos de un amor de Dios tan inefable, cobrando allí

grandes esperanzas de salud eterna. Juntaba con esta lección la de la conversión de la Magdalena, la del apóstol San Pablo, la del Buen Ladrón, la de San Mateo y otros lugares de la Santa Escritura en que se descubre tan abiertamente el pecho de Dios para recibir y perdonar pecadores. Acordábase bien el piísimo Rey que los Macabeos, con no tener tantas ni tan claras muestras de las entrañas divinas, decían que todo su consuelo, en medio de tantas aflicciones y aprietos, era la lección de los santos libros, y que San Pablo significa que por la paciencia que enseñan las Santas Escrituras crece la esperanza, y aprovechábase como tan prudente, en medio de sus dolores, de tan seguro consejo.

Así, una vez le leían en los Evangelios estos y otros lugares, otras veces en libros devotos y espirituales, que por lo que se les pega de la Santa Escritura cobran gran fuerza, hallándolos en nuestro lenguaje casero para inflamar la devoción y el deseo de servir a Dios y ponernos en sus manos, reconocer nuestra miseria, abrazar los trabajos que por nuestras culpas padecemos. Todos estos frutos cogía Felipe de la lección de los libros santos, y en el que más presa hacía era en el humillarse y aniquilarse en la presencia del Señor y reconocerse por miserable pecador.

Y si pudo tanto este acto de humildad en otros Reyes, no tan grandes con mucho, que por verlos así Dios derribados en su presencia les perdonó gravísimos pecados, como se vio en el real profeta David, en el santo Rey Ezequías, en aquel gravísimo pecador Manasés y, lo que es más, en el impío Rey Acab, que al verse así rendido le dijo al Profeta Elías que no le haría en sus días el castigo con que le había amenazado, ¿qué no alcanzaría del Señor un Rey que toda su vida había sido tan modesto, pío, ejercitado en obras santas, perpetuo defensor de la Fe e Iglesia santa, que tan de veras y sin ficción se humillaba en el acatamiento divino?

DISCURSO XXI

Prosíguese el tránsito y muerte del Rey don Felipe II. Las preparaciones de su muerte, su entierro, el codicilo último para las cosas de esta casa.

Por la larga experiencia que en este convento tuvimos de las cosas y de la vida de su fundador, y por lo que hemos visto desde el primer discurso de este libro, se ha entendido cuán grande era el ejercicio de la oración vocal y mental que continuó todo el tiempo de su vida. En el Oratorio le veíamos y sentíamos a horas extraordinarias, de mañana, a la tarde, en lo más secreto de la noche, Tienen testificado los que de más cerca le trataban que gastaba en este ejercicio (sin él ni se crían virtudes, ni las criadas se

sustentan) muchas horas del día, haciendo ventaja a muchos estirados religiosos, que nos habíamos de avergonzar de ello y animarnos, a lo menos a no ser tan perezosos ni quedar tan atrás.

Ahora, en este tercio postrero y último aprieto, aunque no podía (porque ni el mal ni el acudir a tantas cosas le daban lugar) ni tenía tanta oración vocal, ni rezaba tantas letanías y oraciones y devociones, con el alma y en lo secreto de su pecho estaba siempre en la divina presencia, porque el que tiene verdadera oración (son pocos los que la tienen) siempre ora, y como para Dios ni hay lugar ni tiempo, ni puerta cerrada, si nosotros no le despedimos, cualquier lugar es lugar y cualquier tiempo es tiempo. Con todo eso, en medio de sus dolores quería le dejasen algún rato solo y, puestos los ojos en un crucifijo, derramaba lágrimas devotísimas; allí hablaba con su Señor en lo puro de su alma; allí le descubría su pecho y se dejaba en sus manos.

Para refrescar la memoria, o para que no se la estorbasen ni las cosas de fuera ni los males del cuerpo, tenía a todos los lados de la cama y por las paredes de su dormitorio crucifijos e imágenes, porque se viniesen naturalmente aquellas letras a los ojos, y por ellos al corazón, y no se perdiese de vista cosa que tanto importaba. Quiso también que, junto con este amor de Dios, que en la oración y meditación se cría, fuese también el del prójimo.

Mandó hacer muchas y notables limosnas en estos días que duró la enfermedad. Casáronse huérfanas en cantidad, socorriéronse muchas viudas y otra gente pobre, dijéronse muchos novenarios de misas: sería negocio largo contar esto por menudo. Pasó mucho de esto por mano de Juan Ruiz de Velasco, que tenía el dinero de la Cámara de Su Majestad. Por la de su limosnero mayor, García de Loaysa otras de mayor cantidad, porque distribuyó en diferentes necesidades, en estos pocos días, más de veinte mil ducados. Por vía de su confesor se distribuyeron otras aun de más monta; por tantas canales se vertía la caridad de aquel mar grande.

A Nuestra Señora de Guadalupe, de quien fue muy devoto toda su vida, mandó veinte mil ducados para que hiciesen un retablo al altar donde está la santísima imagen, porque el que tiene es muy viejo, quedando de ellos perpetuados mil de renta, digna ofrenda de Rey. A Nuestra Señora de Montserrat mandó otros nueve o diez mil ducados, y no se olvidó de su gran patrón y abogado San Lorenzo: quiso que en Huesca de Aragón, su propia patria, se fundase un monasterio de la Orden de San Agustín, en las mismas casas de los padres santos del mártir glorioso, que se llamaban Orencio y Pacencia, dejando el orden de esto al Conde de Chinchón, aplicando para ello una gran cantidad de hacienda de bienes confiscados en aquel reino. Al monasterio de Predicadores, de Valencia, aunque había poco les había hecho otra gruesa limosna, les dio ahora para sustentar una lámpara y mil ducados para la portada de la iglesia. A San Benito, de Valladolid, dio tres mil ducados para la fábrica. A Nuestra Señora de Atocha en Madrid, casa de gran devoción

de la Orden de Santo Domingo, quiso recibir debajo de su amparo y ser su patrón, y para esto les hizo una muy larga limosna.

Por todos los hospitales de la corte se repartió otra gran cantidad de dinero y para ayuda de la canonización de San Raimundo dio seis mil ducados, y otras muchas limosnas, que, como se derramaban por tantas partes, apenas se puede hacer minuta de ellas. Finalmente, a cuanto se le ponía delante de piedad y de limosna apenas sabía decir no. Para todos había y nunca le faltaba, que a los caritativos nunca les falta que dar. Es verdad que esta virtud de la caridad parece le venía por herencia de todos cuatro costados, pues si miramos a los Príncipes y señores de la Casa de Austria, los hallaremos todos limosneros, grandes fundadores de monasterios y templos.

Los de la Corona de Castilla han hecho, a mi juicio, ventaja en esto a cuantos nos enseñan las historias, y la parte que de Aragón y Portugal cabe es lo mismo, o no debe nada a nadie, porque las obras heroicas que hoy viven serán testigos alternos. Y si me hubiera de divertir en esto, larga historia se comenzara. Nuestro Felipe, en vida y en muerte, se mostró hijo de tales padres; bien haya, que sí habrá, quien a los suyos parece.

Algunos días antes había proveído Su Majestad a García de Loaysa, maestro de nuestro señor el Príncipe su hijo, del Arzobispado de Toledo. Vinieron las bulas y quiso que se consagrara aquí en esta su casa; no falta ya otra cosa que verse en ella sino esta tan santa ceremonia. Para esto envió a llamar al Nuncio de Su Santidad, Camilo Cayetano, Patriarca de Alejandría, y al Obispo de Segovia, don Andrés Pacheco, y al Obispo de Osma, hermano del Marqués de Poza. Hízose la consagración un día o dos después de Nuestra Señora de Agosto, con gran aparato y solemnidad, aunque se malogró, pues ni tuvo tiempo de recibir el palio ni a sentarse en la silla de su iglesia.

El 16 de agosto mandó llamar el Rey al Nuncio. Mandóle sentar y que le dijese alguna cosa espiritual para alivio de sus dolores y para consuelo de su alma. El Nuncio le hizo una plática muy discreta, con que se recreó mucho. Pidióle, como humilde hijo de la Iglesia, le echase su bendición de parte de Su Santidad, le absolviese plenariamente y le concediese todas las indulgencias y frutos espirituales que se alcanzan del Vicario de Jesucristo para los que están en semejante artículo. El Nuncio se lo concedió todo con aquella plenitud, cómo si el mismo Papa estuviera presente, teniendo certeza que la ratificaría con larga voluntad en el punto que tuviese noticia de ella. Y fue caso admirable que el correo llegó a Roma y Su Santidad le dio la misma bendición y absolución y aprobó cuanto su Nuncio había hecho antes que el Rey partiese de esta vida: hasta en esto quiso el Señor regalarle y dejarnos como seguros de la salud y buen estado de su alma. Acabando de hablar el Nuncio, respondió el santo Rey con rostro muy

alegre y con aquella serenidad de rostro que quiso Dios dotarle, que se había alegrado con su venida, que su mal era grande, y estaba muy dispuesto, y conforme a la voluntad divina, para vida o para muerte; que no pretendía otra cosa sino morir en su gracia y alcanzar perdón de sus pecados, y daba muchas gracias a Dios por los beneficios recibidos. Y, porque en el estado en que estaba, tenía tanta luz y conocimiento que el verdadero fin del hombre es la bienaventuranza eterna. Que se consolaba grandemente de lo que le ofrecía de suplir con la bendición apostólica, la cual aceptaba con grande voluntad y la pedía humildemente a Su Santidad. Que quería que en todo caso se tuviese respeto y reverencia a la Silla Apostólica y a Su Santidad y se tuviese mucha cuenta a la jurisdicción eclesiástica, y se mirase siempre por ella. Otras muchas razones de igual peso le dijo aquel piísimo Monarca, que, como estaba tan decaído y sin fuerzas, no se pudieron percibir bien, dignas todas de escribirse con letras de oro que las gozaran los siglos venideros. Despidióse el Nuncio harto enternecido y edificado, que cuando a algunos religiosos refería parte de ello apenas detenía las lágrimas.

En certificándose el buen Rey que su mal le daba priesa y se iba acabando, después, como dije, de haber comulgado dos veces, pidió le diesen con tiempo el sacramento de la extremaunción por el peligro que había que, estando tan consumido, algún accidente no le llevase o no diese lugar para recibirle con eterno juicio. No se le había ofrecido jamás ocasión en que poder ver administrar este santo sacramento, por no haberse hallado en la muerte de su padre ni de su madre, y porque no les consienten a los Reyes que vean morir (como si con esto hubiesen de escapar de las manos de la muerte), error grande, y así no sabía lo que en esta santa unción se había de hacer. Aquí también nos quiso dejar un notable ejemplo de su piedad y religión. Mandóle a su confesor que le llevase el Manual, libro por donde se administran los santos sacramentos, y leyese todo lo que a esto tocaba sin dejar letra, para saber lo que se había de hacer y dónde le habían de unguir. Al principio, y para comenzar a administrarle, hay una exhortación que hace el sacerdote al enfermo, algo larga. Leyóselo toda el confesor y díjole: «Con esto, Señor, se habrá cumplido, y no será menester repetirla cuando se le dé el sacramento a Vuestra Majestad». Respondió: «Eso no. Dígaseme otra vez y otra, porque es muy buena». ¡Qué buen gusto en cosas de Dios y qué buen deseo de acertar a morir bien!

Dijo que le cortasen las uñas y le lavasen las manos, que estaban mal tratadas con el humor de la gota, todo por reverencia del sacramento y porque le habían de unguir con el santo óleo. Llamó a don Cristóbal de Mora y nombróle los religiosos que quería se hallasen presentes para que lo dijese al Prior, y mandó también que su hijo el Príncipe y Rey nuestro señor que ahora es, se hallase presente, porque tuviese noticia de lo que era este sacramento, que tan raras veces lo ven los Reyes. Creo ha muchos años no se han visto juntos padre e hijo en él como ahora se vieron.

El día 1 de septiembre, a las nueve de la noche, en la Infraoctava de la consagración de este templo, que a su petición se había ungido, pared en medio de él recibió también el pío Rey, su fundador, la postrera unción con mucha devoción y reverencia, habiéndose confesado primero. Administróle Loaysa, Arzobispo de Toledo, que se turbó más de una vez, y cualquiera se turbara, tanta fue siempre la majestad de este Rey, que ninguno le habló jamás que por lo menos no sintiese en sí alguna notable mudanza. Estuvo siempre muy atento y con igual serenidad el Príncipe, su hijo, y con él algunos caballeros de su casa y cámara. Halláronse también presentes los tres confesores de las personas reales, Rey, Príncipe e Infanta, el Prior de San Lorenzo y otros cuatro religiosos que el Rey señaló.

Parecióme, según la entereza con que el santo Rey lo advertía y respondía a todo, que no tenía mal ninguno y que le anticipaba mucho aquel sacramento. Así lo dije a algunos, y así sucedió porque vivió, después de haberle recibido, doce días. Maravilléme no advirtiesen esto tantos y tan doctos médicos, pues quiere la Iglesia se guarde este sacramento para la postre, cuando no hay muy ciertas señales que podría faltar el juicio al enfermo, y aquí no lo pareció, y aun creo que el Rey, con estas mismas consideraciones, quisiera que se dilatara, y fuera muy acertado, pues tuvo siempre tan claro el juicio, que una hora antes de que muriera pudiera muy bien percibir lo que se hacía.

Salímonos todos, quedándose a solas con su hijo, y el mismo Príncipe y señor refirió después que le dijo su padre estas palabras: «He querido que os halléis presente a este acto para que veáis en qué para todo» (palabra digna que se asiente en las almas de todos los Reyes para que no deslumbre el resplandor de esta gloria presente), y que, tras esto, le encargó mucho mirase por la religión y por la defensa de la santa Fe católica, por la guarda de la justicia y procurase vivir y gobernar de manera que cuando llegase a aquel punto se hallase con seguridad de conciencia; gran epílogo de toda la disciplina real. Dicho esto en general, descendió a otros particulares tocantes al gobierno y policía de estos Reinos.

El día siguiente, después de la unción santa, llamó a su confesor y le habló con semblante alegre y le dijo que nunca en su vida se había visto tan consolado como después de haber recibido aquel santo sacramento, y que había experimentado parte de su fruto, y lo mismo dijo a otros que le preguntaron si se había cansado, significando que había recibido grande alivio en el cuerpo y en el alma. Así lo promete aquel sacramento en los que dignamente lo reciben.

Desde este día despidió Su Majestad todos los negocios y otros entretenimientos con que algún rato aliviaba sus dolores y, como Príncipe

tan cristiano y prudente, se retiró a mirar en las cosas de su alma y de la partida, como quien ya había hecho divorcio con todo lo del mundo. En todo el resto que le quedó de vida jamás se cansó, aunque se cansaban muchos, de oír hablar y leer cosas espirituales y del Cielo.

Remudábalos a todos, y a todos daba en que entender en esto, que parece cosa milagrosa tanta perseverancia y entereza. Cuando sentía cansado a su confesor, llamaba al de su hijo, y luego al de la señora Infanta para que cada uno le animase, exhortase y advirtiese de cuanto les parecía importante para aquel punto, y mandó que se pusiese por obra lo que le dijeron de importancia, o por medio de su confesor o de las personas a quien podía encomendarse. Quiso también, como prudente y católico Príncipe, hacer una muy solemne protestación de la Fe y de cómo moría en la obediencia de la santa Iglesia Romana y del Sumo Pontífice, Obispos, Sacerdotes y ministros de ella. Esto había él mostrado bien, en el discurso de su vida, y lo dejamos advertido en cien lugares de esta historia. A su confesor le pareció tenía buena forma una protestación de Fe que pone Ludovico Blosio en su segundo libro. Por allí la hizo. Ahorraré yo de ponerla aquí, pues está impresa en romance y podrá leerla quien quisiere.

Como en todo fue tan Rey y de tan alto ánimo este Príncipe, parece que aun quiso reinar y enseñorearse sobre la muerte. Estábala aguardando y tratando de sus cosas con tanta igualdad de ánimo, lo que a otros atemoriza, que dijera el que le veía no era él el que estaba tan al cabo, sino negocio de otro. Maravillábase mucho de esto don Cristóbal de Mora, con quien comunicaba más en particular sus cosas, y díjome por veces que así pasaba de las cosas grandes que tocaban al gobierno y disposición de los Reinos, a las de su muerte y entierro, como si fueran todas de un género, y con tan sereno semblante las unas como las otras.

Muchos días antes que muriese mandó a los religiosos que tenían la llave vieses en secreto el ataúd de su padre, el gran Emperador Carlos V, le midiesen y abriesen para ver cómo estaba amortajado, para que le pusiesen a él de la misma manera.

Seis años antes, estando en Logroño (pasaba a las Cortes de Aragón que se celebraron en Tarazona), mandó a Juan Ruiz de Velasco abrir un cajón de un escritorio que llevaba consigo; mostróle un crucifijo pequeño que estaba dentro de una caja y unas velas de Nuestra Señora de Montserrat, y díjole: «Acordaos bien, para cuando os pida esto, que están en este cajón estas velas y este crucifijo que fue del Emperador mi padre, que murió con él en la mano, y así pienso yo morir».

Ahora, cuatro días antes que falleciese, le pidió esto al mismo Juan Ruiz como si hubiera dos días que le había hecho esta prevención. Abrió Juan Ruiz la caja; vio que con el mismo crucifijo estaban dos disciplinas, la una tan gastada, que mostraba bien el uso y ejercicio de ella, y diciéndoselo al Rey,

respondió que no la había gastado él, sino su padre, cuyas eran, y es así, como advertí en otra parte, que el santo Emperador se disciplinaba en compañía de los religiosos cuando hizo aquella hazaña de recogerse en nuestro monasterio de Yuste, triunfando de una vez de todo el mundo. Mandó colgar el crucifijo por dentro de las cortinas de la cama, frontero de sus ojos, y como joya tan preciada, le encargó, delante del Príncipe nuestro señor, que después de muerto le tornase a la misma caja y se guardase para que el mismo Príncipe y nuestro Rey, que hoy es, se aprovechase de él en semejante trance. Herencia de mucha estima, pues tal padre y tal abuelo le tuvieron en su boca cuando rindieron el espíritu al Señor mismo que lo había dado. A don Fernando de Toledo encargó guardase las velas para que le diese una cuando fuese hora, junto con el crucifijo.

Mandó en estos mismos días hacer su ataúd y que se le trajesen delante, y daba en todo la traza y modo, como si fuera negocio para otro; seguridad grande del alma y señal de la certeza con que partía para su propia patria. Quiso también hiciesen una caja de plomo y le pusiesen en ella sin abrirle, y ahí encerrado no pudiese exhalarse algún mal olor. La madera de este ataúd, porque lo digamos aquí de paso, es de unos árboles grandes que se crían en la India Oriental (podemos llamarlos árboles del Paraíso); allá le llaman angeli. Había servido la viga de que se hicieron las tablas de quilla o fundamento de un galeón de los de Portugal que se llamó «Cinco Chagas», porque su divisa o impresa eran las cinco llagas de nuestra salud. Veinte años había, poco más o menos, que estaba en aquel puerto de Lisboa desechada en aquella arena, hecho poyo y descanso de pobres; vino a noticia de Su Majestad, y no sé por cuál motivo del cielo le mandó traer a esta su casa de San Lorenzo, que, por ser muy grande, no fue poco lo que costó el porte. Mandó se hiciese de él la cruz que es el remate del altar mayor, y, digámoslo así, de toda la fábrica, y sostiene un crucifijo de bronce dorado, que creo es el mayor y mejor que jamás se ha fundido, porque tiene nueve pies y más de largo. Después se hizo otra cruz del mismo madero en que está otro crucifijo de más liviana materia. Púsose en un altar en la iglesia, junto a la puerta del claustro principal. Quien considerare tantas circunstancias del árbol, de su nombre, de la tierra, del oficio y del fin, podrá sin miedo decir que son cosa más que acaso. Sobró todavía un gran pedazo de madera, que hoy en día está a la entrada de la puerta principal del convento, sirviendo también de asiento de pobres; plegue a Dios no sea tan presto menester. Forróse por dentro en raso blanco el ataúd, por fuera en una tela de oro negra, con una cruz de raso carmesí y la clavazón dorada.

El viernes 11 de septiembre, dos días antes que muriese, las dos luces de sus ojos (el Príncipe, nuestro señor, y su hermana la señora Infanta) entraron a despedirse de su padre y a que les diese su bendición; trance de

gran sentimiento de ambas partes, y sin duda fue bien menester aquí ser tan reales estos corazones y tan llenos de fe, para que no hiciese tan amarga despedida algún daño. Padre tan querido, obedecido y respetado; hijos tales, tan obedientes, tan largo tiempo criados, tan tiernamente queridos, duramente se arrancan de las entrañas, si no ablandase la esperanza viva de tornarse a gozar sin sobresalto de jamás perderse y apartarse. Dijimos las pláticas y advertencias que Su Majestad dio a su hijo sin aquéllas. En este mismo día le dio a su confesor, el padre fray Diego de Yepes, un papel en que estaba escrita una singular doctrina que San Luis, Rey de Francia, dio a la hora de su muerte a su hijo Felipe, sucesor en el Reino, mandándole que, después de él muerto, se la leyese toda a su hijo el Rey nuestro señor, sin mudar ni añadir cosa alguna en ella, porque los particulares ya los había tratado con él a solas, advirtiéndole de este papel que dejaba en poder de su confesor, previniéndolos a entrambos no dejasen de leerlo y oírlo, por ser cosa, al parecer, inspirada del Cielo en el corazón de un Rey tan santo. Así pasó (aunque lo adelantemos aquí) que el obediente hijo, el mismo día del entierro de su padre, llamó al confesor y le mandó le leyese aquel papel que había dejado. Oyóle atentamente y quedóse con él para tenerle como un continuo espejo en sus ojos; no le pongo aquí, porque ya anda en otros libros.

En esta despedida, vuelto Su Majestad a la señora Infanta, su hija, le dijo (según ella lo declaró) estas o semejantes razones: que pues no había sido Nuestro Señor servido que él la viese casada antes de llevarlo de esta vida, como lo había deseado, le pedía se gobernase con la prudencia que hasta allí y procurase acrecentar la Fe en los Estados que le dejaba, pues este había sido su principal intento en dárselos, esperando de ella lo haría como se lo dejaba encargado, y que lo dijese así a su primo y se lo pidiese de su parte cuando le viese. Con esto Sus Altezas le besaron la mano y él les echó su bendición, y se salieron con el sentimiento que se percibe mejor en el alma que puede decirlo la pluma. Es muy digno de advertir que, en aquel último abrazo de tan queridos hijos, la principal encomienda y las postreras palabras fueron el celo y aumento de la Fe, más querida aun que los mismos hijos naturales y más arraigada en el alma, caso de eterna memoria.

Había comulgado dos veces después que le dieron la extremaunción, y quisiera él comulgar ciento, tan sin hartar era aquella hambre y sed que tenía de llegarse a la verdadera fuente de su sustento. El día antes que muriese le dijo misa su confesor en el oratorio, junto a su cama. Cuando allí la decían era casi siempre para comulgarle. Como estaba tan acabado, había peligro en esto, porque no podía pasar la hostia. Quejóse el santo Rey de ello a don Cristóbal de Mora, y después a su confesor, agraviándose que no le había comulgado. Respondióle había convenido así por el inconveniente dicho; importunóle le comulgase con una forma de las que se guardan en la custodia, tan entero estaba y tan deseoso de juntarse con Dios. Entretúvole el confesor diciendo que lo consultaría con los médicos, y todo aquel día estuvo con esta

pena y con estas ansias vivas, y con ella murió. Creo que luego le cumplieron con hartura sus deseos, no ya al modo de los hombres, sino como un ángel.

La tarde antes de la última noche dijeron los médicos a don Cristóbal de Mora que Su Majestad se iba acabando aprisa; que se lo dijese claro para que se aparejase a la partida, como si hubiera hecho otra cosa en el discurso de aquella enfermedad, y aun de su vida; pienso yo sabía harto mejor que ellos el punto. Dijoselo y escuchólo con alegre semblante, como quien tan asentada y conforme tenía su voluntad con la de su Criador. Había él dicho muchas veces en estos dos días postreros que le avisasen cuando llegaba su hora, porque quería hablar con Dios y convertise todo a Él. Mandó llamar luego a su confesor y al Arzobispo de Toledo, a los confesores de Sus Altezas y al Prior de su convento para que todos le ayudasen en este punto extremo. Los religiosos de esta su casa, que en todo el discurso de esta enfermedad mostraron bien el amor que a su patrón y señor tenían, acudieron ahora, unos al coro, otros a la iglesia, y por aquellas capillas y altares, ayudando con lágrimas y oraciones y otros ejercicios propios de este estado. Llegado el Arzobispo de Toledo, le hizo una plática estudiada que duró más de media hora, llena de mucha doctrina y de cosas a propósito para aquel tiempo. Entre otras razones, le dijo que quien tanto había defendido y amparado la Fe Católica, la Iglesia Romana y al Sumo Pontífice, convenía que en aquel punto, como tan obediente hijo, confesase la misma Fe y obediencia de esto. Su Majestad, oyéndolo, dijo con voz tan clara que lo percibieron todos: «Sí confieso y protesto»; que fue ratificar la misma protestación de la Fe que había hecho algunos días antes, como ya dijimos. Después de esta Plática mandó al Arzobispo le leyese la Pasión, de San Juan. Leyósela, declarándole algunos pasos devotos como mejor supo, mostrando en todos ellos el santo Rey un sentimiento admirable, como quien comenzaba ya a gozar de sus frutos y celestiales efectos. Cerca de la una de la noche llegó el confesor de Su Majestad que hoy es, y le hizo otro razonamiento. Escuchábalo todo el devoto señor con alegre semblante, sin jamás cansarse de oír esto toda aquella noche en peso, que aun los muy sanos y fuertes se cansaban, y él les despertaba diciendo: «Padres, decidme más», que cuanto más se allegaba a la fuente, tanto crecía más la sed. Don Fernando de Toledo, que sirvió en estas y en muchas enfermedades a su Rey con extremada diligencia por el gran amor que le tenía, estaba cuidadoso para darle una de las velas de Nuestra Señora de Montserrat, que dijimos le había encomendado. Llegó a dársela a las doce de la noche y díjole Su Majestad: «Guardadla, que aun no es tiempo»; que no hace poca prueba de la certeza y claridad que tenía de su hora.

Certifican algunos caballeros de su cámara, dignos de toda fe, que Su Majestad pidió a Nuestro Señor encarecidamente le hiciese merced que a

la hora de su muerte cesasen sus dolores, para que con más entero juicio y sin que el alma tuviese necesidad de acudir a las cosas del cuerpo ni sus males la embarazasen, pudiese contemplar sus divinas misericordias, y abrazarse con Él y tratar su salvación. Como tenían noticia de esto, estuvieron atentos a ver si el Señor concedía esta petición a su siervo; y advirtieron que, día y medio antes, cuando ya los pulsos se apresuraban y daban señal de su fin, ningún género de dolor ni de sentimiento de tantos males como le cercaron para derribarle tenía, ni se vio en él muestra de hacer caso de ninguna cosa pasada más que si estuviera sano, teniendo con esto los sentidos, el juicio y la razón tan enteras, que hablaba, preguntaba, respondía y aun ordenaba y mandaba como cuando estaba sano; merced y favor del Cielo, premio de tan extremado sufrimiento y paciencia.

Sucedieron aquí dos cosas dignas de advertencia, que confirma bien estos favores divinos. La primera, que, tornándole a dar don Fernando de Toledo la candela de Nuestra Señora de Montserrat a las tres de la mañana, alzó el Rey los ojos y le miró riéndosele, y tomándosela de la mano, dijo: «Dadla acá, que ya es hora.» No es aquel tiempo de risa para los tristes que no buscaron otra cosa en esta vida sino gustos; mas sí para aquellas dichas almas que usaron de los oficios y dignidades y de las cosas de este mundo como si no usaran; estos sí ríen en este punto, y en él se comienza su alegría, por las señas y prendas que reciben de su descanso, y porque les dice ya el espíritu que reposen de sus trabajos. La otra fue que luego a hora y media que expirase, tuvo un paroxismo (no sé si lo llamemos así) tan grande que todos entendieron que había ya acabado. Y estando tristes y derramando lágrimas, súbitamente abrió los ojos con una viveza extraña y los puso en el crucifijo que tenía don Fernando en las manos, que era aquel de su padre; alargó la mano y tomóselo, y con gran devoción y ternura le besó muchas veces. Quedáronse admirados de ver tan repentina y sobrenatural viveza y que tan súbito tornase en sí tan advertido y tan entero. Entendióse de lo uno y de lo otro que Nuestro Señor usaba con él de grandes misericordias y le revelaba dentro su bien y su salud, que reconocía en sí mismo el fruto del árbol santísimo de la cruz, medio de la salud de las almas; y así besaba y adoraba las imágenes de fuera, por ser el traslado y la leña del bien que gozaba dentro.

Últimamente, el Prior de San Lorenzo le leyó la recomendación del alma que está en el Manual romano, devota y de tantas consideraciones llena; advirtiéndola bien y dio señas de alegría con ella. Perseveró toda la noche (con gran admiración de los que allí estaban) en estos santos ejercicios, y diciéndole una vez el doctor Juan Gómez que podía reposar un rato para cobrar aliento y tornar a ellos, respondió que no era tiempo.

Las últimas palabras que pronunció y con que partió de este mundo fue decir, como pudo, que moría como católico en la Fe y obediencia de la santa Iglesia Romana; y besando mil veces su crucifijo (teníale en la una mano, y en la otra

la candela, y delante la reliquia de San Albano, por la indulgencia), se fue acabando poco a poco, de suerte que con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, salió aquella santa alma y se fue, según lo dicen tantas pruebas, a gozar del Reino soberano.

Durmió en el Señor el gran Felipe II, hijo del Emperador Carlos V, en la misma casa y templo de San Lorenzo que había edificado y casi encima de su misma sepultura, a las cinco de la mañana, cuando el alba rompía por el Oriente trayendo el Sol la luz del domingo, día de luz y del Señor de la luz; y estando cantando la misa del alba los niños del Seminario la postrera que se dijo por su vida y la primera de su muerte, a 13 de septiembre, en las octavas de la Natividad de Nuestra Señora, Vigilia de la Exaltación de la Cruz, el año 1598. En el mismo día que catorce años antes había puesto la postrera piedra de todo el cuadro y fábrica de esta casa (circunstancias de consideración). En el año de su edad, setenta y dos, porque nació el 21 de mayo del año 1527. Recibió el gobierno de estos reinos el año 1556. Comenzó a edificar este monasterio el 23 de abril de 1563. Gozále, después de haber puesto la postrera piedra el año 1584, en el mes de septiembre, catorce años justos, que es otra particular merced del cielo. Cuantos nos hallamos aquí presentes celebramos su tránsito con gran copia de lágrimas, todas pocas para tan gran pérdida, y aun a muchos aun no se les han enjugado ni le acabarán de llorar hasta que se acabe la vida.

DISCURSO XXII

El entierro y obsequias del Rey don Felipe II en esta su casa y sepulcro. Lo que le dejó mandado para su sustento en su último codicilo.

En despidiéndose del cuerpo aquella santa alma del Rey Felipe II, lo primero que se hizo por los caballeros de su cámara fue irlo a decir a su hijo, Felipe III de este nombre; y con la nueva venida de la luz en el felicísimo día en que ella comenzó, que fue domingo, comenzó también el nuevo Rey; y entró gobernando el más extendido Imperio que el sol ha visto, pues si pudiera llevar las cartas y el aviso, desde el punto por donde descubrió sus rayos hasta que rematara el círculo volviendo al mismo punto, hallara vasallos propios a quien darlas. Para dejar entera y en herencia tan gran Monarquía, cualquier empeño y costa es pequeña. Luego, tras esto, compusieron el cuerpo real de la manera que él mismo lo dejó ordenado cuando se amortajaba en vida con tan poco miedo de la muerte.

Rodearon y envolvieron el cuerpo en una sábana, sobre una camisa limpia que mandó le vistiesen a solas don Cristóbal de Mora y don Fernando de Toledo; porque aun después de muerto quiso se guardase con su cuerpo aquella singular honestidad y compostura que conservó toda la vida. Atáronle al cuello un cordel, y de allí colgaba una cruz de palo; esta joya sola (en vez del collar y toisón de oro y perlas) llevó al cuello aquel monarca que tuvo en sus manos los tesoros de Oriente y de Poniente. Antes que le pusiesen en la caja de plomo que se encerraba en el ataúd dicen le vino a ver su hijo el Rey, nuestro señor, y le estuvo mirando atentamente, que había bien que mirar y aprender.

Los religiosos, en el punto que expiró, le comenzaron a decir misas en el Convento y Colegio, por todos los altares de aquella iglesia. Testigos son todos los de la casa real que las oyeron de la muchedumbre de lágrimas que en ellas se derramaron, y apenas podían pasar adelante en lo que hacían. Salían muy del corazón, porque con la misma abundancia derramaron por él muchas veces su sangre. Dijo luego el convento una misa de Réquiem cantada a la hora que se dice la mayor. Hizo el oficio el Prior y bajamos a decir el responso a la mesa de las gradas del altar mayor, porque aun estaba el cuerpo en su aposento.

A la tarde después de las vísperas de la Cruz, se dijo una vigilia en el coro con el responso, en el mismo lugar del otro. Y, a las seis de la tarde, dichas completas, se juntaron todos los caballeros y religiosos en la iglesia; estaba ya en medio de la sacristía una mesa grande, cubierta con alfombras, y encima un dosel de brocado. Entraron en el aposento real los caballeros y trajeron el cuerpo a la misma sacristía, acompañando los frailes con cirios en las manos, cantando en tono bajo el salmo *De profundis* y otros respuestas a este propósito.

Los caballeros comenzaron a mover el cuerpo para sacarle por la puerta del aposento real que cae a las espaldas del relicario de nuestro padre San Jerónimo; y era tan pesado el ataúd por la caja de plomo que tenía dentro, que aunque se juntaron muchos no pudieron levantarlo de tierra, y fue necesario les ayudasen algunos religiosos, en que no se tardó poco tiempo. Puesto en la mesa de la sacristía, le velaron e hicieron la guardia allí los monteros, y con ellos otros religiosos.

Lunes, luego de mañana, vino a la sacristía el Rey don Felipe III, con todos los caballeros de su casa cubiertos de luto. Juntáronse también el Convento, Colegio y Seminario, todos con velas encendidas. Vistióse el Arzobispo de Toledo para hacer el oficio y decir la misa; fueron diácono y subdiácono dos religiosos antiguos. Comenzaron a mover con el cuerpo Real de la Sacristía; salieron por la puerta del zaguán de ella al claustro principal y dieron la vuelta por todo él, hasta entrar por la puerta de las procesiones en la iglesia, cantando siempre, o, por mejor decir, llorando los frailes los respuestas

acostumbrados y haciendo el oficio de huérfanos de este difunto. Los caballeros que llevaron el cuerpo fueron muchos y están especificados por sus nombres en otra parte; no hay necesidad de repetirlos; y aunque eran tantos, tuvieron necesidad del socorro de los religiosos, así para llevarle por el claustro como para subirle y bajarle del túmulo que estaba hecho en medio del cuerpo de la iglesia. Estuvo Su Majestad el Rey, nuestro señor, junto al cuerpo de su padre, detrás del túmulo, todo el tiempo de la misa y responsos, con todos los demás caballeros.

Acabado el oficio, se llevó el cuerpo a poner en la bóveda, donde están sus padres y las demás personas Reales, acompañándole hasta dejarle en su propio lugar el Rey su hijo, mirándolo y advirtiéndolo todo. Por su mandado, el Marqués de Denia, que era ya su Caballerizo mayor y del Consejo de Estado, hizo la entrega del cuerpo de Su Majestad al Prior y Convento de San Lorenzo, dando fe de ello Jerónimo de Gasol, Secretario de Estado. Está el ataúd asentado entre el Emperador su padre y el de la Reina doña Ana, su última mujer, madre de nuestro Rey don Felipe III.

El martes siguiente dijo la misa el Vicario, y el miércoles, el Rector; y así se fue cumpliendo por su antigüedad el septenario de sus obsequias, porque él mismo mandó que se hiciese el mismo oficio que se hace por un religioso. El sábado, que fue el séptimo, tornó a decir la misa el Prior y predicó el padre fray Antonio de León, religioso de este convento. Confieso que aunque el Prior me había mandado que predicase, que no tuve ánimo ni me atreví; y así, le rogué dos días antes que supliese mi falta. Luego, el día siguiente del entierro, que fue martes, llegó aquí el Presidente del Consejo Real, Rodrigo Vázquez, y mandó Su Majestad que se abriese el testamento y codicilo que dejaba su padre; leyóse todo en su presencia y de muchos de su cámara, hallándose presente el Prior del convento con algunos religiosos.

Del testamento, por no ser cosa que toca a mi propósito, no tengo que hacer memoria. El codicilo postrero es todo acerca del asiento de esta casa. Y por ser el remate de su fundación, daré una sumaria noticia de los principales puntos. En la primera cláusula, después de las generales, quiere y manda que por su devoción, y en reverencia del Santísimo Sacramento, hayan de estar continuamente dos frailes delante de él, rogando a Dios por su alma y por las de sus difuntos, todo el tiempo que no se gastare en los oficios divinos, en el coro y en la iglesia, porque quiere que este tiempo entre en cuenta de esta oración, y las demás horas de entre día y noche se esté en oración perpetua. Donde se muestra bien la fe y devoción ardiente de este santo Príncipe con el Santísimo Sacramento, que con tanto fervor quiso en vida y en muerte por sí y por sus religiosos estarle siempre loando, adorando, sirviendo y que ardiese continuo el fuego de su Piedad en el acatamiento divino.

Tras esto, quiso que se hiciesen dos aniversarios perpetuos, en el día de su nacimiento uno y el otro en el de su muerte, vísperas, nocturnos, misa y responsos, cantado todo, y en el día de su muerte hubiesen perpetuamente sermón y otra gran cantidad de misas, que en aquellos días y en el discurso del año se dicen por su alma, y que todas las veces que en el coro se rematan las horas canónicas con la Salve u otra antífona de Nuestra Señora, se le diga un responso rezado o en tono, y lo mismo digan los colegiales cuando acaban sus maitines; y los niños del Seminario, en acabando la Salve que dicen cada día cantada en la iglesia, allende de una misa cantada con su responso por su alma; en acabando la prima por el Emperador y por la Emperatriz, sus padres, y por la Reina doña Ana, madre de nuestro Rey don Felipe III, manda que también se hagan otros dos aniversarios de la misma forma por cada uno, en los mismos días de sus nacimientos y muertes, sin otras misas rezadas y capellanías, por el discurso del año. Por las otras tres mujeres suyas, la Reina doña Isabel, la Reina doña María y la Princesa doña María, otros tres aniversarios de la misma manera, en los días de su fallecimiento, sin otras misas y capellanías, por el discurso del año. Por el Príncipe don Carlos, su hijo, y por las dos hermanas del Emperador, Reina de Francia y Reina de Hungría, sus tías, y por la Princesa de Portugal doña Juana, y por la Emperatriz doña María, sus hermanas, por cada una su aniversario de la misma solemnidad y forma que los pasados., con los responsos y misas en el mismo número. De suerte que, sin la oración perpetua y responsos perpetuos, quedan mandados hacer en este convento dieciséis aniversarios de personas reales y siete mil trescientas misas de capellanías perpetuas, sin la del alba, que se dice cada día cantada, y la de Réquiem, después de prima, con solemnidad de ministros, y la misa mayor, que todo en junto hace una carga gravísima, añadiéndola a un modo de vida, cual la de la Orden de San Jerónimo, que de suyo es harto grave y recogida para quien no la abraza con mucho fervor y gusto de espíritu. Todo se lleva suavemente por el amor de un patrón y fundador a quien tanto debe este convento y la religión toda.

Para que hubiese número de frailes que pudiesen cumplir con todo esto y conservar tan ilustre memoria en la grandeza de coro y observancia en que está puesta, fuera de la dotación que vimos cuando se trató de la consagración de la iglesia, añadió en este codicilo otras heredades y dehesas, porque allí prometió (y el Rey, nuestro señor, que ahora os lo dijo en su nombre, haciendo las partes de su padre) añadir otras nuevas rentas para que esta iglesia consagrada quedase con dote digno de esposa de tan alto Rey; de suerte que lo que allí se prometió en aquel contrato, entre el Rey don Felipe II y el Príncipe don Felipe, su hijo, de una parte, y Dios y su Iglesia y este Convento, de otra, siendo el Nuncio de Su Santidad el juez ante quien pasó tan grave contrato, eso mismo cumplió el Rey en este su último codicilo.

Añadió, pues, a la dote allí especificada las dehesas del Campillo y monasterio, algunos pedazos de tierras y dehesas que alindan con las del Piul,

con las dehesas de Pajares y Palomarejo. Mandó también que se acabasen algunas obras comenzadas, como los relicarios, los bultos y figuras de bronce de su entierro y del de su padre; y que le diesen a la casa cincuenta mil ducados muertos, sacándolos de la fábrica, que iba corriendo por dos años, y que estos estuviesen siempre en depósito y de ellos se socorriesen las necesidades que se ofreciesen, y luego se tornase allí lo que se sacase. Una manda de mucha utilidad para que no se malograsen las rentas y anduviese descansada la casa.

Para el sustento de la Sacristía, que, como veremos, es la mejor que debe de haber en la cristiandad, aplicó el oficio de la Imprenta de las Bulas de Toledo. Para el reparo y fábrica de tan grande casa, templo, claustros, Casa Real y oficinas de ella, dejó unas dehesas que llaman los Guadalupe, engañado grandemente por los que trataron esto, haciéndole creer que valían más de diez mil ducados, no valiendo tanto con mucho; y estos tan llenos de pleitos que es ahora lo mismo que nada. De suerte que en lo principal en que puso los ojos, en la conservación de tan hermoso cuerpo que tanto había costado en levantarse y criarse, allí cayó toda la falta por fiarse de sus ministros.

Para que también se sustentasen los jardines y fuentes y otras cosas de esta suerte, que adornan y hermocean grandemente los contornos de esta casa, donde las personas Reales tienen algún justo entretenimiento y recreo cuando se vienen a retirar aquí algún tiempo, aplicó algunas dehesas que están junto a Aranjuez, que se llaman Gózquez y San Esteban; de suerte que cuanto fue de su parte lo dispuso y proveyó, con la prudencia que en todos sus discursos tuvo, como cosa que estimaba y quería tanto, sino que ni faltó quien lo estorbase después de muerto o le engañase viviendo; y todo pudo ser sin malicia, entendiendo que acertaban.

Dejó también mandado en otra cláusula que las Cátedras del Colegio, que las han leído siempre personas seglares, las leyesen religiosos de la misma Orden; echando de ver, aunque tarde, que los que hasta allí le habían aconsejado otra cosa no habían mirado bien el aprovechamiento de los religiosos ni su buen nombre.

Estas y otras muchas cosas dejó ordenadas en su último codicilo el piísimo Rey, y en su testamento quedaron otras de mucha piedad y limosna. Ya parece que se va como heredando que los testamentos de los Reyes son los que más tarde se cumplen, y podrían con razón los que hoy viven escarmentar en cabeza ajena y llevarlo hecho delante.

Leído todo esto en presencia de Su Majestad el Rey don Felipe III, que lo escuchaba con sereno semblante, mostrando gana que se cumpliese todo; el miércoles siguiente, 15 de septiembre, partió de aquí para Madrid. Antes que partiese, mas el mismo día que murió su padre, lo primero que

hizo el nuevo Rey, heredando con los reinos también la piedad, fe y obediencia a la Iglesia, fue dar noticia al Papa de lo sucedido, con una carta llena de majestad y prudencia, que, aunque esté puesta en otra parte, es bien que se traslade en muchas, porque dure para siempre, junto con el sentimiento y palabras que el Sumo Pontífice dijo en el Consistorio de los Cardenales.

La carta de nuestro Rey es esta:

«Santísimo Padre: Dios ha sido servido llamar para Sí al Rey mi señor; confío en la divina misericordia, que ha hecho grandes alcances, conforme a su vida y la muerte. Yo por la pérdida de un tal padre, no hallando consuelo en ninguna de las cosas que me ha dejado, acudo a V. Santidad para que me reciba por su hijo obediente, y de esa santa silla; de que suplico a V. Santidad por agora, hasta tanto que llegue allá la persona que ha de hacer este oficio, que V. S. me alcance de Nuestro Señor su luz, para que me gobierne con el celo de la religión y justicia que deseo haber heredado de mi padre, que esté en gloria. Guarde Nuestro Señor a V. Santidad, para gran bien de su Iglesia, como deseo.— De San Lorenzo a trece de septiembre, M.D.XCVIII.— Humildísimo hijo de V. S., *El Rey.*»

Recibida esta carta, y mostrando con ella gravísimo sentimiento por la pérdida de tan singular columna y amparo de la Iglesia, aunque se templaba con la nueva y santa obediencia de tal hijo, juntó el Papa Consistorio a los nueve de octubre, y en él hizo una plática a los Cardenales con palabras graves y llenas de sentimiento; holgara yo tenerla en propia forma; en suma, y como otros lo han referido, dijo: Que si en algún tiempo la santa Sede Apostólica tuvo ocasión de dolerse y mostrar sentimiento era en ésta, por causa de la muerte del Rey de España, que había muerto a los 13 de septiembre en su casa y monasterio de San Lorenzo de El Escorial, dejando a todos justa causa de dolor por una pérdida tan grande, y mucho más a él por el amor que le tenía, y la estimación y caso que hacía de él, y con mucha razón considerando la devoción y obediencia que siempre le había mostrado. A este propósito se alargó Su Santidad, declarando y refiriendo en particular las grandes partes y virtudes de Su Majestad, diciendo que no se había conocido Rey más prudente, ni más sabio, ni más amador de justicia, ni de guardarla a cualquier género de personas, aunque fuesen muy pobres y de lo más bajo del pueblo; ni ninguno más paciente, sufrido y constante en las adversidades, mostrando esto y echándolo todo el mundo de ver, en la pérdida de tantas y tan queridas mujeres y de tantos hijos queridos, Príncipes jurados y herederos. Y, junto con esto, ninguno de los pasados supo usar ni aprovecharse con más prudencia en los casos prósperos y felices que tuvo, ni se conoce quien haya sido más reverenciado y querido de los suyos y temido de los extraños y enemigos; ni quien tan bien ni con tanta igualdad supiese hacer mercedes y repartir lo que de Dios había recibido, sin cargar unos de muchos ni dejar a

otros desnudos. Y como también se parecía bien a las provisiones y presentaciones de las iglesias y obispados, pues entendiendo cuanto importaba al servicio de Dios que fuesen personas de méritos para ellos, siempre los había nombrado sin ningún otro respeto, más del que sus méritos y partes traían consigo, si no le engañaban los que hacían las relaciones, que pudo acontecer algunas veces en discurso de tantos años y de tan varios ministros. Y lo que más se ha de estimar, tan cristiano y católico, que las obras y palabras convenían muy bien al nombre que tenía, y por tantas razones se le debía; que de esto postrero toda la Cristiandad era buen testigo, pues por conservar la Fe Católica, la obediencia a la santa silla de San Pedro, no solamente en España, adonde a cualquier estorbo Su Majestad (dejando otras cosas, aunque de importancia) acudía e intervenía con su persona, castigando a los delincuentes de tal manera, que aquel Reino se ha conservado limpio y tenido en la Cristiandad que todos sabrán; pero también en todos los otros sus Reinos y Estados, donde jamás había querido admitir ni permitir libertad de conciencia, aun con grandísimo daño de sus bienes y rentas. Y porque quiso reducir a la Fe Católica y a la obediencia de esta santa silla los vasallos también de otros, empeñó todo su patrimonio Real, y gastó en esta obra los grandes tesoros que le venían de las Indias, con una suma grande de dádivas y mercedes, que sacó de los Reinos de Castilla en el mucho tiempo que tuvo el gobierno. Donde infirió que toda la vida del Rey fue una continua pelea contra los enemigos de la Fe y de la Iglesia Romana desde el día que comenzó a reinar hasta el punto en que murió.

Dijo también que cuanto al celo y religión de Su Majestad, ninguno (excepto los que están puestos en la lista de los santos y gozan ya de Dios en aquella bienaventuranza sin fin) se podía comparar con él, que fue extremado encarecimiento, o justa alabanza de un tan gran Pontífice.

Remató la plática diciendo que entre tanta pérdida y en un tan universal trabajo y daño, de dos cosas recibía consuelo: la una era considerar la Cristiandad y una conformidad tan grande con la voluntad divina, con que le escribían había pasado de esta vida, de donde le nacía una muy cierta esperanza que estaba en el Cielo gozando del galardón eterno, merecido por haber servido, viviendo y muriendo, a la Majestad divina; la segunda, por haber dejado un hijo y heredero de sus Reinos tan semejante a él en los hechos como en el nombre, de quien tenía también una gran esperanza que había de conservar, mantener viva la santa y buena memoria de su padre; de suerte que no pareciesen sucesión, sino una renovación admirable, y que en sus oraciones y sacrificios ya tenía encomendado con todo su corazón a Dios, a padre y hijo; y encargaba a todos hiciesen lo mismo, satisfaciendo y cumpliendo con la obligación que tenían, al uno, por las obras pasadas, y al otro, por lo que se ofrecía de hacer, como lo

prometía en una carta que le había escrito de su propia mano, que, aunque breve, era muy significativa y llena.

Acabando de decir esto, hizo llamar a su Camarero mayor, y le mandó la leyese en voz alta; escuchóla toda el Consistorio con mucha alegría, viendo tanta obediencia y pureza de una fe limpia. Dijo en el remate de este Consistorio el Pontífice que para determinar el día en que se habían de hacer las honras y ceremonias acostumbradas, y tratar del recibimiento de la Serenísima Reina Margarita, nombraba los tres Cardenales de las Órdenes y los de la Junta de las ceremonias, y a sus dos sobrinos, y así acabó.

Su Majestad, como dije, partió de aquí el miércoles entre las tres y las cuatro de la tarde; durmió aquella noche en Torrelodones; íbase ya descubriendo otro nuevo mundo, dando un vuelco grande, como suele con sus cosas. Llegó a Madrid, y retiróse en el monasterio de San Jerónimo, donde estuvo hasta el día de San Lucas, en que se celebraron con grandísimo aplauso las obsequias funerales del Rey don Felipe II. Hallóse en ellas el Rey, la Emperatriz, su tía y abuela, y la señora Infanta, con mucha cantidad de Perlados y señores del Reino que estaban en la Corte.

Tornó aquí Su Majestad luego acabadas las honras. Vio la casa, ya como señor y patrón de ella. Llegó al Campillo, y de allí al bosque de Balsaín, y volvió aquí a tener la fiesta de Todos los Santos y de los Finados; y luego partió por la posta a Madrid, que fue la primera que Su Majestad corrió. De allí se ordenó la jornada para Valencia, donde se celebraron las bodas con la Reina nuestra señora. No es de esta historia ni de mi profesión referir la majestad y magnificencia con que solemnizaron, sujeto para más altos historiadores.

Entraron aquí Sus Majestades, Rey y Reina, nuestros señores (que no se sufre callar esto) luego en viniendo de aquellas jornadas y fiestas, el mismo año de 1599, otro día después de las Octavas de nuestro patrón San Jerónimo. La Reina nuestra señora recibió mucho gusto en ver la casa, anduvo con sus damas todo lo más principal de ella. Esto es lo que me ha parecido advertir de la fundación y sucesos de este convento, con las cosas más notables que aquí le acaecieron a su fundador y personas reales: la dotación y estado en queda. Diré ahora las partes del edificio, que no será poca dicha si acertare a ponerlas delante de los ojos de quien desease verlas.

ACABÓSE DE DIGITALIZAR ESTE ESCRITO EN LA
CIUDAD DE VALENCIA DE LOS EDETANOS
EL DÍA 31 DE AGOSTO DEL 2010,
FESTIVIDAD DE SAN IGNACIO
DE LOYOLA. LAUS
DEO VIRGINIQUE
MATRI.

